

NED BEAUMAN

Escarabajo Hitler



Lectulandia

La acción transcurre en dos secuencias cronológicas paralelas: por un lado, en el Londres de hoy, donde Kevin Broom, alias Fishy, un atrabiliario coleccionista de objetos nazis se ve envuelto en una trama de asesinatos y misterio en torno a una carta de Adolf Hitler dirigida al entomólogo Erskine, aristocrático británico que dio con una raza superior de escarabajos en los años 30. Por el otro, asistimos a la vida del boxeador judío Seth Roach, que fue objeto de estudio por el mencionado Erskine dentro del marco de una investigación sobre eugenesia en la Inglaterra de esos mismos años 30.

Lectulandia

Ned Beaman

Escarabajo Hitler

ePub r1.0

Titivillus 20.02.16

Título original: *Boxer, Beetle*
Ned Beaman, 2010
Traducción: Jorge Rus Sánchez
Diseño de cubierta: Baldiri Llorens Bassols *Beetlehit*

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

...estamos acostumbrados a creer que los mapas y la realidad están necesariamente relacionados o, que si no lo están, podemos hacer que sea así alterando la realidad.

JANE JACOBS,

*La muerte y la vida de las grandes ciudades estadounidenses
La disonancia es la verdad sobre la armonía.*

THEODOR ADORNO, Teoría Estética

**ÉSTA ES UNA NOVELA PARA GENTE
DE BUENA CASTA**

Sólo la gente con los genes adecuados
y los impulsos equivocados encontrará
irresistible la unión entre audaces ideas
y personajes deplorables.

Esta es una novela que activa la mente a la vez
que satisface a aquellos que ansían la emoción
de una persecución.

Hay disturbios y sexo. Hay amor y asesinatos.

Hay darwinismo y fascismo, clubes
nocturnos, idiomas inventados y las peligrosas
bravuconadas de la juventud.

Y hay muchos escarabajos.

ES INTELIGENTE. ES PECULIAR.

ES ENTRETENIDA.

ESPERAMOS QUE TÚ

TAMBIÉN LO SEAS.

1

A VECES, CUANDO NO TENGO nada que hacer, me gusta cerrar los ojos e imaginarme la fiesta del cuadragésimo tercer cumpleaños de Joseph Goebbels. Me gusta creer que, incluso en aquel ajetreado otoño de 1940, Hitler podría haber encontrado algo de tiempo para organizarle una fiesta sorpresa a su íntimo amigo, haber fingido durante semanas que la fecha se le había olvidado, ignorando deliberadamente las cada vez más enfurruñadas y torpes indirectas del ministro de Propaganda, y haber esperado hasta enviar la última de sus órdenes a los comandantes de submarino, la noche del martes 29 de octubre, antes de llevarse a Goebbels al bar de la Cancillería del Reich con algún pretexto. Un sonoro «*Alles Gute zum Geburtstag!*», una cascada de serpentinas, una risa aliviada con quizás alguna lágrima del propio Goebbels mientras abraza al Führer... y la fiesta podría empezar.

Por supuesto, todo esto son conjeturas. Pero lo que es seguro es que, en algún momento de aquel día, Hitler se presentó ante Goebbels con su regalo de cumpleaños: una exquisita edición ilustrada en quince volúmenes de las obras completas de Goethe, publicada en Stuttgart en 1881 por J.G. Gottafchen, encuadernadas en tafilete rojo, el lomo dorado y los cantos marmolados.

Uno no puede evitar sentir lástima por los soldados de la 101ª División Aerotransportada Estadounidense que, casi cinco años más tarde, irrumpieron en una mina de sal tapiada cerca de Berchtesgaden y reventaron las cajas de *schnapps* que había allí apiladas para encontrar, no lingotes de oro, o la Lanza Sagrada que atravesó el costado de Cristo, ni siquiera una sola botella de *schnapps* de consuelo, sino la biblioteca personal de Goebbels, escondida allí apresuradamente cuando la guerra comenzó a volverse en contra de los nazis. Sin embargo, alguien fue lo bastante consciente de sus deberes para asegurarse de que los libros no acabasen en una pira y se enviaran por barco a la Biblioteca del Congreso en Washington. (Por el contrario, la inmensa mayoría de los dieciséis mil libros de Hitler, así como su cráneo y la ropa interior de Eva Braun, cayeron en manos del Ejército Rojo y, a día de hoy, se estarán descomponiendo en una iglesia barroca abandonada junto al castillo de Uzkoë, cerca de Moscú, de la que solo puedo suponer que es, con diferencia, el edificio más espeluznante del mundo).

La colección de libros no sería desempaquetada hasta 1952, cuando le encargaron el trabajo a un estudiante en prácticas, quien probablemente hubiera preferido estar ayudando en un campamento de verano. Hasta aquel momento, las obras de Goethe en la edición de Gottafchen, con la cariñosa dedicatoria de Hitler y las notas al margen de Goebbels, se habían abierto camino en el mercado libre. Alrededor de cincuenta años más tarde llegaron a las manos de Horace Grublock, promotor inmobiliario londinense, quien, hasta su violenta muerte ese mismo año, me había contratado para trabajar para él esporádicamente.

Entre 2002 y 2007, Grublock me regaló tres volúmenes (desde el *Prometheus* hasta la *Iphigenie auf Tauris*) a cambio de algunos recados, y me prometió que algún día, si le era leal, me haría con toda la colección. Era humillante, pero Grublock decía que jamás la vendería, y si lo hacía, la clase de intermediarios que podrían comerciar con el Goethe de Gottafchen que había pertenecido a Goebbels no le cogerían el teléfono a alguien como yo, Kevin Broom, e incluso si se daba el caso, yo nunca habría podido pagar el precio. Así que no tenía escapatoria. Por eso, cuando Grublock me llamó a las diez de la noche un jueves de septiembre, mucho antes de que yo hubiese oído hablar de la ciudad de Roachmorton, corrí hacia el teléfono con la pasta de dientes aún goteándome por la boca; sabía que tenía que ser él.

—Fishy^[1] —dijo él.

—¿Sí, Horace?

—¿Recuerdas a aquel investigador privado que ha estado haciendo algunos trabajos para mí? ¿Zroszak?

—Creo que sí.

—Se supone que tiene que llamar cada noche para informarme, pero ya lleva dos noches sin hacerlo, y no ha avisado. Yo mismo he intentado llamarle, pero no contesta. Pásate por allí y comprueba que no le haya ocurrido nada.

—¿Por su oficina?

—No tiene oficina. Trabaja fuera de casa, como una de esas que leen las palmas de la mano. Está en Camden. Sólo te llevará diez minutos.

Me dio la dirección.

—¿Y qué está haciendo para ti?

—Sabes perfectamente que no puedo decírtelo, Fishy. Por muy leal que me seas, sé que tu verdadera lealtad la reservas para tus amigos de Internet. A menos que, por casualidad, hayas oído hablar de un tipo llamado Seth Roach...

—No.

—Entonces eso es todo. Ahora vete.

A menudo me preguntan: «¿Por qué te habría dado por coleccionar objetos raros nazis si en el fondo tú mismo no fueses nazi?». O, al menos, supongo que a menudo me lo preguntarían si alguien (aparte de Grublock, mi antigua asistente y, como Grublock les llama, mis «amigos de Internet») conociera mis aficiones.

En mí no se oculta ningún nazi. Me dan náuseas cada vez que pienso en lo que hicieron. Igual que a vosotros, probablemente. Y, si sólo pensar en ello puede provocar el pequeño y falso sentimiento de culpabilidad del que ha sobrevivido, imaginad lo que es coger una daga de las SS en la mano. No conozco ninguna experiencia como ésa: sientes como si estuvieras haciendo algo terriblemente malo, pero sabes que no puede estar mal porque no haces daño a nadie. Es algo estúpido, excitante y de lo más revelador. Normalmente, uno no examina a sus anchas su propia conciencia porque cuando ésta asoma la jeta, si es que lo hace, es para pegarte un buen mordisco, y a uno le falta tiempo para quitársela de encima. Ahora bien, si la

enjaulas en esta paradoja, de modo que sólo puede reptar y ensordecerte a base de ladridos —pero no hacerte daño—, la podrás estudiar a placer. La mayoría de las personas no sabe cómo se siente de verdad por el Holocausto pues cree que, si piensa demasiado en ello, descubrirá que no se siente lo suficientemente triste por los seis millones de muertos. Sin embargo, yo conozco mi alma a la perfección.

Debería añadir, además, que los precios de las reliquias nazis pueden subir cada año entre un 10 y un 20 por ciento. Intentad conseguir un beneficio así en bolsa. Yo comercio en páginas de subastas en Internet, y me aprovecho de la estupidez y de la pereza de aficionados que, o bien no les importa, o bien no se dan cuenta de que podrían obtener un mejor precio con un verdadero tratante. Como todo capitalista, trato el mercado libre como a una vieja abuela ricachona: halago a la zorra constantemente, le digo que está más viva que nunca, pero luego estoy más que contento si puedo explotar su atonía y demencia para sacar tajada; y si trata de inmiscuirse en mis negocios con su Mano Invisible, simplemente, la abofeteo. En mi trabajo de día, me especializo en objetos de los Aliados de la Segunda Guerra Mundial, pero también de la Guerra de Crimea, la Primera Guerra Mundial y Vietnam, además de alguna espada samurái japonesa ocasionalmente. (Nunca compraría ni vendería nada nazi por mero beneficio). Solía trabajar como contable, pero odiaba recibir instrucciones de mis clientes y, lo que es más importante, pensé que sería más conveniente si mi empleo pudiera ampliarse hasta confundirse con mi vocación. De ese modo, puedo justificar las horas que paso al ordenador examinando catálogos, listas de subastas, y comprobando en los foros si tengo algún mensaje. Con eso pago el alquiler. Sin embargo, nunca tengo liquidez suficiente para cerrar grandes tratos y, a menudo, tengo que ahorrar durante meses para poder permitirme, digamos, una de las pitilleras de Ilsa Koch.

Así que, entre los coleccionistas, soy apenas un gusano. Y especialmente, en comparación con Stuart, mi mejor amigo, que no tiene nada que envidiarle a Grublock. Cada cierto tiempo hay una semana en la que estoy demasiado enfadado para hablar con Stuart porque no ha pujado por algún tesoro irresistible, dejando que acabe en Tokio y desaparecido para siempre. Él podría permitirse casi cualquier cosa: hijo único de un maestro en fondos de inversión de alto riesgo, completó su herencia con un acuerdo legal sustancioso tras un accidente con una máquina dispensadora de café que le dejó paralizado de cintura para abajo. A menudo me pregunto si yo estaría dispuesto a dar mis dos piernas a cambio de la pluma *Gold Fountain* con la que Adolf Hitler y Rudolf Hess escribieron *Mein Kampf*; estoy casi seguro de que sí. Tampoco es que yo salga muy a menudo de casa y, además, parece que Stuart siempre esté feliz a pesar de su discapacidad. Eso aumenta mis continuas sospechas acerca de que su cuidadora cobra un extra por hacerle pajas. En cambio, yo suelo preguntarme si dejaría escapar un premio así a cambio de una cura para mi trimetilaminuria, y, a decir verdad, creo que por mucho que odie la trimetilaminuria, no sólo estaría dispuesto a vivir con la discapacidad, sino también a contagiársela a Stuart con tal de

hacerme con esa pluma estilográfica.

Menciono esto solo para que entendáis que no soy como Grublock. En absoluto. Una vez oí a mi ex-jefe comentarle su enorme colección a un inversor ruso:

—En cierto modo, supongo, soy un nazi —dijo pensativo—. Admiro su ambición. Su coraje. Su estilo, en el sentido nieztscheniano. No permitieron excepciones a su visión, y ésta es una lección que todos deberíamos aprender. Y, por supuesto, me encanta su arquitectura aunque, tristemente, la mayor parte de ella sólo exista en bocetos.

—Pero ¿también odia usted a los judíos? —preguntó el ruso.

—La verdad es que no. Como dije, tengo un gran respeto por muchos aspectos del nazismo, pero no por sus extrañas y lamentables fobias. Todo eso es irracional, y yo no soy un irracionalista. Se puede distinguir fácilmente a los coleccionistas con esas inclinaciones. Tienen libros supuestamente encuadernados con piel humana, y pastillas de jabón hechas, en teoría, a partir de grasa humana. Estúpidos. Es casi imposible distinguir la carne humana curtida de la carne de cerdo curtida, y el mito del jabón es simplemente, eso, un mito. Pero desean de tal modo que sea cierto, que malgastan su dinero de todas formas. Eso, claro, si no son negacionistas. En tal caso no encontrará usted nada de ese material repugnante, y, sin embargo, es probable que dé con pruebas documentales actuales que vienen a *demostrar* que Dachau no era más que un huerto experimental, o tonterías por el estilo —apuró su *gin tonic*—. No, ciertamente, no odio a los judíos. Compadezco a las víctimas de los nazis, tanto como se puede compadecer a un montón de proletarios extranjeros que murieron décadas antes de que uno naciera. Y he de admitir que Hitler estaba probablemente loco, o bien era un ser malvado, o un completo cabronazo, si consideramos que no hay ninguna diferencia entre los tres epítetos, y si consideramos que tiene mucho más sentido aplicárselos a un dictador muerto que a un terremoto o a un huracán. Y creo que se equivocó intentando apoderarse de Europa, por más que las aspiraciones políticas de un hombre no sean más o menos legítimas que las de cualquier otro.

Por cierto, lo más increíble acerca de la colección de Grublock, que ocupaba la planta superior del ático de tres pisos donde vivía, es que superaba la de los mismísimos nazis. Nunca en la historia del Reich alemán se reunió la mitad de tal esplendor en una sola habitación. Era como si, en los años ochenta, algún empresario de Las Vegas hubiese abierto un casino llamado *El Palacio de Hitler*. La pieza central de todo aquello era una vitrina que contenía el uniforme de la *Luftwaffe* del general Walter von Axhelm, además de su Cruz de Caballero y su daga de caza con incrustaciones de esmeralda cuya hoja había pertenecido a Napoleón. Además, estaba el tesoro máspreciado de Grublock: un precioso cofre de cetrería de porcelana hecho expresamente para Hermann Goering. El resto de la habitación estaba abarrotada con más uniformes, medallas, armas, instrumentos de tortura, adornos y cuadros. Todo ello iluminado por unas luces tenues. Las paredes estaban cubiertas por largos estandartes de seda rojos con la esvástica negra sobre el círculo blanco. Aquello era el

País de las Maravillas. Así que, cuando Grublock no quiso soltar prenda de lo que Zroszak estaba haciendo para él, estuve seguro de que el detective iba tras la pista de algo realmente extraordinario.

Me vestí y bajé hasta el coche. El *Happy Fried Chicken* sobre el que vivía estaba lleno de borrachos, como de costumbre. No supe por qué tenía tanto éxito hasta que averigüé que uno de los cocineros vendía cannabis. Era una noche fría y, mientras conducía hacia un bloque de apartamentos cerca del canal de Londres, me pareció oír una conversación entre susurros que venía de la oscuridad de la calle. Me apetecía escuchar la radio —hay una emisora clandestina que me gusta llamada *Myth FM*— pero no pude sintonizar nada en mi vieja radio salvo ruido de fondo. Siempre he pensado que el aire de Londres debe estar cargado de electricidad estática, todo ese electromagnetismo que sale de los coches y microondas y los cables telefónicos. Otro pequeño residuo muerto de la ciudad, como el óxido, el polvo o el hollín. Estoy seguro de que las ratas, las palomas y las cucarachas han aprendido a navegar por él.

Cuando llegué al piso de Zroszak, llamé al portero automático, pero no hubo respuesta, de modo que esperé allí, pasando frío, hasta que una chica con un vestido gris salió, y sujeté la puerta mientras se cerraba tras ella. Al pasar, arrugó la nariz como hacen los conejos. Arriba, la puerta del 3B estaba ligeramente entreabierta. La cerradura estaba rota. Llamé, pero de nuevo no hubo respuesta, así que dije: «¿Sr. Zroszak?», y empujé la puerta.

En el pequeño y vacío apartamento vi a Zroszak de rodillas tras un escritorio, como si estuviese rezando, su cabeza echada hacia delante, de manera que no se le veía el rostro. Había sangre seca en el borde del escritorio y una mancha oscura sobre la alfombra, donde había goteado. Al acercarme, pude ver sus venas negras y verdosas hinchadas en la frente. Empezaba a oler a podrido, como cuando se afila lentamente la hoja de un cuchillo viejo y romo. Aquello me resultaba bastante familiar debido a todas esas series con atractivas forenses que ponen en la tele. Esas que hacen que uno casi quiera ser asesinado con tal de que una mujer así de sexy sujete tus pulmones con sus delicadas manos, el tipo de serie en el que acicalan la escena del crimen como si de una vieja diva de Hollywood se tratara, con polvos, pinzas y amables susurros. Pero yo no era detective y, en aquel momento, lo único que quería era dar media vuelta y salir pitando de allí.

Temblando, telefoneé a Grublock.

—Fishy.

—Está muerto —dije.

—¡Oh, santo cielo! ¿Cómo?

—De un disparo, creo. Con una pistola.

—Joder. Apuesto a que han sido esos malditos japoneses. Uno de esos pequeños y horribles grupos organizados. Siempre están con estas tonterías de mal gusto. Bueno, gracias, Fishy. Vete a casa. Enviaré a alguien a que averigüe qué andan tramando.

Colgué. Eché un vistazo y me di cuenta de que el lugar había sido registrado. Los cajones del archivador de Zroszak estaban abiertos, pero vacíos, y no había libros en ninguna de las estanterías. Sobre el escritorio, junto a la cabeza de la víctima, había un bloc de dibujo, un lápiz, una goma y un libro llamado *Cómo dibujar perros y gatos*. Aparte de eso, si alguna vez había habido el más mínimo rastro sobre la personalidad de Zroszak en aquel horrible apartamento, ahora había desaparecido, como la moraleja de una historia que apenas recordamos.

Pensé que si lograba averiguar algo, Grublock seguramente me regalaría un tanque *Panzer* por Navidades. Pero incluso si el asesino o los asesinos de Zroszak habían pasado algo por alto, no había manera de que yo pudiera encontrar ninguna pista con el cuerpo de Zroszak ahí. Sólo de ponerme a pensarlo, tuve que ir corriendo a la pequeña cocina a por un cubito de hielo que chupar. Era el remedio de mi difunta madre para la ansiedad.

La luz del congelador no funcionaba, y la cubitera estaba pegada a la superficie. Tiré de ella con fuerza y salió junto a un pedazo de escarcha. Al hacer esto, algo cayó sobre el piso de baldosa.

Me agaché y lo recogí. Era un paquete de aluminio cerrado, como esos que podrían usar los astronautas para la sopa de tomate. Lo abrí con mi navaja suiza del ejército. Dentro, había un papel de color amarillo doblado en cuatro. Lo abrí, lo extendí sobre la mesa de la cocina, y eché un vistazo al texto escrito a máquina. La carta tenía membrete de la Oficina del Führer en la calle *Arcisstrasse*, en Múnich, y estaba fechada el 4 de octubre de 1936. Iba dirigida a alguien llamado Philip Erskine, a una calle del barrio de Clerkenwell. Cuando vi la firma del remitente corrí desesperadamente en busca de un cubito de hielo.

Estimado Doctor Erskine,

He recibido regalos de papas, magnates y jefes de estado, pero nunca uno tan peculiar e inesperado como su amable presente. Es un recordatorio de que las conquistas de nuestros científicos son tan importantes para nuestro futuro como las conquistas de nuestros soldados. Espero que me mantenga informado de los progresos de su trabajo. Quizás algún día el Tercer Reich tenga un puesto para usted. ¿Qué tal su alemán?

Con mis mejores deseos

*Adolf Hitler
Canciller del Reich*

Pasé la siguiente media hora registrando cada milímetro del piso de Zroszak. Su cuerpo ya no era un problema. Pero no encontré nada.

AGOSTO DE 1934

POCK NO SÓLO ESTABA perdiendo ante Sinner; Sinner le estaba despellejando, le estaba haciendo picadillo, barriéndole. A Pock le parecía que aquel calvo enano podía ver en su interior. Podía ver el recuerdo de su primer beso, su habilidad para mover las orejas al ritmo de una canción o su fobia a los gatos. Podía verlo apuntar cuidadosamente y sacarlo de un golpe de su cabeza como si fuera un diente suelto. Pronto, no quedaría nada de Pock salvo un pedazo de carne. Jamás había sufrido golpes tan rápidos, crueles y precisos. Asombrosamente, el otro chico estaba como nuevo. Ni una sola gota de sangre en él. Y, aunque bajo las luces podía verse brillar el sudor sobre su delgado pecho, era un sudor fresco, ligero, eficaz, no el caldo de pollo que le caía a Pock a chorros, metiéndose en sus ojos y goteando por su barbilla hasta caer en sus calzones y hacer que la polla le pesara más que los puños.

El Premierland había sido en otros tiempos un almacén de Fairclough, el carnicero, y si Pock se sentía como un pedazo de carne, lo mismo le ocurría a las miles de personas que había allí mirándole; no sólo estaban apiñadas como paquetes de carne, sino que olían a carne. Allí estaban, adivinándoles a través del humo azul de los cigarrillos, tan denso, que apenas podían verse las vigas de acero que sostenían el techo. Y si Yid, aquel pequeño demonio, no hubiese decidido ofrecerle un buen espectáculo a la multitud que llenaba el local hasta la bandera, Pock no hubiera durado ni un asalto, y él lo sabía. Pock no había sido noqueado jamás sobre el ring, y aquello no iba a suceder precisamente esa noche, con Myrna, aquella perrita en celo, allí abajo mirándole. No podría volver a follársela nunca más si ella le veía caer y besar la lona, impotente, jodido. De modo que cuando sonó la campana y Pock regresó tambaleándose a su rincón, no escuchó a su entrenador quejarse, no bebió un trago de agua, ni siquiera se tocó el pie derecho con el puño izquierdo, como solía hacer para darse buena suerte; simplemente, maldijo entre dientes y clavó sus ojos en Sinner, el cual le devolvió la mirada desde el otro lado del ring, sentado en su taburete, inexpresivo, con un brazo sobre las cuerdas mientras Max Frink, su entrenador y manager, le rociaba con agua helada. Entonces, la campana sonó de nuevo y Sinner escupió dos veces dando saltitos hacia adelante, moviéndose —según escribiría el joven reportero del *Boxing*— «como si una docena de admiradoras trataran de regalarle una guirnalda de hiedra venenosa». Pock caminaba penosamente con los talones hundidos en la lona mientras Sinner todavía saltaba sobre la punta de los dedos. Dieron vueltas el uno en torno al otro y Pock lanzó unos cuantos golpes cansados que sabía Sinner esquivaría, recibiendo a cambio un fuerte gancho de derecha en sus riñones. Esa noche escupiría sangre al dormir y se levantaría con la ropa interior manchada, igual que una chica. Hizo una finta, bloqueó, volvió a amagar

y, finalmente, vio hueco abajo para alcanzar a Sinner en las pelotas (así es, en cualquier caso, como creo que sucedió con casi toda seguridad).

Incluso Frink, que había presenciado cientos de reyertas en Spitalfields, hizo un gesto de dolor y apretó los dientes, pero Sinner, que era quien había recibido el puñetazo, apenas lanzó un gruñido. Sus ojos se llenaron de cólera, aquello no tenía nada que ver con el dolor, hacía ya mucho que Sinner y el dolor no se veían las caras. Más bien, pensó Frink, era el hecho de que Sinner se estaba dando cuenta de que estaban a punto de escamotearle su K.O. Mientras la multitud abucheaba, entusiasmada con estas payasadas de cine mudo, Frink miró abajo hacia el árbitro — quien, en aquellos tiempos, permanecía de pie fuera del ring, rodeado por una turba de jugadores dispuestos a tomar las decisiones por él—, esperando a que Mottle padeciese esa pizca de estrabismo de ciertos árbitros que, sabiendo que han pasado por alto algo importante son demasiado tercos como para admitir el error. Podías meterle el pulgar en el ojo a tu adversario y no te pillaría dos de cada tres veces, pero, para desgracia de Frink, Mottle gritaba:

—¡Falta, falta!

—No, que te jodan —dijo Sinner—. Eso no fue falta. No ha dolido. La pelea sigue.

—Por debajo del cinturón —insistió Mottle. Ya se estaba armando una refriega entre los apostantes que había tras él. Pock movía sus manos en el aire y sacudía la cabeza como protestando por su inocencia.

—Si ni siquiera ha dolido —dijo Sinner, mirando a Mottle—. Ese gilipollas es incapaz de hacerme daño. Aunque hubiera un adoquín en su guante no podría hacerme daño.

—No va a haber tongo —dijo Mottle y miró a la mesa de jueces buscando una confirmación.

—Joder, quiero pelear. Todos quieren que pelee —Sinner se giró para gritarle a su entrenador—: ¡Frink, díselo! ¡Esto es una tomadura de pelo!

—Has ganado, hijo. Las reglas son las reglas.

—¡Gilipollecés!

Mottle asintió hacia el comentarista.

—Damas y caballeros, ¡Seth *Sinner* Roach!

Hubo una ovación que traslucía escarnio y resentimiento por parte de unos pocos entre la multitud que, acto seguido, continuaron lanzando gritos y abucheando, más fuerte que antes incluso, ya no burlándose, sino con ira. Les habían estafado, igual que a Sinner, y no tardó en elevarse hacia el techo del Premierland un zumbido discordante, una amenaza que no se percibía con los oídos, sino a través del estómago y de los puños. Esta noche los cuchillos relucirán en Commercial Road, pensó Pock, no sólo los que habían apostado, sino todos aquellos que habían salido perdiendo con aquel combate. No importaba lo buenos que hubieran sido los tres primeros combates si alguien echaba a perder el cuarto. Es incluso peor que cuando dejas que una chica

cambie de opinión antes de que hayas terminado con ella. Empezó a preguntarse si tal vez habría cometido un error, pero entonces vio a Myrna en la tercera fila poniéndose pintalabios frente a un pequeño espejo. Le diría que iba ganando, pero que había tenido mala suerte. Barnaby Pock, técnicamente invicto tras nueve combates, pensó. Le dolía la cabeza.

—Espera, espera —dijo Frink, dirigiéndose a toda prisa hasta donde se encontraba Mottle, y llevando consigo a un tipo desgarbado y con bigote que aquella noche era el médico interno en el Premierland (una pequeña mejora con respecto a aquellos tiempos en los que lo máximo que podías esperar era una tirita por parte del árbitro)—. Deja que lo mire el doctor. Si el doctor dice que está bien, entonces tienes que dejarle pelear.

—No —dijo Mottle.

—Él quiere pelear.

—Me temo que no puedo examinarle debidamente aquí fuera —dijo el doctor.

—¡Échale un vistazo! —gritó uno de los apostantes.

—¿Lleva algún tipo de aparato protector, señor Roach? —preguntó el doctor.

—Lleva un vendaje —respondió Frink.

—¡Sólo un vendaje! Quizás usted o su entrenador estén al tanto de mi gama de protectores pugilísticos... ¿no? Pues puedo asegurarles, caballeros, que si todos los boxeadores llevasen estos asequibles aparatos, ninguna pelea tendría que detenerse sólo porque algún golpe ha salido desviado. Son impenetrables.

—Tan sólo échele un vistazo al chico —dijo Frink.

—No servirá de nada, Mel —respondió Mottle.

—Muy cómodos, además —continuó el doctor—. Señor Roach, me atrevería a decir que usa usted una... ¡Santo cielo!, bueno, me atrevería a decir que gasta usted una talla diez. Y usted señor Pock... calculo que una cuatro. Tal vez una tres.

—¿Quiere que le arree un puñetazo? —dijo Pock.

—Es una oferta muy buena, señor, además, precisamente ahora llevo puesto uno de mis protectores pugilísticos. De hecho, desafío a cualquiera de ustedes, caballeros, a que me golpeen en esa zona. Al igual que san Esteban, no sentiré dolor alguno.

—Quiero pelear —le interrumpió Sinner, con voz metálica—. Todo el mundo está esperando. No han venido a ver una jodida pantomima.

—¿Nadie? —preguntó el doctor.

—Vamos, colega. Has ganado —dijo Pock.

—Seguramente, usted bien podría probar mi invento, señor —dijo el doctor, gesticulando hacia el chico del Boxing, el cual se había abierto paso entre los jugadores sosteniendo su libreta sobre la cabeza como si de una linterna se tratara.

Frink observó el rostro de Sinner, esperando que la ira del chico hubiese desaparecido tras la oscuridad de sus ojos. Pero Sinner seguía enfadado. Aún no había dado su brazo a torcer.

—¿Cree usted que el señor Roach iba ganando, señor Pock? —preguntó el

reportero.

—Se lo ruego... —dijo el doctor.

—Venga, vamos, Seth —dijo Frink—. La próxima vez.

—¿Y qué dice usted, señor Roach? —preguntó el reportero.

—Vámonos todos a casa —dijo Pock.

—¿Es que nadie va a golpear mis testículos? —gritó el doctor.

Y en ese momento Sinner se giró y golpeó a Pock en la cara tan fuerte que éste se tambaleó hacia atrás por encima de las cuerdas, cayendo sobre los apostantes como una mala idea sobre una nación hambrienta.

Frink no había visto nunca un puñetazo igual, ni oído una ovación así. Mientras el chico del *Boxing* limpiaba el reguero de sangre en sus gafas y su libreta, la multitud chillaba, reía y jaleaba el nombre de Sinner como si lo amasen, rompiendo las botellas de cerveza y lanzando los sombreros al aire.

—¡Deberían encerrarte! —le dijo Mottle a Sinner, intentando hacerse oír a duras penas. Se giró hacia Frink—: ¿Va a dejar que se vaya tan tranquilo después de esto?

Frink se encogió de hombros y le pasó a Sinner su batín mientras éste bajaba del ring. El doctor mientras tanto estaba intentando persuadir a algunos de los apostantes para que le ayudaran a sacar a Pock de allí.

—Señor Roach, ¿cree usted que él ha recibido su merecido? —preguntó el reportero.

—Todos recibimos lo que nos merecemos, hijo —respondió Frink.

Mientras Sinner se abría paso por el pasillo que conducía a los vestuarios, docenas de hombres, mujeres y niños se levantaron de sus asientos esperando poder estrecharle la mano, besarle, darle una palmadita en la espalda o pasarle un cigarro, pero él sólo miraba hacia el frente, maldiciendo entre dientes. Aunque jamás lo habría admitido, ni siquiera a sí mismo, le gustaba tener fans, y le encantaba ignorarlos; había aprendido hacía poco que ignorarlos los hacía más leales, sobre todo las mujeres. Esa noche, sin embargo, la mayoría se contentaba con rendir tributo a Frink. La única concesión que hizo Sinner fue alzar los puños un instante para un fotógrafo.

—Si tenías que hacerlo, podías haberlo hecho después, Seth —murmuró Frink.

—Me dio en los huevos.

—Sí, pero dijiste que no te había dolido.

Nadie recuerda cómo un enorme sillón de cuero verde había acabado en el vestuario más grande del Premierland; apestaba a sudor y resina, y vomitaba el relleno por sus rasgaduras. Sinner se sentó y cogió una botella de ginebra.

—Te puedes ir a tomar por culo si vas a empezar a quejarte como siempre.

—Sabes que lo haré —dijo Frink.

Intentó recordar un tiempo en el que el chico nunca le habría hablado a su entrenador de aquella manera. Podía recordarlo, pero sólo si lo hacía de una manera tan selectiva que aquello se convertía en una especie de fantasía. Durante un tiempo le preocupó que la fama cada vez mayor de Sinner pudiera hacerle difícil de

controlar, pero Sinner parecía ser prácticamente inmune a la fama. Desde luego, no por su humildad interior, sino precisamente por todo lo contrario. El chico tenía una arrogancia tan inquebrantable, que cualquier estímulo del exterior parecía estar de más, era como darle una patada en el culo a una locomotora que marcha a toda velocidad. Si alguna vez Sinner se le iba de las manos, no sería a causa de la fama, sino por algo mucho más trivial.

—De todos modos, he de hablar con el entrenador de Pock —añadió Frink, mientras se agachaba para recoger una comba. Su frente y sus párpados, así como su nariz, siempre estaban sonrosados, como si se hubiera quedado dormido sobre una estufa.

—¿Por qué?

—Podría intentar que te expulsaran.

—No me expulsarán.

—No, esta vez no, y tampoco la siguiente, pero la próxima podrían hacerlo.

—Adiós, entonces.

—No te la acabes demasiado rápido.

Frink se marchó. Seth le dio un trago a la botella de ginebra y cerró los ojos.

Dieciséis años; siete combates profesionales, todos ellos invicto; nueve dedos en los pies; un metro cincuenta centímetros de estatura. Eran los números que resumían a Seth *Sinner* Roach, todos ellos bastante pobres, pero ¿qué importaba? Aquel día, 18 de agosto de 1934, ya era el mejor boxeador joven de Londres. Para sus rivales un combate contra Sinner era una incógnita; cada golpe, una pregunta sin respuesta, una acusación que no podrían negar.

Su apodo^[2], al igual que el sillón, tenía un origen incierto. «No hay pecadores entre los judíos, Seth», solía decir el rabino Brasch, «sólo tenemos idiotas». Cuando Sinner estaba sobrio, había una intensidad en su expresión, tan fija, que si la mirabas durante demasiado tiempo —cosa que mucha gente hacía, tratando de comprender cómo un físico tan escaso y bruto podía resultar tan hermoso—, empezaba a parecer, no intensa, sino por el contrario, vacía e inerte, como cuando repites un improperio tantas veces que acaba por perder su significado; y esta eterna cualidad parecía negar incluso la posibilidad de pecar. Sin embargo, todo el mundo le llamaba *Sinner*. Tenía el pelo negro y grasiento, cejas finas, largas pestañas y los pezones pequeños; las orejas le sobresalían ligeramente y era poco probable que aún conservase todos los dientes.

Llamaron a la puerta.

—¡Que te jodan! —gritó Sinner.

La puerta se abrió y en el vestuario entró un hombre alto y rubio que vestía un abrigo negro.

—Señor Roach —dijo, extendiendo la mano. Llevaba guantes de cuero negros con botones de perlas y tenía un bigote que no compensaba su barbilla hundida. Se comportaba como si pensara que en cualquier momento fuese a pasar un caballo a

todo galope y tuviese que estar preparado para apartarse.

—Mi nombre es Philip Erskine —dijo.

—Encantado —contestó Sinner sin moverse.

—He disfrutado mucho de su actuación esta noche.

—Me habrá traído unas flores, ¿verdad?

—Lamento irrumpir de esta manera, señor Roach, pero no sabía cuándo tendría otra oportunidad de hablar con usted —mientras Sinner tenía acento del este de Londres con un ligero toque yiddish de sus padres, Erskine tenía el acento más elegante que Sinner jamás había oído, con excepción del mánager de Danny Gaster (quien supuestamente era un aristocrático desheredado) y los locutores de radio. Al ver que no iba a aceptar el saludo, Erskine retiró su mano de tal modo que diera la impresión de que nunca había pretendido estrecharla—. Me gustaría hacerle una oferta.

—¿Quiere presentarme a su encantadora hermana?

—En realidad, yo...

—Oh, vaya, debería haberlo sabido. Estoy delante de un gánster. Quiere ofrecerme un combate.

—No, es...

—Ya lo tengo —dijo Sinner dándole un trago a la ginebra—. Quiere usted convertirse en peso pesado y necesita que le busque un buen entrenador.

—De hecho, no sé nada de boxeo, señor Roach. Soy científico.

—Fascinante... —dijo Sinner.

—¿Permite que me explique? —el chico no contestó inmediatamente, de modo que Erskine continuó—: Le agradezco que me escuche. Seré muy breve. Durante los últimos cuatro años he estado estudiando los insectos. No hay prácticamente nada que no sepa acerca de los escarabajos. Pero ya he visto bastantes escarabajos. Quiero estudiar a los seres humanos. Y usted es el individuo al que más desearía estudiar, especialmente desde que tomé nota de su peculiar fisonomía.

—¿Quiere usted decir que soy bajito y peleón?

—Sin duda, y además, por lo que dicen todos, un luchador de gran fuerza y habilidad. Según me han dicho, su padre es también muy bajito; ¿su abuelo también?

—Sí.

—Y tiene usted sólo nueve dedos en los pies, si no me equivoco.

—¿Cuál es su «oferta»?

—¿Puedo sentarme?

—No.

—Señor Roach, me gustaría darle cincuenta libras a cambio de su permiso para realizarle un examen médico y una entrevista cada mes durante un periodo de cinco o seis meses. Después de esto, usted no tendrá que volverme a ver nunca más, y su nombre no se mencionará en ningún documento.

—¿Cincuenta libras para pincharme como a uno de sus bichos?

—Puedo asegurarle que los exámenes no serán desagradables.

—¿Qué carajo es esto? —dijo Sinner alzando la voz por primera vez—. ¿Cree que necesito sus cincuenta libras de mierda? Voy a ser campeón del mundo del peso mosca. No estoy en la jodida cola de los desempleados.

—Cien libras, entonces.

—Que le den morcilla.

—Doscientas. Señor Roach, no se da cuenta de lo idóneo que es usted para... Nadie puede ocupar su lugar, señor. ¿No le gustaría a usted acompañar su triunfo deportivo con otro de carácter científico? Espero que mi humilde trabajo suponga, al menos, una pequeña contribución a un proyecto que, sin duda, reportará maravillosos y duraderos beneficios para toda nuestra raza. Los mejores cerebros de Europa y de los Estados Unidos están trabajando juntos en...

—¿Qué iba a decir?

—Eugenesia, señor Roach. ¿Ha oído usted hablar de ella?

—¿Te está molestando este cabrón, Seth? Discúlpeme, quiero decir *este caballero* —Kölmel soltó una risita. Estaba de pie junto a la puerta con un puro en la mano. Al igual que Frink, Kölmel era bajito y fornido y con la nariz chata, pero más gordo y calvo que su primo—. Esto ha sido una indirecta, amigo —añadió.

—¿Existe alguna posibilidad de que reconsidere mi oferta? —dijo Erskine con calma.

—Váyase a la mierda con sus escarabajos.

—Muy bien; no obstante, le dejaré mi tarjeta sobre la mesa por si acaso cambia de parecer. Adiós, caballeros —dijo Erskine y salió.

—¿Por qué llevará un jodido abrigo con el día que hace hoy? —le gritó Kölmel mientras se marchaba, pero no hubo respuesta. Kölmel se giró de nuevo hacia Sinner—. ¿Quién coño era ése?

—Un pisaverde que no tendría nada mejor que hacer.

—¿Y qué quería?

—Exhibirme en un circo.

—Creo que deberías tener a alguien aquí en la puerta, Sinner... —Sinner se encogió de hombros—. Bueno, vengo a darte mi enhorabuena.

—¿Me tomas el pelo?

—Le estabas machacando, hijo. Le temblaban las rodillas. Eso es lo que cuenta. Que Pock se pusiera a chotearse al final de esa manera no importa un jodido pimiento. ¿Sabías que Max Schmeling ganó un título reclamando una falta? Dicen que su entrenador tenía una copa mellada, la llevaba en el bolsillo todos los días por si acaso. Le vino bien aquella vez, se la coló en los calzones a aquel cabrón como por arte de magia.

Sinner tenía siete años cuando vio por primera vez a Albert Kölmel; estaba ayudando a su padre a recoger el puesto de verduras un sábado de febrero por la noche. Hasta 1927 Kölmel siguió haciendo sus rondas personalmente, pero ya incluso

en aquella época se comportaba como si el mercado de Spitalfields fuese sólo suyo, paseándose por allí como si fuera el dueño de una fábrica que inspecciona las máquinas. Sujetaba un puro en una mano y llevaba la otra con el puño cerrado permanentemente; el pequeño Sinner se mostraba fascinado ante la idea de que Kölmel estuviera siempre tan cerca de dejar a alguien noqueado que ni le mereciera la pena abrir la mano. Tan sólo más tarde se dio cuenta de que en el interior de su puño Kölmel llevaba escondida su arma preferida: una cuchilla de afeitar clavada en un corcho de botella de vino, unos tres milímetros de acero que formaban una lengua afilada capaz de rajarle la cara a alguien, pero sin llegar a matarle. Alguien como Kölmel sería un idiota si llevase un cuchillo, una pistola o algo que pudiera hacer que te detuvieran y colgasen si cualquier cosa saliera mal. Si de verdad querías darle una lección a alguien, era mejor sujetarle y hacerle un corte profundo en el labio superior, de manera que cuando se formase la cicatriz y tirase del labio hacia arriba, su boca estuviera permanentemente retorcida y abierta. Había otros «métodos» que no requerían de cuchilla. Una vez, Bryan Harding había intentado que Kölmel pagase el precio completo por su plato de pescado con patatas, y Kölmel cogió el gato de Harding y lo lanzó a la freidora.

—¿Es éste tu chico? —había dicho Kölmel aquella noche de febrero.

—Ten —respondió el padre de Sinner, dándole a Kölmel cinco chelines sin mirarle a los ojos.

—¿Cómo te llamas, hijo? —le dijo Kölmel a Sinner, que estaba separando los nabos enmohecidos de los buenos. Alrededor de ellos estaban los carroñeros: primero los muy pobres, los muy malos y los muy ancianos, que esperarían hasta el final del día para conseguir los productos desechados a un precio más bajo; luego estaban los que vivían en la calle, que saldrían disparados a recoger los desperdicios del suelo, buscando fruta y verduras aplastadas, cartones con los que armarse una cama y pedazos rotos de cajas de madera con los que poder hacer fuego. Para Sinner, un mercado así representaba una batalla constante contra la decadencia, una mera sala de espera en el enorme depósito de basura que era Back Church Lane: si permanecías allí de cara a aquel viento de podredumbre durante el tiempo suficiente, éste pronto comenzaría a restar años de tu vida de manera que hasta tú mismo empezarías a oler a podrido; mejor trabajar en una farmacia o en una tienda de caramelos, donde, que se sepa, las brillantes bolitas en los tarros de cristal podían llegar a tener nueve siglos. Al mismo tiempo, había algo encantador en el mercado a primera hora de la mañana, cuando él rara vez estaba allí: todo resplandecía con frescura, pero, al igual que al principio de la creación, no había mucha gente por allí, y Dios ni siquiera había creado todavía a una criatura como Albert Minyo, que no sabía gritar otra cosa que «¡salchichas, salchichas, salchichas, salchichas, salchichas, salchichas, salchichas!», ocho horas al día, durante treinta años.

—Mi nombre es Seth —contestó Sinner.

—¿Tienes algún hermano o hermana?

—Anna es mi hermana pequeña.

—Me gustaría conocerla. Bueno, hasta la vista, Seth. Muchas gracias, señor Roach —dijo Kölmel, y le dio una palmadita en la espalda.

Después de que Kölmel se marchara, Sinner supo por la expresión de su padre que no debía hacer preguntas sobre quién era ese hombre o por qué le había dado dinero; pero unas pocas semanas más tarde, cuando Alfeo apareció un domingo con tiritas a ambos lados de la cara, Sinner creyó estar casi seguro de que tenía algo que ver con Kölmel. (Sinner no sabía que, si se lo pedías, Kölmel con mucho gusto te hubiera aclarado sus intenciones: el dinero serviría para evitar que se establecieran en el mercado nuevos inmigrantes sucios que podrían hacerle la competencia a los tenderos que ya tenían su puesto). En cualquier caso, no podía evitar ver a Kölmel como una figura benévola, especialmente porque a Alfeo le encantaba darle a Sinner un buen golpe en la cabeza cada vez que éste se acercaba a sus pasteles. Y tampoco le importaba ver a su padre humillado. La intimidación era una manera de conquista, y a Sinner le gustaba conquistar.

A los nueve años, Sinner ya trabajaba para Kölmel en los muelles. Cogían una lata de gasolina vacía, previamente enjuagada, y un «tubo de ron» (una tubería de metal de unos cuantos centímetros pegada al pie de un tubo de goma), y él y otro chico de Whitechapel se arrastraban por el suelo hasta las plataformas de madera donde se descargaban los barriles de ron y oporto. Allí, mientras el otro chico vigilaba, él «chupaba del mono»^[3]: metía el extremo de metal del tubo por debajo del tapón del barril y chupaba por el extremo de goma del tubo hasta que el líquido comenzaba a salir; entonces, llenaba la lata, volvía a colocar la tapa y esperaba hasta que el otro chico llenara la suya; luego, los dos salían corriendo mangando alguna que otra lima, plátano o incluso alguna piña de las cajas, mientras los estibadores les maldecían a su paso. Después de unos minutos, reducían el ritmo de la carrera para entrar jadeando y riéndose por Limehouse, e intercambiaban las latas con alguno de los hombres de Kölmel por unos peniques cuando llegaban a casa. Así es como Sinner probó por primera vez algo más fuerte que la espuma de la cerveza de su padre. Aquello te hacía torcer el gesto, pero si bebías lo suficiente, era como descubrir una habitación secreta en tu propia casa de la que nunca habías oído hablar. Querías hacer algo más que asomar la cabeza. Querías saber lo grande que era.

Cuando quería darle una paliza a alguien, Kölmel no usaba a nadie que fuera menor de quince o dieciséis años, porque no eran lo suficientemente fuertes y se asustaban con demasiada facilidad; por aquel entonces, Sinner tenía doce años y todo el mundo podía ver que ya era el chico más fuerte de la calle y que no se amedrentaba ante nada. Frink le había tomado a su cargo, pero Kölmel había ganado tal cantidad de dinero apostando por Sinner en sus primeros combates en el Premierland, cuando nadie salvo su primo se había dado cuenta de lo bueno que era ese enano recién llegado, que todavía consideraba a Sinner empleado suyo, y, oficialmente, se estaba «tomando interés» por la carrera del muchacho. Eso significaba que ninguno de sus

hombres volvería a extorsionar al padre de Sinner, aun cuando el propio Sinner les animase a ello. En realidad, Kölmel sólo mantenía su halo de protección por motivos sentimentales; por lo que Sinner había oído, ahora podía obtenerse cien veces más dinero con las putas, la marihuana y los cheques falsificados que a base de amenazar con una cuchilla para «chupar del mono» unas pocas manzanas podridas, unos pies de cerdo o unas rebanadas de pan rancio del decadente mercado de Spitalfields.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Kölmel en el vestuario. Allí estaban Sinner desplomado sobre su trono verde, y Kölmel de pie, igual que un suplicante; aquello no reflejaba cómo eran las cosas en realidad, pero, aun así, a Sinner le gustaba.

—Quiero irme a América —dijo Sinner—. Nueva York.

—Me refiero a tu próximo combate.

—No sé. Pregúntale a Frink.

—¿Para qué quieres ir a América?

—Allí se puede ganar un buen dinero. Y dicen que te tratan como a un rey.

—Esos americanos son todos gilipollas. Excepto mi hermanastro.

Sinner volvió a encogerse de hombros. Se acordó de su padre, cuyo viaje desde un pueblo del este de Polonia había acabado en un refugio para judíos en Leman Street porque le echaron del barco que le llevaba a los Estados Unidos.

—Hoy estás hablador, ¿eh? —dijo Kölmel—. ¿Te espera alguna chica? —era feo cuando sonreía—. Por supuesto que sí. Dale un buen meneo de mi parte, hijo —pero Kölmel no sabía lo que Frink sí sabía.

Después de que Kölmel se marchara, Sinner bebió un poco más de ginebra, se vistió, y a continuación llamó a un taxi para que le llevara desde Bethnal Green a Covent Garden.

DESPUÉS DE LA RUTINA DIARIA

PASE SU NOCHE EN

The Caravan

ENDELL Street, 81

(En la esquina de Shaftesbury Avenue,
frente al Teatro del Príncipe)

Teléfono: Temple Bar 7665

El mejor punto de encuentro bohemio de Londres

Y, según dicen, el sitio más original de la ciudad

DIVERSIÓN TODA LA NOCHE

Baile al ritmo de Charlie

SALIDAS NOCTURNAS

A LOS GRANDES ESPACIOS ABIERTOS,

COMO EL AS DE PICAS, ETC.

El West End estaba ahora lleno de estas tarjetitas, pero Sinner había sabido de la apertura del Caravan directamente por boca de su fundador, Will Reynolds, un jugador entusiasta de boxeo y conocido vividor del Soho, que había decidido sacarle todo el provecho posible a una herencia de 300 libras de una tía abuela suya presbiteriana. El club, en un sótano, estaba decorado con un estilo oriental poco definido, a base de muebles lacados, lámparas rojas colgando y largas cortinas de seda pintadas. Esa noche, al igual que todas, estaba a rebosar. La banda tocaba *When I Take My Morning Promenade*. Más tarde habría un espectáculo de travestis.

A Sinner le gustaba ir allí directamente después de una pelea sin molestarse siquiera en lavarse. Los demás hombres iban enjabonados e incluso perfumados, pero él simplemente apestaba, y en la aglomeración del bar no podía pasar inadvertido. Era como si se paseara con la polla fuera. Unas pocas personas le saludaron, pero ya estaba harto de hablar aquella noche, así que se pidió una ginebra doble y permaneció en el fondo del bar escudriñando los rostros. Al cabo de un minuto o dos se fijó en un chico guapo de unos diecinueve o veinte años. Tenía el tipo de nariz curva francesa, los pulgares en los bolsillos y parecía perdido. Sinner se abrió paso a empujones entre la multitud. Puso una mano sobre el brazo del chico y se inclinó hacia su oreja para hacerse oír al tiempo que le acariciaba ligeramente la entrepierna con el dorso de su otra mano.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—Entonces, vamos —Sinner le llevó hacia la puerta.

—¿Quién eres?

—Eso no importa.

—¿A dónde vamos?

—Hotel de París, en Villiers Street. Pago yo. Me conocen. ¿Has estado antes?

—No, en realidad yo... quiero decir...

Sinner nunca había tenido problemas. En un club como ése, hasta los chicos guapos como Sinner participaban del coqueteo y el cotilleo. Esa es la razón por la que se iba al Caravan en lugar de cazar en la oscuridad del Piccadilly News Theatre. Pero Sinner no tenía que molestarse en eso, había algo en su manera de mirar y de hablar. O, al menos, lo había la primera vez, pues en pocas ocasiones iba alguien con él una segunda, no sólo porque el propio Sinner perdía el interés, sino porque todavía uno estaba demasiado magullado y aturdido, especialmente si, como este chico francés, había tenido la mala suerte de conocerle una noche en la que estaba librando una pelea interior. Incluso si uno estaba sobre aviso, no había manera de rechazarle. Lo mejor que uno podía hacer era pillar otra pinta de ginebra ya de camino, de modo que cupiese la posibilidad de que, tras un último orgasmo monocromo, él pudiera perder el conocimiento al amanecer.

Llegaron a la puerta y comenzaron a subir por la calle a la vez que bajaba un hombre con un abrigo negro. Sinner levantó la vista. Era Philip Erskine. Sinner se

detuvo.

—¿Qué coño está haciendo usted aquí? —preguntó.

Erskine se quedó pálido y empezó a farfullar algo.

—Usted me ha seguido —dijo Sinner.

—¿Qué? —preguntó Erskine.

—Me ha seguido hasta aquí. Probablemente para secuestrarme. Capullo estirado.

Erskine tragó saliva.

—Está bien. Le he seguido hasta aquí. Lo lamento.

Sinner sabía que a Will Reynolds no le gustaría oír que le había dado un puñetazo a un tipo en sus escaleras, así que le dio un bofetón a Erskine con el revés de la mano. Erskine dejó escapar un grito, luego se giró, corrió escaleras arriba y salió pitando Endell Street abajo.

AGOSTO DE 1934

ERSKINE ESTABA DE NUEVO en la escuela. En el sueño, se despertaba una mañana en su dormitorio, levantaba las sábanas, miraba su cuerpo y veía con horror que éste, de alguna manera, se había transformado durante la noche, pasando de insecto a hombre.

Cuando se despertó la segunda vez estaba sudoroso, con la boca pastosa y tenía una erección. Sólo había pretendido echar una cabezadita durante diez minutos, pero ya habían dado las tres de la tarde. Estaba en una habitación pequeña y calurosa del United Universities Club, en Suffolk Street, donde se alojaba siempre que iba a Londres, sobre un colchón lleno de nudos. El club estaba pasado de moda y repleto de horribles tipos de Cambridge, y tan polvoriento, que uno no podía parar de estornudar. Pero su padre había insistido en que se hiciera miembro. Erskine estaba seguro de que muy pronto, si hacía bien las cosas, tendría un montón de nuevos y fascinantes amigos en Londres con los que poder cenar y alojarse, pero hasta el momento, a sus veinticuatro años, el UUC era lo único que tenía.

Después de cambiarse de camisa bajó hasta el café que tenía forma de *L*; las pesadas cortinas granates estaban a medio echar para evitar el asedio de aquel día de verano. Vio a Morton, a Cripling y a Nash, que estaban sentados juntos y riéndose. Se acomodó detrás de ellos en un sillón y trató de averiguar qué sería aquello tan gracioso. Nadie le saludó, así que fingió echar un vistazo a un ejemplar de *The Times*. Al día siguiente se iba a celebrar un plebiscito en Alemania para confirmar la emocionante sucesión de *Herr Hitler*.

—Creo que hasta el propio Nash disfruta de las ocasionales «salidas nocturnas a los grandes espacios abiertos», ¿verdad, Nash? —comentaba Morton—. Siempre tan «bohemio».

Nash levantó las manos como si se estuviese confesando.

—No lo negaré. «Después de la rutina diaria», creo que es lo perfecto.

Todos volvieron a reír con estruendo.

Erskine se fijó en que estaban mirando una especie de nota o tarjeta.

—¿Qué es tan gracioso?—preguntó.

—Ah, hola, Erskine —dijo alegremente Morton—. Cripling encontró esto en el suelo de la peluquería —Julius Morton se había matriculado en el Trinity con Erskine y, una vez, estando bastante sobrio, sujetó a Erskine y le obligó a beber oporto hasta que vomitó sobre su libro de Ovidio, y después estuvo riéndose durante días como si todo hubiera sido cosa de Erskine. Cada vez que Erskine permitía que Morton le tratase como a un amigo redoblaba la humillación de aquel episodio, así como la de muchos otros semejantes, pero Erskine realmente no tenía otra opción, especialmente ahora que Morton mostraba cierto interés romántico por su hermana, Evelyn, a la que

había conocido tras una desastrosa coincidencia en uno de los bailes del Lady Molly. Una de las muchas objeciones de Erskine a la ortodoxa teoría eugenésica del momento era que él no había oído hablar de ningún sistema que se hubiese propuesto y que obligase a Morton a una esterilización forzosa, o, como poco, a unos azotes.

De hecho, el único consuelo de Erskine era lo que sabía acerca del hermano pequeño de Morton al que éste tanto quería. A los ocho años, el hermano había introducido una pala en la rueda de un coche en movimiento, lo cual hizo que cayera sobre su espalda con tanta fuerza que se rompió la pierna y perdió la visión en un ojo debido a un golpe en el lóbulo temporal del cerebro. La pierna mejoró, pero al poco, sin ninguna relación con lo anterior, el chico contrajo la polio. Llamaron al médico de la familia de Morton, un antiguo militar, pero éste, sospechando que el chico se hacía el enfermo, recomendó que no siguiera en cama y que se mantuviera activo. Como resultado, el hermano de Morton perdió la movilidad de su brazo derecho y de sus dos piernas, y ahora tenía que llevarlos sujetos con unos pesados hierros que le producían unos picores tan insoportables, que prácticamente le hacían perder el juicio: a veces, se reía sin motivo aparente de una manera descontrolada, gritando como un mono igual que hacen los actores de vodevil cuando simulan volverse locos. Sólo el dolor agudo podía tranquilizarle, y su pierna sana acabó llena de cicatrices debido a que solía quemarse deliberadamente con cigarrillos. Esta tragedia, que había oscurecido la vida familiar de los Morton, le proporcionaba a Erskine un placer constante, igual que un buen serial radiofónico.

—¿Qué es? —preguntó. Cogió la tarjeta y la leyó.

Erskine no entendía aquello, parecía simplemente un anuncio de un club nocturno; aun así, dejó escapar una risa forzada y la devolvió. Se sentó durante unos minutos mientras los otros tres comenzaron a hacer chistes sobre el carácter de algunos de sus compañeros de universidad. Mientras intentaba pensar en algo ingenioso con lo que contribuir a la conversación, poco a poco comenzó a darse cuenta de lo que estaban hablando realmente y, finalmente, cuando Cripling usó la expresión «panda de chupapollas», Erskine estuvo seguro. Después de esto, prestó mucha atención.

Sin embargo, en ese punto, el tema parecía estar ya casi agotado y empezaron a hablar de sus planes para esa noche. A pesar de todo lo que había oído acerca de la maravillosa libertad de que disfrutaban los jóvenes solteros en Londres, Erskine se había encontrado con que los movimientos de uno en un pequeño club como ése eran, si cabe, más públicos que si estuviera en una facultad de Cambridge. De modo que él ya tenía preparada la excusa de una cena imaginaria con un primo suyo para poder acudir esa noche al combate. Cuando los otros tres se levantaron y se marcharon, dejando la tarjeta ahí, se dio cuenta con excitación de que la excusa podría cumplir una doble finalidad. La avenida Shaftesbury estaba a sólo unos minutos del United Universities Club. Podría dejarse caer por el Caravan a la salida del combate.

En el gran vestíbulo del Trinity ya había captado una vez una conversación

similar acerca de un sitio llamado el Marquis of Granby. Entonces, como ahora, lo había memorizado cuidadosamente, pero no tenía ninguna utilidad científica aparte de la importante observación de que «en un sitio así, uno nunca va demasiado elegante». De tal modo que Erskine concluyó que tendría que ir de frac si pensaba pasarse por el Caravan; pero difícilmente podría ir así al combate de boxeo. Afortunadamente, ya había decidido ponerse el abrigo de su padre para ir a Spitalfields y dejárselo puesto todo el tiempo, de modo que no tuviera que regresar a Suffolk Street con el hedor imborrable a sangre, pobreza, arenque y judío en su traje. La cola no se veía bajo el abrigo.

Pasó las primeras horas de la tarde terminado de leer la publicación de Lord Alfred Douglas titulada *Plain English*. Douglas, al igual que Erskine, había estado en la casa de estudiantes de Winchester, y Erskine había pasado un trimestre trabajando en un escritorio sobre el cual había tallado un pene erecto, que estaba considerado obra de Douglas. Erskine encontraba repulsivo lo que había leído de Wilde y sus colegas, pero cuando se enteró de que *Bosie*, como llamaban cariñosamente a Lord Alfred Douglas, había escrito un libro sobre la pureza racial, lo encargó a la Biblioteca de Londres por curiosidad. Tal y como esperaba, se trataba de una obra cruda, sin nada que decir, por ejemplo, acerca de la interesante pero descabellada teoría de Pitt-Rivers según la cual, mediante la inversión sexual, la gran conciencia evolutiva de las especies había encontrado el modo de cortar las líneas hereditarias menos prometedoras antes de que se propagaran éstas. Además, el libro parecía carecer de todas las alusiones encubiertas referentes a la inmoralidad, que Erskine a veces había encontrado, de manera increíblemente abstracta, en las obras de autores como Douglas, los cuales arman cada insinuación igual que una araña teje su tela.

Tomó filete y pastel de riñones en el club, se puso el frac, los guantes, se abotonó el abrigo y entonces, una vez blindado, cogió un taxi hacia el Premierland. Commercial Road estaba atestado de gente. El taxi se enganchó con una cadena a la que estaba sujeto el mono de un organillero y casi lo atropella. Había oído que la agencia Thomas Cook llevaba a turistas a la zona para ver el exótico East End. Para Erskine, los pobres de las ciudades no eran muy diferentes a los pobres del campo, y no alcanzaba a comprender aquello. ¿Por qué tendrán que ser tan feos y piojosos?, se preguntaba. ¿Por qué tendrán que chillarles a sus propios hijos? ¿Por qué tendrán que orinar en la calle? Evidentemente, nadie desearía estas humillaciones por su propio bien, así que solo tenía sentido como muestra de una impudicia maliciosa y deliberada. En un plano intelectual, entendía que las condiciones de estos especímenes eran el resultado de un mestizaje degenerativo y de una presión selectiva insuficiente, pero, aun así, de alguna manera, como hijo de Celia Erskine, una conocida y caritativa benefactora, no podía evitar sentirse personalmente insultado por esta obvia falta de gratitud. ¿Realmente había pasado Marx todo aquel tiempo en Londres? Seguramente se habría dado cuenta de que, si esas criaturas grises y marchitas intentaban alzarse, el resultado sería desagradable, pero apenas perceptible,

como la bocanada de humo que sale de una alcantarilla.

Se habían agotado todas las entradas, de modo que le compró una por cuatro veces el precio oficial a un revendedor que iba en silla de ruedas, y tomó asiento. Echó un vistazo. La luces de encima del ring estaban colocadas sobre un cuadrado negro impreso con anuncios de un periódico de la tarde, y alrededor de las cuerdas colgaban pósters rojos y azules con el programa del combate de la semana siguiente. A pesar de que el tipo que tenía a su lado olía fatal y no paraba de empujarle en el hombro, él se sentía seguro con su abrigo. Aquello no era como el teatro, el público allí presente entraba y salía, hablaba, silbaba y bebía, e incluso, de alguna manera, dormía si le apetecía mientras los chicos pasaban de fila en fila gritando: «¡Ricas manzanas, dos peniques!». Erskine no prestó mucha atención a los dos primeros combates. En lugar de eso, miró alrededor en busca de observaciones que algún día pudiera incluir en algún trabajo sobre eugenesia: una encantadora rubia anglosajona en brazos de algún judío con cara de sapo y verrugas, por ejemplo. Sin embargo, antes de que Erskine encontrase algo así llegó la hora del combate entre Roach y Pock.

Erskine había dado por primera vez con Seth *Sinner* Roach en un ejemplar del *Boxing* que había encontrado tirado en la cafetería del club. Leyendo las estadísticas de Sinner y observando su fotografía, Erskine tuvo dos importantes revelaciones. La primera era el hecho mismo de que tal genuina destreza deportiva pudiera haber surgido de una herencia fisiológica tan mísera; era como un melocotonero que creciese en medio de una fosa común; no es que no hubiera boxeadores judíos en aquella época, pero... ¿un torpe boxeador judío, con diez dedos en las manos y nueve en los pies, lo suficientemente bueno como para llegar a ser campeón mundial? La segunda era irritablemente oscura, como cuando sabes que has olvidado algo, pero no sabes qué es. Pero Erskine no tenía tiempo para ir tras ella porque el caso de Seth Roach le había ayudado a madurar una o dos ideas heréticas sobre cómo practicar la eugenesia, y pronto llegó a la conclusión de que la mejor manera de probarlas sería observando a Sinner de cerca. Se suscribió al *Boxing*, y cuando uno de los combates de Sinner coincidió con una de sus visitas a Londres, se decidió a ir.

El combate era apasionante. Los dos boxeadores brillaban como santos medievales. Al contrario que muchos de los deportistas que había visto Erskine, Sinner no parecía obtener satisfacción alguna de su velocidad, habilidad y poderío; formaban parte de él, era como un ciervo o un zorro, una criatura que es más hermosa porque desconoce su belleza, una criatura con el coraje para luchar para que el mundo no siga su curso mientras duerme. Hitler había dicho que «el niño alemán del futuro tiene que ser ágil y esbelto, veloz como un galgo, resistente como el cuero y duro como el acero de Krupp». Sinner lo tenía todo. Hitler no había dicho nada acerca de la estatura.

Además, había algo íntimo en esos hombres luchando casi desnudos, dando lo mejor de sí mismos. Erskine casi quería apartar la vista por vergüenza, pero estaba

demasiado embelesado. Pronto, los ánimos de la multitud parecieron apagarse, y no se podía oír otra cosa salvo el sonido de los puñetazos al golpear en el rostro.

Y entonces la cosa terminó. Erskine estaba tan decepcionado como cualquiera por la cobardía de Pock, quien, en ese momento, estaba empapado y parpadeando como alguien que no hubiera conseguido salvar a su perro de ahogarse en un río. Durante la consiguiente disputa sobre la falta, Erskine recordó que aquellos combates se regían por las reglas del Marqués de Queensberry, y, ¿no era ése el padre de Lord Alfred Douglas, demandado por Wilde por llamarle, de manera analfabeta, «sondomita»? Salvo que no estaba seguro de que fuese el mismo Marqués de Queensberry. Cuando Sinner sacó a Pock del ring, se encontró a sí mismo gritando de alegría. Tenía muchas ganas de que ganase Sinner.

Después bajó al vestuario y permaneció de pie junto a la puerta durante un minuto o dos antes de armarse de valor para llamar. La entrevista con Sinner no tuvo éxito. «Ya he visto bastantes escarabajos», le dijo. «Quiero estudiar a los seres humanos». Aquello no era del todo cierto. Tanto si Sinner aceptaba su propuesta como si no, Erskine sabía que tendría que seguir reuniendo insectos toda su vida. Por un lado, por su padre, quien financiaba sus estudios y no estaría nada contento de que cambiase repentinamente la entomología por la antropobiología, pero principalmente porque algunos de los experimentos eugenésicos que tenía previstos requerirían seguir cientos de líneas sanguíneas durante cientos de generaciones. Eso podía funcionar con los insectos, pero probablemente sería imposible hacerlo con humanos, a menos que tuvieras a toda una dinastía de científicos trabajando a las órdenes de toda una dinastía de déspotas. En una sociedad verdaderamente inteligente, por supuesto, los dos clanes pronto se fusionarían: los científicos serían déspotas y los déspotas, científicos. Al menos con los escarabajos era fácil ser ambos. No hacía mucho que había leído un libro titulado *Si yo fuera dictador*, de Julian Huxley, con quien había coincidido una vez en una fiesta. Huxley sostenía que en las bulliciosas calles de tiendas tendría que cambiarse el pavimento por plataformas neumáticas móviles, y que el sexo debería enseñarse en las escuelas. Sin embargo, otras ideas suyas eran más encomiables: «El auténtico británico está orgulloso de su reticencia en convertirse en conejillo de indias del Gobierno», escribía. «En realidad, esta actitud es el producto de una estupidez irracional y sospechosa por su parte, y de una acción no planificada y falta de rigor científico por parte del Estado; se podría y se debería crear un ambiente en el cual ser seleccionado como objeto experimental y servir a la ciencia para el progreso de la sociedad fuese considerado como un honor».

Pero en el vestuario de Sinner no había tal ambiente, y Erskine abandonó el Premierland casi entre lágrimas. Tuvo que recorrer penosamente Commercial Road entre los empujones de la gente hasta que pudo coger un taxi. No quería pedirle al taxista que le llevara al Caravan, así que se bajó en el extremo norte de Endell Street y caminó arriba y abajo durante cerca de veinte minutos hasta que se dio cuenta de que el club estaba situado por debajo del nivel de la calle. Permaneció en lo alto de

las escaleras reuniendo las fuerzas suficientes para entrar, igual que había hecho en la puerta del vestuario, y comenzó a bajar. Entonces fue cuando, como si de un sueño se tratase, Sinner apareció por la puerta.

—¿Qué coño está haciendo usted aquí? —dijo el boxeador—. Usted me ha seguido.

En realidad, durante un instante de locura, Erskine había supuesto justo lo contrario: que Sinner le había seguido a él hasta Covent Garden para decirle que había cambiado de opinión. Pero aquello no tenía sentido.

—¿Qué? —dijo él, y se dio cuenta de que había otro chico con Sinner, ¿otro boxeador, tal vez?

—Me ha seguido hasta aquí. Probablemente para secuestrarme. Capullo estirado.

¿De qué otro modo podía justificarse Erskine? Podía estar bastante seguro de que Sinner no había oído hablar de la Conciencia Evolutiva de Pitt-Rivers, y no comprendería que el Caravan era el sitio perfecto para probar aquella teoría. Además, todo apuntaba a que saldría mal parado si intentaba discutir. De modo que dijo: «Está bien. Le he seguido hasta aquí. Lo lamento». Y fue golpeado, de todos modos. Había encontrado de lo más tentador mentirle al chico: había algo en su mirada que te despellejaba vivo. Recordó que los boxeadores tenían que ser agudos empíricos del comportamiento humano para poder así predecir siempre el siguiente movimiento del adversario. A Erskine le gustaba verse como un agudo empírico del comportamiento humano, pero lo cierto es que le parecía una asignatura bastante desconcertante, igual que el álgebra.

Una o dos personas se rieron de él mientras bajaba corriendo por Endell Street. De repente, sentía un calor insoportable bajo el caparazón del abrigo de su padre. Al cruzar Long Acre, aminoró y entró en un pub de Bow Street cerca del Teatro Real de la Ópera para tomar un brandy. No quería regresar al club aún. Desde el bar podía ver la calle a través de la ventana y, un minuto después, para sorpresa suya, vio pasar a Sinner junto al otro chico. Hasta el hecho de mirar a Sinner caminar resultaba algo fascinante: tenía cierto balanceo arrogante, como si todavía estuviese en el ring. Erskine apuró de un trago la bebida.

Ya en la calle, siguió a los dos desde cierta distancia. Dieron un largo paseo hasta el Strand, luego giraron a la izquierda y se metieron en el pequeño lío de calles que hay junto a la estación de Charing Cross, donde Erskine sabía que no podría evitar que le vieran si alguno de ellos se giraba; pero no lo hicieron, y pudo ver a Sinner conducir al chico hacia el interior del Hotel de París. El estrecho edificio resultaba un intruso desgastado y raído en una calle relativamente elegante. Erskine permaneció de pie en la esquina durante diez minutos fumándose un cigarro y repasando mentalmente todo lo que sabía acerca de los pervertidos, para el caso de que se viera obligado a hacerse pasar por uno; luego entró. Había un hombre gordo con tirantes detrás de un mostrador leyendo una novela barata de detectives; respiraba con fuerza. Pidió una habitación individual para la noche y obtuvo la llave a cambio de diez

peniques.

—¿Espera alguna llamada más tarde? —dijo el hombre.

—En absoluto, no.

Erskine ni siquiera miró el número de habitación en la llave. En lugar de eso, caminó por los descoloridos pasillos del Hotel de París preguntándose cuál sería la habitación de Sinner, sin oír nada salvo el crujir de sus propios pasos y los quejidos intestinales de las tuberías del agua caliente. ¿Por qué estaba allí? Cuando hubo recorrido los tres pisos eligió una habitación al azar, la 39, se arrodilló, y acercó su oído a la puerta. En el interior se oían jadeos y resoplidos. ¿Podían ser Sinner y el otro chico?, se preguntó; tenía el estómago vacío. Pero cuando probó en la 38 oyó lo mismo, en la 37, silencio, y en la 36, de nuevo jadeos.

—¿Qué diablos andas tramando?

Erskine levantó la mirada. Un hombre con sombra de ojos roja y sin camisa estaba saliendo del lavabo común. Tenía las manos sobre sus caderas y hablaba con una voz aguda que a Erskine le pareció repugnante.

—Nada —respondió Erskine, y se puso de pie.

—Estaré libre en una hora si lo que estás buscando es un poco de...

—¡No! —gritó Erskine y, de nuevo, salió corriendo.

Aquella noche, agarrado a las sábanas en el United Universities Club, soñó con dos conejos, uno blanco y otro negro, atados juntos sobre una mesa de operaciones y abiertos de tal modo que la arteria carótida de cada uno vertía su sangre en el corazón del otro. Cuando se despertó, ahogado en una sangre que no estaba allí, se preguntó acerca del simbolismo de aquello —había leído a Freud, al igual que a Marx—, hasta que recordó que la imagen no era producto de su inconsciente, sino un experimento real desarrollado en 1870 por el gran Francis Galton, inventor de la palabra *eugenesia*, para refutar la teoría de la pangénesis de su primo Charles Darwin. «Fue increíble ver lo rápido que se recuperaron los conejos después del efecto de la anestesia», había escrito Galton. «A menudo sucedía que sus ánimos y aptitudes sexuales no se veían en modo alguno quebrantados por una operación que, tan sólo unos minutos antes, había intercambiado casi la mitad de la sangre que había en sus cuerpos». Erskine se levantó y se dio un buen baño.

SÓLO SEISCIENTAS O SETECIENTAS personas en el mundo tienen trimetilaminuria. Debido a un error en nuestros genes, nuestro cuerpo no es capaz de romper la trimetilamina, la molécula que da el mal olor al pescado podrido y a las infecciones bacterianas de la vagina. De ahí todos esos viejos chistes pesados sobre un ciego que entra en una pescadería creyendo que es un burdel, o viceversa, y que bien se podrían haber hecho sobre un ciego que llega a una convención de afectados de trimetilaminuria, aunque, en realidad, si alguna vez tuviese lugar una convención así, no hay duda de que se la consideraría como un arma biológica y enseguida enviarían los cazas allí. La trimetilamina se expulsa con el sudor, la orina y la saliva, e impregna el aire que hay a nuestro alrededor. No hay cura. La mayoría de nosotros nunca tendrá sexo consentido, y muchos de nosotros se habrán suicidado antes de llegar a los treinta. Solía dedicar cierto tiempo a los mensajes del grupo de apoyo para afectados por la trimetilaminuria, lo más cercano a la convención antes mencionada, pero encontraba el tono demasiado deprimente, al contrario que los mensajes de los coleccionistas de objetos nazis, que son enérgicos y se aprecia en ellos un esfuerzo común y una sana competición.

Además de trimetilaminuria, tengo asma, un eccema, acné quístico, síndrome del intestino irritable leve y media docena de otras enfermedades absurdas no terminales. He acabado por ver mi cuerpo como una especie de joven idiota faulkneriano al que debo arrastrar allá donde voy, quejándose siempre a mis espaldas. Stuart está convencido de que dentro de cincuenta años será posible cargar la información de nuestro cerebro en un ordenador y seguir viviendo como meras lucecitas de un disco duro. Anhele ese día de éxtasis. (Casualmente, el propio Stuart padece una especie de trimetilaminuria electrónica, se ve en la repugnancia con la que escribe sus mails y mensajes, y asegura que soy la única persona que queda en la comunidad de coleccionistas de objetos nazis de Internet que todavía le dirige la palabra. Una vez engañó a varios de sus enemigos para que vieran un video de nueve minutos de género vagamente pornográfico llamado *Tres Chicas, Dos Copas*; y al menos una de las víctimas, que se sepa, no ha vuelto a acercarse a un ordenador desde entonces). Pero hasta ese día, tendré que seguir oliendo a coño sucio.

Por consiguiente, podríais esperar que cuidase de mi piso en Holloway de manera excelente, ya que rara vez me siento motivado para salir. Sin embargo, han pasado ya varios meses desde que Maria se fue, y las cosas han llegado a un punto en el que me preocupa que, sin los calcetines sucios, los envases de usar y tirar y los pañuelos arrugados con semen, como si de burdas rosas artificiales se tratara, el lugar pudiera parecerme vacío y extraño. No soy alguien al que le importe un poco de desorden. Además, incluso si estuviese impecable, el olor de la trimetilamina sería insoportable para cualquiera excepto para mí. A veces me gusta verlo como una especie de poder

mutante, pero la verdad es que no creo que yo encajase muy bien dentro de los *X-men*.

Cuando regresé a casa del piso de Zroszak alrededor de la una de la madrugada, encendí el ordenador y dejé un mensaje en el principal foro de coleccionistas.

Asunto: Philip Erskine?

De: Kevin (mensajes: 1.267)

Hora: 1:11 GMT

>alguien sabe algo acerca de un científico y posible conocido de Hitler llamado Philip Erskine?

Abrí el chat. Stuart, como siempre, estaba todavía conectado. No duerme mucho.

KEVIN: >hoy vi un muerto

STUART: >lo desenterraste tú mismo? lol

KEVIN: >en serio

STUART: >dónde?

KEVIN: >no puedo decírtelo

STUART: >bueno, qué misterioso estás

>hey, qué es eso de «Philip Erskine»?

Stuart tiene una aplicación que le avisa automáticamente de cada mensaje nuevo en los principales foros, de manera que no tenga que pulsar «actualizar» cada diez segundos.

KEVIN: >solo algo con lo que he dado

STUART: >algo que ver con el muerto?

KEVIN: >no

STUART: >venga

KEVIN: >no, nada que ver

STUART: >vamos, no me jodas, me estás ocultando algo?

KEVIN: >no

STUART: >así que dos cosas tan emocionantes te han sucedido en una noche pero no tienen

>relación alguna? bien.

Sintiéndome culpable abrí otra página y busqué «Philip Erskine». Un orador motivacional, un profesor de historia, un urbanista y otros pocos, pero ningún

científico. Regresé al foro. Para sorpresa mía, alguien ya había contestado a mi mensaje.

Asunto: Philip Erskine?

De: nbeauman (Mensajes: 17)

Hora: 1:14 GMT

>alguien sabe algo acerca de un científico y posible conocido de Hitler llamado Philip Erskine?

>Algo que ver con Seth Roach, el boxeador?

Recordé que Grublock había mencionado ese nombre y escribí:

Asunto: Philip Erskine?

De: Kevin (Mensajes: 1.268)

Hora: 1:15 GMT

>alguien sabe algo acerca de un científico y posible conocido de Hitler llamado Philip Erskine?

>Algo que ver con Seth Roach, el boxeador?

>sí. qué más sabes?

Esperé, impaciente, durante cinco minutos, pero no hubo respuesta. Fui al perfil de nbeauman para ver sus dieciséis mensajes anteriores: tan sólo breves aportaciones de rutina a unas pocas discusiones en el foro; de hecho, algunas de ellas ya las había leído sin fijarme en su nombre.

Pasé la siguiente media hora realizando búsquedas de «Philip Erskine» y «Seth Roach», de las cuales no saqué mucho en claro, a la vez que conversaba con Stuart acerca de si Unity Mitford podía haber sido realmente la madre del hijo del Hitler y si merecía la pena comprarse la última edición especial con dos DVD de *Godzilla vs. Mothra*. Alrededor de las dos de la madrugada me fui a la cama. A eso de las cinco algo me despertó. Abrí los ojos. Había un hombre en mi habitación.

Se sentó, ya que no había otro sitio donde hacerlo, en la cómoda junto a la puerta. Era delgado y musculoso, vestía de negro, y sujetaba una pistola negra semiautomática con un largo silenciador.

—Levántese y quédese de pie junto a la cama, por favor —dijo—. No se mueva a menos que se lo diga y no le pasará nada —tenía un ligero acento galés. Hice lo que me dijo—. Las manos a los lados, gracias —no bajó el arma—. Necesito que me diga qué encontró en el piso del detective.

—Una carta de Adolf Hitler a Philip Erskine, fechada en 1936, en un estado entre «Bueno» y «Muy Bueno» —dije rápidamente. Habría querido mentir, pero estaba demasiado asustado.

—Me temo que eso no me sirve de nada. Esperaba que fuese algo más sustancial.

¿Qué más sabe de Philip Erskine?

—Nada.

—La verdad, por favor.

—Usted mató a Zroszak.

—Sí.

—¿Trabaja para los japoneses? ¿Un consorcio?

—Estaba usted hablando de Philip Erskine.

—Necesito ir al servicio —la voz me temblaba.

—Espere, por favor.

—No puede imaginarse el olor que habrá aquí si me meo encima —dije. En realidad, no podía ser mucho peor que lo que ya era: sudo tanto cuando me asusto que parezco un pequeño acontecimiento tóxico aerotransportado.

Me miró durante un segundo y preguntó:

—¿Dónde está el baño?

—Junto al salón.

—Vaya.

Me siguió desde el dormitorio hasta el salón. Dio la luz, y eché un vistazo atrás para poder verle mejor. Sabía que debía estudiar su rostro con calma, pero lo único que podía mirar era la pistola que sostenía; había visto esa forma en docenas de videojuegos, y entonces es cuando vi el tatuaje en su muñeca: una daga de caza coronada con una esvástica redondeada.

—Usted es de la Sociedad Thule —susurré.

—Dese prisa, por favor —dijo. Mientras entraba en el baño añadió—: No cierre la puerta.

No lo hice. Pero mi cuerpo le tapaba la vista del lavabo. Con una mano saqué mi pene del pijama y con la otra cogí el tarro del cepillo de dientes. Meé en el tarro hasta casi llenarlo. Al salir del baño, sujeté el tarro tras mi espalda y con mi mano libre señalé la carta de Hitler sobre el escritorio.

—Ahí está —dije—. Es lo que cogí.

El ariosofista galés se acercó para cogerla y le lancé el tarro de pis caliente a la cara.

La trimetilamina en concentraciones altas huele más a amoníaco que a pescado y es malignamente perjudicial para las membranas mucosas. Al igual que la abeja *Bethylidae*, que lanza un chorro de veneno a su enemigo al huir del combate, fue solo una maniobra de distracción; mientras el ariosofista tosía, tenía arcadas y se frotaba los ojos con el talón de las manos, tuve tiempo de coger las llaves del coche del escritorio y salir del piso.

Cerré la puerta tras de mí y oí dos disparos, no más sonoros que el sonido que produce una grapadora. Corrí escaleras abajo, esquivé a algunos borrachos que estaban fumando en el exterior del *Happy Fried Chicken*, y subí a mi coche. Había llovido durante la noche y las farolas iluminaban el asfalto bajo las ruedas con una

luz dorada y granulosa, como la sangre de los narcisos que rezuma a través de la tierra. Un helicóptero zumbaba a lo lejos.

Mientras bajaba a toda velocidad por Camden Road camino del ático que Grublock tenía cerca de Battersea Bridge, pensé que Zroszak podía perfectamente haber sido asesinado por el Partido Whig pues, por lo que yo sabía, la Sociedad Thule llevaba sin actuar, al menos, los últimos ochenta años.

Había sido fundada en 1914 por Rudolf von Sebottendorff, un ocultista y aventurero. Debe su nombre a Thule, capital de Hiperbórea, una utopía perdida cerca del Polo Norte, identificada por el congresista norteamericano Ignatius L. Donnelly como la localización real de la Atlántida y cuna de la raza aria. Sebottendorff mantuvo reuniones en un hotel de Múnich e incluso adquirió un semanario local. En 1919 dos miembros de la Sociedad Thule, Anton Drexler y Karl Harrer, se encargaron de establecer un frente político para la organización al que llamaron Partido Alemán de los Trabajadores. Luego, en 1920, Adolf Hitler se adhirió al partido y cambiaron su nombre por el de Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores.

A partir de entonces no se sabe mucho. Sebottendorff se trasladó a Turquía huyendo de los agentes de la República Soviética de Baviera, y se supone que la Sociedad Thule se marchitó como el capullo de una mariposa. Sin embargo, es sorprendente el número de personas que uno se encuentra en la comunidad de coleccionistas de objetos nazis en Internet que piensa que el Partido Nazi nunca fue otra cosa que una fachada para los hechiceros ariosofistas. (Y otros creen que Hitler era o bien un agente secreto británico o el jefe de algún tipo de mafia homosexual).

De hecho, Stuart insistió durante algunos meses, hasta que perdió el interés, en que la Sociedad Thule estaba detrás de los ataques del 11 de septiembre. Puede que ya estéis al tanto de que al final de la Segunda Guerra Mundial los americanos llevaron a cabo la llamada *Operación Sujetapapeles*, en la que embarcaron a docenas de científicos nazis hacia América para trabajar en física nuclear y experimentar con cohetes. De hecho, según Stuart, eran verdaderos expertos en antigravedad, vida extraterrestre y necromancia, y muchos de ellos tenían una posición jerárquica dentro de la Sociedad Thule. De alguna manera, estos científicos establecieron una alianza con sus primos de la Universidad de Yale, la Sociedad Skulls & Bones, a la que muchos de los hombres más poderosos del siglo veinte, entre otros, Robert A. Lovett, artífice de la CIA, y los dos presidentes Bush, han mostrado lealtad. Esta «Hermandad de la Muerte» veía al Tercer Reich como una carrera de entrenamiento para alcanzar el Cuarto Reich, el Nuevo Orden Mundial de los EE. UU., y entre sus últimos sucios trucos se encuentran la demolición de las torres del World Trade Center con explosivos plásticos a control remoto y dos aviones holográficos. Su objetivo final es conquistar la ciudad sagrada de Agartha, escondida bajo las nieves del Tíbet, y usar sus poderes sobrenaturales para dominar la Tierra por toda la eternidad.

A pesar de que me resulta perfectamente obvio que nos han contado muchas mentiras acerca del 11 de septiembre, encuentro la versión de Stuart muy poco plausible debido a razones que no entraré a explicar aquí. Supongo que es gracioso que una organización como la Sociedad Thule, compuesta en su mayoría por unos pelmazos paranoicos que no hablan de otra cosa más que de los dioses de la Atlántida y de los Protocolos de los Sabios de Sión, y que son incluso peores que «mis amigos de Internet», regrese como un fantasma para aparecer en todas y cada una de las teorías conspiratorias modernas. Todos los paranoicos no tardan en empezar a imitar a sus enemigos, y la Sociedad Thule lo hizo casi a la perfección. De cualquier modo, había algo gracioso en la idea de que, en pleno siglo veintiuno, los ariosofistas asesinasen a un detective privado londinense. Algo gracioso y algo terrorífico. Mientras cruzaba Vauxhall Bridge, dejando el edificio del MI6 a mi izquierda, pensé en que una ciudad no es sino la suma de todo aquello que se aglutina en torno a un millón de secretos: un zorro en tu jardín es un beso robado es una emisora de radio clandestina es un detective muerto es un ariosofista galés con una pistola es una onza de marihuana con tus patatas fritas grasientas es la colección de objetos raros nazis que mi jefe, Horace Grublock, guarda en el piso de arriba de su ático.

AGOSTO DE 1935

JUDAH KÖLMEL, HERMANASTRO DEL GÁNSTER Albert Kölmel, se inclinó para lamer el hombro de Sinner. Estaba salado como un arenque, así que dijo: «Eso es todo de momento». Cualquier buen entrenador podía probar el sudor de un boxeador y saber si había entrenado lo suficiente ese día, pero dieciocho años antes de que pintase las palabras *GIMNASIO KOLMEL* sobre la puerta de un almacén de ropa vacío en la Quinta Avenida, Judah Kölmel era capaz de hacer mucho más. Podía saber si habías comido *kosher*; si habías tomado alcohol, nicotina o marihuana, sabía si tenías gripe antes de tu primer estornudo. Podía saber si su esposa desnuda había fingido. A veces pensaba que podía notar la mala suerte, que podía percibir la impureza ante Dios y la sombra de la muerte. Tres de cada cuatro veces percibía si un boxeador iba a ganar o a perder el siguiente combate. Pero cuando lamió a Sinner, pudo notar, evidentemente, que Sinner había estado saltando, corriendo y entrenando durante ocho horas y que ya había hecho suficiente; más allá de eso, nada: un sudor tan blanco como la condensación en un espejo.

Así que Kölmel, todavía un poco perturbado por todo eso, a pesar de llevar con él una semana, no soltó ninguna ocurrencia cuando le pasó a Sinner una toalla, y dejó que su primo Max Frink dijese: «Hoy has trabajado duro». Los tres comenzaron a subir las escaleras de metal hacia el vestuario de Sinner, en la primera planta, a pesar de que varios clientes del Gimnasio Kolmel (que nunca, por motivos comerciales, había mantenido la diéresis) permanecían junto a sus sacos de boxeo.

—¿Puedo ir esta noche a Times Square? —preguntó Sinner. Lo dijo con sarcasmo, como había hecho cada noche desde que llegaron a Nueva York, sabiendo que la respuesta sería no. De todos modos, Frink insistía en que no era la mitad de bueno que Picadilly Circus.

—No hay necesidad, Seth —dijo Kölmel—. Esta noche nos divertiremos un poco. Una gran cena.

—¿Qué? —dijo Frink.

—Un banquete con el rabino Berg —añadió Kölmel—. Ya sabes, se lo prometí en mi carta.

—Pues irás tú —dijo Frink.

—Estoy reventado —dijo Sinner. Kölmel le pasó al chico tres cigarrillos y cerró la puerta tras él. Los dos hombres se quedaron en el pasillo.

—¿A qué coño viene todo esto de la cena? —preguntó Frink con calma.

—El rabino Berg tiene muchas ganas de conocer al chico. Estoy seguro de que te lo había comentado.

—¿Habrá vino?

—Sí, pero...

—El rabino Berg puede conocerle otro día.

—¡Se lo prometí!

—No.

—Max, no sabes todo lo que el rabino está haciendo por nosotros. Ni lo mucho que podría hacer por Sinner. Él mismo es como un niño cuando se trata de boxeo, le encanta. Y tiene familiares en Londres.

—¿Estáis locos? Estamos pagando a un tipo para que se quede delante de su puerta por la noche, y ahora ¿quieres meterlo en una agradable cena con vino? —dijo Frink, susurrando para que no se oyese su voz—. Escúchame, Judah, puede que yo no sepa mucho del rabino Berg ese, pero te diré lo que tú no sabes: no sabes lo rápido que pueden torcerse las cosas con Sinner. Nunca lo has visto. Por el amor de Dios, tiene que pelear mañana por la noche —Kölmel había organizado un par de combates de preparación con algunos chicos locales previos al crucial combate de Sinner contra Aloysius Fielding a la semana siguiente. Si Sinner derrotaba a Fielding, y seguro que lo haría, sería suficiente para que se estableciera en América, y eso supondría combates mayores, títulos mayores y recompensas mayores. Puede que no tuviese que regresar a Inglaterra en meses. El viaje no hubiera sido posible sin Judah Kölmel, y Frink le estaba tan agradecido que, normalmente, hubiese ido con él donde dijese, pero esto era demasiado importante, y si Frink era capaz, de vez en cuando, de desafiar a Albert Kölmel, lo cual muy pocos hombres o mujeres habían hecho nunca, entonces seguro que era capaz de decepcionar al hermanastro de Albert Kölmel.

—Todo lo que tenemos que hacer es vigilarle. Tú te sientas a su izquierda y yo a su derecha, y le seguimos hasta cuando vaya a mear.

La dentadura postiza de Kölmel estaba suelta y repiqueteaba mientras hablaba. Se rumoreaba que siempre llevaba una pequeña pistola automática en el bolsillo y que era miembro del Club Pangaeano de Nueva York.

—No, rotundamente no. Sinner y yo nos sentimos muy honrados por la invitación, pero rotundamente no.

Así que mientras Sinner se lavaba las manos y se cambiaba de ropa, Kölmel entró en su oficina, telefoneó al rabino Berg y le persuadió para que no se sirviera vino en la cena, logrando en diez minutos lo que treinta años de prohibición no habían conseguido.

Fuera, en la calle, la luz del sol a las cinco de la tarde parecía elevarse como rocío a través de las grietas del pavimento. Sinner y Frink cogieron un taxi de vuelta a su hostel en la parte baja del East Side junto a la antigua Sinagoga Bialystoker. Kölmel conocía al propietario, y a Sinner le habían dado una habitación con barrotes en las ventanas y un gran cerrojo en la puerta. Sinner se bebió un Dr. Pepper. Nunca antes lo había probado y le pareció inquietantemente delicioso; hojeó un cómic de boxeo llamado *La Bestia Extrema*, que, a pesar del título, hacía parecer el boxeo tan inofensivo como el cricket, y se puso un traje que le había prestado un sastre amigo

de Kölmel y que le quedaba demasiado estrecho y largo por las piernas. Luego, los dos ingleses caminaron hasta la casa del rabino Berg en Cherry Street.

Frink no podía fingir que no se sentía culpable por tratar a Sinner de aquel modo, arrastrándole de un lado a otro como a un preso bajo vigilancia, negándole un solo momento de placer en aquella extraordinaria ciudad. Cuando Frink combatió «por Inglaterra» en la guerra, realmente lo había hecho por Londres, pero tenía que reconocer que Nueva York parecía una ciudad aún más importante. Eso era lo que le estaba robando a Sinner, quien no tendría diecisiete años nada más que una vez en la vida. Pero para reafirmarse sólo tenía que recordar los tiempos en los que el chico había aparecido borracho en los combates, o había vomitado durante el entrenamiento o desaparecido durante días; por no mencionar episodios más carnavalescos, como la vez en que le robó un caballo a la policía. Frink había sabido que Sinner tenía ese caos en su interior desde el día en que se conocieron, pero aquello no había hecho más que ir de mal en peor y, a pesar de toda la ayuda que Frink le había prestado a Sinner con sus golpes cortos y sus heridas, sus cenas y sus deudas, no podía ayudarle en esto. Quería desesperadamente hacerlo, pero no podía. Frink sabía lo que era querer ahogar las penas en alcohol, y conocía la tristeza que sentía Sinner, o parte de ella. Sin embargo, a menudo sentía que Sinner no bebía por tristeza, sino más bien porque veía el alcoholismo de la misma manera en que veía casi todo lo demás: igual que un territorio por conquistar, un oponente al que enfrentarse, un amante al que usar. Ni a los ojos, ni mordiscos: ésas eran las palabras que se decían antes de cada combate como una cortesía. Ir a los ojos o morder eran dos formas de arrebatarse algo que no era tuyo, y Sinner, si podía, si nadie le paraba, intentaría arrancar y morder hasta que no quedase mundo. O hasta que no quedase nada salvo dedos y dientes. O hasta que no quedase nada en absoluto. Y era por eso por lo que tenía que ser un prisionero, por culpable que esto le hiciera sentirse a Frink.

Pero, en realidad, según pasaban junto a un escaparate que anunciaba «PURA MOSHA 100% DE CENTENO» y que en ese momento casi rompe un niño al darle una patada a una lata, a Sinner el lugar no le parecía en nada diferente a Spitalfields; salvo que Nueva York ofrecía un profundo y generoso cielo que él nunca podría olvidar. De todos modos, Frink no se equivocaba al ser precavido: Sinner quería ginebra o lo que fuera que bebieran allí y, de una manera u otra, lo conseguiría. Volvió la mirada hacia el chico, y pensó que el muchacho pronto conocería su nombre, como todos los demás en aquella ciudad.

La casa del rabino Berg estaba repleta de cuadros y adornos, y de pequeñas lámparas y cosas medio rotas. Les dio la bienvenida diciendo:

—Espléndido, espléndido, espléndido.

Tenía los rasgos de la cara profundos y finamente marcados, como si le hubiesen atrapado en una red para gambas.

—Es un placer conocerte, Seth. ¿Quién es tu rabino en Londres? ¿El rabino Brasch? Nuestros caminos no se han cruzado. Ven y siéntate, no puedo permanecer

mucho tiempo de pie, y el señor Kölmel ya está aquí.

Pasaron al comedor y bebieron un granizado de mora. Al cabo de unos minutos el resto de invitados ya había llegado: el señor Balfour Pearl, un hombre atractivo de ojos oscuros de unos treinta y tantos al que presentaron como llegado directamente de la oficina del alcalde, y el rabino Shmuel Siedelman, quien tenía más o menos la misma edad que Pearl y se mostraba mucho más reservado que su colega Berg.

El anfitrión se sentó en un extremo de la mesa, con Kölmel y Siedelman a su izquierda, Sinner y Frink a su derecha, y Pearl en el otro extremo. Cuando la sirvienta trajo la cena, consistente en *dumplings* de ternera y cebolla picada acompañados de repollo, el rabino ofreció a sus invitados una oración por los judíos de Alemania. Todo el mundo cerró los ojos menos Sinner, que echó un vistazo al comedor. No era la primera vez que estaba en una casa elegante: algunos encopetados a los que había conocido en el Caravan le habían llevado a magníficas casas antiguas de Belgravia o Knightsbridge. Pero ésta era la primera vez que estaba en una casa de éstas como invitado, propiamente hablando, por no hablar como invitado de honor, y la primera vez que le atendía una sirvienta. Los rabinos que había conocido en Londres no vivían así, y tampoco aspiraban a tener funcionarios del ayuntamiento sentados a la mesa para cenar. Se preguntó qué diferencia había realmente entre un hombre como el rabino Berg y otro como Albert Kölmel. Conocías a todo el mundo y todo el mundo te conocía a ti, ésa era la base de tu poder: dentro de poco, no quedaría nadie que no te debiese un favor. Eran sólo los conjuros que pronunciaban, le parecía a Sinner, lo que les diferenciaba.

—Dime, Seth —dijo Berg tras la oración—, ¿cuánto tiempo llevas boxeando?

Sinner se encogió de hombros.

—Desde que tengo memoria.

—Max, cuéntenos cómo lo encontraste —dijo Kölmel.

—No quiero avergonzar al chico —dijo Frink, y miró a Sinner, pero éste no dijo nada, de modo que Frink continuó—: Bueno, fue cuando él tenía doce años. Un tipo rico llegó en un gran Bentley negro, ni idea de qué hacía en nuestro barrio, le había dado a Sinner un chelín por vigilarle el coche durante una hora y le había prometido otro más cuando regresase. Diez minutos después el chico, sencillamente, se largó. Probablemente vio algo que birlar —añadió sonriendo hacia Sinner quien, de nuevo, no dijo nada—. Cuando volvió, un grumete de los muelles estaba sentado fumando sobre el capó. Debía de tener dieciocho o diecinueve años. Y claro, Sinner quería su segundo chelín. Le dijo al tipo que se marchara. No lo hizo, de modo que Sinner saltó sobre él. Lo vi todo desde la lechería al otro lado de la calle. Tuve que ir corriendo y separarlos, o no sé cómo hubiera terminado aquello. Los dos estaban llenos de sangre. Le dije a Sinner que debería dedicarse al boxeo.

Después de algunas preguntas más de Berg a Sinner y Frink, Siedelman dijo:

—¿Y no te preocupa que este deporte sea un poco... *goyishe midas*? —Sinner no sabía lo que significa aquello—. ¿Emprendiéndola a golpes para derramar la sangre

de otro judío?

—Oh, vamos, Shmuel —dijo Berg—. Si sacas a los judíos del boxeo se acabó el boxeo. Deberíamos estar orgullosos de eso. Y creo que no es casualidad. Sabemos seguir una dieta. Sabemos ser rápidos. Sabemos mantenernos limpios. Sabemos seguir buenos hábitos. Por supuesto que tenemos buenos boxeadores. ¿Has visto alguna vez a Barney Ross, Shmuel? Le preparé para su *bar mitzvá*. Sube al ring con el *talaith* sobre sus hombros y el *tvillan* en los brazos. Los desenvuelve lentamente, los besa y los coloca en una bolsa de terciopelo que le da a su entrenador, y todo el mundo permanece en silencio como si estuvieran en *shul*^[4]. Es algo hermoso de contemplar. Tengo entendido, sin embargo, que el señor Roach ni siquiera lleva la estrella en sus calzones.

—Lo arreglaremos, rabino —dijo Kölmel.

—Me encanta ver pelear a los judíos —dijo Pearl—. Nuestras escrituras no dicen que haya que poner la otra mejilla. Ahora todos somos darwinianos, ¿verdad, caballeros? Y la supervivencia de los más preparados supone que tienes que aprender a soltar un puñetazo.

—Oh, no metamos a Darwin en esto —dijo Siedelman—. He descubierto que si un gentil habla demasiado acerca de Darwin, es una muestra bastante evidente de que odia a los judíos.

—Ya sabes que el mismo Darwin era judío —dijo Berg.

—No lo era —respondió Siedelman.

Berg se rio.

—No, no lo era. Pero lee tu Talmud. Cada siete años, Hashem^[5] solía cambiar todos sus animales por otros. ¿Sabías eso, Seth? ¿Sabías que, en un tiempo, chico y chica eran uno solo, y ahora son dos? —Sinner nunca había oído hablar de aquello, pero lo encontraba interesante. La gente apenas había probado la cena, pero él ya había limpiado su plato, y ahora hacía girar su cuchillo alrededor de su pulgar hacia adelante y atrás—. Y está escrito en el Zohar que los simios son los descendientes del hombre pecaminoso. Como verás, llegamos primero, como de costumbre.

—No me cabe la menor duda de que Moisés era darwiniano —coincidió Pearl—. ¿Acaso no quería que su pueblo estuviese en lo más alto? ¿Que su prole dominase el mundo?

—A los cristianos les entra el pánico —dijo Berg—. Encuentran fósiles de más de diez mil años y tienen que fingir que no están ahí. Pero los judíos los encuentran y saben que se trata de una prueba de que hubo otros mundos anteriores al nuestro. La Torá puede convivir con la ciencia.

—Usted sabe, rabino, que los cristianos antes de Darwin tenían la Explicación del Diseño —dijo Pearl—. Decían: «¡Mirad la hermosas mariposas en el prado! Eso sólo puede ser obra de Dios». Los hebreos simplemente se preguntaban: «¿Qué diablos es un prado?» —casi todos soltaron una carcajada. Frink rio con nerviosismo, sabía que estaba muy verde en la materia—. Desde que vivíamos en el desierto, siempre hemos

vivido en ciudades —continuó Pearl—. Todo aquello que vemos es obra del hombre. Nunca hemos tenido tiempo para la Explicación del Diseño. No la necesitamos para nuestra fe. No nos importa que ahora esté en el cubo de la basura.

—Y la persona que hará esas ciudades pronto serás tú, Balfour —dijo Siedelman.

—No estoy tan seguro de ello, rabino.

—Tengo entendido que lo está haciendo bastante bien, señor Pearl —dijo Kölmel.

—A menudo le hablo a Balfour acerca de Nicholas Hawksmoor —dijo Berg—. Construyó iglesias en Londres. Ustedes deben de conocer la iglesia de Cristo, en Spitalfields.

—La veo todos los días —dijo Frink, contento de poder tener la oportunidad de contribuir—. Algo precioso.

—Sí, aunque he oído que ahora está algo abandonada —añadió Berg—. Bueno, pues dicen que Hawksmoor adoraba al diablo. Dicen que si se traza una línea entre sus iglesias sobre un mapa se obtiene un pentagrama, o algo así. Debo decirte, Balfour, que tú tienes que ser el Hawksmoor de Nueva York. Tienes que construir las autovías y los parques, de manera que cuando invoquen la Cábala (quizás al Sefirot, al Árbol de la Vida), nadie, salvo los judíos, sabrá de qué va la cosa. ¿No sería maravilloso?

—Ya tengo bastantes problemas tal y como están las cosas, rabino.

—Exactamente, ¿a qué te dedicas, hijo? —preguntó Frink.

—Trabajo en la Comisión de Urbanismo de Nueva York, señor.

—Balfour va a limpiar toda la zona baja del East Side —dijo Siedelman.

—Al menos, a eso aspiro —añadió Pearl.

—¿Limpiar? —preguntó Frink.

—Bueno, espero que dentro de poco nos hayamos deshecho de las barriadas y de toda esa porquería. Llevar a la gente al desarrollo moderno y racional, donde los niños no tengan que jugar en las calles y nadie viva junto a una licorería o una sala de billares, y donde las familias decentes dispongan de algo de espacio y privacidad.

—Eso suena magnífico, señor Pearl —dijo Kölmel—. Pero ¿quién lo va a pagar?

—La ciudad.

—En ese caso, con todo respeto, ¿no hay muchos tipos que estarían dispuestos a hacer todo eso sin que saliese de mis impuestos?

—Ah, cómo no, siempre esos valiosos impuestos que tienen que ser protegidos como si se tratase de niños pequeños —dijo Berg.

—¿Quién más lo haría? —preguntó Siedelman—. No podemos dejarlo en manos del famoso *Mercado Libre*.

—No —contestó Pearl—. El alcalde LaGuardia y yo estamos completamente de acuerdo al respecto.

—El edificio Empire State está tan vacío que han tenido que pagar a colegiales para que vayan tirando de la cadena de todos los retretes para que la porcelana no se manche —dijo Siedelman—, y mientras, en Arkansas, hay familias viviendo en

cuevas y comiendo rastros. Eso es lo que obtienes cuando depositas tu fe en los negocios. Pronto estaremos igual que en Alemania. Después de perder la guerra, tuvieron la inflación, los planes para hacerse rico en dos días, el dinero americano entrando a espuestas y, finalmente, el crack... Mis amigos que viven allí me escriben para contarme que aquello es como si ya nada fuese real. El dinero es una mentira, una ilusión, igual que todo lo demás. Ese es el motivo por el que puedes hacer una fortuna vendiendo pasta de dientes milagrosa a los aristocráticos y a los generales. Todo lo que es sólido... Sin ánimo de ofender, Balfour.

—En absoluto —dijo Pearl—. La fórmula de la pasta de dientes de mi abuelo no prometía milagros.

—¿De manera que crees que es tarea del ayuntamiento arreglar las cosas? —preguntó Kölmel.

—En absoluto —contestó Pearl.

Siedelman parecía sorprendido.

—No lo entiendo, señor Pearl. Pensé que estábamos de acuerdo. Pero, si no es negocio, entonces...

—Un cambio real —dijo Pearl—, a cualquier escala, es responsabilidad del individuo fuerte. No del Gobierno, por supuesto, y definitivamente, no del mercado.

—El mercado no sabe de moralidades.

—No —añadió Berg—. Carece completamente de valores y, debo decir, que antes de que ese individuo fuerte, *Herr* Hitler, hiciera su entrada, solía pensar que una tiranía de valores era preferible, al menos, a una tiranía sin valores. Pero hoy no lo tengo tan claro.

—Cuando haya visto lo que podemos conseguir, creo que cambiaré de opinión, rabino —dijo Pearl—. Por supuesto, la parte baja del East Side es sólo el principio. He visto a los judíos de Nueva York y a los judíos de Londres, y no sé quién lo tiene peor. Los chicos con talento, como Seth, no deberían tener que crecer entre la miseria.

—Me gusta donde vivo —dijo Seth.

Todo el mundo se giró hacia él. Estaba sentado de tal modo en la silla que, a pesar de ser el más pequeño de la habitación, como siempre, parecía ser el que más espacio ocupaba.

Pearl sonrió ligeramente.

—No pretendía ofender.

—Estoy seguro de que Seth no está ofendido —dijo Frink.

—No des de lado al chico, Balfour —dijo Berg—. ¿Qué hay de malo en los suburbios?

—Están atestados, sucios y llenos de enfermedades —contestó Pearl—. Están llenos de blancos, negros y puertorriqueños mezclados.

—Deja en paz a los negros —interrumpió Kölmel—. Son los únicos de todo Nueva York que no se avergüenzan de decir que les gusta el boxeo.

—Esos lugares son una locura, e inhumanos —dijo Pearl—. No hay espacio, ni luz, ni orden. Y eso es lo que las personas necesitan, tanto como el pan o un sitio para dormir.

—¿Dónde creció usted, señor Pearl? —preguntó Frink.

—En la calle 46 Este. No lejos de la Estación Central.

—Usted nunca ha vivido en una barriada.

—No. Ni tampoco he vivido nunca en un fumadero de opio o en un prostíbulo y, sin embargo, sé que no los quiero en mi ciudad —dijo Pearl.

—Este hijo de mala madre nos odia, Frink —dijo Sinner. Siedelman se quedó perplejo.

—Guarda esa lengua viperina, chico —dijo Frink tranquilamente.

—Prácticamente lo ha dicho —dijo Sinner mirando a Pearl al otro lado de la mesa.

—Disculpe al muchacho, señor Pearl —dijo Kölmel.

—No tiene importancia —dijo Pearl devolviéndole la mirada a Sinner.

—Creo que, a su manera, Seth ha hecho una buena observación —dijo Berg—. Que todo lo que usted desea, Balfour, sea rescatar a esa pobre gente de las barriadas es algo que todos comprendemos. Pero no siempre es tan fácil separar la desgracia de las calles donde un hombre ha nacido de la desgracia del propio hombre. Ya conoce esa estúpida expresión cristiana: «ama al pecador, odia al pecado». Los judíos sabemos que el pecado no es algo que pueda extirparse de un hombre como si fuera un pólipo. Ni tampoco lo es el recuerdo de su hogar, por mugriento que éste pueda ser —Berg se detuvo—. Usted no odia a Seth, pero desearía que no hubiese crecido en una barriada de éstas. Me atrevería a decir que hay otros reformistas como usted que no odian a Seth, pero a los que les gustaría que fuese más alto y tuviera los diez dedos de los pies. Y también hay otros que no odian a Seth, pero a los que les gustaría que no fuese judío.

—No acabo de comprender lo que quiere usted decir, rabino —dijo Pearl—. Simplemente, deseo lo mejor para el chico y para otros como él.

—En el mundo que usted busca, no habría chicos como él —Berg levantó la mano para que Pearl no le interrumpiese—. Déjeme regresar a Darwin. Sin la mutación, tal y como yo lo entiendo, no habría evolución. Todos nosotros seríamos todavía bacterias en la sopa. En nuestras células hay empleados que se encargan de prevenir cualquier error en el papeleo, pero es una suerte que estos empleados no hayan hecho nunca su trabajo con demasiada diligencia. Si no nos hubieran dejado abierta una puerta al pecado...

—De modo que debemos regocijarnos cuando un niño nace sin ojos, por si acaso está llamado a fundar una santa tribu de ciegos.

—No, en el caso de los seres humanos, creo que la obra de Hashem está hecha. Pero con sus torres funcionando con la precisión de un reloj, una por una inmaculadamente replicadas hasta cubrir la faz de la tierra y el lecho marino, de

modo que nada quedase al azar, ¿cómo podría cambiar algo a mejor?

—Ese es un cambio a mejor.

—Pero me pregunto si no es corto de miras. Las barriadas no son como un niño ciego. Ni tampoco, he de admitir, son como un niño sano. Son como un niño con la columna vertebral doblada, un labio partido, y alas de ángel.

—Sí, seguro que las barriadas tienen un aspecto muy romántico desde su casa.

—Como usted bien sabe, Balfour, crecí en una casa de vecinos a unas calles de aquí. Incluso allí, nunca habiéramos podido vaticinar al joven Seth. Y la gente es más feliz viviendo en un lugar donde no todo es predecible. Las cosas surgen, cosas hermosas, cosas que no serían comprendidas y, por tanto, no estarían permitidas en su paraíso imaginario donde temen las alas de los ángeles más incluso que una columna vertebral doblada o un labio partido. Tiene usted razón al decir que un hombre necesita luz igual que pan, pero un hombre necesita también un poco de oscuridad, aunque sólo sea para poder dormir y para poder soñar.

—Si pudiera oírse, rabino... —dijo Pearl.

—Sí, sí, ya sé que estoy anticuado —dijo Berg.

Aunque la ironía estaba clara, permitió llevar el intercambio hasta su fin. Nadie deseaba una discusión feroz. Sin embargo, durante el resto de la cena, de vez en cuando Sinner y Pearl se quedaban mirándose hoscamente el uno al otro.

La noche terminó con unas pastas que Berg había comprado en la panadería del barrio, ya que estaban fuera de la capacidad de su cocinero y, finalmente, puros. Olvidándose de Sinner, que estaba sentado soltando prodigiosos aros de humo, el rabino se levantó para coger una botella de coñac, y Frink tuvo que llamarle a la mesa de nuevo con alguna excusa. Las veladas en Cherry Street solían alargarse hasta tarde, pero a las diez y media Pearl se disculpó diciendo que tenía sobre su escritorio un montón de proyectos de ley de la Asamblea. Al marcharse, estrechó la mano a los cinco hombres, y el apretón de Sinner fue especialmente efusivo.

—Y ahora cuénteme algo más acerca del payaso ese contra el que va a pelear Sinner la semana que viene —dijo Berg cuando la sirvienta despejó la mesa por segunda vez—. Aloysius Nosecuantos...

—Aloysius Fielding —dijo Kölmel—. No dará problemas. Siempre que nuestro chico muestre un poco de disciplina. ¿Verdad, Seth?

—Vas a labrarte un nombre, Sinner —añadió Frink—. Derecho a las grandes ligas.

—¿Cuánto cuestan las entradas? —preguntó Berg.

—Dos dólares, si es que no puedes conseguir una de gorra —contestó Kölmel.

—Creo que me alcanzará.

—¿De quién es esto? —preguntó Sinner. Sujetaba un reloj de pulsera de hombre de la marca Bulova con una correa negra—. Estaba en el suelo.

—Oh, es de Balfour —contestó Siedelman.

—¿Por qué se habrá quitado el reloj? —preguntó Berg—. Oh, vaya. ¿Podemos

alcanzarle?

—Ya estará en el metro.

—Le telefonearemos. Puede que su mujer esté en casa.

—Está en casa de su madre en Long Island.

—Su sirvienta, entonces —dijo Berg. Sacó su enorme agenda de cuero, a la que sus amigos en ocasiones se referían como *El Libro de la Vida (Edición del Lower East Side)*, a pesar de que la mayoría de sus cientos de hojas arrugadas habían quedado obsoletas hacía tiempo. Sinner se inclinó para mirar mientras su dedo se deslizaba por Paliakov, Papirny, Pasternak, Patsuk y Pazy, hasta llegar a Pearl.

Pero no había nadie en casa para contestar la llamada. Berg se encogió de hombros.

—Lo intentaré de nuevo mañana.

Hablaron un rato más de boxeo y, entonces, Sinner dijo: «Discúlpenme», y se levantó. Kölmel miró a Frink. Antes, cuando Sinner había ido a orinar, Kölmel había esperado junto a la puerta del cuarto de baño, asegurándose antes de que la ventana no fuera lo suficientemente grande como para que alguien pudiera salir por ella. Ahora los dos estaban saciados e indolentes, de modo que no fue hasta que pasaron cuatro o cinco minutos cuando Frink se levantó para controlar a Sinner. A esas alturas, el chico ya estaba casi en East Broadway.

Al salir, le había robado a Kölmel la cartera de su abrigo, que estaba colgado en el recibidor de la casa. En la cartera había doce dólares. Y todavía tenía el reloj, aunque no creía que fuese a tener mucha suerte si intentaba empeñarlo a esas horas de la noche.

Al poco rato, encontró una licorería. Tenían auténtica ginebra de Londres importada, pero era demasiado cara, así que compró una botella de *bourbon* y algunos caramelos. En el exterior vio a algunos pinzones picoteando unas colillas. ¿Comerían ceniza los pájaros americanos? Paró un taxi.

—¿Dónde? —dijo el conductor.

—259 de la 70 Oeste —contestó el pasajero.

Sinner no era la clase de borracho que monta todo un espectáculo de risas, quejas y suspiros acerca de lo mucho que disfruta con su primera cerveza después de un largo día. Y ciertamente, no era la clase de borracho al que le dan temblores y sudores si no toma ninguna. Despreciaba ese tipo de cosas, pero, aun así, una media sonrisa se le dibujaba en el rostro mientras bebía su *bourbon*.

—¿70 Oeste?

—Sí. ¿Está Times Square de camino?

—Si usted quiere.

—Vaya por Times Square.

La luz de Times Square se parecía a la que saldría como sangre de cualquier objeto sólido en este mundo si se pudiera de algún modo rasgar su superficie a base de latigazos. Sinner se quedó asombrado por la luz, y también por la cantidad de

hombres que había paseándose alrededor de los bares, restaurantes y teatros, cuya vestimenta y gestos podrían encajar perfectamente en el Caravan. Un hombre viejo y delgado estaba paseando a un conejo, al que cogió y sujetó bajo su brazo mientras cruzaba la calle, la correa de cuero colgándole por encima de la muñeca. Sinner había oído que durante el día montaban cocinas para servir sopa en la parte de atrás de los viejos camiones del ejército, pero ni siquiera esa tristeza momentánea podía oscurecer el lugar. El taxi se quedó detenido en un atasco y, pasando por la acera, Sinner se fijó en tres tipos vestidos muy elegantemente que saludaban a todo aquel que pasaba a su lado como si de un viejo amigo se tratara.

—¿A qué juegan éstos? —preguntó Sinner—. ¿Chulos o algo así?

—Agentes de viaje —le corrigió el taxista—. Si usted quiere ir a Los Ángeles, le buscarán otros tres tipos que también quieran ir, y luego conseguirán a otro que pensase conducir hasta allí de todas maneras, y se llevarán una comisión. No le costará más de treinta dólares. Eso, claro, si el tipo que conduce no se larga con el dinero y el equipaje de todos mientras los otros se quedan almorzando en una cafetería de Newark. ¡O peor! Una vez oí decir que una vieja...

—¿Los Ángeles por treinta dólares? ¿Hollywood?

—Claro.

—¿Algún sitio por aquí donde pueda empeñar un reloj?

—Claro.

—¿Ahora?

—Claro.

Sinner se lo pensó durante un rato.

—¿Qué le pasa? —dijo de repente el taxista—. ¿Sigue queriendo ir a la parte alta o no?

—Sí. A la parte alta.

Podría salir para Los Ángeles mañana.

Esquivaron los tranvías en Columbus Circle, y en diez minutos Sinner estaba pagando al taxista en la calle 70 Oeste. Se fumó un cigarrillo, bebió algo más de *bourbon* y, finalmente, llamó a la puerta de Balfour.

Pearl abrió con las mangas de la camisa subidas hasta los codos. Olía a sudor; era uno de esos pocos hombres que pueden dar lo mejor de sí mismos tras un escritorio.

—Olvidó su reloj —dijo Sinner.

—Usted lo robó.

Sinner se encogió de hombros.

—Me crié en Manhattan —continuó Pearl—. ¿Cree usted que no sé cuándo un chico me quita el reloj al darme la mano? ¿Cree usted que no tengo amigos capaces de quitarle los calzoncillos mientras le saludan desde el otro lado de la calle?

—¿Lo quiere?

—Sí, lo quiero. ¿Está esperando una recompensa?

—Quiero algo de hielo en mi bebida.

—Comparto esta casa con mi mujer y mi hija.

—Están en la *isla larga* —dijo Sinner.

Pearl le dejó pasar.

La mayor parte de la casa estaba a oscuras, pero había una débil luz que provenía del piso de arriba, de manera que Sinner se dirigió al estudio donde había un montón de papeles mecanografiados esparcidos sobre el escritorio bajo una lámpara verde como las que usan los banqueros, como si estuviesen agotados de luchar contra el urbanista.

—Aquí no encontrará hielo —dijo Pearl tras él.

—Tráigalo, entonces.

—Quizás llame al rabino y le diga que está usted aquí. Debe de estar preocupado. ¿Le gustaría que hiciese eso?

—Puede hacer lo que quiera después de traerme el hielo.

—De nuevo parece creer que va a impresionarme con su insolencia y, una vez más, le recuerdo que me crié en Manhattan. Por cierto, recuerdo que su entrenador mencionó que andaba usted loco por ver Times Square. ¿Tuvo oportunidad de verlo mientras venía hacia aquí?

—Estuvo bien —admitió Sinner.

—¿Mejor que Picadilly Circus?

—Sí, quizás.

—Se aprecia mejor con un mapa en la mano, la manera en que la luz se cuele por la cuadrícula. ¿Ha oído usted hablar de Oscar Gude?

—¿El tipo que le robó los calzoncillos?

—Oscar Gude es Times Square. En 1879 Thomas Edison inventó la bombilla eléctrica, y en 1892 Oscar Gude tuvo la idea de vender cosas con ella: al principio propiedades en Long Island, perdón, «la isla larga» y luego pepinillos Heinz. Al terminar la guerra debía de haber diez o veinte mil carteles publicitarios con el nombre de Gude, entre ellos, muchísimos en Times Square. Le llamaban «El Botticelli de Broadway». Coincidí con él una vez. Él creía que lo que había hecho era hermoso. ¿Piensa usted que era hermoso?

Sinner se encogió de hombros y se sentó encima del escritorio; los pies le colgaban.

—Por cierto, estoy seguro de que está disfrutando este *whiskey* tanto como lo haría un vagabundo de los Apalaches, pero si quiere probar algo con un toque más refinado, hay una botella en el cajón inferior. Sí, a la izquierda. Y vasos en la estantería. Ahora, volviendo a Gude, debe usted darse cuenta de que arte y publicidad son dos nombres para un mismo animal. No puedo creer que Gude vaya a ser la última persona en Nueva York en hacerse rico con una idea tan canallesca. O la última persona que pensase que él era la primera. Salvo que él comprendió que no puedes obligar a la gente a mirar el arte, pero sí puedes obligar a la gente a mirar un anuncio si pones cien mil bombillas en mitad de la calle, A él le gustaba eso. Le

gustaba reivindicar su parte de la ciudad. Una forma de conquista, en realidad. Recuerdo cuando colocó el cartel de Wrigley en Broadway. Enorme. Decenas de metros de largo. Regresaba de mi primer semestre en Yale y nadie hablaba de otra cosa. Hacer que la gente se emocione con el hecho de que estés vendiéndoles goma de mascar, eso es algo muy grande. Si hubiese un solo hombre en la oficina del alcalde con esa clase de genialidad, no quedarían barriadas pobres en Nueva York.

Mientras Pearl sentaba cátedra sobre las bombillas, todavía no había encendido ninguna en la habitación. Cuando perdió el interés, Sinner se bajó del escritorio y se dirigió hacia la ventana abierta del estudio. En el exterior, una escalera de incendios de metal negro ascendía a rastras como un insecto por la parte trasera de la casa. Abajo, cubos de basura se apiñaban como huevos. Todos eran iguales y estaban vacíos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Un proyecto mío, de cuando trabajaba en la Comisión de Servicios Civiles —contestó Pearl—. Un fracaso. Les ofrecí una auténtica jerarquía basada en el mérito, pero, por supuesto, no la quisieron. ¿Conoce esa expresión?

Sinner se encogió de hombros.

—Esos formularios sirven para evaluar a los hombres —Pearl prosiguió—. Pasé un año catalogando las funciones y responsabilidades de cada puesto en el Gobierno de Nueva York. Luego le di a cada función y responsabilidad un peso matemático de acuerdo a su relativa importancia. Y, finalmente, repartí esos formularios de manera que cada persona pudiera ser perfectamente asignada de acuerdo con lo bien que desempeñase esas funciones y responsabilidades, y de acuerdo con su personalidad, su moral, su potencial, etcétera. Una vez que tuviésemos todos esos números podríamos haber dicho exactamente quién era necesario y quién no, a quién le estaban pagando de más y a quién de menos, sin necesidad del «factor humano». Pero no fue aprobada por la Mesa del Consejo. No estaban interesados en un cambio. Ahora usan esos formularios para hacer pronósticos para las carreras.

Mientras Pearl continuaba hablando, y a Pearl estaba claro que le gustaba oírse hablar, a Sinner le recordaba cada vez más a alguien que había conocido una vez y, después de un minuto pensando, recordó quién era: aquel capullo estirado que le había seguido desde el Premierland hasta el Caravan, el que no paraba de hablar acerca de lo «inusual» que era Sinner. En ese momento, a Sinner le invadió una furia inexplicable y comenzó a reunir los formularios amarillos en sus manos y a lanzarlos por la ventana. Se alejaban agitándose como hojas marchitas.

—¡Capullos! —gritó—. ¡Sois todos unos capullos!

—¿Qué coño está haciendo? —dijo Pearl, agarrándole por los hombros. Sinner se giró, le abofeteó en la cara, le mordió en el hombro, en el cuello y en la boca. Pearl tiró de Sinner hacia el interior de la habitación y los dos cayeron de rodillas. Pearl, jadeando, comenzó a desabrocharle el cinturón a Sinner. Entonces alguien llamó a la puerta en el piso de abajo.

—¡Sé que estás ahí, Sinner! —gritó Kölmel—. ¡Sal fuera! ¡Sé que estás ahí! O, mm... bueno, si no estás, me gustaría presentarle mis disculpas, señor Pearl.

—¡Joder! —dijo Sinner. Se levantó, cogió la botella de *bourbon* que traía consigo, le dio una patada en la cara a Pearl, que todavía se encontraba de rodillas, y salió por la ventana hacia la escalera de incendios, que se encontraba cubierta con los formularios amarillos. Era una noche cálida y, mientras observaba Nueva York, se sintió como una hormiga arrastrándose por una pantalla de cine. Bajó corriendo las escaleras de metal y a punto estuvo de perder el equilibrio contra el borde. Una semana de abstinencia y ejercicio constante habían hecho que esa noche se emborrachara más rápido de lo que pretendía. Saltó a la acera al lado de los cubos de basura y miró alrededor. No había nadie en la calle salvo un gato callejero. Quería sumergirse de nuevo en aquel resplandor, pero Times Square estaba muy lejos; en la esquina de enfrente vio una charcutería cerrada y, junto a ella, un pequeño bar todavía abierto. Cruzó la calle corriendo y entró en el bar. Allí, sentado en un taburete con una cerveza, estaba Frink.

—Vamos, Sinner —dijo Frink. No parecía sorprendido de verle—. No sé qué querías de ese marica, pero ya te has divertido bastante.

—Que te zurzan —dijo Sinner.

—Vamos, Sinner —repitió Frink. Se levantó del taburete e hizo como si fuera a rodear con su brazo al chico. Sinner rompió la botella de *bourbon* contra el borde del mostrador y se lanzó gruñendo hacia Frink, que levantó las manos para defenderse, pero recibió un corte de unos centímetros en la palma la mano. Sinner estaba a punto de atacar de nuevo cuando el camarero le golpeó en la cabeza con una bandeja de madera, haciéndole perder el conocimiento. Lo último que vio fue a su entrenador mirándole desde arriba con pena; la sangre le corría por sus dedos. Ni siquiera se había comido los caramelos.

NOVIEMBRE DE 1935

JUNTO A LA CARRETERA había un montón de madera quemada igual que si fuera una pira funeraria.

—¿Qué es eso? —dijo Erskine cuando la carreta pasó a su lado traqueteando.

—Una especie de santuario, creo —contestó Gittins, y le dijo algo al conductor en polaco. La respuesta de éste fue tan larga que Erskine deseó no haber sacado nunca el tema, pero finalmente el conductor terminó, y Gittins tradujo.

—Hace cientos de años parece ser que había un monje llamado Jakub, que vivía en el monasterio en las montañas. Un día entró en el estudio de su abad y le encontró... bueno, haciendo algo impronunciable con la hija del herrero de Fluek, un pueblo de aquí cerca, cuyos bisnietos todavía viven por la zona. Jakub, fuera de sí, asesinó al abad con una daga y luego, acosado por la culpa y el miedo, huyó del monasterio. Viniendo por esta misma carretera arrojó la daga donde ahora está el santuario, robó un caballo, y cabalgó hacia el norte en dirección a Danzig. En el camino, después de ver todo tipo de miserias y maldades, e intentando ayudar en lo posible, se encontró con Dios en una taberna.

—Ya veo.

—Jakub le preguntó a Dios por qué permitía que la brutalidad humana fluyera con todo su horror sin freno alguno. Dios le contestó que Él simplemente había dado a los seres humanos el libre albedrío, y que nunca podría quitárselo. Jakub repuso que el libre albedrío es algo frágil, que siempre es esclavo de nuestros instintos animales. Si Dios quería darnos de verdad el libre albedrío, ¿por qué hizo a su vez a los hombres tan impetuosos? Dios le contó a Jakub que ya había oído ese argumento antes de boca de sus ángeles, y que también a ellos los había ignorado. Sin embargo, frustrado, le ofreció finalmente a Jakub un pacto a través del cual siempre que un hombre quisiese matar a otro tendría una última oportunidad de pensárselo fríamente. Jakub se convertiría en el santo de los asesinos arrepentidos: allá donde un hombre asesinara a otro, Jakub se le aparecería, le daría el tiempo necesario para que reconsiderase lo que acababa de hacer, y le preguntaría si se arrepentía. Si lo hacía, el asesinato se desharía, y todo volvería a ser como si no hubiera sucedido nada. Si no, al menos habría actuado con auténtico libre albedrío. Si el plan tenía éxito, lo mismo se extendería a todos los pecados. Jakub se convertiría en el segundo redentor más importante —a lo lejos, Erskine divisó una pequeña columna de humo por encima de los oscuros abetos. Se acercaban al pueblo—. Naturalmente, Jakub se mostró conforme, pero tan pronto como lo hizo se dio cuenta de que Dios le había engañado. Pasarían años y miles de episodios de carnicería antes de que encontrase a una sola persona que no haría lo mismo si le daban una segunda oportunidad. Jakub se dio

cuenta de que la gente asesina porque le conviene, y nuestros impulsos no son más que una excusa. Al final, vio que se había estado mintiendo a sí mismo: estaba contento de haber asesinado al abad, y no cambiaría ni un ápice de lo que había hecho. Fue a ver a Dios y le pidió que le liberase de la tarea ahora que había visto lo equivocado que estaba acerca de la naturaleza humana y de la suya propia. Dios le negó la libertad como castigo por el asesinato del abad. Una fábula bastante sorprendente, ¿verdad? Ahora parece ser que todo el que pasa por ahí lanza un tronco o un palo a la pira, y de vez en cuando alguien la enciende. El fuego es una llamada para Jakub, para que ayude a la gente del pueblo a saber elegir en momentos difíciles.

Justo cuando terminó Gittins, Erskine casi sale lanzado del carro al encajarse una de las ruedas delanteras en un socavón de la carretera. Los dos se bajaron para ayudar al conductor y se encontraron metidos en el barro hasta los tobillos. Debido al frío, todo era un poco más doloroso de lo normal. El olor de los caballos le recordaba a Erskine los intentos frustrados de su tío por enseñarle a montar, allá en Claramore, cuando tenía doce años. Ya estaba deseando no haber emprendido nunca este viaje.

De hecho, apenas podía recordar qué era lo que le había hecho pensar que valdría la pena pasar allí quince días. En noviembre, Benjamin Percy, que acababa de regresar de Ucrania, había pronunciado un emotivo discurso ante la Real Sociedad de Entomología en la que afirmaba que, mientras la gente se alegraba mucho de poder ir a África o Asia, había una lamentable reticencia hacia la poco exótica Europa del Este, «donde cada vez que sacudes tus botas por la mañana alguna especie de gusano desconocido cae al suelo». El propio Percy había regresado con algunas nuevas larvas fascinantes. De modo que se organizaron varias nuevas expediciones, entre ellas, ésta, a la región al sur de Bialystok y, en parte, financiada por el padre de Erskine. Se suponía que iban a ir cinco hombres, pero, por una razón u otra, tres abandonaron y sólo quedaron Erskine y John Gittins.

Gittins era un burócrata, gordo y con cara de nutria, de unos cincuenta años, quien durante cerca de veinte años se había paseado por ahí llevando consigo un frasco de cristal que contenía una pequeña colonia de cimícidos (chinchas), que cada noche vaciaba sobre su muslo velludo para que pudieran alimentarse con su sangre, como parte de un oscuro y prolongado experimento sobre el tamaño de la mandíbula frente a las preferencias nutricionales. Dicen que cuando abandonaba un hotel, a menudo se olvidaba el frasco y entonces corría de vuelta a su habitación casi llorando por si acaso las limpiadoras lo habían aplastado bajo sus pies. Cuando no hablaba acerca de su colonia de cimícidos, Gittins casi siempre estaba hablando de su enemistad con Francis Hemming, CMG CBE^[6], el espléndido lepidopterista secretario de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica. Los detalles de esta disputa eran demasiado complicados de entender para cualquiera salvo para el propio Gittins, pero Erskine sabía que, el último día de una serie de recientes conferencias en Lisboa, Gittins había estado intentado presentar una propuesta revolucionaria sobre el voto por correo que hubiera amenazado la tiranía de Hemming y, anticipándose a esto,

Hemming se había levantado primero y había hablado ininterrumpidamente durante casi cinco horas acerca de la clasificación de los parásitos de la malaria, de modo que el encuentro tuvo que ser suspendido debido al cansancio de los ancianos que formaban parte del comité antes de que Gittins pudiera empezar su rebelión. Gittins estaba decidido a destruir a Hemming por todos los medios posibles y estaba dispuesto, sospechaba Erskine, a sacrificar no sólo su propia vida, sino probablemente la de su mujer, su hija e incluso la de sus cimícidos, con tal de evitar que Hemming recibiera la orden de caballería a la cual él aspiraba. La única afición de Gittins, aparte de los insectos, eran los idiomas. Sabía hablar casi una docena, entre ellos el polaco. Tenía un lunar en el cuello con seis gruesos pelos que sobresalían, como si una araña hubiera sido lanzada desde una catapulta y se hubiese incrustado en su carne.

Ya cerca del pueblo dejaron atrás algunos campos grises de cebada y remolacha. Fluek, elegido por la diversidad del terreno adyacente, no tenía nada salvo pequeñas casas, algunos graneros, establos, una posada y una iglesia —cuyo techo se había ido resquebrajando desde que los bolcheviques pasaron en 1920—, todo ello bien apiñado. Varias de las construcciones de madera estaban parcheadas con extrañas láminas de chapa oxidada, que debían de haber sido saqueadas de algún campo de batalla cercano. Había algo muy sumiso y agotador en aquel lugar, pensó Erskine, igual que un granjero que masca hierba porque su mujer le ha vuelto a dejar sin cena caliente.

Todos bajaron del carro y, después de que el conductor atase los caballos a un poste, condujo a los dos ingleses al interior de la posada. De camino, Erskine pudo observar a varias ancianas con chal que les observaban desde los portales.

—No parecen muy contentos de vernos —le susurró a Gittins. ¿Sería esto el «mal de ojo» sobre el que había leído?

—No, verdaderamente no —contestó Gittins, y le dijo algo al conductor. Erskine se avergonzó.

No pretendía que Gittins compartiera su comentario, y ahora seguro que el muy idiota iba a hacer que se ofendieran. Pero el conductor le respondió en un tono despreocupado y Gittins dijo:

—Dice que no deberíamos haber llegado hoy. Hoy es el cumpleaños de... bueno, no conozco la palabra, el *niño ángel*, creo. Las ancianas creen que trae mala suerte, dice. Ni él mismo se lo cree.

—¿Quién es o qué es el *niño ángel*? —la frase le hizo estremecerse por alguna razón.

—Dice que no deberíamos preocuparnos por eso.

La posada no estaba tan mal como Erskine había temido. Una mujer con los ojos pintados y falda roja estaba sirviendo té de un samovar cuando entraron. A sus pies, descansaba un chucho gris con un solo ojo que se rascaba las pulgas y amamantaba una camada de pequeños cachorros. La mujer dijo unas pocas palabras a modo de

bienvenida que sonaron muy sinceras, y el conductor les ayudó a subir el equipaje.

En su habitación sólo había una cama doble, una mesa y una silla. No deshicieron el equipaje porque no había donde poner nada. En la pared frente a la cama colgaba un extraño cartel pintado a mano.

—¿Qué es esto? —preguntó Erskine.

—Creo que se supone que es un piojo, y dice: «*Esto puede matarte*». Y creo que lo otro se supone que es una bañera y dice: «*Esto puede salvarte*». ¿Se refiere al agua del baño? Puede que lo haya entendido mal —eran casi las cinco. Gittins se acercó a la ventana—. Pronto oscurecerá. No tiene sentido salir hoy —cogió un volumen de gramática finesa de su elegante bolsa para libros de cuero rojo y se sentó junto a la mesa.

—¿No quieres ver el resto del pueblo? —preguntó Erskine.

—No hay mucho que ver.

Erskine, decidido a probar que Gittins se equivocaba, salió a dar un paseo. Pero, de hecho, aparte algunas gallinas, no pudo encontrar algo digno de ser mirado. Todo el mundo parecía estar en su casa. La lluvia le golpeaba en la nuca, así que regresó a su habitación, se sentó en la cama y leyó algunos de los comentarios de Sloane sobre Darwin. A las siete, la dueña subió con dos cuencos de un aceptable estofado. A las ocho Gittins se quitó los pantalones y, canturreando feliz para sí, alimentó a sus cimícidos, un ritual que hasta Erskine podía reconocer como extrañamente erótico. Estaba casi seguro, por un instante, de haber oído a Gittins murmurarles algo a los insectos sobre Francis Hemming. A las nueve se metieron juntos en la cama, y Gittins apagó la vela.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —respondió Erskine.

Gittins olía peor incluso que los caballos, pero, aun así, Erskine se durmió enseguida.

Al día siguiente se levantaron antes del amanecer y fueron a un arroyo cerca del pueblo. Los dos llevaban capas impermeables. Erskine levantó con el pie algunas rocas en una curva del arroyo y Gittins introdujo una red en el agua a algunos centímetros de profundidad. Cada pocas horas dejaban la red en un tocón para que se secase y luego miraban en su interior en busca de especímenes. Cada vez que Gittins intentaba hablar de Hemming, Erskine fingía no escuchar. De modo que por la tarde Gittins empezó a iniciar conversaciones que en un principio no trataban sobre Hemming, pero que estaban pensadas para dirigirse recurrentemente al tema de Hemming al cabo de diez o quince minutos. Horas más tarde, igual que un maestro de ajedrez, Gittins ya estaba urdiendo diligentemente conversaciones de manera que, a pesar de que ni siquiera él había mencionado a Hemming, hubiera sido perverso por parte de Erskine responder con otra cosa que no fuera una alusión sobre Hemming, a la que tan lógicamente había sido invitado, dejando a Erskine sin otra opción que la de volver a ignorar a Gittins como había hecho por la mañana. Lo que parecía

cautivar a Gittins era la negativa deliberada de Erskine a dejar claro si aprobaba o no el régimen de Hemming. Mientras tanto, Gittins no parecía querer debatir mucho con Erskine acerca de sus cimícidos, del mismo modo que un hombre sólo hablará sobre su amante en compañía de sus mejores amigos.

Cuando, al caer la noche, regresaron a la posada, había un pequeño grupo de chicos esperando fuera. Gittins les saludó en polaco. Ninguno respondió, pero el mayor de ellos, un muchacho con un diente torcido, pero guapo, de unos dieciséis años, les alargó una lata de tabaco abollada.

—Vamos —dijo Gittins.

—No fumo en pipa.

—No creo que sea tabaco.

Erskine la cogió y la abrió. Estaba vacía, salvo por cinco o seis manchas negras que se arrastraban. Gittins sacó su lupa y se inclinó sobre la lata. «*Anopluros*».

—¿Piojos? ¿Es una broma?

—Alguien debe de haberles dicho que hemos venido en busca de insectos.

Erskine cerró la lata y se la devolvió de nuevo al chico, pero éste no la quería coger.

—Probablemente quiera dinero —dijo Gittins.

—Si le damos ahora, tendremos que soltarles pasta a todos, cada día, mientras estemos aquí —dijo Erskine. Pero entonces, volvió a mirar a los ojos del muchacho. Había algo en su mirada, chulesca y nerviosa al mismo tiempo, y en el tímido bigotillo manchado de carbón, que le hizo a Erskine reconsiderar la situación. El chico le recordaba a alguien, alguien por el que sentía una auténtica pasión, alguien cuyo rostro había visto la última vez que estuvo en Londres, pero no podía recordar quién—. Pregúntale cuánto quiere —dijo.

Gittins se dirigió al chico.

—Quiere diez *groszy*.

—¿Cuánto es eso?

—Creo que unos dos peniques.

—Ah. Bueno, démosles a todos diez *groszy*.

—No tengo tanto cambio.

—¿Para qué los quieren? No hay tiendas por aquí.

—Creo que de vez en cuando pasan vendedores ambulantes.

Erskine le dio a cada uno un billete de un *zloty*. Ninguno de ellos se movió.

—¿Qué más quieren?

Gittins les preguntó.

—Quieren darnos los especímenes, pero luego quieren que les devolvamos las latas.

—Maldita sea. Pregúntale al mayor si nos vendería la lata por diez *zloty*.

Gittins tradujo, pero entonces todos los chicos comenzaron a hablar a la vez.

—Ahora todos quieren vendernos sus latas. Este de aquí —un chico mugriento de

unos seis años y con una cara extrañamente adulta, igual que un homúnculo— insiste con cierta vehemencia en que su lata es la mejor.

—Si le damos el dinero al que no sea el mayor, lo robará.

De modo que Erskine puso un billete de diez *zloty* en la cálida mano del mayor de ellos. Aquello pareció dejar la cuestión zanjada y, uno por uno, los otros chicos vaciaron el contenido de sus latas en la que ahora era la lata de Erskine. Luego se marcharon. El muchacho ni siquiera se dio la vuelta para mirar a Erskine mientras se iba corriendo. Cuando ya no hubo nadie a la vista, Erskine tiró todos los piojos al suelo y los aplastó.

—*Estos pueden matarte* —recordó.

—Sabes, Erskine... Creo que nos la han jugado —contestó Gittins. Por primera y última vez en aquel viaje se rieron juntos. Erskine se preguntó si alguno de aquellos muchachos podría ser el *niño ángel*. Tal vez el guapo, pero ¿qué podría tener que ver él con la mala suerte?

Llevaban alrededor de una hora en el cuarto cuando Erskine, esperando comenzar una conversación no referente a Hemming, cometió el error de decir:

—¿Sabías que el Capitán Robert Fitzroy casi rechaza a Darwin como naturalista para el HMS Beagle, en 1831, porque no le gustaba la forma de su nariz?

—¿En serio?

—Eso dice aquí. Menudo cambio hubiera sido para la historia de la ciencia.

—¿Qué estás leyendo?

—*La vela encendida*, de Sansom.

—¿De qué trata?

—Oh, teoría y práctica de la eugenesia. Es excelente.

—Tú no creerás en toda esas tonterías, ¿verdad?

Erskine se quedó sin habla durante un instante.

—De hecho, tengo la intención de dedicarle mi vida a «esas tonterías».

—La mejora de la raza anglosajona. El triunfo del plasma germinal.

—Así es.

—Oh, vamos. Hay cuarenta y cinco millones de personas en Gran Bretaña, Erskine. ¿Y tú quieres empezar a criarlos para obtener pedigrí? ¿Cómo se supone que va a suceder eso?

—Es simplemente una cuestión de estímulo y desestímulo sistemáticos.

—¿Y por desestímulo entiendes la cámara letal?

Erskine odiaba esa frase. Era la postura que mantenían todos los imbéciles que tenían una objeción, irracional y típica de las mujeres, hacia el proyecto eugenésico, ahorrándose el tener que pensar siquiera un minuto en el fundamento de sus prejuicios.

—La cámara letal es sólo uno entre miles de métodos —repuso Erskine—. Puede que ni siquiera haya necesidad de usarla nunca. Sabes perfectamente que es sensacionalista identificar todo el proyecto con una medida extrema. Imagina que

todo lo que alguien supiera de entomología fuese tú y tus cimícidos.

—Entonces, ¿yo tendría permiso para procrear, de acuerdo con tus planes?

Por supuesto, Erskine ya había considerado esto, además del hecho de que Gittins fuera gordo, oloroso, mezquino y aburrido. No un superhombre precisamente. Pero ya había ido demasiado lejos con su comentario sobre los cimícidos, después de todo, era sólo su segundo día juntos, así que se limitó a decir:

—Estoy seguro de que pasarías las pruebas pertinentes.

—Oh, gracias, Erskine, eso que dices es muy reconfortante —Erskine no se había dado cuenta de que Gittins era intelectualmente capaz de hablar con sarcasmo—. Lo que me asusta realmente es la idea de que quizás algún día tenga que sentarme de veras a hacer una de esas pruebas, y que serías tú quien haría las preguntas y valorarías las respuestas, y si no tú, quizás el señor Hitler. Espero realmente que dejes todo este asunto.

—Entonces, imagino que serías muy feliz si vieras a tu hija casada con un negroide, lisiado y delincuente.

—Bueno, si estuvieran enamorados, entonces no es asunto mío el que... —dijo Gittins con poco convencimiento.

—Te sugiero que medites sobre ello —dijo Erskine, sintiéndose ganador, aunque no con mucha destreza.

—Ciertamente, no dejaría que mi hija se casase con un tipo como tú. Un tipo para quien la mitad de la gente ya está muerta, incluso cuando parecen pasearse tan felices. No creo que seas muy feliz en la vida.

—Es muy fácil eso de recurrir al amor y a la felicidad, Gittins. Pero no todo el mundo puede hacer lo fácil. Algunos de nosotros debemos hacer lo que es *difícil* si queremos que la civilización tenga futuro —Erskine, que en el fondo sabía que él nunca había hecho nada *difícil* en toda su vida, hizo lo posible para decirlo de manera que sonase con la debida gravedad, pero Gittins soltó una risotada, como si le hubiese venido a la cabeza el mismo pensamiento, así que Erskine le espetó—: Son los completos idiotas como tú los que estáis retrasando a todos.

Nunca antes le había llamado idiota a alguien de la edad de Gittins, y no pudo mirarle a los ojos cuando lo dijo. No hubiera sucedido ni después de todo un día oyendo hablar sin parar de Hemming. Gittins no respondió, cogió su gramática fina, y Erskine hizo lo propio con su libro. Una hora después, cuando la mujer subió con el estofado, todavía estaba mirando con enfado la misma página, deseando haber sacado un ejemplo más convincente que aquella burla sobre el negroide, preguntándose cómo era posible que una discusión sin importancia pudiera terminar, tan a menudo, con la misma incomodidad de adrenalina contenida que una pelea física. Gittins, mientras tanto, estaba de nuevo tomando notas sobre el sufijo del posesivo, como si nada hubiera sucedido.

Ninguno de ellos volvió a decir nada hasta que Gittins dijo: «Buenas noches», mientras soplabla la vela, y Erskine permaneció en silencio, sintiendo que había algo

sutilmente burlón en el tono de Gittins. «Buenas noches, Erskine», repitió Gittins, esta vez más alto. Erskine permaneció en silencio de nuevo. A la mañana siguiente fueron al bosque por separado. Cada uno por su lado sólo podrían recoger una fracción de lo que podrían haber hecho juntos, pero Erskine todavía estaba esperando que Gittins se disculpara.

Alrededor de mediodía, mientras vadeaba un arroyo, y la lluvia deslizaba su fría lengua sobre sus hombros, a Erskine se le quedó enganchado el pantalón en algo y cayó. Chapoteando, intentaba ponerse de nuevo de pie cuando sintió un dolor en su mano y vio sangre en el agua. Se había enganchado en un alambre de espino oxidado. Hacia el final de la guerra ruso-polaca, después de la batalla de Varsovia, los polacos habían tendido kilómetros de alambre en los ríos para evitar que los rezagados soviéticos huyeran. Si no lo hubiera sabido —si Gittins no le hubiera advertido específicamente de ello—, podría haber llegado a la conclusión de que hasta el propio campo, cansado de soldados y harto de peleas, había aprendido a cultivar sus propias y aterradoras malezas de hierro. ¿Qué otras trampas encontraría en los árboles y en la hierba? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué diablos le importaban a nadie los escarabajos? Con escalofríos, temía coger una infección y morir, pero empezó a sentirse mejor después de ponerse una venda y de comer algo de ternera enlatada.

Regresó por la tarde. No podía enfrentarse a otro espantoso silencio de cuatro horas con Gittins, así que fue a dar un paseo por el pueblo. Al igual que antes, resultó aburrido, pero cuando ya regresaba vio salir de un establo al guapo muchacho de la tarde anterior. El chico, pensó, iría también de vuelta a casa. Erskine se encontró a sí mismo siguiéndole. Entonces se dio cuenta de a quién le recordaba el chico, el individuo por el que sentía tal pasión y cuyo rostro había visto por última vez en Londres. Debería haber sido obvio, pero la conversación con Gittins le había refrescado la memoria. Era Hitler.

No tuvo que seguirle mucho antes de que el chico entrara en una casa. Esperó durante unos minutos, luego se acercó sigilosamente a la ventana, e intentó mirar dentro. Sintió un golpecito en la espalda.

Se giró. Ahí estaba el chico.

—Lo siento, yo sólo...

El chico le preguntó algo en polaco. Erskine sonrió y asintió con la cabeza sin saber qué otra cosa hacer. El chico tiró de su camisa.

No había mucha luz en el interior de la casa.

—¿Están tus padres aquí? —preguntó Erskine inútilmente.

El chico dijo algo, y le llevó a través de otra puerta. Mientras seguía al muchacho a un dormitorio cuyo techo era tan bajo que tenía que inclinarse, y en el cual una peste a orina sobresalía por encima del olor a remolacha y a leña quemada, su corazón palpitaba con fuerza; intentaba no pensar en lo que podría estar a punto de suceder. Pero entonces vio que el chico sólo quería enseñarle algo. Atado a la cama, despierto, moviéndose, estaba el hermano del chico. El niño ángel. Al mirarle, éste

soltó un quejido, o tal vez dijo su nombre.

Antes de regresar a la posada vomitó en el barro. La lluvia había cesado. Se limpió la boca y entró. Ahora se sentía como si no quisiera estar solo en ese lugar, así que le dijo hola a Gittins y añadió:

—¿Encontraste mucho?

—No mucho.

—Ni yo.

Más tarde, se fueron a la cama. Había algo en la anarquía de los sueños que Erskine encontraba inquietante. Los sueños eran como matones. En mitad de la noche, se arrastraba desvelado a través de los matorrales de espino, sabiendo, de algún modo, que los espinos no eran otra cosa que los capullos de las flores, y cuando notó que la sábana estaba húmeda pensó que debía de ser sangre. Entonces se dio cuenta con horror de lo que había sucedido, y recordó que antes del alambre de espino había habido un chico con el diente torcido.

Había temido esto desde que se enteró de que tendría que compartir cama con Gittins. No le preocupaba tanto la mancha como la posibilidad de que Gittins no estuviera del todo dormido y hubiese presenciado los susurros y las convulsiones de Erskine. Estos susurros y convulsiones sólo eran una suposición de Erskine, pero dado que los chicos con los que compartía dormitorio en la escuela daban gritos y soltaban patadas en sueños cuando soñaban con un partido de fútbol, no creyó que su cuerpo pudiera traicionarle tan asquerosamente sin mostrar al menos alguna señal. Por supuesto, nunca podría saberlo con certeza, del mismo modo que nunca podría saber con certeza si estas cosas también le sucedían a la gente de la edad de Gittins o si, por el contrario, todo el mundo menos él tenían sus fluidos bajo control mucho antes de terminar el colegio. ¿Por qué no podría uno simplemente ir al médico cada mes para que le extrajera el semen, ese fluido irracional, como se extrae el pus de un furúnculo? Quizás podría preguntárselo a Gittins, y después estrangularlo una vez hubiese obtenido alguna respuesta útil. De hecho, pensó, eso es precisamente lo que haría si Gittins alguna vez mencionaba este episodio. En ese preciso instante, Gittins se movió y Erskine tuvo que sujetarse para no caer de la cama. Sólo cuando los pájaros comenzaron a cantar en el exterior pudo dormirse de nuevo, y cuando el alambre de espino volvió a crecer alrededor de él, como una enredadera, se dio cuenta de que no había estado soñando con el apuesto chico del diente torcido. Había estado soñando con el hermano del chico.

A la mañana siguiente se levantó con una erección, y no pudo hablar ni mirar siquiera a Gittins, así que los dos salieron por separado como si hubiesen vuelto a discutir. Aunque no tenían planeado empezar con las cuevas hasta al cabo de algunos días, Erskine estaba ya cansado del bosque, así que tomó en dirección norte hacia las colinas. Cerca de un estanque pisó por error una rana y tuvo que limpiarse el zapato con un palo.

Llevaba alrededor de una hora levantando piedras a la entrada de una cueva

cuando oyó a alguien que subía desde el bosque por la ladera de gravilla. Se incorporó, dando por sentado que se trataba de Gittins. Pero era el chico.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

El chico respondió algo en polaco.

—Me has seguido hasta aquí.

El chico observaba lo que estaba haciendo Erskine.

—Siento lo de ayer. No pretendía comportarme de esa manera. No debería haber sido tan maleducado con tu hermano.

El chico sonrió.

—Y olvidé preguntarte si querías recuperar tu lata de tabaco.

Erskine la sacó de su abrigo y se la ofreció al chico, pero éste negó con la cabeza, agarró a Erskine de la camisa como había hecho el día anterior, y le condujo al interior de la cueva.

En el interior olía a guano de murciélago y a moho, pero no del mismo modo que el pabellón de cricket en desuso de la escuela donde iba uno de vez en cuando a fumarse un cigarrillo. El suelo era desigual y rocoso. A los pocos metros la oscuridad era casi total, y ahí fue cuando el chico se puso de espaldas a Erskine, se bajó los pantalones y se inclinó hacia adelante. Erskine permaneció de pie, paralizado, mirando el culo del chico y la punta de su polla que le colgaba entre las piernas.

Estaba sucediendo de verdad. De repente, todo a su alrededor se volvió suave, se produjo tal cambio en la textura de la propia textura que hasta las rocas eran ahora carne; y era así porque el implacable mundo por fin había cedido, cedido completamente como un conejo abierto sobre una mesa de operaciones, y él podía ver y tocar lo que quisiera, podía alcanzar su interior y estrujar el corazón de aquel conejo hasta que reventara en su puño, y nadie podría detenerle. No podía respirar. Después de un momento, el chico se volvió y miró a Erskine, y una pequeña parte de Erskine se sintió decepcionada al ver la cara despótica de aquel polaco joven y anónimo, y no el rostro de Seth Roach. Roto el ensueño, dio un paso hacia adelante y comenzó a desabrocharse el cinturón. Durante un instante, se preguntó qué habría hecho o visto aquel muchacho de quince o dieciséis años que le hubiera hecho ofrecerse de aquella manera, y durante otro instante, se preguntó si tendría que pagarle al chico después o se trataría de una especie de regalo que venía con la lata de tabaco. Pero, sobre todo, se preguntaba si sabía bien lo que tenía que hacer. El chico tenía la piel de gallina y Erskine estaba a punto de tocarle el culo cuando oyó a Gittins gritar:

—¿Erskine?

Levantó la vista aterrorizado. Gittins no podría verles desde la entrada de la cueva, así que lo primero que pensó fue en mantenerse quieto hasta que Gittins se moviera, pero entonces recordó que todo su equipo estaba fuera; no había ninguna duda de dónde estaba. Por un instante se sintió quemado hasta los huesos por su mala suerte, como aquel día en Cambridge en que llevaba un ejemplar de *Enicocephalidae*

muy valioso hacia el laboratorio para que lo fijasen, y una ráfaga de aire lo soltó de su corcho y tuvieron que pasarse toda la tarde buscando por el suelo con una lupa.

—¿Erskine? —gritó Gittins de nuevo—. Pensé que podrías haber subido aquí. Sabía que tenías muchas ganas de ir a las cuevas. ¿Me oyes, Erskine? Olvidaste tu almuerzo. Pensé en pasarme y ver si querías un poco del mío.

El chico se subió los pantalones.

—Erskine, ¿estás ahí dentro?

Erskine se agachó para apoyarse con las manos y las rodillas, y comenzó a arrastrarse hacia el interior de la cueva. Había telarañas extendidas entre las rocas para atrapar a las moscas que entraban a alimentarse del guano de murciélago, así que tenía que cerrar los ojos. Cuando notó algo extraño bajo su mano derecha volvió a abrirlos, pero estaba completamente oscuro, así que sacó su linterna a pilas. Apretó el interruptor y chilló.

Apoyado junto a la pared de la cueva, y proyectando una monstruosa sombra había un sonriente esqueleto humano. Sus ropas estaban en su mayor parte descompuestas, tenía un rifle sobre sus rodillas, un cuchillo en la mano y una cantimplora oxidada a su lado. Era un soldado bolchevique. Erskine bajó la vista y vio que estaba encima del dedo del pie en forma de hongo de su deshecha bota izquierda. Lleno de horror, dejó caer la linterna, cogió una piedra y la lanzó contra el esqueleto con un grito ahogado. La piedra golpeó las costillas del esqueleto y salió un chorro negro de donde un día estuvo el corazón. El fantasma del soldado quería venganza, pensó Erskine, o quizás, gracias a Dios, seguía soñando. Pero entonces vio que no se trataba del fantasma del soldado. Era una pequeña colonia de escarabajos, que, agitados por la piedra, huían hacia el interior de la cueva. El sabía qué hacer con los escarabajos.

Agarró uno con sus manos enguantadas y lo examinó bajo la lupa. Esta especie carecía de ojos, tenía alas y estaba cubierta de pinchos. Estaba tratando de alcanzar su cuaderno, deseoso de dibujar la extraña marca en forma de diamante de su dorso, cuando voló de su mano y, al hacerlo, Erskine vio algo que de otro modo no hubiera podido ver.

Trató de hacer memoria intentando pasar por alto esta pequeña alucinación. Conocía los escarabajos, pero nunca había visto uno como éste. Y eso sólo podía significar que este escarabajo era nuevo —una especie nueva y distinta—, la primera que habían encontrado en este viaje, a pesar de las promesas de Percy. Tendría que comprobarlo en sus libros, pero estaba casi seguro.

De modo que no sólo había derrotado a Gittins, sino que sería privilegio suyo ponerle nombre a este pequeño troglodita, y que ese nombre fuese ratificado por la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica, a la que Gittins tanto odiaba, asegurándose así de que mantendría ese nombre para siempre o, al menos, hasta que la civilización fuese invadida por unos trogloditas mayores y toda ciencia olvidada. Una ambición infantil finalmente culminada.

El género sería *Anophthalmus*, que significa «sin ojos». Pero ¿*Anophthalmus* qué? Podría ser *Anophthalmus hemmingi*, para molestar a Gittins, o *Anophthalmus jakubi*, por aquello de la superstición, o incluso *Anophthalmus angeli*, como tributo al niño deforme, pero se inclinó por *Anophthalmus erskini*, una oportunidad de pasar a la inmortalidad con sólo veinticinco años. Feliz al pensar en ello, cogió otro escarabajo, pero antes de que pudiera observarlo de cerca ocurrió lo mismo que antes. Y de nuevo una tercera vez. Sólo con el cuarto escarabajo se dio cuenta de lo que estaba viendo. Cuando el insecto levantaba sus alas membranosas para prepararse para volar, el dibujo del diamante sobre ellas se deformaba, y durante un instante mostraba un dibujo diferente, una reorganización asimétrica de sus cuatro ángulos rectos. Cuatro patas en el sentido de las agujas del reloj. Una esvástica.

GRUBLOCK VIVÍA EN UNA LUMINOSA torre en la orilla sur del Támesis, diseñada para él por uno de sus arquitectos daneses favoritos; producto de la hermenéutica y la plastilina, se asemejaba a un archivador curvilíneo que hubiera sido saqueado. De noche, desde las ventanas de su triple ático, se podía ver por encima del oscuro río de tinta negra las barcazas que se hundían en la arena de la orilla opuesta y, sobre ellas, el centelleo de Chelsea. Lejos, a la derecha, estaba el Square Mile, alzándose luminoso como si una gota de luz de las estrellas se hubiera hecho estalagmita, y luego hubiera formado una cordillera. Las vistas eran tan espectaculares que ninguno de los invitados de Grublock se molestó jamás en examinar la pequeña acuarela que colgaba de la pared de enfrente, un intento bastante pálido y tembloroso de la iglesia de San Pedro, en Viena, con una firma casi ininteligible en la esquina inferior izquierda: «A. Hitler».

Hacía mucho tiempo que pensaba que el sueño de Grublock era atravesar de lado a lado la ciudad de Londres con una estructura tan gigantescamente inhumana, tan potencialmente irreal, que podría permanecer vacía durante cientos de años y nadie notaría la diferencia, excepto, quizás, las personas que llevaban las tiendas de bocadillos de los alrededores. Al igual que una catedral medieval, sería visible desde cualquier parte; y aun así, nadie podría saber el porqué de su forma y posición, nadie tendría permiso jamás para traspasar sus puertas, y nadie alcanzaría a comprender las asombrosas y complejas transacciones financieras que se suponía tenían lugar en su interior, de noche y de día, como discusiones entre ángeles; de modo que, aunque las luces estuviesen encendidas todo el tiempo, sería imposible decir con seguridad si estaba deshabitada o si sólo era un obelisco de cientos de metros de altura, un criptograma sin significado, una pura negación. De vez en cuando, leyendo acerca de los proyectos de Grublock en los periódicos, me preguntaba si no habría hecho ya esta jugada anteriormente. Unos años antes, desdeñando todo pesimismo económico, había abierto oficinas para el desarrollo urbanístico tanto en Shangai como en Dubai, y me dijo que había gastado demasiado dinero en Londres, donde a todo el mundo le gustaba hablar del libre mercado, pero nadie tenía las agallas para romper el último de sus grilletes. Salvo que las llanuras de Shangai y Dubai eran aún en su mayoría pizarras en blanco, y yo no estaba seguro de que a él le gustase eso. Le gustaban los desajustes, pero los desajustes de cierto tipo. Nosotros pensamos en el desajuste como un ataque de los garabatos a la cuadrícula, de lo legible sobre lo ilegible; lo que Grublock consiguió fue justo lo contrario.

Alrededor de las seis de la madrugada tuve que suplicarle al portero de noche que me dejara subir al piso anexo de Grublock. («Portero de noche» era un título humillante para alguien que hablaba diez idiomas, tenía veinte personas a su cargo, ganaba tanto como un buen abogado y, según dicen, podía conseguirte cualquier cosa,

desde una botella de *Château Mouton Rothschild* de 1959 hasta una prostituta que se pareciera a Lyudmila Putin en menos de treinta minutos. Pero lo eligió Grublock). La seguridad era muy alta, por supuesto, pero reconoció mi cara, de otras ocasiones, o quizás mi olor, y pareció querer hacer cualquier cosa con tal de alejar mi trimetilaminuria de su vestíbulo, donde, al igual que en los ascensores, se emitían silenciosamente canales de economía veinticuatro horas al día en televisores de plasma.

—Fishy —dijo Grublock, mientras descendía por la escalera que bajaba hasta el salón. Su rostro rubicundo, aquellas camisas rosas, la pequeña panza y esa amabilidad propia de una escuela privada nunca parecían ir a tono con el vampírico mobiliario escandinavo. En realidad, con todo aquel material nazi.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? ¿Por qué no llamaste si era tan importante? Podría no haberme levantado aún.

—Sé quién mató a Zroszak.

—Continúa.

—Vino a mi casa. Se trata de un ariosofista.

—¿Un qué?

—Eran una sociedad secreta alemana —comencé a explicarle, pero Grublock me cortó.

—Fishy, estoy bastante seguro de que trabaja para los japoneses.

—Tienes que decirme lo que estaba buscando Zroszak. Ahora estoy metido en esto. Ese tipo tenía una pistola.

—Bueno, aquí estás a salvo. Y si tienes que saberlo todo, buscaba un escarabajo. Ahora necesito hacer algunas llamadas para arreglar esto. Para empezar a Teymur. Así que, si vas a quedarte aquí, te sugiero que te des un baño. Tu *bouquet* es peor que de costumbre.

Sabía que Grublock no me contaría más, y no estaba seguro siquiera de que pudiera creer lo que acababa de decirme. Me desvestí en el enorme cuarto de baño de Grublock, cuya ducha podría exfoliar hasta un bloque de cemento, y me puse a pensar en la carta de Hitler a Philip Erskine. Ese Erskine, fuera quien fuese, tuvo que sentirse henchido de orgullo cuando leyera la carta. «He recibido regalos de papas, magnates y jefes de estado, pero nunca uno tan peculiar e inesperado como su amable presente». Aquello no podía referirse sólo a un escarabajo. Grublock se estaba quedando conmigo. Quedándose conmigo precisamente esa noche, de entre todas las noches, cuando mi vida corría peligro por un trabajo que estaba haciendo gratis para él.

Aun así, no me sentí tan confuso después de la ducha, y mientras me secaba con una toalla marcada con un monograma y me ponía un batín marcado igualmente con un monograma, me entraron ganas de ver cómo Grublock movilizaba sus tropas.

—Podría haber pistas en mi piso —comencé a decir mientras salía del baño. Me detuve cuando recordé que Grublock tal vez seguía hablando por teléfono.

Pero no estaba al teléfono. Estaba sentado en un sillón con las manos detrás de la cabeza. El galés estaba de pie junto a la puerta, y la pistola apuntaba a Grublock. Me miró.

—Siéntese, por favor. No es necesario que se preocupe por el botón del pánico. Lo he desconectado.

Su voz no sonaba tan irritada conmigo como lo hubiera estado yo con alguien que acabase de lanzarme una taza de pis tóxico a la cara. ¿Cómo había entrado?

—Está cometiendo una ridícula equivocación —dijo Grublock sin alterarse—. No sabe para quién trabaja, ¿verdad? Le pagan a través de un depósito de garantía anónimo.

—Sí.

—Soy yo. Yo pago. Usted trabaja para mí, pero no lo sabe. Mire: Zroszak se acercó mucho. De esta manera yo me aseguraba de que, de un modo u otro, podría obtener lo que quería en un par de semanas. Luego pensaba venderlo, pero una vez que los japoneses se enteraron de que usted estaba también metido, y en tanto no supieran que usted trabajaba para mí, el precio probablemente se duplicaría o triplicaría. Sencillamente, no pensé que fuese usted a moverse tan rápido. No pensé que encontraría a Zroszak antes de que me dijese dónde coño encontrarlo. Y, ciertamente, no esperaba que fuese usted a irrumpir en mi casa. Soy muy rico, pero, como verá, esto me sobrepasa. Esto es sólo un *hobby*. Si me hace daño, a mí, su propio jefe, ¿quién va a querer contratarle en adelante?

—Me temo que no le creo.

—Puedo demostrárselo. Acérqueme mi portátil y se lo mostraré.

—¿Se fía de él? —dijo el galés señalándome con la cabeza. Sus ojos eran tan hermosamente claros y pálidos, que casi parecía que tuviese un glaucoma.

—Sí, supongo que sí, hasta cierto punto —dijo Grublock—. ¿Por qué?

—Él sabe encontrar cosas.

—Sí —dijo Grublock.

Entonces el galés le pegó un tiro en la frente.

Grublock se desplomó de lado en el sillón, y un hilo de sangre corrió por su nariz. Hizo un ruido como el del traqueteo del disco duro de mi ordenador cuando va al límite de sus gigaflops.

El galés se volvió hacia mí. Observé que llevaba guantes de látex blancos.

—No se ponga histérico, por favor —dijo.

—¿En serio está buscando un escarabajo? —tartamudeé.

—¿Le suena creíble?

—No.

—Precisamente.

Así que, después de todo, Grublock había mentido. ¿Y toda aquella historia del pago mediante terceros? ¿Intentaba sólo protegerse? No lo sabía. Contratar a un asesino para elevar una puja era la clase de cosa que Grublock era capaz de hacer.

Una vez, para quitarle las ganas a un promotor legal de comprar un terreno en Peckham antes de que él pudiera reunir el dinero, filtró una historia en el *Evening Standard* que decía que los niños del barrio de al lado habían organizado una especie de tribu que se dedicaba a violar usando ketamina, y que iban armados con cadenas de bicicletas y espadas samuráis. Pero entonces, ¿dónde encajaba en todo eso el tatuaje de la Sociedad Thule?

—Entonces, ¿qué está buscando? —dije.

—¿Ha oído hablar de un boxeador judío llamado Seth Roach? —me preguntó.

—Algo.

—Estoy buscando la tumba de Seth Roach.

—No tengo ni idea de dónde está.

—No.

—¿Significa eso que va a matarme?

—Todavía no voy a matarle. Le voy a llevar conmigo. Usted me ayudará a encontrarla.

LA LUZ DE LA MAÑANA se colaba a través de las ventanas del depósito de cadáveres, pálida y temblorosa, como la clase de niño morboso que prefiere ver una chica muerta antes que una desnuda. Aquel depósito de cadáveres no era como los que hay en las funerarias, con instrumentos de metal cual insectos y formaldehído; era tan sólo una habitación fría de ladrillo donde los cadáveres esperaban sobre carritos sin tan siquiera un periódico atrasado que leer hasta que los llevaran al crematorio de Hackney, donde enviaban a los huéspedes que salían del Hospital de San Panteleimon. Esa mañana, el cuerpo sobre el carrito no tenía aspecto de muerto ni olía a muerto o, al menos, no parecía u olía más a muerto que la noche anterior, cuando todavía hablaba. Aquello le ponía nervioso a Sinner porque, pese a que no era aprensivo, no le agradaba la idea de que Ollie Renshaw se despertase y le agarrara de la muñeca mientras rebuscaba en sus bolsillos.

Antes de que la tisis dorsal empezara a encorvarle, Renshaw se dedicaba a escribir cartas pidiendo dinero. Era un hombre alto, bizco y rubio que respondía a cualquier afirmación, por trivial que fuera, con una educada risa. Iba de albergue en albergue llevando consigo su propia biblioteca: una vieja mochila del ejército llena de listines telefónicos, ejemplares del *Who's Who* atrasados, informes anuales de instituciones de caridad, listas de clérigos y demás. Cada volumen estaba anotado con docenas de cuidadosas marcas a lápiz junto a los nombres con los que ya había probado. Cambiaba continuamente de alias, de modo que ni la policía ni la Sociedad de Organizaciones de Caridad pudieran dar con él. Escribía pidiendo dinero para poder comprarle una silla de ruedas a su hermana Ruth, aunque por unos pocos peniques más también escribía cartas, buenas cartas, en favor de otros hombres que estaban en las últimas. La gente solía pensar que se había metido en estos tinglados tan poco seguros por desesperación, pero en realidad Renshaw, cuando volvió de la batalla de Passchendaele, con tan sólo dieciocho años y sin sensibilidad en su mano izquierda, había decidido que un tipo que había sobrevivido lo que él había sobrevivido no debería volver a tener que desempeñar otro trabajo honesto en toda su vida y, consecuentemente, se convirtió en un profesional: al principio, cuando tenía dinero para un carruaje y un cuello de camisa limpio, solía presentarse como el joven y serio enviado de una condesa rusa depuesta, que necesitaba a alguien de confianza para ayudarle a hacer llegar sus millones de rublos hasta Londres, y ofrecía un diez por ciento de la suma a cambio de un poco de ayuda con los sobornos y las comisiones bancarias. Cuando su aspecto dejó de ser presentable para eso, se inventó a Ruth. Entonces le sobrevino la tuberculosis de la columna y acabó en el Hospital de San Panteleimon, en Blackfriars, igual que Sinner, y, finalmente, murió a causa de ella y terminó aquí, en el depósito de cadáveres. No se molestaban en cerrarlo siempre con llave, ya que todo el mundo en el hospital pensaba que traía mala suerte

entrar. A la muerte hay que dejarla sola, aunque en Polonia, el padre de Sinner le contó una vez que habían atajado un brote de tuberculosis enterrando el cadáver de la primera persona contagiada y quemando su corazón.

A Sinner le temblaban tanto las manos que apenas era capaz de desabrochar los pantalones de Renshaw para ver si tenía algo de dinero cosido al forro. A pesar de que él no tenía tuberculosis, algo en lo profundo de su cuerpo parecía aspirar a tan romántica enfermedad e intentaba adivinar caprichosamente los síntomas; su piel estaba amarillenta, vomitaba tres o cuatro veces al día y le salían moretones con mucha facilidad. Si tropezaba en un pasillo, caía de rodillas y tenía que apoyarse contra la pared durante un minuto o dos antes de poder levantarse.

Después de que las cosas se torcieran en Nueva York, éstas no habían vuelto a enderezarse. Se acordaba del día después de la cena en casa del rabino Berg, cuando había hablado con Frink a través de la puerta cerrada de su habitación.

—Déjame salir.

—No te preocupes, te traeremos la cena.

—Tengo que entrenar. El combate se acerca.

—El combate se acabó. Todo se acabó. Lo sabes.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó Frink—. ¿Me preguntas por qué? A la primera oportunidad que tuviste nos la jugaste, te largaste, le robaste a Judah la cartera, te emborrachaste y me cortaste la puta mano. ¿Crees que Judah va a dejar que vuelvas a su gimnasio después de todo eso? Sinceramente, ¿crees que vamos a dejarte salir en público de nuevo? Nos volvemos para casa antes de que consigas que te metan en la cárcel, hijo. Y, por cierto, se suponía que la bolsa del combate contra Aloysius Fielding iba a costearnos los billetes de vuelta, ¿recuerdas? Pues olvídale. Judah va a pagarme algunos dólares por ayudarlo en el gimnasio y me prestará algo más, hasta que tengamos suficiente. Lo cual es más de lo que nos merecemos. Sobre todo porque no voy a serle muy útil con todas estas vendas en la mano.

—Quiero pelear.

—Podrías haberlo hecho, Seth. Podrías. Esta era tu oportunidad. Y habrías ganado. Habría sido el comienzo de algo. Tú lo sabías. Siempre has sido jodidamente previsible, pero pensé que esta vez podrías hacer una excepción. Porque no eres tú sólo el único que tiene que hacer frente a esto. Estoy yo. Me has dejado jodido a mí también. Después de todo lo que hemos pasado. ¿Te importa un carajo eso, Seth? Supongo que no. Soplapollas.

A pesar del enfado de Frink, él pareció calmarse antes que Sinner; en el barco de regreso y en el tren a Euston, e incluso en la cola del autobús, intentó sacar alguna conversación conciliadora, pero Sinner no contestaba. Estaba tan cansado de escuchar a Frink que casi empezaba a arrepentirse de no haberle matado en el bar. Sólo había un ser humano en el mundo que podía hacerle sentirse culpable, y ése era su hermana Anna. Rechazó la oferta de una cama libre esa noche. En lugar de ello, se fue

directamente al Caravan.

A lo largo de los siguientes meses, Sinner comenzó a desear cada vez más haberse quedado en Nueva York, haber obtenido una revancha contra la ciudad que había roto su racha de victorias. Toda esa gloria de la que Frink había hablado: sabía que se la merecía. ¿Cómo era posible que la hubiera perdido en apenas una noche? Debería seguir allí, pero en lugar de eso estaba de vuelta en Londres, donde cada noche era distinta. A veces recogía a alguien e iban a su piso. A veces recogía a alguien y el otro pagaba una habitación en el Hotel de París o en otro hotel. A veces dormía en un parque hasta que la policía los desalojaba. A veces dormía entre los vagabundos en el Embankment. A veces dormía unas horas en alguno de los cines nocturnos de Leicester Square, antes de que el acomodador le despertara con la linterna, mientras los boletines de noticias sonaban a lo lejos, Mussolini y el Rey Eduardo. A veces, incluso se gastaba un penique para dormir en alguna pensión. El problema es que Sinner sí que tenía amigos, si es que se les puede llamar amigos, por ejemplo Will Reynolds, que dirigía el Caravan, pero en cuanto tenía que pedirles ayuda ya no era capaz de soportar su amistad. Así que la única gente a la que pedía dinero era a gente que no le gustaba, y aunque había muchos de esos, pronto se quedó sin posibilidades. Estaban sus padres, pero se alegraba de no haberles visto en los últimos tres años, y si alguna vez volvía a hacerlo sería como campeón del mundo, no estando sin blanca. También estaba Albert Kölmel, pero no quería deberle nada a Albert Kölmel, por poco que fuera. Y estaba Frink, pero aquello seguía siendo imposible. Deseaba poder ver a Anna, pero no sabía dónde estaba.

Así que no tardó en empezar a buscar maricas con pasta que no sólo le ofrecían una cama para pasar la noche, sino que también le pagaban. Normalmente no eran difíciles de encontrar, aunque una vez acabó acostándose con una sirvienta indiferente mientras el amo observaba desde un sillón. A menudo, antes de irse robaba dinero en metálico y joyas porque sabía que no irían a la policía, y con el dinero empezó a beber más que nunca, ya que ahora que no estaba Frink, y no tenía que permanecer sobrio para las peleas o los entrenamientos, y la vida parecía seguir sin cambios hasta que una noche de diciembre se dio cuenta de que algo bastante horrible tenía que haberle sucedido, porque no sólo no fue capaz de dar con ningún marica en Covent Garden que se detuviera a hablar con él, sino que tampoco consiguió que los gorilas del Caravan le dejaran pasar. De hecho, no era capaz de recordar mucho de lo que había sucedido entre aquel día y el día en que se encontró a sí mismo bebiendo té a sorbitos en el Hospital de San Panteleimon.

Tenías suerte si conseguías una cama en el San P., uno de los pocos hospitales de beneficencia de su clase en Londres. Pero no contaban con que ocupases la cama durante mucho tiempo. Cada día llevaban el carrito hasta la sala de Sinner con alguien. La noche pasada había sido Ollie Renshaw, y ése era el motivo por el que Sinner estaba allí, en el depósito, por tercera vez desde Navidades. Las dos primeras veces no encontró nada en los cadáveres, pero el idiota de Renshaw seguro que tenía

algo guardado, y entonces Sinner podría salir de la sala de enfermos pulmonares y empinar el codo por primera vez en varias semanas. La verdad es que no le apetecía tanto como antes; de hecho, pensar en ello le mareaba un poco, pero ya que durante todo ese tiempo se había estado prometiendo un trago miles de veces al día, ahora no tenía elección.

—Pensaba que vosotros los judíos teníais unas reglas en eso de tocar a los muertos.

Sinner se giró.

—Por supuesto, nosotros los cristianos también, pero nunca creímos necesario ponerlas por escrito.

Connelly, uno de los sacerdotes del San Panteleimon, estaba de pie a la entrada del depósito. Era un irlandés de unos cuarenta y tantos, tan dedicado a perseguir el tabaco de contrabando que decían que dormía de pie escondido dentro de los armarios, y eso durante no más de diez minutos seguidos.

—¿Eres su hermano, Roach? ¿Su sobrino? ¿Quizás su hijo perdido? ¿Por eso estás aquí?

—Tiene algo que es mío.

—Oh, sí, te debía dinero, supongo. ¿Media corona de plata? —Connelly sonrió levemente—. Siempre he intentado ser caritativo con los de tu clase. He rezado pidiendo paciencia. Pero después de un tiempo el Señor dejó de darme paciencia, quizás porque todos vosotros sois muy desagradables. Voy a llamar a la policía. Tú te quedarás aquí —Connelly cerró la puerta con llave dejando a Sinner a solas con Renshaw.

Sinner miró alrededor. Probablemente una de las ventanas del depósito era lo suficientemente ancha para salir por ella, pero estaba demasiado alta para llegar. Así que empujó al suelo el cuerpo de Renshaw, luego llevó el carrito hasta la pared de enfrente, y se subió a él. No podía romper la ventana sin que el carrito dejara de moverse bajo sus pies, de modo que tuvo que bajarse, arrastrar el cuerpo de Renshaw por el suelo, meter uno de sus brazos bajo las ruedas del carrito a modo de freno y volver a subirse al carrito. Estaba ya demasiado cansado como para romper el cristal con el puño, así que le quitó una bota a Renshaw y lo hizo con ella.

La lluvia y el viento se precipitaban en el depósito como saqueadores en una cripta. Sinner no llevaba puesto nada salvo unos calzoncillos largos de lana. Hacía dos años habría trepado por un desagüe untado con vaselina, pero esta ventana era muy pequeña y se sentía muy débil. Finalmente, levantó una rodilla, cortándose con el filo del cristal roto en el borde de la ventana, luego la otra, y cayó sobre los adoquines mojados del otro lado; sintió crujir algo en su hombro y los calzoncillos se le rompieron por la ingle.

Estaba tumbado de costado, como un caracol aplastado. Intentó mirar alrededor, pero el día se le hacía insoportablemente claro después de la oscuridad del depósito, y la lluvia le golpeaba en el rostro. Entonces apareció una sombra ante él. Se preguntó

si sería así cómo sus rivales solían sentirse al final de una pelea. La sombra dijo:

—¿Está usted bien, señor Roach?

Sinner soltó un quejido y se limpió los ojos. No reconoció al instante la cara del hombre que estaba de pie con un paraguas, pero la voz le era familiar, afectada hasta el punto de la parodia. Le llevó unos segundos situarla en la memoria, y luego unos pocos segundos más para sacudirse de encima la incredulidad. Era el capullo aquel que había entrado aquella noche en el vestuario del Premierland sin que le llamaran, después del combate contra Pock.

—¿Qué coño...? —comenzó a decir Sinner. Intentó ponerse de pie, pero no pudo.

—Realmente es usted —dijo Erskine—. Es realmente usted. Bueno, bueno. ¿No es esto tener suerte de veras? Y ésta es tan sólo la cuarta mañana que paso en Blackfriars. Así es como esperaba encontrarle. Aunque había oído que estaba usted en una pensión, no en un hospital.

—Ahora ya en ninguno de los dos sitios.

—Ciertamente. ¿Ha estado usted enfermo?

—Regular —dijo Sinner rotundamente.

—Esto tiene aspecto de poder arreglarse con un baño y una comida calientes. Tal vez unas buenas salchichas.

Hacía meses que Sinner no comía salchichas. Estaba cansado de pan y mantequilla.

—¿Dónde?

—Desde nuestro último encuentro, tengo un piso en Clerkenwell.

—Seguro que es precioso.

—De hecho, ahora que lo pienso, no hay ninguna razón por la que no podamos ir allí ahora mismo. Tengo un taxi esperando. Es lo menos que puedo hacer.

—Me parece bien —Sinner no había suplicado por nada en su vida, pero pensó que ahora estaba a punto de hacerlo.

Erskine echó un vistazo arriba y abajo de la calle, bajó la cabeza hacia Sinner, parecía que había llegado a una conclusión, y entonces dijo en un tono más fuerte:

—Por otro lado, me temo que mi padre se disgustaría mucho si averiguase que está pagándole el alojamiento a un vagabundo. De hecho, estoy seguro de que se disgustaría.

Sinner consiguió al fin ponerse en pie y permaneció allí con la lluvia cayéndole por la punta de la nariz, y su polla como un pequeño ratón.

—Vamos, amigo. No tiene sentido darle más vueltas. Sé lo que quieres.

—¿En serio?

—Recuerdo lo que me dijo. Puede usted hacer sus experimentos y yo me llevaré sus cincuenta pavos, y usted, yo, su padre y sus bichejos estaremos todos en paz, ¿de acuerdo?

—Me complace que se acuerde de mi proposición, señor Roach, pero me temo que las condiciones hayan cambiado ahora. Verá usted, creo que voy a pedirle

bastante más, pero a cambio le ofreceré bastante más. Le daré una habitación para usted por el tiempo que desee. Le daré sábanas y ropa limpias. Le daré tantas salchichas como pueda usted comer, *kosher* o lo que sea. Le daré bastante dinero para gastos. Incluso le dejaré que siga usted destruyéndose con la bebida porque sé que, si no, se largaría usted en menos de una hora. Le daré prácticamente casi todo lo que usted me pida y, con mi ayuda, tal vez algún día pueda usted estar de nuevo en forma para volver al boxeo. Pero a cambio, no quiero examinarle meramente de vez en cuando. Quiero la propiedad total —la voz de Erskine no era tan segura como sus palabras—. Quiero comprar su cuerpo como podría uno comprar un perro o un sillón. No limitaré su libertad de ninguna manera, pero hasta su muerte se someterá a todos los experimentos y observaciones que desee realizar al servicio de mis teorías. Y después de eso, tendré la custodia de sus restos.

—Que le jodan, capullo hijo de... —Sinner no podía encontrar las palabras.

—Bueno, estaré muy gustoso de dejarle aquí bajo la lluvia. Es decisión suya. Si no quiere usted recomprar la vida a un precio justo.

Sinner pensó en Connelly y la policía, y también en las salchichas. Podría quedarse una noche o dos y luego largarse con parte del dinero de Erskine. Eso sería suficiente. No le gustaba pensar en las pocas alternativas que le quedaban, ni en lo agradecido que estaba por la llegada de aquel soldado de juguete sin personalidad.

—De acuerdo entonces.

—Espléndido. Deme la mano.

Sinner estrechó la mano de Erskine tan firmemente como pudo. Erskine le llevó temblando y sangrando hasta el taxi, que estaba aparcado fuera en Bread Street. Tan pronto se sentó en el asiento de atrás se quedó dormido.

Más tarde, le despertaron para que le examinara un médico con barba. Estaba en el piso de Erskine, en una cama que parecía asombrosamente blanda y amplia después de las camas del San Panteleimon. Le dolía el hombro.

—Malnutrición, por supuesto, y una o dos infecciones algo desagradables, así como una severa intoxicación etílica —dijo el médico después de limpiar los cortes de Sinner—. ¿Cuánto tiempo dice que ha estado perdido?

Al parecer, Erskine le había dicho al médico que se trataba de un mozo de cuadra que había huido hasta Londres desde un lugar llamado Claramore.

—Sólo unas dos semanas —dijo Erskine, sentado en una silla en la esquina de la pequeña habitación desde donde había observado el reconocimiento de principio a fin.

—Bueno, debe de haber estado bebiendo delante de sus narices durante un buen tiempo. No se merece tantas molestias, me atrevería a decir.

—Le prometí a su padre que lo llevaría de vuelta —dijo Erskine mientras le pagaba al médico.

Este le dio unos paquetes con polvos que debía remover en una jarra con agua caliente dos veces al día para Sinner.

Poco después de que se fuera el médico, la casera, a la que evidentemente se le había contado la misma historia, subió con un plato de hígado encebollado en una bandeja.

—Usted dijo que podría beber algo —dijo Sinner cuando terminó de comer.

—Sí. Espero que sepa que está usted acelerando su propia muerte. ¿Comprende usted que no volverá a estar verdaderamente sano a menos que lo deje?

—Usted dijo que podría beber algo.

—En ese caso no asumo ninguna responsabilidad.

Erskine le sirvió a Sinner un vaso de cerveza, que éste apuró de un trago. Antes incluso de que el líquido llegase a su estómago sintió un gran alivio, como cuando alguien te dice en el último momento que no tienes que hacer algo que te da pavor. Sin embargo, tenía un sabor raro.

—¿Qué tipo de cerveza es ésta? —preguntó, intentando alcanzar la botella.

—Es sólo cerveza —dijo Erskine, cogiéndola rápidamente del carrito—. Probablemente esté acostumbrado a variedades más baratas. Ahora, en unos minutos tengo que salir hacia una reunión en la Sociedad Real de Entomología. Llegaré por la tarde. Espero que encuentre la cama cómoda, y le sugiero que se quede en ella, pero si quiere levantarse hay ropa limpia en el cajón. No encontrará más dinero ni más alcohol en el piso, y mi laboratorio está cerrado. No puedo impedir que se vaya, por supuesto, pero si lo hace no podrá regresar, ¿lo entiende?

Sinner asintió. Justo cuando Erskine se giraba para salir de la habitación llamaron a la puerta del piso.

—Un momento, señora Minton —gritó Erskine.

—¿Phippy? ¡Phippy, soy yo! —la voz era de mujer, pero no de la casera. Erskine se puso blanco y apretó los puños.

—Me estoy vistiendo —gritó.

—Ya te he visto vestirte. Abre esta estúpida puerta.

—Tan sólo quédese aquí y no haga ruido —le susurró Erskine a Sinner, y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Sinner le oyó abrir la puerta de la entrada.

—Creía que te estabas vistiendo —dijo la voz.

—Y ahora estoy vestido. Desearía que telefonaras primero, Evelyn.

—Bueno, sabía que estarías en casa, ¿verdad, hermano? Nunca haces nada.

—En realidad estoy muy ocupado y tengo que irme en un momento o llegaré tarde. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche?

—No.

—¿Cenar es demasiado burgués?

—Quería ver tu nuevo piso de adulto. Es un cuchitril, ¿eh? Bueno, al menos te llevaste aquel cuadro. Comprar ese cuadro es el único gesto de buen gusto que has tenido en tu vida.

—Sólo te gusta porque Madre dice que es horrible.

—Una horrible imitación de Rembrandt, sí. Pero aparte de eso bastante

sorprendente —Sinner oyó pasos—. ¿Qué es esta puerta?

—No entres ahí —dijo Erskine.

—¿Por qué no? —preguntó la voz, y la puerta del dormitorio se abrió.

La hermana de Erskine tenía veintidós años, era bonita, llevaba el pelo castaño ondulado recogido por detrás de la cabeza para mostrar el brillo pálido de sus mejillas como el del terciopelo gastado. Llevaba puesto un vestido verde de sílfide y arrastraba tras ella un viejo paraguas maltrecho con ribetes de latón que hubiera podido proteger a un pequeño pueblo de un ataque con mortero. Sus cejas mostraban una inclinación irónica permanente, como si estuviera esperando pacientemente a que el resto del mundo tirase su cigarrillo, se dejase de payasadas y admitiera lo absolutamente ridículo que era todo aquello.

—¿Se puede saber quién es ése que está en tu cama? —preguntó.

—Esa no es mi cama. Es la cama de invitados.

—¿Quién es?

—Oh, es mi ayuda de cámara. Está enfermo.

—¡Phippy! ¿Desde cuándo tienes ayuda de cámara? ¡Qué absurdo! ¡Y parece judío! —dijo esto con sorpresa, no con desdén.

—No es judío. Su nombre es Roach. Si uno coge un piso, debe tener ayuda de cámara.

—Chico, ¿de veras eres el ayuda de cámara de mi hermano?

Sinner esperó durante un buen rato antes de contestar, observando con diversión los ojos implorantes de Erskine, que apretaba los dientes. Al fin dijo:

—Sí, señorita.

Erskine casi se cae al suelo.

—¿Qué te ocurre, chico?

—Tiene piedras en los riñones —dijo Erskine.

—Qué pelmazo. ¿Dónde te encontró mi hermano?

—Evelyn, de veras tengo que irme —dijo Erskine—. Ven conmigo, te buscaré un taxi.

Por supuesto, a Evelyn no le estaba permitido tener un piso para ella, así que cuando iba a Londres normalmente se alojaba en casa de su amiga, Caroline Garlick, cerca de Gloucester Road.

—No puedo, he quedado.

—¿Con quién? ¿Madre te va a hacer cenar con los Bruiseland? Mencionó que andaban por la ciudad.

—Pues no, con tu viejo amigo, Morton.

—¿Todavía andas con Morton? —William Erskine, su padre, le había prohibido durante un tiempo a Evelyn hablar con Morton después de descubrir que éste se había apuntado a la Unión Británica de Fascistas, una organización que según él daba una mala imagen del fascismo, pero más tarde había acabado por ceder.

—Querido hermano, no sé lo que quieres decir con eso, pero deberías estar

contento. Recuerda que, a pesar de vuestras pequeñas diferencias, ambos compartís los colores de vuestra universidad y las mismas ideas políticas. Adiós, Roach.

Los dos salieron. Sinner se levantó, se puso una bata y echó un vistazo al piso. Estaba limpio, bien iluminado y no era demasiado frío, pero apenas tenía muebles comparado con el de sus padres en Spitalfields: no había adornos y tan sólo había un cuadro, el que supuestamente había mencionado antes Evelyn.

Siete u ocho doctores vestidos con batas negras y con grandes patillas se apiñaban alrededor de un cadáver como cuervos alrededor de un pedazo de carne. El cadáver presentaba ictericia, pero todavía conservaba bastante bien los músculos, los tendones del muslo derecho estaban expuestos a través de un pedazo de piel abierta y se mostraban con detalle. Había un trapo colocado sobre la ingle, pero podía distinguirse el bulto por debajo. Todo alrededor estaba oscuro, igual que la morgue del San Panteleimon, e incluso la cara del cadáver le recordaba un poco a Sinner la de Ollie Renshaw. Se apartó rápidamente del cuadro, sentía que si se quedaba mirando más tiempo a los doctores, si es que realmente eran doctores, se abalanzarían sobre el cadáver para devorarlo. Entonces, al entrar al cuarto de baño para orinar (resultaba todo un lujo no tener que hacerlo en un orinal como en San Panteleimon) se vio a sí mismo frente al espejo; aquello era incluso peor que el cuadro. Hacía semanas desde la última vez que había visto su reflejo en algo más limpio que una ventana sucia, y ahora comprendía por qué los gorilas del Caravan no le habían dejado entrar. No quería tener ese aspecto.

Aparte de la sala de estar, el baño y los dos dormitorios, sólo había una pequeña cocina y una misteriosa sexta habitación cerrada con llave, presumiblemente el laboratorio de Erskine. El cerrojo era fuerte, pero posiblemente podría sacar la puerta de los goznes si quería, quizás no hoy, pero seguramente tras un poco más de descanso e hígado con cebolla. Se preguntó dónde podría ir a empeñar lo que fuera que Erskine guardase ahí. Quince minutos después, mientras observaba la calle de pie junto a la ventaba y pensaba lo extraño que era que hubiese terminado ahí, llamaron de nuevo a la puerta. Sinner la abrió. Evelyn había regresado, esta vez sin su hermano.

—Le dije al taxista que diera sólo una vuelta —dijo.

—¿Por qué?

—Porque quería saber si realmente eres el ayuda de cámara de mi hermano. No lo eres, ¿verdad?

Tenía una manera masculina de echar la barbilla hacia adelante cuando desafiaba a alguien a contradecirla.

—No lo sé. Hace una hora era un mozo de cuadra.

—Lo sabía. Si alguno de sus sirvientes alguna vez tuviese un aspecto tan horrible como el tuyo, no caminaría junto a él ni un kilómetro, y mucho menos lo metería en su piso. ¿Qué haces realmente?

—Era boxeador.

—Eres bastante bajo para ser boxeador.

—Golpeo bastante fuerte para ser un tipo bajo. ¿Qué eres tú?

—Tengo la intención de ser compositora. ¿Te gusta la música vanguardista?

Sinner se encogió de hombros.

—Estoy casi segura de que te gustaría —dijo Evelyn—. Casi siempre puedo adivinarlo —Evelyn era consciente de que no resultaba completamente convincente cuando hacía comentarios como éste, especialmente a alguien como Sinner, con esa mirada que tenía, pero no veía cómo se suponía que su conversación podría adquirir más desenvoltura si en casa no tenía absolutamente a nadie con quien practicar. Si intentaba lanzar un dardo satírico durante la cena, su padre se limitaba a mirarla hasta que le entraran ganas de llorar. Por otro lado, la familia de Caroline Garlick era encantadora, pero el problema era que tendían a reírse con demasiada facilidad más que a no reír en absoluto, y aquello se parecía poco a la Mesa Redonda del Algonquin^[7]. Estaba convencida de que si la hubiesen dejado ir a París, podía haber practicado mucho y, por supuesto, haber conocido a cantidad de gente como este chico, pero tal y como estaban las cosas, si alguna vez conocía a algún intelectual (o a alguien más allá de su vecino, Alistair Thurlow), probablemente éste pensaría que se trataba de una chiquilla sin remedio. Durante una semana trató de acostumbrarse a beber, ya que los bebedores tenían a menudo fama de ser estupendos conversadores, pero la mayor parte del tiempo se quedaba dormida.

Evelyn se recompuso y sonrió.

—Sabes, mi hermano es un tipo extraordinario en muchos aspectos. Nunca hubiese dicho que tenía valor para eso. Ya por los veintiséis con esa olímpica falta de seguridad en sí mismo y, de repente, un jueves cualquiera, descubres a un concubino en su cama. Espero que no te importe que te llame así.

—¿Qué significa?

—Entonces es que no.

—¿Qué significa?

—Lo que significa es que nunca me he hecho ilusiones acerca de mi hermano y su verdadera...

—No me llames de ninguna manera, zorra estirada —dijo Sinner, y se dio la vuelta. Inmediatamente oyó un ruido a su espalda y sintió un fuerte golpe en la nuca. Se giró. Evelyn le había golpeado con el paraguas.

—Y tú no le hables así a una mujer —dijo ella con la cara sonrojada. Y se marchó.

Sinner se sentó en un sillón, frotándose la nuca; estaba sorprendido por haber dejado que Evelyn le irritase tanto, y sabía, perfectamente, que era a causa de lo mucho que la hermana de Erskine le recordaba a la suya. La hermana que una vez había tenido. Anna.

La última vez que había visto a Anna, él tenía quince años y ella sólo doce, aún tenía los ojos demasiado grandes para su cabeza. Un viernes por la noche toda la

familia estaba en el piso de Romford Street, en aquella habitación para todo a la que llamaban cocina. La madre de Sinner estaba haciendo sopa de pollo, Anna estaba decidida a enseñarle a tejer a Sinner, y su padre estaba sentado junto a tres o cuatro viejos amigos de su pueblo, protestando por un juego de cartas polaco llamado *Ocka* en el que habían apostado algunos chelines. Después de perder nueve manos seguidas, el padre de Sinner había dado una patada en el suelo y le había dicho a uno de sus amigos:

—Has cogido tres cartas en lugar de dos.

—He cogido dos.

—Cogiste tres. ¿Creías que no me iba a dar cuenta?

—Cogí dos.

—Tramposo —dijo el padre de Sinner—. Tramposo, repito —chilló. Entonces se levantó del taburete, cogió la vieja y destartalada mesa plegable sobre la que estaban jugando y la lanzó por la ventana. Se oyó un fuerte golpe en el exterior seguido de algunas palabrotas. Sinner saltó, bajó corriendo tres tramos de escaleras antes casi de que el primer naípe hubiese golpeado la acera, y empezó a hacerse con las monedas que había esparcidas por la calle. Recogió casi dos libras en chelines antes de girarse y ver que su hermana le había seguido abajo.

—Vuelve arriba, Anna —le dijo.

—¿Vas a comprar caramelos? —preguntó. Llevaba puesta una de sus viejas camisas.

Su padre apareció en la puerta del edificio.

—Volved aquí con nuestro dinero, pedazo de mierdosos.

Sinner echó a correr.

Cuando regresó aquella noche, borracho, encontró a su madre en la habitación que compartía con Anna. Había dormido en la misma cama con ella durante casi toda su vida. En el mundo que él conocía, no era extraño que los hermanos acabasen follándose a sus hermanas o, al menos, algo parecido a eso; él estaba orgulloso de no haberla tocado nunca de esa manera. Su madre sostenía un trapo húmedo frío sobre un moretón en la cabeza de Anna. Anna estaba medio despierta y hablaba entre dientes. Sinner entró en la habitación de sus padres, despertó a su padre, y le dio una paliza hasta dejarle con la cara llena de sangre y encogido en un rincón junto a la máquina de coser de su madre. Luego, volvió a la otra habitación y relevó con el trapo a su madre, que salió. A la mañana siguiente, se despidió de Anna y fue al gimnasio a entrenarse con Frink. Aquella noche tuvo un combate en el Premierland, no cobró apenas, después un hombre de entre la multitud se acercó para felicitarle y estuvo viviendo durante una semana en el piso de aquel hombre; allí probó la cocaína por primera vez, pero no le gustaba el tono vacío y cúbico que le daba a sus orgasmos. Cuando finalmente regresó a casa, Anna ya no estaba.

—¿Dónde está ella? —le preguntó a su madre.

—Se ha ido. Tú padre se ha ido a buscarla.

Había estado llorando.

—¿Qué coño quieres decir con que se ha ido?

—Salí y cuando regresé ella no estaba.

—¿Por qué me miras así?

—Si te hubieras quedado con nosotros, Seth —dijo su madre—. Si te hubieras quedado con nosotros, esto no habría sucedido.

—¿Quedarme con vosotros? ¿Día y noche hasta que se muera o se vaya a joder a otra parte? —dijo Sinner.

—¿Por qué no? ¿Por qué eres incapaz? ¿Acaso por las peleas y las chicas? Quédate con nosotros o vete. Le pega porque no puede pegarte a ti. ¡Dios santo! Si no estuvieras aquí, no tendría tantas ganas de pegarte a nadie. Si estuvieses todo el tiempo aquí, tendría ganas de pegarte, pero no podría. Pero tú vas y vienes. Te quedas justo lo suficiente para hacer que se enfade y luego desapareces. ¿Crees que ayuda que aparezcas por aquí una vez a la semana para castigarle? Eso sólo empeora las cosas para ella. Y para mí.

Sinner salió fuera a buscar a Anna por su cuenta. Nunca la encontró. Y cuando perdió a Anna, a quien amaba, perdió algo más que a una hermana. Porque estaba seguro de que Anna —igual que ahora le sucedía con Evelyn, la hermana de Erskine— había sabido algo importante acerca de su hermano mucho antes de que él mismo lo supiera. Ella solía sonreír de cierta manera cuando oía a su madre sermonearle sobre las chicas de por allí, y de otra manera cuando le veía mirar a algún hombre atractivo por la calle. Ninguna de aquellas sonrisas era su sonrisa habitual, que se levantaba despacio por su rostro igual que un vaso se llena de zumo de naranja hasta que desborda en una risa. Tenía sólo doce años, pero le conocía de una manera en que nadie más le había conocido. Así que, ¿qué más le quedaba por averiguar de sí mismo que ella no le hubiera dicho aún, y que nunca podría decirle, ahora que se había ido? ¿Qué otros secretos de Sinner se habían ido arrastrados por la lluvia?

MARZO DE 1936

A LOS VEINTIDÓS AÑOS, recién llegado de Cambridge y no muy feliz, Erskine había comenzado un riguroso periodo de autoexperimentación de tres meses al igual que su héroe Francis Galton. De los experimentos que llevó a cabo en esa época, cuatro fueron especialmente memorables.

El primero fue muy breve. Durante la mayor parte de su vida, Erskine se había preguntado si los procesos inconscientes del cuerpo podrían ser subyugados enteramente por la mente consciente. De modo que un día, como estudio preliminar, se sentó en su cama en la casa de Claramore y, durante media hora, se concentró solamente en inhalar y exhalar. Luego desvió su atención hacia un trabajo que estaba preparando sobre el género *Ceratophaga*, la polilla que no come más que pezuñas de caballos muertos y conchas de tortugas muertas, y ordenó a su cuerpo que volviera a respirar sin supervisión como normalmente hacía, del mismo modo que uno podría mandar con impaciencia a un niño a jugar por ahí.

Pero su cuerpo lo ignoró, y comenzó a sentir como si fuera a ahogarse y a morir, a menos que desease expresamente cada aliento. Después de varios minutos de pánico, en los cuales se preguntó si habría desconectado permanentemente alguna clavija de su cerebro, y no sería capaz de concentrarse en nada más durante el resto de su vida, se dio cuenta de que estaba respirando sin pensar; pero tan pronto como se dio cuenta, se detuvo de nuevo. Le entraba el pánico, comenzaba, se daba cuenta, se detenía, así una y otra vez; y no fue hasta que su madre llamó a la puerta, para decirle que su hermana había regresado prematuramente de sus vacaciones, cuando la tortura se interrumpió. Había planeado otros tres proyectos relacionados con ello y mucho más ambiciosos: quedarse dormido a voluntad, evitar que su mucosa nasal produjera mucosidad indeseada, y adaptar su sistema digestivo de manera que pudiera comerse un enorme desayuno y luego saltarse el almuerzo sin tener hambre. Pero decidió posponerlos todos por si acaso se provocaba algún tipo de lesión permanente.

Después de eso, quiso saber si la mente podía ser tan rebelde como el cuerpo. Así que durante dos semanas estuvo llevando consigo un cuaderno, y cada vez que adoptaba una decisión para hacer algo, aunque no tuviera importancia, tomaba notas acerca de las circunstancias; luego, antes de acostarse, las ampliaba en detalle. Durante todo ese tiempo no fue capaz de encontrar una sola acción que, en palabras de Galton, fuera «sin causa y creativa»: todo lo que hizo, todo lo que se puede llamar capricho, antojo o inspiración era consecuencia de deseos u obligaciones completamente predecibles y convencionales, y, uno por uno, posiblemente podrían reducirse a algún tipo de combinación trivial entre herencia y entorno. Aquello le deprimió. Entonces, al decimoquinto día, pasaba junto a la habitación de su hermana

cuando vio sobre el tocador la foto, arrancada de un periódico, del joven atracador de bancos francés Alexandre Stavisky, conocido como *le beau Sacha*. Entró a la habitación y observó la fotografía durante un rato, luego regresó a su habitación y sacó su cuaderno, pero no estaba seguro qué escribir: no tenía un interés especial por el crimen y el castigo, así que no había ninguna razón por la que debiera haber mirado la fotografía. Abandonó el experimento.

El siguiente mes se enteró de que uno de los cocineros de la pensión de Winchester había sido recluido en un manicomio después de atacar a un chico con una sartén. Y comenzó a interesarse por la locura. De modo que la siguiente vez que fue a Londres dio un paseo desde Rutland Gate en Kensington hasta la parada de taxis en la salida este de Green Park. Durante el camino se imaginó que todo lo que veía, humano o animal, animado o inanimado, era un espía enviado por una potencia extranjera. Para cuando llegó a la parada de taxis, podía dividir los caballos entre aquellos con orejas erguidas, que le observaban abiertamente, y aquellos con orejas gachas que fingían no hacerlo. Aterrorizado, regresó corriendo al United Universities Club. No se sintió mejor hasta el día siguiente, cuando comenzó su cuarto experimento, que consistía en investigar la idolatría. Colocó una pipa *calabash* sobre su escritorio y empezó a observarla, convenciéndose a sí mismo de que tenía el poder de recompensar o castigar el comportamiento de todos los hombres. Poco a poco, según pasaban las horas, sintió una especie de veneración proveniente de la pipa, pero tuvo que irse a cenar antes de que pudiera caer postrado y de rodillas a los pies del objeto.

Al final, estos experimentos acabaron por asustarle. No le gustaba pensar en lo fácil que era degradar y despreciar al intelecto humano. Cada vez con más frecuencia, cuando se quedaba dormido después de un día difícil, una imagen concreta aparecía ante él: era un gran edificio noble en lo alto de una colina, una maravilla de cúpulas y columnas, algo a medio camino entre un castillo, un monasterio y una casa solariega. A través de cada habitación, sala, pasillo y escalera de la casa corría un tubo brillante, translúcido y sanguinolento, tan ancho como su torso, sin comienzo ni final, que se sacudía en una constante y chapoteante peristalsis manchando las alfombras y embadurnando las ventanas. Y, de vez en cuando, sin razón aparente, un nudo de esta bestia intestinal se contraía apretándose más y más hasta que una torre entera o un ala del edificio crujía y se derrumbaba cayendo colina abajo. El lugar podía reconstruirse cada vez, pero nunca sabías qué sección perderías después, y si intentabas cortar en dos al gusano viscoso con un hacha o un martillo, simplemente volvía a crecer, y al día siguiente lo encontrabas bloqueando la puerta de la despensa o retorciéndose bajo las sábanas. Incluso cuando intentaba deliberadamente imaginarse el tubo marchitándose hasta convertirse en polvo y el edificio immaculado, no podía aguantar aquella imagen en su cabeza más que un instante antes de volver a ver su carne roja.

Sin embargo, cuando Sinner estaba viviendo en su piso, esta imagen no aparecía con tanta frecuencia, pero sólo porque ahora, si intentaba no pensar en algo concreto,

solía hacerlo en el niño ángel.

Después de aquel viaje a Polonia en noviembre y el terrible incidente en la cama con Gittins, durante un corto periodo de tiempo había retomado la autoexperimentación, decidido a no volver a eyacular en sueños o a despertarse con una erección. Comer un cuarto de kilo de regaliz al día no había conseguido sofocar su libido, pero había descubierto que masturbándose una vez cada diez días podía alcanzar cierta homeostasis.

Sin embargo, la masturbación resultaba un problema para Erskine, aunque no por las habituales razones morales. Encontraba la Biblia poco convincente, y la única mención que su casero de Winchester había hecho al impulso sexual masculino había sido durante una corta e incómoda entrevista en su estudio: el doctor Paisey le había preguntado a Erskine: «¿Comprendes la diferencia entre un toro y un novillo?», y cuando Erskine contestó «sí», le dijo que saliera, aparentemente satisfecho de haber cumplido con su deber. Aun así, Erskine había leído mucho sobre la masturbación desde entonces, porque a menudo se mencionaba en antiguos libros sobre la mejora de la raza. Joseph Howe, por ejemplo, decía que la masturbación causaba acné, palidez, ojos sin brillo, lengua pastosa, estreñimiento, tuberculosis, epilepsia, hipocondría, locura y, lo peor de todo, «esperma debilitado», lo que a su vez no producía otra cosa más que enanos, tipos enclenques o afeminados. Fue durante mucho tiempo debido a la influencia de Howe y su grupúsculo que incluso los internados más ricos de Inglaterra se negaban a renunciar a los dormitorios abiertos, a la ropa interior gruesa, a los lavabos sin puertas, a las duchas frías y a las interminables sesiones de ejercicio físico, aunque por supuesto estas medidas eran generalmente atribuidas al endurecimiento del carácter masculino más que a la prevención del onanismo. Erskine sabía que, racionalmente, había escasas evidencias médicas de lo que Howe afirmaba, pero aun así no podía evitar sentir que, como pionero de la eugenesia, no debería ser tan incauto con su suero procreador (aunque a menudo se recordaba a sí mismo que el propio Galton no había tenido hijos de su matrimonio). Así que a veces se masturbaba y a veces no, y cuando lo hacía, suponía una gran disciplina que ni el gusano sanguinolento ni el niño ángel aparecieran en su cabeza sin mediar invitación, hasta el punto de que comenzaba cada sesión con la contraproducente declaración: «No debo pensar en...».

Por supuesto el viaje a Polonia había renovado su experimentación en más de una manera. Había traído consigo de regreso a Inglaterra docenas de especímenes vivos del escarabajo que había descubierto. Al principio, debido a la esvástica, había querido llamarlo *Anophthalmus hitleri*, pero luego decidió que esta especie no era lo bastante líder supremo como el Reichsführer, sino más bien un precursor, un Juan Bautista, un heraldo himenóptero. Así que lo llamó *Anophthalmus himmleri*, y confió en que el *Anophthalmus hitleri* llegase más tarde, de alguna manera. Pasaba cinco o seis días a la semana estudiando el escarabajo en el laboratorio de su piso nuevo de Clerkenwell. Allí también era donde estudiaba a Sinner.

Apenas podía creerse que el chico estuviese allí en su piso. A su regreso de Polonia en otoño, Erskine se había fijado en que Sinner ya no aparecía en el *Boxing*. Así que, a pesar de que tras la humillación del Premierland se había prometido a sí mismo que no volvería a intentar ver de nuevo al chico, regresó allí, esperando poder hablar con alguien que pudiera saber dónde estaba Sinner; pero no consiguió acercarse a ninguna de las figuras sórdidas que se juntaban en la puerta, y la única conversación que tuvo fue con un vendedor de periódicos que estaba junto a la puerta de una tienda de muebles de segunda mano y que gritaba: «¡*El Centinela Judío*, a un penique! ¡Sólo para judíos! ¡Un penique! ¡*El Centinela Judío*, exclusivo para judíos!». Cuando Erskine pasó junto al vendedor, éste cesó el parloteo y dijo:

—¿Le gustaría uno, señor?

Erskine se volvió.

—¿Es una broma?

—Lo siento, señor.

—¿Te parezco judío? —dijo Erskine enfadado, aunque en ese momento se dio cuenta de que el vendedor tampoco parecía judío y que tampoco hablaba como un *cockney*^[8].

—Sólo es un penique.

—¿Eres retrasado mental?

El vendedor se encogió y le lanzó el periódico. Erskine lo cogió con intención de tirarlo a la alcantarilla, pero en lugar de pedir dinero el vendedor le dio las gracias, se giró y retomó su griterío.

Sentado en el taxi de regreso a Clerkenwell, Erskine echó un vistazo a lo que le acababan de dar. Escrito por algún motivo en inglés y no en yiddish, no era más que un panfleto con alrededor media docena de artículos y sin anuncios. El titular principal era: «LOS BANCOS COMERCIALES DIRIGIDOS POR JUDÍOS ENCUENTRAN GRAN ÉXITO EN LONDRES — Celebración en todo el mundo hebreo ahora que se han asegurado la conquista de los mercados financieros, consiguiendo en Gran Bretaña lo que ya se había conseguido en Alemania». Había también un alentador artículo sobre la difusión del bolchevismo en ciertos pueblos mineros de Gales, un líder exhortaba a los propietarios de negocios judíos a no dar trabajo o precios razonables a los que no lo fueran, y en la última página un «sincero consejo» para los judíos sobre cómo casarse con una chica de familia rica inglesa, e incluso un aviso para «probar la fruta antes de comprar el huerto».

Cualquier otro día, Erskine se habría mostrado muy intrigado, pero todo en lo que ahora era capaz de pensar era cómo encontrar al chico. Al final, contrató a un hombre de una agencia de Camden que se anunciaba en *The Times*, pero el hombre sólo pudo informar de que se rumoreaba que Sinner estaba en la calle, en alguna parte de Blackfriars, así que Erskine había reanudado la caza por su cuenta, y había tenido suerte. Él no tenía la intención de llevar a Sinner a su piso para experimentar con él: sólo quería saber dónde estaba. Pero cuando vio las patéticas condiciones en las que

se encontraba, se dio cuenta de que aquello era una ganga. Ahora, tres días después de haberse encontrado en la calle, Sinner estaba de pie y desnudo en el laboratorio de Erskine mientras éste tomaba detalladas notas sobre su anatomía. Había sido un auténtico calvario esperar tanto tiempo, pero no hubiera tenido sentido comenzar su trabajo mientras el sujeto de estudio apenas si podía mantenerse en pie.

—Gírese —dijo Erskine, y Sinner lo hizo, de modo que ahora estaba frente a los tarros de cristal llenos de tierra, como ataúdes del revés en los que Erskine guardaba sus insectos. Erskine observó las nalgas de Sinner, comparándolas mentalmente con las del chico polaco, y comparándolas en su cuaderno con las de un varón sano normal. ¿Aquella parte concreta de su cuerpo se debía a su poco crecimiento? ¿A su fuerza? ¿O a la contradicción entre ambas cosas? Su pene desde luego correspondía a su fuerza: habría sido grande para cualquiera, y en un chico de menos de un metro y medio resultaba casi grotesco, especialmente para Erskine, quien nunca había llegado a superar el trauma de que los hombres de verdad no se parecen a las estatuas griegas del Museo Británico. En el Premierland, los músculos de Sinner tenían un aspecto tan firme que casi podrían haber sido el exoesqueleto de un insecto y, aunque se habían ablandado, seguían siendo maravillosos. Varias veces Erskine bosquejó el perfecto pliegue entre las nalgas de Sinner y la parte trasera de sus muslos, preguntándose si más adelante tendría que destruir el cuaderno.

Aquello continuó durante alrededor de una hora, aunque a Erskine le parecieron minutos. Luego fue a su club, donde se vio incapaz de mantener siquiera la más sencilla conversación. El lunes Erskine le pidió a Sinner, recién salido de la ducha, que se colocara en una variedad de posturas: un pie sobre una silla, luego agachado como un boxeador, a continuación inclinado hacia adelante. Al final el chico parecía medio divertirse con aquello.

—¿No quiere ésta? —preguntó colocando los puños sobre su cabeza—. Esto es lo que los mocosos me piden que haga.

—No trabajo para un periodicucho —dijo Erskine.

El martes, usó una cinta y calibradores para tomar medidas. No se permitía a sí mismo tocar la piel de gallina de Sinner con sus dedos, pero mientras Erskine estaba de rodillas tomando la circunferencia del muslo de Sinner, el pene de éste comenzó a ponerse duro. Igual que con el niño ángel, Erskine no podía mirarle ni mirar hacia otro lado, pero en la cara de Sinner había una extraña medio sonrisa, y Erskine se dio cuenta, disgustado, de que era un intento deliberado para excitarle. Como castigo, Erskine presionó los calibradores de metal contra la piel del gemelo izquierdo de Sinner tan fuerte como pudo, hasta que salieron dos gotas de sangre, pero el chico ni se inmutó ni perdió la erección. Erskine dejó caer su equipo y salió de la habitación, preguntándose si tal vez debería preparar un cubo con agua helada para la siguiente sesión; preguntándose, en el fondo, si tal vez debería preparar dos cubos.

El miércoles, todavía temblando, Erskine dejó solo a Sinner. Pero el jueves, en el laboratorio, le dijo:

—Necesito una muestra de tu esperma.

—¿Mi qué?

El chico caminaba pesadamente por la habitación con una camisa y unos pantalones de su anfitrión, ambos le quedaban ridículamente grandes. Erskine prefería que llevase la bata porque le recordaba la primera vez que lo había visto como boxeador, subiendo al ring en el Premierland. Sabía que pronto tendría que encargarse de comprar algo de ropa nueva para Sinner —ya tenía todas las medidas que un sastre podía necesitar—, pero era reticente a hacer cualquier cosa que pudiera facilitarle al chico salir al mundo más allá del piso.

—Mm...

—Quiere que me corra.

Erskine asintió y le pasó a Sinner un tubo de ensayo.

—Me gustaría estudiarlo en el microscopio para ver si hay anomalías.

Aún no había tenido el valor suficiente para estudiar su propio esperma en busca de signos de debilidad masturbatoria.

—¿Cómo quiere que lo haga?

—Estoy seguro de que sabe perfectamente cómo...

—¿Lo haría usted por mí?

Erskine tosió.

—No, no lo haré. Esto es ciencia.

—¿Va usted a mirar?

—¡No! —gritó Erskine.

A continuación, salió del laboratorio y se quedó de pie en la sala de estar canturreando para sí mismo. Unos pocos minutos más tarde Sinner dijo:

—Ya lo he hecho.

Y volvió a entrar. Sinner tenía las manos extendidas, rezumando esperma entre sus dedos. El tubo de ensayo estaba sobre el escritorio, vacío.

—Le dije expresamente que utilizara el aparato —dijo Erskine fríamente.

—Esa cosa estaba muy fría.

—Tendrá que hacerlo de nuevo.

—¿No lo quiere? —preguntó Sinner, y levantó la mano hacia la cara de Erskine como si fuera a untarlo con el líquido. Erskine chilló, salió del laboratorio de nuevo y cerró la puerta con llave. Hubo una pausa, y entonces Sinner comenzó a sacudir el picaporte.

—Déjeme salir.

—Lo haré en un momento.

—Déjeme salir o aplastaré esta puerta y luego le aplastaré la cara.

—¡No me amenace! ¡Usted no puede amenazarme! ¡Recuerde las condiciones!

Pero la puerta entera crujía y vibraba en las bisagras. ¿Cómo podía ser que el chico hubiera recuperado ya tanta fuerza? ¿Podría realmente echar la puerta abajo?

Entonces la vibración cesó. Erskine se sintió triunfante durante un momento.

—De hecho, quizás será mejor que se quede durante unas horas. Puede usted meditar sobre la gratitud, el respeto y...

—Y sus preciosos escarabajos —soltó Sinner por debajo de la puerta.

—¿Qué?

—Llevo tiempo queriendo conocerlos debidamente. Creo que me observan mientras poso para usted.

—¡No los toque! —chilló Erskine.

Se apresuró a abrir la puerta, pero tan pronto como la llave giró, la puerta se abrió, golpeándole y haciéndole caer al suelo. Sinner se puso de pie sobre él, tenía los puños cerrados y apretaba los dientes. Entonces el chico levantó su pie descalzo, dispuesto a estampárselo en la cara a Erskine.

—Por el amor de Dios, recuerde lo que he hecho por usted —gimoteó Erskine.

El chico bajó el pie de nuevo al suelo dando un golpe junto a la cabeza de Erskine, luego sonrió con desdén y caminó sin prisa hasta la otra habitación.

Después de un momento Erskine se levantó, entró de nuevo en el laboratorio y miró alrededor en busca de cualquier desperfecto. No había ninguno, salvo su cuaderno, que estaba abierto sobre el escritorio y con las páginas pegajosas. El chico es un animal, pensó. Cerró con llave, volvió al escritorio y se inclinó e inspiró varias veces profundamente para oler el cuaderno, que se pegó a su cerebro como la cera de una vela que se vierte sobre la piel. A continuación, quemó el cuaderno en la chimenea de la sala de estar. Tenía náuseas y se sentía desagradablemente vivo.

Al día siguiente Sinner no salió de su habitación.

—Seth —dijo Erskine a través de la puerta—. Vamos. Debes de tener hambre.

Era la primera vez que Erskine le llamaba a Sinner así y, de hecho, la primera vez en meses que nadie usaba aquel nombre. Le hizo sentirse incómodo.

—¡A ver si le crece una lengua de madera! —dijo.

—¿Eso es yiddish? Qué mono. Mira, lo que quiero decir es que lamento que te alteraras por lo de ayer.

—¿Alterarme? Fue usted el que casi se mea encima.

—Bueno, olvidémoslo.

—¿Para qué coño se supone que era todo eso?

—¿Cómo?

—Sé que tiene algún tipo de excusa para todo. Su jodida ciencia mágica.

—Ciertamente. Tengo algunas teorías que me gustaría probar. Y tienes razón, deberías saber el papel que tienes en ellas. Si sales, quizás pueda explicártelo.

Sinner abrió la puerta. Erskine fue a la cocina y sirvió un brandy para él y una «cerveza» para Sinner, que en realidad era un tónico de malta, prácticamente sin alcohol, recomendado para «convalecientes, nodrizas, y quienes sufren de insomnio y dispepsia». Había encargado dos cajas después de ver claramente que Sinner, en sus actuales condiciones, no podría notar la diferencia. De momento, el chico no había pedido ginebra ni *whiskey*, y Erskine sospechaba que Sinner no era tan ajeno a su

propio bienestar como fingía.

Se sentaron en la sala de estar.

—¿Sabes algo sobre la mejora racial? —preguntó Erskine.

Sinner no contestó. Se daba cuenta de que estaba a punto de recibir otra conferencia, como poco tan larga como la de Pearl en Nueva York; allí estaba la misma pomposidad que parecía levantar allá donde iba. Incluso algunos de los mariquitas pedantes con los que había estado las semanas previas a ir al San Panteleimon le habían soltado algún monólogo a modo de caricias previas. Siempre resultaba aburrido. Por otro lado, quería saber cuál era la excusa de Erskine para mantenerle allí. No había sentido ninguna gratitud hacia el personal del San Panteleimon —hacían lo que hacían porque su aburrido Dios así se lo decía, y querían ir al cielo—, y tampoco sentía ninguna gratitud hacia Erskine. Había conocido a muy poca gente verdaderamente desinteresada a lo largo de su vida: Anna, tal vez Frink, quizás un par más, pero Erskine no lo era más que Albert Kölmel.

—Bueno, comprendes al menos que si alguna vez quieres obtener... no importa qué... digamos, un perro que sea muy rápido, entonces dejas a ciertos perros que críen, pero a otros no, dependiendo de lo rápidos que sean. ¿Me sigues? Bien. Pero ¿y si tienes un perro que es muy inteligente y vigilante, pero que nació con la patas traseras lisiadas? Puedes dejar que se aparee con los otros, pero eso entonces supondrá un retroceso de varias generaciones en lo referente a la velocidad. O puedes castrado, pero entonces no obtendrás nunca un perro tan inteligente y vigilante. ¿Qué harías tú?

—Me haría con un caballo policía.

—Muy gracioso, pero no. Normalmente, castrarías al perro lisiado a pesar de ser inteligente. Lo harías por el bien de los otros perros y sus futuros retoños. Carr-Sanders lo explica muy bien —había memorizado unas palabras suyas que pronunció en una conferencia muy poco concurrida que dio en el UUC, y las recitó ahora como si estuviera dando una clase—: «Lo único relevante es el efecto red; la producción ocasional de un individuo de talento de un conjunto defectuoso, lo cual es teóricamente posible como un fenómeno extraño, no puede compensar la prevalencia del defecto, especialmente si recordamos que eliminando el defecto e incrementando la salud media, hacemos que la aparición de individuos dotados de talento sea mucho más probable». Aunque, en realidad, de lo que está hablando es de seres humanos. Y tiene mucha razón porque ocurre lo mismo con los judíos, por ejemplo. Los judíos, en líneas generales, son codiciosos, desagradables y poco de fiar; ése el motivo por el que tantas grandes mentes creen que deberían ser apartados de la sociedad civilizada. Sé que no te sentirás ofendido por esto, porque son meros hechos.

Sinner frunció el ceño. Siendo niño y judío en Spitalfields estabas acostumbrado a oír cosas mucho peores que las que decía Erskine cada vez que jugabas a los dados con tus amigos. Sabías cómo ignorarlo, del mismo modo que sabías que nadie decía

en serio que tuvieses la costumbre de follarte a pollos por el pico. Pero esto era distinto porque Erskine realmente entendía que tenía la plena aquiescencia de su interlocutor. A Sinner no le gustaba aquello. Recordó las historias de su padre, aquéllas contadas una y otra vez hasta hacerlas aburridas, acerca de lo que le ocurrió a la familia en Polonia, mucho antes de que Sinner naciera. Si el rabino Berg hubiera estado ahí, pensó Sinner, o Pearl, o incluso Siedelman, habrían noqueado a Erskine en el primer asalto del debate. Pero no estaban, y, antes de que Sinner tuviera oportunidad de replicar, Erskine continuó.

—El hecho es, sin embargo, que los judíos son astutos y hábiles con el dinero, y diría que muy pocos anglosajones son astutos y hábiles con el dinero del mismo modo vicioso que ellos. Sería una pena perder eso, ya que resulta útil. ¿Qué hacer entonces? Yo creo que, bajo ciertas condiciones, existe una manera de utilizar la reproducción selectiva avanzada para separar las buenas cualidades de las malas de manera que sólo sea necesario librarse de estas últimas. Mantenemos la habilidad de los judíos, de hecho, la reproducimos, pero no su vileza general. Por supuesto, el método es extraordinariamente complejo y, para que tenga éxito, el científico o déspota al mando necesitaría poder planear, por adelantado, cada pareja sexual de manera individualizada hasta, al menos, doce generaciones, que es lo que pretendo lograr con mis insectos.

—¿No podría haber cogido a otro judío, entonces? Somos muchos, casi tantos como escarabajos.

—No te elegí para mis experimentos por ser judío. Te elegí por tu físico. Si cada soldado del ejército británico fuese tan fuerte como tú, nos temerían en el mundo entero. Por otro lado, si cada soldado del ejército británico fuese tan bajito como tú, seríamos el hazmerreír. Verás, tú eres como el perro inteligente pero lisiado, o como la raza astuta y codiciosa. Así pues, ¿qué hacer? ¿Dejamos que te reproduzcas o no? Los más ortodoxos dentro de la eugenesia dirían que no. Que tu linaje debería ser erradicado a causa de ese estúpido error con el que naciste, a pesar de que tengas mucho más que ofrecer. Pero ¿no sería eso injusto? —Erskine hablaba alto con los puños apretados—. ¿Muy injusto, cruel y estúpido? —se tranquilizó—. De modo que mi teoría difiere. La llamo reproducción *lemniscata*, de la palabra latina para «cinta», debido a la forma en que un rasgo heredado puede alejarse de la población general y luego volver a aparecer... bueno, ésa es la esencia.

—Pero ¿no podría elegir yo a quién me folio?

—No. Pero no te quejarías porque tendrías la suerte de poder casarte. Si fueras débil además de bajo, si no tuvieras nada más que ofrecer, no habría duda al respecto. O, al menos, no la habría si las cosas se hicieran con algo de sentido común, cosa que a día de hoy no sucede.

—Me parece bien.

—Sí.

—Por usted también.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quiere usted una esposa? —dijo Sinner.

—Sí.

—¿Hijos?

—Soy el heredero de Claramore. Por supuesto que me casaré y tendré hijos. Es obvio lo que estás insinuando, Seth. Pero esta teoría no es mera autoconveniencia. Soy consciente de que no soy especialmente guapo, ni atlético, ni belicoso, pero esto no tiene la menor importancia. En primer lugar, tengo mi inteligencia. En segundo lugar, y más importante, provengo de una buena familia. La eugenesia es una ciencia radical, sí, pero estamos en Inglaterra, no en Rusia, y nadie va a empezar a molestar a las buenas familias inglesas. Eso sería ir en contra del espíritu fundador del esfuerzo. No tengo nada que temer ni siquiera con el programa más severo de mejora racial. Esta teoría se ocupa de las masas. Por este motivo estoy probándola primero con escarabajos que traje de Polonia. Quiero ver si puedo criar una raza en la cual cada cualidad indeseable sea erradicada, pero cada cualidad deseable se vea amplificada. Sin componendas, sin sacrificios. ¿Empiezas a entender ahora?

Sinner asintió.

—Me alegro. Pocas veces tengo la oportunidad de debatir sobre esto.

Tan pronto como dijo esto, Erskine se dio cuenta de lo cómico que resultaba tratar a Sinner como a alguien con el que se pudiera «debatir».

—Me voy al club —dijo, de repente.

En el club, leyó en el periódico la noticia de un neoyorquino llamado Albert Fish que había sido enviado a la silla eléctrica por el secuestro y asesinato de una joven muchacha llamada Grace Budd. Con doce años, estando en el orfanato, Albert Fish había comenzado a tener relaciones sexuales con un chico del telégrafo, y su homosexualidad pronto se convirtió en sadomasoquismo y coprofagia y, después de esto, en asesinato y canibalismo. Era conocido como el Lobo de Wisteria, el Vampiro de Brooklyn, o el Hombre Gris. Una vez, una chica de entre la multitud que observaba la regata entre Oxford y Cambridge, se había referido a Erskine como «ese hombre gris».

Al día siguiente, Erskine recibió una carta de su padre, el cual llevaba preparando una especie de conferencia política en Claramore durante casi un año. Finalmente, la fecha se había fijado para principios de agosto. Hombres eminentes de todo el mundo iban a acudir, y el propio Erskine iba a tener la oportunidad de dar una breve charla sobre eugenesia. Conforme leía la carta, su excitación se transformó en alivio cuando dedujo que Evelyn no le había dicho nada a su padre acerca de su sospechoso «ayuda de cámara»; pero luego, el alivio se transformó en consternación cuando su padre, en la postdata, amenazaba con cortar el grifo a su hijo si éste no cumplía la promesa que le había hecho hacía casi dos años. Tenía pendiente completar un tedioso proyecto, y la fecha límite era la conferencia. Durante al menos un mes, el boxeador y los escarabajos tendrían que apañárselas solos. Era el momento de escribir la

historia del Pangaeano: el mayor orgullo de la dinastía de Erskine; y su mayor vergüenza.

CUANDO EL EMBARAZO de Lydia Erskine se hizo notablemente visible, hacia finales de 1881, su marido empezó a ponerse nervioso y decidió que necesitaba empezar un proyecto. Aquélla era la razón por la que, cuatro meses después, el mismo día en que los judíos fueron expulsados del pueblo de Fluek, los adverbios fueron expulsados del idioma inglés.

—¿Para qué sirven? —decía Erasmus Erskine—. Si dejamos a un lado la corrección gramatical, ¿hay alguna diferencia entre «el caballo galopaba velozmente» y «el veloz caballo galopaba»?

(Esta es, al menos, la manera en que estoy casi seguro de que Philip Erskine estaba casi seguro de que tuvo que suceder).

—No —repuso Richard Thurlow—. Pero sí hay diferencia entre «fríamente, arrojó las cartas de amor de su mujer al fuego» y «frío, arrojó las cartas de amor de su mujer al fuego».

Los dos amigos se sentaron a beber café en la sala de estar de Claramore Hall. En el piso de arriba, la abuela de Erskine iba por la séptima hora de labores, y exactamente a mil seiscientos kilómetros de allí, la abuela de Seth Roach vestía a sus dos soñolientas hijas mientras su marido, de un metro veinte de estatura, esperaba en la puerta de su casa de campo: el hombre más pequeño de Fluek hacía guardia con una guadaña contra el pogromo más pequeño de la Polonia rusa.

—Muy inteligente, Thurlow, estoy seguro, pero una vez más pierdes la perspectiva. En un idioma verdaderamente filosófico, no existiría tal ambigüedad porque no habría ninguna palabra que significase tanto «una baja temperatura física» como «sin emoción».

Desde el fracaso tres años antes de *Ultima Thule*, la publicación arqueológica londinense del cual había sido único presidente y redactor jefe, Erskine no había sabido encontrar otra ocupación; esto fue lo que le llevó a su tardío experimento con el cortejo y el matrimonio, pero aun después de eso seguía aburrido. Thurlow había intentado persuadirle de que empezara a escribir poesía, pero él la veía como un frívolo parásito del esfuerzo humano, y después de que no le permitieran presentarse a las elecciones generales como candidato del Partido Conservador por North Hampshire, empezó a sentir lo mismo por la política. Mientras Lydia se iba hinchando, él seguía recordando algunos momentos concretos de la última reunión editorial de *Ultima Thule*, que fue convocada en marzo de 1879 en el United Universities Club.

El explorador Ferdinand Silkstone, a su regreso de la India, había pedido publicar un artículo en la revista acerca del legendario reino hundido de Kumari Kandam;

afirmaba que en la costa de Coromandel, cerca de Madrás, había descubierto una red de cuevas submarinas que mostraban evidencias de haber sido habitadas por algún tipo de civilización avanzada hacía al menos veinte mil años. Aquel día a las dos en punto, debido a que Silkstone todavía no había llegado con su artículo, estuvieron especulando con gran excitación acerca de los antiguos tamiles de Kumari Kandam. Por ejemplo, ¿cómo hablarían? Marcus Amersham, el editor de *Ultima Thule*, pensaba que debían de tener un idioma melódico de una maravillosa elegancia, lo cual le recordó a Gibbs, el tesorero, la historia de un músico francés llamado François Sudre que había inventado un nuevo modo de comunicación llamado Solresol, basado en las siete notas de la escala: do, re, mi, fa, sol, la, si. Luego, por supuesto, comenzaron a hablar acerca de la Sociedad Real del siglo XVII, cuyos miembros estaban locos por los idiomas contruidos *a priori*, y Dodson, el secretario, incluso sacó a colación a san Hildegard, un abad del siglo XII en Rupertsberg, en la diócesis de Maguncia, que había inventado un idioma de novecientas palabras para hablar con los ángeles. Entonces llegó Silkstone.

Silkstone era un hombre alegre y corpulento cuya risa podía hacer saltar las costuras de una camisa de fuerza. Habló durante una hora. A continuación, todo el mundo salvo Erskine comenzó a aplaudir. El explorador dio las gracias y se marchó. Y entonces comenzó el debate.

Erskine pensaba que debían ver más pruebas antes de publicar el artículo. El relato de Silkstone mostraba contradicciones e imprecisiones, y no había traído consigo ni una sola pieza antigua, porque se suponía que eran demasiado frágiles. Amersham, Gibbs y Dodson, por el contrario, estaban convencidos de que el sensacional descubrimiento de Silkstone pondría finalmente a *Ultima Thule* por delante de su engréido rival, *The Journal of the British Ethnological Society*. Al final, poco convencido, Erskine vio que no tenía más opción que retirar su dinero de la revista en señal de protesta, lo cual suponía evidentemente que no se volvería a publicar ni un número más. No había hablado con Amersham, Gibbs o Dodson desde aquel día, y casi todas las noches durante esos tres años había permanecido en vela en la cama preguntándose si, después de todo, Silkstone podía haber estado diciendo la verdad. El hecho de que la historia de Kumari Kandam no hubiese aparecido en *The Journal of the British Ethnological Society* era únicamente una justificación a medias, pues sus editores eran conocidos por su estrechez de miras. ¿Podría, sin darse cuenta, haber ocultado la mayor revelación arqueológica de su tiempo? Thurlow pensaba que aquello era ridículo, pero Erskine sabía que nunca podría estar seguro. Sus antiguos colegas todavía eran muy respetados mientras que nadie en Hampshire se acordaba ya de él.

Estos días, sin embargo, a pesar de que todavía le preocupaban algunos detalles concretos de la reunión, no era tanto en relación con Kumari Kandam como con el concepto de un idioma inventado y universal; un idioma con irregularidades, idiosincrasias y ambigüedades. La cuestión no era sólo reunir hombres de distintos

países, sino limpiar sus mentes durante el proceso. No habría lugar para las falacias ni las paradojas en un idioma donde cada palabra mantuviera una perfecta relación adánica con su objeto.

Excavar en el pasado era de lo más ameno, pero construir uno de estos idiomas sería inventar el futuro.

—Pero, Erskine, nadie desea hablar un idioma completamente nuevo por el mismo motivo por el que nadie desea vivir en un castillo completamente nuevo —dijo Thurlow en la sala de estar de Claramore—. Un idioma necesita sus pasadizos secretos y sus mazmorras tapiadas. De otro modo, los poetas podrían quedarse sin oficio.

—Eso tampoco estaría mal —dijo Erskine.

Entonces oyeron llorar a un bebé.

Viendo que no podría tener una influencia útil sobre su heredero hasta que el chico no tuviera al menos ocho o nueve años, Erskine comenzó su proyecto en serio. Estaba decidido a construir un idioma sin ningún tipo de influencias contaminantes de cualquier idioma existente, salvo quizás el latín o el griego; pero resultó ser mucho más difícil de lo que había previsto, y se metía en enredos imposibles hasta con el más básico sincategorema; a menudo bajaba a toda prisa a cenar ya muy tarde y se encontraba a su esposa charlando alegremente con Thurlow. Se vio obligado a reconsiderar volver a incluir los adverbios, pero llegó a la conclusión de que no había lugar para ellos el mismo día de junio de 1882 en que el abuelo de Sinner regresó junto a su esposa y sus hijas a Fluek, donde las autoridades les informaron de que, de acuerdo con las nuevas disposiciones temporales del Zar Alejandro III, quedaba prohibido el asentamiento de judíos dentro de la Polonia rusa. Cuando explicaron que su familia había vivido en Fluek desde hacía generaciones y que tan sólo se habían ausentado durante unos meses para escapar del pogromo, les pidieron que señalaran dónde habían vivido, cosa que no pudieron hacer, ya que su casa había sido incendiada y sus tierras ocupadas. Así que se marcharon de nuevo de Fluek y se dirigieron al norte, hacia la ciudad de Bialystok, donde el tercer hijo, el padre de Sinner, nació el mismo día de enero de 1890 en que Erskine completó el primer borrador de 998 páginas de la *Gramática y Léxico del Pangaeano*.

Thurlow había continuado oponiéndose a sus esfuerzos. Seguía sacando a relucir el volapuk, que por aquel entonces era el idioma inventado más famoso de Europa, con doscientos mil hablantes, y que acababa de celebrar su Tercer Congreso Internacional en un hotel de París, donde hasta los camareros y los porteros se habían comunicado en dicho idioma. Señalaba que el volapuk había sido creado por un párroco alemán llamado Johann Martin Schleyer, quien no sólo era un buen poeta y músico, sino que tenía nociones básicas de al menos ochenta y tres idiomas, mientras que el pangaeano estaba siendo creado por Erasmus Erskine, quien odiaba la poesía, odiaba la música, y tan sólo sabía inglés, latín, griego y un poco de francés. Erskine replicaba que Schleyer era católico. Thurlow también apuntaba que el volapuk,

basado principalmente en el inglés, podía aprenderse en pocas semanas, mientras que el pangaeano, que tenía treinta valencias distintas, cuarenta fusiones derivativas, cincuenta modalidades adversativas y sesenta y nueve variaciones consonánticas, era tan complejo que ni el mismo Erskine podía pretender dominarlo con fluidez. Erskine replicaba que el idioma no iba dirigido a los holgazanes. Durante esos ocho años, el pangaeano fue causa de muchas discusiones, y para cuando Thurlow publicó su aclamado ciclo *Isquis y Coronis*, Erskine estaba tan enfadado con su viejo amigo que se negó incluso a tener un ejemplar en casa. Esto disgustó a Lydia, quien le tenía mucho cariño a Thurlow, uno de sus pocos amigos en Hampshire; así que exigió que los dos se reconciliaran, de modo que el guapo y antiguo alumno de Winchester pudiera continuar viniendo a cenar.

Pero mucho peor que las preocupaciones por su viejo amigo fue el descubrimiento de Erskine de que, entre todas las personas, Marcus Amersham estuviera trabajando también en inventar un idioma. El orba, como se llamaba, ya tenía un club social consagrado a él en Yorkshire, cuyos miembros estaban traduciendo la Biblia. En la parte de atrás de los panfletos escritos en orba, Amersham incluía ocho impresos con promesas por suscribir. Rezaban así: «Yo, el abajo firmante, prometo aprender el idioma internacional propuesto por el profesor Amersham si llegase a resultar que diez millones de personas han realizado públicamente la misma promesa». En la otra cara había un espacio para el nombre y la dirección. Cuando Amersham, que realmente no era profesor, hubiera recibido diez millones de impresos, pensaba publicar un libro con los nombres y direcciones de los signatarios. Cada vez que Erskine se sentía frustrado por la popularidad del orba, que para él no sonaba a otra cosa que a maullidos y gruñidos, se sentaba con su esposa durante tres o cuatro horas e intentaba enseñarle lo esencial de las partes transrelativas o de la iconicidad secuencial, pero aunque a ella parecía entusiasmarle la idea de un idioma inventado, sus progresos eran decepcionantes, y él comenzó a cuestionarse por primera vez su matrimonio y si había elegido a la esposa adecuada. Se reprochaba con amargura no haber desarrollado el pangaeano a tiempo para poder enseñarle a su hijo a hablarlo como primera lengua. La misma empresa que había imprimido *Ultima Thule* estaba ahora imprimiendo miles de copias de la versión reducida de la *Gramática y Léxico del Pangaeano*, que se repartían en los estancos. Sin embargo, en 1901, el pangaeano, el orba y el volapuk estaban siendo barridos por la avalancha del esperanto. El esperanto era obra de Ludwic Zamenhof, un judío lituano oftalmólogo que vivía en Bialystok y que, a veces, le compraba verdura al abuelo de Sinner. Una vez, cuando el abuelo de Sinner se enteró de quién era Zamenhof, le preguntó por qué había inventado un idioma. «La mayoría de nosotros somos judíos que hemos crecido en el gueto», dijo Zamenhof, quien había escrito una tragedia en tres actos sobre la Torre de Babel cuando tan sólo contaba diez años. «Rusos, polacos, alemanes y judíos, todos nos odiamos, pero todos tenemos que convivir juntos. Nadie, creo yo, puede sentir la miseria de las barreras entre la gente

de una manera tan fuerte como un judío. Nadie puede sentir la necesidad de un idioma sin nacionalidad tan fuertemente como un judío, obligado a rezar a un Dios en un idioma que hace mucho tiempo que murió, educado en el idioma de la gente que escupe sobre él, y que tiene compañeros que sufren como él por todo el mundo con los que no puede comunicarse». El discurso había sido claramente ensayado, pero llenó de entusiasmo al abuelo de Sinner. Supuso que los más importantes judíos de Londres, como Lord Rothschild y Sir Moses Montefiore habrían aprendido esperanto, y decidió aprenderlo él, pero nunca pudo sacar tiempo para ello porque tenía que trabajar mucho para llegar a fin de mes. (En aquella época, los judíos debían pagar impuestos por el consumo de carne *kosher* y por la iluminación de las velas durante el Sabbath. La recaudación del impuesto la llevaba un judío llamado Solomon Kofler, cuyos agentes se presentaban en tu casa y apagaban las velas si no les enseñabas el recibo). Entretanto, cuando Erskine se quejó a Thurlow por el hecho de que un judío se hubiera atrevido a inventar un idioma, Thurlow le escribió citando un artículo de 1712 escrito por Joseph Addison en *The Spectator*^[9]: «Están tan diseminados a través de todas las actividades económicas del mundo, que se han convertido en los Instrumentos mediante los cuales las Naciones más alejadas conversan unas con otras, y mediante los que la Humanidad está soldada en Correspondencia mutua. Son como los clavos y estacas de un gran edificio que, a pesar de valer poco por sí solos, son absolutamente necesarios para mantener todo el Marco unido». Erskine le respondió: «Obviamente, está hablando de idiomas, pero no estoy seguro de cuáles son. ¿Inglés y francés, quizás? No veo qué tiene que ver esto con Zamenhof». Thurlow volvió a escribirle: «No está hablando de idiomas, sino de los judíos».

Al año siguiente, Erskine se enteró de que una Delegación para la Adopción de un Idioma Internacional Auxiliar pronto se reuniría en París. Estaba decidido a que optasen por el pangaeano, de modo que se puso a trabajar en la segunda edición de la *Gramática y Léxico del Pangaeano*, teniendo en cuenta, al menos, algunas de las críticas que había oído por parte tanto de sus seguidores británicos como de Thurlow, el abogado del diablo. Medio convencido de que el esperanto era una conspiración cosmopolita, decidió que el pangaeano debía ayudar a purgar la sensibilidad moral de sus hablantes así como su sentido racional. Pero él no era tan burdo como para simplemente dejar algunas palabras fuera, como habían hecho algunos de sus rivales: eso sólo aceleraría la corrupción del idioma mediante la jerga. En lugar de eso, encadenó los sincategoremas de manera que se pudieran seguir diciendo cosas como «homosexual», «pacifista» y «cornudo», pero de manera que cierta inercia semántica apretase con fuerza tu lengua. Mientras Erskine tronaba a través de su propia creación, las Centenas Negras^[10] tronaban sobre los barrios judíos de Bialystok. La mayoría de ellos estaban borrachos, de manera que los judíos pudieron instalar una rápida defensa, dispersando a los vándalos con cadenas, martillos y pistolas, pero las dos tías de Sinner fueron violadas, su abuelo perdió un ojo, y destrozaron todas sus cosas. El abuelo de Sinner decidió que la ciudad era incluso peor que el campo, y la

familia regresó a Fluek, donde el padre de Sinner permaneció hasta los veintidós años, ahorrando dinero para un billete a los Estados Unidos.

En 1903, la Delegación se reunió como estaba previsto para decidir entre el esperanto y el Idioma Neutral de Waldemar Rosenberger. (En realidad, el pangaeano y el orba nunca entraron en la pugna). La Delegación designó a un Comité. El Comité designó a una Comisión. La Comisión disolvió la Delegación y designó en su lugar a una Unión. La Unión designó a un Comité y una Academia. La Academia designó a una Asociación. Todo fue hecho de manera muy lógica, y aun así fueron tantos los que dentro del movimiento por un idioma internacional no reconocían la autoridad de la Delegación, el Comité, la Comisión, la Unión, el otro Comité, la Academia o la Asociación, que todos ellos se dieron por vencidos antes de redactar un informe final, de la misma manera que, exactamente cien años antes, el Comité de Moscú sobre el Aumento de los Judíos se dio por vencido después de ver que no era capaz de decidir si los rabinos, cantantes, profesores, jiferos de rituales, como el tatarabuelo de Sinner, y otros funcionarios, debían entrar en la categoría de judíos útiles o judíos no útiles.

Así que, de hecho, ningún idioma triunfó, ni siquiera el esperanto. Aun así, mucho tiempo después de la muerte de Erasmus Erskine en 1912, el pangaeano todavía tenía cierto apoyo en Europa. Hitler escribió en *Mein Kampf* que, cuando los judíos hubieran esclavizado al mundo, querrían establecer un idioma universal y, más tarde prohibió la enseñanza tanto del pangaeano como del esperanto durante el Tercer Reich, a pesar de que había argumentos que sostenían que podrían ayudar a purificar el alemán previniendo la incorporación de palabras extranjeras. Tras la invasión de Polonia, el jefe de la Gestapo en Varsovia recibió órdenes específicas de encarcelar a los miembros de la familia Zamenhof. El hijo de Zamenhof fue fusilado y sus dos hijas murieron en el campo de concentración de Treblinka, aunque su nuera y su nieto escaparon. Mientras tanto, Stalin creía que una revolución mundial debería tener un idioma mundial, e intentó aprender tanto pangaeano como esperanto. Fracasó, y decidió prohibirlos en la Unión Soviética; ordenó la retirada de circulación de todos los sellos que ya habían sido emitidos en pangaeano por funcionarios demasiado entusiastas. Ni Erasmus Erskine ni Philip Erskine oírían jamás la verdadera historia de un pangaeanista, un esperantista y un judío que se encuentran en una celda en Vilnius en 1939. «Shalom», dice el judío. «Saluton», dice el esperantista. «Ilaksh», dice el pangaeaófono. Ninguno entiende a los otros; y todos mueren de hambre.

Sin embargo, en 1905 a Erskine le preocupaba menos la Delegación para la Adopción de un Idioma Universal Auxiliar que algunas sospechas que tenía acerca de su esposa. Se comportaba con mucho secreto y escribía numerosas cartas. Dos veces había regresado inesperadamente de viaje de Londres y había oído puertas abriéndose y cerrándose sin motivo alguno y, a menudo, cuando Richard les visitaba, Erskine entraba en alguna habitación y los otros dos dejaban repentinamente de hablar, y luego se interrumpían el uno al otro al intentar disimular.

Así que, un día, habiendo anunciado con una semana de antelación que tendría

que acudir a una reunión en el Club de Pangaeano de Westminster, salió y se escondió en los establos, desde donde podía observar la carretera que subía desde Scranville. Alrededor de mediodía, llegó el carruaje de Thurlow. Erskine esperó durante otra media hora y entonces entró en la casa y caminó de puntillas hasta la sala de estar. Apoyó la oreja contra la puerta cerrada y, tal y como sospechaba, oyó a su mujer y a Thurlow emitiendo los sonidos de los animales más repugnantes. Abrió la puerta de un golpe.

Allí estaban, sobre la *chaise-longue*. Levantaron la vista con los rostros llenos de horror y vergüenza. Entre ellos, abierto indecentemente, había un libro de gramática del orba.

Erskine dio media vuelta y se marchó, conteniendo las lágrimas. «Lo siento, Erasmus», le gritó Thurlow. «Lydia y yo lo encontramos mucho más fácil que...»

Erskine se fue a su estudio, cogió sus notas para la tercera edición de la *Gramática y Léxico del Pangaeano*, salió fuera, las arrojó al estanque de detrás de la casa, y las observó sumergirse bajo el agua para reunirse con el reino perdido de Kumari Kadam, la optimista búsqueda a la que le dedicó los últimos siete años de su vida.

ABRIL DE 1936

PHILIP ERSKINE DEJÓ LA PLUMA y examinó lo que había escrito. No podía enviarle nada de aquello a su padre. Tendría que volver a empezar mañana, quizás regresar al United Universities Club y revisar de nuevo los documentos de la biblioteca. Su boxeador roncaba en la habitación de al lado. Se levantó y fue al laboratorio. Aunque había estado muy ocupado con el trabajo biográfico, había conseguido sacar media hora al día para supervisar la crianza de sus escarabajos, y estaba haciendo grandes progresos. Su plasma germinal mejoraba más rápido de lo que jamás hubiese esperado. Por primera vez en su vida se dio cuenta de la satisfacción que un proyecto así podía reportar.

Pero cuando se inclinó para examinar el tarro que contenía una de las variedades más prometedoras, vio que el cristal estaba rajado por un lado. Enfadado, fue al cuarto de Sinner y le despertó. Hacía ya un mes que vivían juntos. El chico seguía durmiendo como un lirón, pero parecía estar recuperándose de su enfermedad. El rosa parecía filtrarse de nuevo en su piel, y ya no arrastraba tanto los pies cuando caminaba; una o dos veces Erskine hasta le había visto saltar sobre sus pies como si estuviera entrenándose de nuevo. Además, las camisetas interiores que le prestaba no volvían oliendo tan acre, lo cual era de agradecer, ya que Erskine se las ponía a veces durante un día o dos antes de dárselas a la señora Minton para que las lavase.

—¿Por qué has hecho eso con mi material?

—¿Qué?

—Has golpeado uno de mis tarros. ¿Por qué?

—Hace siglos que no entro ahí.

—No me mientas.

—Que te jodan.

—El daño es evidente. Has amenazado anteriormente al respecto.

—Sí, lo he hecho, pero ¿crees que tendría miedo de decirte que me he cargado alguno de tus jodidos trastos? Ni los he tocado.

—Ya veremos —Erskine fue hacia la puerta y entonces se dio la vuelta—. Por cierto, ya que estoy aquí: dentro de poco tengo que ir a casa de mi familia, en Hampshire, durante dos semanas. Mi padre acoge una importante conferencia —hizo una pausa, esperando que el chico le preguntara si podía ir con él. No lo hizo, así que continuó—. Obviamente, no puedo dejarte aquí solo durante tanto tiempo. Si quieres, puedes venir conmigo a Claramore.

—¿Ir contigo?

—Sí. No puedo obligarte.

—Imagino que será un poco estirado para mí.

—Podrías venir como mi criado.

—¿Criado? ¿Crees que te voy a vestir cada mañana?

—Dios mío, ¿crees que quiero que hagas eso? No. Nada por el estilo. No tendrías ninguna responsabilidad en privado. Simplemente tendrías que desempeñar el papel en público. Creo que podrías resultar lo bastante convincente. Por supuesto, la oferta incluye comida y bebida. Y serías testigo de la Historia. Si bien testigo a través de la cerradura.

—Se supone que es un trato, ¿verdad?

—Simplemente te estoy ofreciendo una oportunidad. Una oportunidad que nunca volverás a tener.

—¿Por qué tienes tantas ganas de que vaya?

—Es sólo que mis observaciones están dando sus frutos y sería una pena detenerlas por completo.

Sinner se encogió de hombros. «Ah, ¿qué coño importa, entonces?, mientras haya mejor pitanza que la que sube la vieja gorda de abajo».

—Muy bien. En ese caso voy a necesitar que seas mi chófer además de mi ayuda de cámara. Lo arreglaré para que puedas dar algunas clases de conducir y te conseguiré ropa nueva.

Erskine salió feliz. Había empezado a preocuparle que la conferencia no fuese a ser lo bastante divertida. Antes, hablando por teléfono con su hermana le había dicho: «Por cierto, ¿se ha confundido Padre con las fechas? En mi agenda pone que es el mismo día que los Juegos Olímpicos. Tiene que ser un error, ¿verdad?».

—Oh, querido, mejor será que no menciones los Juegos.

—¿Por qué?

—No se dio cuenta, y entonces mamá lo vio en el periódico y se lo dijo, ya sabes que es demasiado terco como para posponerlo. Dice que los Juegos Olímpicos son una pérdida de tiempo.

—Pero todos los fascistas importantes van a ir a Berlín.

—Sí, exacto, afortunadamente papá odia a todos los «fascistas importantes» y, por cierto, es graciosa la manera en que pronuncias esa frase con tanta reverencia. De todos modos, ha oído que Mosley no va a ir a los Juegos, así que puede que todavía venga.

—Pero si él odia especialmente a Mosley.

—Sí, pero está teniendo que invitar a todo el que se le ocurre, porque si no, puede que sólo fuésemos tres o cuatro en la «conferencia».

—Debo decir que ojalá fuera yo también a los Juegos Olímpicos.

—No seas tonto, Phippy, tú odias el deporte.

Erskine odiaba el deporte, pero le encantaba ver el atletismo, y deseaba con todas sus fuerzas conocer a Hitler.

—No siempre, Evelyn.

—Oh, nunca adivinarías quién va a venir.

—¿Quién?

—Los Bruiseland.

—¿Leonard Bruiseland? —dijo Erskine. Aquél era el primo segundo de su padre.

—No, me refiero a la familia al completo.

—¿Todos?

—La mujer no, por supuesto. Pero todos los demás. Es un completo desastre.

Efectivamente, aquello era un completo desastre, pero al menos esa presencia ahora de Sinner maquillaría algo más el inevitable mal humor de su padre y a los horribles Bruiseland. Entró en el laboratorio y recordó que todavía estaba el problema del cristal rajado. ¿Podría haber sido la señora Minton? La puerta del laboratorio siempre estaba cerrada con llave cuando ella subía. Allí de pie, perplejo, oyó unos ruidos secos. Provenían del propio tarro. Se inclinó de nuevo y apenas pudo creer lo que veía. Uno de los escarabajos estaba golpeándose una y otra vez contra el cristal, sus movimientos eran entrecortados e irreales, como los saltitos de la aguja de un gramófono. Con cada golpe, el tarro se estremecía y la raja se agrandaba. Y justo en ese instante, mientras él lo observaba, el escarabajo salió disparado del tarro con una explosión de cristales y tierra, y voló directamente hasta la mesa de enfrente, sobre la que había una bolsa con lombrices de tierra vivas, que Erskine había encargado a una tienda de pesca de Richmond. Perforó la bolsa con un ruido sordo y entonces la bolsa comenzó a agitarse. Erskine gritó:

—¡Roach!, ¡Roach!, ¡Roach! ¡Ven, por el amor de Dios!

Sinner entró y miró la bolsa.

—¡Sácalo!

—Sacar ¿qué?

—El escarabajo. Sácalo antes de que se escape. Pero no lo mates.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo?

Erskine no estaba seguro. Se le ocurrió una solución mejor.

—Coge el baúl grande de mi dormitorio y tira toda mi ropa al suelo, luego tráelo aquí.

Era un cofre pesado de roble con cerradura en el que guardaba dulces y galletas cuando todavía vivía en Winchester, y a menudo fantaseaba con meterse dentro y cerrarse con llave hasta que terminara el semestre. Había pertenecido a su abuelo.

Sinner, siguiendo las desesperadas órdenes de Erskine, puso el baúl en el suelo, quitó la tapa del tarro de cristal roto —«Oh, así que ahora puedo tocar esta puñetera cosa, ¿eh?»—, lo cogió, echó la tierra y a los otros escarabajos dentro del baúl, agarró la bolsa de lombrices, la vació por encima de la tierra, cerró el baúl, y se sentó con fuerza sobre la tapa.

—¿Qué era eso?

—Eso era el *Anophthalmus hitleri* —respondió Erskine, mientras iba a por la llave del baúl. Vio que todavía tenía un pedazo de cristal clavado en la palma de la mano—. El primero de la especie.

Erskine sabía que debía examinar debidamente al espécimen; al día siguiente lo

haría. Pero en su fuero interno sabía que había tenido éxito. En tan poco tiempo, lo había logrado. Con ayuda de sus teorías, sus experimentos y, también, de una manera algo menos tangible, sus exámenes diarios al chico, había criado este escarabajo tan fuerte como una rata o un perro, ese Seth Roach de los insectos, esa criatura de luminarias apagadas, verjas de hierro y sangre seca aplastada por el puño de la ciencia. Todavía tenía la esvástica descompuesta sobre sus alas, más triunfante que nunca. Había demostrado su genio. Se imaginó inmensas salas de maternidad bautizadas con su nombre, bebés haciendo cálculo y calistenia en sus primeras semanas de vida. Se imaginó a sí mismo dictándole su autobiografía a un aplicado secretario. Imaginó a sus ochenta nietos, libres de la más mínima mácula en su carácter. Se imaginó a sí mismo dentro del baúl con las lombrices y los escarabajos. Se apresuró a la cocina a por un vaso de agua.

Aquella tarde, una tibia lluvia de abril cayó sobre Londres con toda la espontaneidad de un truco publicitario para vender paraguas, limpió su escritorio de panfletos sobre el pangaeano y se sentó a escribirle una carta a *Herr* Hitler, en la cual incluyó un espécimen protegido del escarabajo. Hitler, mejor que nadie, entendería la obra de Erskine: ese magnífico líder para quien un pecho hundido, unas piernas enclenques, y una boca floja eran irrelevantes, un mero error de ortografía que no podía empañar el significado. De hecho, pensó Erskine, puede que Hitler no viera una utilidad personal en sus teorías: cuando el Führer fecundaba a alguna rubia deslumbrante antes del desayuno, probablemente empujase el cigoto a la apoteosis por pura fuerza de voluntad. Pero aun así, sería capaz de ver la importancia de la reproducción lemniscata para un futuro racional, y probablemente sonreiría ante el pequeño tributo que Erskine le ofrecía, poniéndole su nombre a esta hermosa nueva especie, sin atender a las inevitables objeciones de la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica sobre si *Anophthalmus hitleri* se diferenciaba lo suficiente del *Anophthalmus himmleri* como para tener su propia clasificación oficial. Así que a Erskine no le importó que tan sólo hubiese una remota posibilidad de que un hombre de Estado tan ocupado pudiera encontrar tiempo para sentarse a leer la obsequiosa carta de un inglés, y no digamos ya para contestarle. Le escribiría de todos modos.

CUANDO ESTOY EN UNA SITUACIÓN estresante, a menudo me gusta preguntarme: ¿qué haría Batman en mi lugar? Encuentro a Batman muy inspirador por su inteligencia, su tenacidad, su autosacrificio; a veces hace que se me salten las lágrimas, pero el problema es que es muy difícil imaginarse a Batman en un restaurante de la cadena *Little Chef*.

No digo esto a la ligera, se trata de un problema fundamental. La mayoría de los lugares donde paso la mayor parte de mi tiempo —salas de espera de la seguridad social, la tienda de veinticuatro horas de la esquina, el *Happy Fried Chicken*, mi antiguo piso de protección oficial, el área de juegos de cemento donde bajo cuando quiero tomar un poco de aire fresco—, todos ellos parecen destilar ese ambiente inglés tan peculiar que sientes cuando tu madre te limpia los mocos con la manga en el autobús. De hecho, tanto los buques naufragados de hormigón que dominan mi barrio como los viejos negocios que proliferan como el moho en sus intersticios parecen haber sido ideados deliberadamente para excluir a mi héroe vengador.

A nivel práctico, la gente olvida que Batman no sólo tiene un aspecto genial al lado de edificios *art déco*, sino que se ha adaptado a ellos. Es mucho más sencillo escalar edificios cubiertos de cornisas, agujas, arcadas y gárgolas geométricas, que aquellos cuya única decoración es una bolsa de supermercado enganchada a un saliente de plástico impermeable anti-intrusos. (Superman, por el contrario, tiene su famoso poder para volar que hace mucho escapó a la jurisdicción de las leyes de Newton. Consecuentemente, ni se inmuta por el contexto físico. Este es el segundo motivo por el que está en estrecha sintonía con la arquitectura de Le Corbusier^[11]; la primera, y más evidente, es esa fe tan poco humana en la perfectibilidad humana, y en cierto modo es gracioso, porque si hay alguien que de verdad sería capaz de levantar La Ciudad Radiante^[12], ése es el supervillano Lex Luthor).

Pero eso no es lo importante. Lo importante es la absoluta falta de *glamour*. Estos sitios no están ni siquiera debidamente sucios. Batman tendría un aspecto ridículo. Se le pegarían chicles en la suela de las botas. Esto no puede ser. Y mientras tanto, los brillantes proyectos de Grublock están hechos para gente cuya principal forma de villanía consiste en complicados planes para evadir impuestos legalmente, así que tampoco sirven.

Teniendo todo esto en cuenta, entenderéis lo feliz que me hizo escapar del galés en mi piso, haciendo exactamente lo que Batman hubiera hecho, creo yo, si él fuera uno de los seiscientos o setecientos afectados por trimetilaminuria que hay en el mundo, en lugar de uno de los seis o siete mejores especialistas en artes marciales; también entenderéis lo feliz que me hizo poder dar la talla como Batman por segunda vez consecutiva cuando me senté en aquel *Little Chef*.

Nos habíamos dirigido hacia el oeste por la M3, dejando atrás, bajo la lluvia,

grandes zonas industriales donde hombres vestidos con mono se dedican a las economías de escala igual que hacen los picabueyes con los rinocerontes. Estaba esposado al sujetavaso del salpicadero. La autopista me recordaba al bloque de apartamentos donde vivo, la manera en que el potente cemento parecía estar diseñado específicamente para resistir el impulso mortal de modificar el propio entorno de uno. Cerca de Winchester, junto a un cruce, redujimos durante un momento al pasar junto a un terreno baldío separado por una valla, y vi a un hombre con el traje manchado de sangre que andaba cojeando a través de la hierba.

—¡Hey!, deberíamos ver qué le ocurre.

El galés ni siquiera contestó. Llevaba horas sin hablar. Me puse a pensar en el Winchester College. Grublock me contó que había sido la época más feliz de su vida, a pesar de que por aquel entonces no era tan rico. Una vez me dijo: «La gente da por hecho que en las escuelas de pago le enseñan a uno a ser insensible con la gente corriente, Fishy, pero eso no es cierto. El único motivo por el que soy insensible con la gente corriente es porque ellos son insensibles conmigo». De hecho, como los dos sabíamos, era por sinceros motivos nietzschenianos, pero aquel día le tocaba autojustificarse. «Hoy en día, si le echas la culpa de los problemas del mundo a una “conspiración de inversores financieros”, te tildarán de viejo chiflado y de odiar a los judíos, pero para los liberales de pro es perfectamente aceptable hablar de “ricos promotores inmobiliarios”, como si todos nosotros estuviéramos unidos por el mal. Toda esa gente que dice que no le gustan los promotores inmobiliarios, me imagino que vivirán en casas que ellos mismos construyeron con sus propias manos sobre terrenos sin reclamar. Supongo que preferirían vivir en algún sitio como en el que vives tú, Fishy. Un lugar que es a la arquitectura lo que un ticket de aparcamiento a la literatura». Me hubiera gustado decir algo en favor de mi casa, ya que Grublock nunca la había visto con sus propios ojos, pero no era fácil. Aparte de lo que haya dicho sobre Batman, me encantan los edificios de los sesenta. Sólo que no me gusta en el que yo vivo. Quizás me gustaría más si no fuera porque se nota demasiado que no fue hecho para que nadie viviera allí.

Más tarde, conforme seguimos carretera adelante, le dije al galés:

—No trabajas para nadie, ¿verdad? No trabajas para Grublock, ni trabajas para los japoneses, ni para los ariosofistas. Sólo eres un coleccionista como yo y vas por libre. Debería haberlo adivinado. ¿Cuál es tu mejor pieza? Yo colecciono las obras de Goethe editadas por Gottafchen que tenía Goebbels, bueno, lo hacía hasta lo ocurrido con Grublock. ¿Has oído hablar de ellas?

El galés no respondió, pero cuando pasamos una señal azul que mostraba cuchillo y tenedor a tres kilómetros, preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Sí, pero no quiero ir a un *Little Chef*.

—Yo como allí a menudo.

Nos detuvimos en el aparcamiento y el galés me quitó las esposas.

—¿No irás a armar un escándalo? —dijo.

—No.

—Porque si lo haces, serás mi cuñado con esquizofrenia paranoide y estaremos haciendo una parada para desayunar camino de una clínica de Southampton. Yo me disculparé con la camarera y te sacaré como sea del restaurante, todo el mundo se olvidará del tema, y entonces te pegaré un tiro y enterraré tu cuerpo en New Forest. Ya lo he hecho antes, es muy sencillo.

—Bien —dije. El galés sonaba siempre muy razonable, tendría que ser cosa del acento.

Entramos en el café-purgatorio, y nos sentamos. Pedí pescado ahumado con tostadas, como hago a veces con la esperanza de que los que pasen a mi lado confundan mi olor con el de un pedazo de pescado extraordinariamente penetrante. El galés pidió un desayuno inglés completo, que yo no podría comerme debido a toda la fosfatidilcolina que contienen las alubias. En la mesa de al lado había una madre con sus tres hijos pequeños vociferando y peleándose. Me fijé en que su móvil estaba en la esquina de la mesa sin que le prestase atención.

—¿Vas a decirme adónde vamos? —pregunté.

—A un sitio llamado Claramore. Hay pruebas de que Seth Roach asistió a una conferencia política allí en el verano de 1936.

—¿Qué es? ¿Una casa de campo?

—Sí. Hasta poco después de la Segunda Guerra Mundial la casa perteneció a William Erskine, noveno Conde de Claramore. Después, el título, la casa y las tierras fueron vendidos a un productor de cine norteamericano. En los ochenta se convirtió en un hospital privado para mujeres con trastornos alimentarios. Ahora es un hotel.

En ese momento es cuando hice exactamente lo que Batman hubiera hecho. Veréis, justo cuando llegó nuestra comida, uno de los niños golpeó la mesa con el bote de grosella, salpicando al galés en el pantalón. Hubo un momento de confusión cuando la camarera, el galés y la madre del niño se pusieron a buscar servilletas, y en ese instante, me estiré para alcanzar el móvil. Lo escondí entre mis piernas esperando que nadie me hubiera visto cogerlo.

Si el galés iba al servicio o a alguna parte, podría llamar al 112, pero por supuesto, él no iba a dejarme solo en un sitio público ni un segundo. ¿Se podía enviar un mensaje a la policía? No tenía ni idea, así que decidí escribirle a Stuart. Afortunadamente, me sé su número de memoria, por las pocas veces en las que hablamos y, orientándome con ayuda de las pequeñas marcas que hay sobre la tecla del 5, pude escribir y enviarle el mensaje casi sin mirar a la pantalla, «stuart soy kevin retenido en la vida real x hombre + pistola me lleva a lugar llamado Claramore ayuda no es broma no llames gracias». Normalmente, pienso que una correcta puntuación es importante, pero no había tiempo.

Sabía que Stuart me creería —se ha pasado toda su vida esperando que algo así le ocurriera a él—, y alrededor de quince segundos más tarde el teléfono vibró con una

contestación: «joder ok llamaré polis». Pensé que el corazón se me iba a salir, dejé caer el teléfono entre las dos mesas. Golpeó contra las baldosas del suelo, la mujer lo cogió sin mirarme siquiera, y comenzó a discutir de nuevo con los críos.

Una hora más tarde, alrededor de las once, giramos hacia el norte por la A303. El galés hizo que le guiara con el mapa mientras serpenteábamos por entre los bosques. Desde un viaje a Epping, cuando tenía catorce años, los únicos bosques densos que había conocido eran los antiguos bosques en los que me adentraba para cazar trolls y duendes como un mago de batalla, y sólo la cantidad de hojas y sombras que había aquí requerirían un ordenador con una increíble capacidad de procesamiento.

—¿Qué vamos a hacer cuando llegemos allí? —pregunté.

—No lo sé exactamente. Buscaremos pistas, y espero que con tu habilidad para encontrar cosas perdidas hace mucho tiempo, esa habilidad en la que el señor Grublock depositó tanta confianza, podamos tener la oportunidad de descubrir lo que realmente sucedió aquí en 1936.

—¿Qué quieres decir con «lo que realmente sucedió aquí»?

—En Claramore se produjo un asesinato muy conocido —dijo mientras la casa aparecía ante nosotros a unos cuatrocientos metros. Era una mole achaparrada de ladrillo rojo y mármol. La parte delantera formaba cubos y estaba sobreelevada, y había algo proféticamente funcionalista en ella. Sentí como si nos aproximáramos al corazón del procesador que había emulado los bosques a nuestro alrededor, o el generador que había producido los pájaros, insectos y la hierba que se mecía—. La policía pensó que había resuelto el caso, pero los sospechosos desaparecieron y nunca se les volvió a ver. Hay dos cosas a tener en cuenta. La primera es que todo el mundo que sabía algo del caso parecía estar segura de que la policía se equivocaba. La segunda es que, aparte de aquellos dos sospechosos, y aparte, obviamente, del cadáver, hubo otro tipo al que no se le volvió a ver después del incidente de Claramore: Seth Roach. Creo que él fue el verdadero asesino, y creo también que murió aquí.

AGOSTO DE 1936

DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS de su vida, Erasmus Erskine comenzó a tratar Claramore como si fuera poco más que una barcaza oxidada que le condujera hacia el puerto de coral de Kumari Kandam. Ocupado en la financiación de una serie de expediciones hacia la Costa de Coromandel, apenas realizó algunas reparaciones sin importancia o mejoras en el cada día más deteriorado hogar de sus ancestros, y tampoco hizo excesivo caso a las cada vez más apremiantes sugerencias de su esposa. Pero cuando murió en 1912, Claramore pasó a su hijo William, quien pensaba que los criados debían tener mejores cosas que hacer que apuntalar una casa en ruinas. Fascinado por una máquina de tres toneladas para predecir mareas manejable a manivela que había visto en el Arco del Almirantazgo en Londres, decidió modernizar el lugar a conciencia para que todavía siguiera siendo moderno cien años después.

Cuando William Erskine dejó Hampshire para irse a Flandes, en 1915, las habitaciones estaban conectadas con las entrañas de la casa, al menos, de seis modos distintos. Por ejemplo, podías poner la ropa sucia en un buzón colocado en el interior del armario, y ésta caería por un tobogán hasta una lavandería motorizada. También podías coger el teléfono y hablar con una chica en una centralita, que podía pasarte con cualquiera de las otras habitaciones que había en la casa o en los terrenos. Podías conectar una boquilla a una salida que había en el rodapié y aspirar cualquier polilla extraviada hasta la bomba neumática centralizada que había debajo de la antecocina. Erskine estaba también muy orgulloso de su ascensor neumático para equipaje, su cámara de hacer hielo, los baños galvánicos y su autocaravana. La revista radical arquitectónica belga *Béton* le dedicó un número entero a la mecanización de Claramore, en el que incluía un ensayo escrito por su dueño, que fue muy bien acogido, en el que exponía que sólo el culto a la ciencia podría evitar las oscuras ideas de *La decadencia de Occidente de Spengler*.

Pero para cuando William Erskine dejó Flandes por Hampshire, en 1918, ya había visto la pierna de un hombre aplastada por un tanque hasta hacerla puré, y cosas peores; así que aunque en público afirmaba que la guerra había confirmado, más allá de toda duda, su creencia en que nada era ahora más importante que la tecnología, no podía evitar que cierta cobarde ambivalencia se notase en sus opiniones cuando se encontraba en privado. Además, durante su ausencia, había habido algunos problemas en Claramore. Por ejemplo, y por desgracia, las turbinas de vapor de la sala de máquinas y el extractor hidráulico de la lavandería resonaban a la misma frecuencia eléctrica, igual que una bobina Tesla, de modo que cuando ambos estaban funcionando a toda máquina, el estrecho pasillo que había entre ambos a veces chisporroteaba con arcos de rayos eléctricos, sacudiendo el músculo cardíaco de

cualquier criada que pasara por allí llevando una jarra o un candelabro de plata. La ropa enviada a lavar se devolvía arriba dos o tres semanas después, normalmente a la habitación equivocada, perfectamente limpia, pero con las costuras rajadas y apestando a gasolina, con lo que los huéspedes empezaron a amontonar sus pantalones de montar sucios debajo de la cama. Un hombre tuvo que ser llevado una vez al hospital después de un accidente con la boquilla del aspirador que nunca fue debidamente aclarado. William Erskine estaba dispuesto a ignorar todo esto, pero un día de 1919 su criado fue electrocutado por la cadena del tapón de un baño galvánico y, de repente, al igual que una vez hiciera su padre, perdió todo interés en los detalles del funcionamiento de Claramore, dejando que su esposa se hiciera cargo de una casa que ahora necesitaba un equipo adicional de criados sólo para compensar el comportamiento errático de las máquinas.

Sólo una vez más en su vida sintió William Erskine un espasmo de optimismo acerca del futuro automatizado. La misma semana de 1928 en que su hijo se fue a Cambridge, leyó en *The Times* que muchas empresas estaban fabricando «cerebros de metal», sofisticada progenie de aquella máquina capaz de predecir las mareas que había admirado dieciséis años antes. Llevado temporalmente por el mismo ardor que había inspirado la primera reinención de Claramore, vendió algunas acciones y adquirió un cerebro de metal de primerísima calidad que le enviaron en barco desde Binghampton, Nueva York, y lo instalaron en la biblioteca. Durante varios meses después de esto, William Erskine pareció tener un flujo continuo de problemas aritméticos que necesitaban ser resueltos urgentemente, a menudo durante la cena o en mitad de la noche, y la casa entera vibraba durante horas con el chirrido de los dientes relucientes de la bestia. (La biblioteca dejó de ser un lugar para sentarse y leer). Llegó hasta a despedir a su agente inmobiliario, sospechando que básicamente lo único que hacía era muchas cuentas, y poco después se vio obligado a escribirle una breve nota a su esposa pidiéndole que volviera a contratar al anciano señor. De algún modo, toda su personalidad se vio rejuvenecida con esta compra. Ahora les preguntaba con frecuencia y por pura diversión a Erskine y Evelyn lo que hacían ellos y sus amigos, y los avergonzaba con risitas cómplices o con las más aburridas historias y chistes. Pero aquel efecto no podía durar siempre, y William Erskine no tardó en volver a su ser viejo y arisco, y nadie disfrutó lo más mínimo de las máquinas de Claramore hasta la llegada, unos siete años más tarde, de Amadeo Amadeo, uno de los invitados a la conferencia de fascistas, quien había leído el primer reportaje en la revista *Béton*, y ahora se encontraba acariciando exultante con sus propias manos la famosa bomba neumática centralizada de la casa.

—Es tan superior a esos pequeños modelos portátiles que la gente tiene hoy en día —dijo Amadeo haciéndose oír sobre el rugido de la bomba—. Con ésta, podrías aspirar hasta las nubes del cielo.

—Mm..., ciertamente —respondió Philip Erskine.

Sinner había conducido el coche desde Londres aquella tarde. Cuatro o cinco

veces, el chico se había metido bruscamente en el carril contrario con toda tranquilidad, o había empujado a un ciclista a la cuneta al adelantarlo. Erskine estaba convencido de que Sinner hacía esto deliberadamente para asustarle, pero aunque no estaba seguro de si él o el coche se recuperarían alguna vez de la experiencia, no podía negar que habían tardado sorprendentemente poco. Llegaron a primera hora de la tarde, y encontraron a su madre en el césped a la entrada de la casa hablando con un caballero de tez amarillenta y pelo oscuro, y con un traje amarillo cortado asimétricamente que parecía hecho con algún tipo de papel de envolver brillante, y abrochado por un único botón de metal a mitad de la chaqueta. Sinner aparcó cerca de las esculturas de Grifos en piedra y salieron. La madre de Erskine se acercó.

—¡Querido! Ya has llegado. ¿Quién es éste?

—Hola, Madre. Este es mi ayuda de cámara, Roach.

Sinner se quitó la gorra como Erskine había insistido en que practicara. Con el chaleco, el cuello almidonado y los pantalones planchados, tenía un aspecto bastante respetable, si bien cómico para Erskine, que había disfrutado eligiendo la ropa.

—¿Has traído a tu propio ayuda de cámara a la casa donde te criaste?

—Sí.

—Es una pena. Esperaba a mi hijo, no al Príncipe Francisco José de Battenberg, pero supongo que tendremos que arreglárnoslas —le abrazó, y luego le dijo en voz baja—: ¿No es un poco...? Quiero decir, ¿qué hace cuando tiene que alcanzar algo en una estantería alta?

—Es un excelente ayuda de cámara.

—Muy bien, entonces —podremos deducir ahora que Philip Erskine no había sido un hijo fácil de educar, y su madre asumió que por fin había encontrado a un criado que sabía cómo tratar sus excesivos remilgos y sensiblerías. Ella no se parecía en absoluto a su hijo. Era muy hermosa cuando se presentó en sociedad; indiferente a la política salvo cuando quería justificar sus grandes donativos a los pobres, se había dado cuenta poco después de su boda que no se había casado tanto con un hombre como con un linaje; un linaje que, incluso antes de la lenta disminución de los ingresos de la familia de Erskine e incluso antes de las malditas máquinas, había sido conocida por acaparar problemas a un nivel desproporcionadamente alto comparado con su moderado tamaño. Al principio, le había resultado del todo imposible, pero ahora, disfrutaba bastante y algunas veces se preguntaba si, cuando muriese su esposo, podría dirigir alguno de los grandes hoteles de Europa.

Al hijo, por su parte, le gustaba su madre, pero todavía existían varios obstáculos para que hubiese una cálida relación entre ambos, y uno de los no menos importantes era la indignación que sentía en secreto ante la mera idea del parecido familiar. Cada vez que veía a dos parientes que se parecían mucho, el rostro de cada uno parecía guardar relación con el otro del mismo modo que el olor de la fruta podrida y el de la fruta fresca, o como una caricatura con una fotografía, en la que la copia expone la fealdad latente del original. Odiaba ver a su madre, padre, hermana o a sí mismo

reflejados en un espejo. Justo en ese instante, Sinner no tuvo la menor duda al ver a los dos Erskine, y pensó que Philip parecía una grotesca y masculinoide parodia de su madre, mientras ésta parecía una grotesca y femeninoide parodia de Philip.

—Ahora debo presentarte al *signor* Amadeo —dijo la parodia femeninoide.

Amadeo sonrió y sacó su mano derecha de manera que el brazo y el cuerpo formaran un perfecto ángulo recto. Erskine la estrechó torpemente, momentáneamente deslumbrado por el brillo del sol en el botón de metal del italiano.

—Es un gran placer conocerle —dijo Amadeo.

—El *signor* Amadeo tiene muchas ganas de ver todos los artilugios del piso de abajo. ¿Por qué no se los enseñas?

—Muy bien —dijo Erskine—. Lleva mi equipaje al piso de arriba, por favor —le dijo a Sinner. No había traído el *Anophthalmus hitleri*; había decidido que sería mejor dejarlo a salvo en el baúl en su piso con suficientes huesos de pollo para que los hambrientos escarabajos aguantaran un mes.

—Entra y pregunta por Godwin —dijo su madre—. Él te dirá cuál es el dormitorio de Erskine y todo lo demás. Me temo que el ascensor para equipajes se ha vuelto a estropear.

Sinner entró con las maletas y dejó sólo la valiosa cartera que contenía la segunda edición retocada de la historia del pangaeano. Erskine la cogió antes de ir al piso de abajo con Amadeo, quien, acababa de recordarlo, era uno de los futuristas italianos menos destacados. Al igual que muchos otros dentro del movimiento, Amadeo pedía la guerra para dar un nuevo vigor a Europa. Antes de que la guerra llegase servicialmente, la mayoría de sus colegas —que no esperaban que lo que querían llegase tan pronto— empezaron a demandar otras cosas, pero Amadeo sólo exigía más guerra; más larga, más sangrienta e incluso más concienzudamente mecanizada. De hecho, se tenía a sí mismo como el más entregado de los futuristas porque no había cambiado ni uno solo de sus postulados estéticos o políticos en más de dos décadas, otorgándoles con orgullo un lugar equivalente al de las máquinas de Claramore. Tenía cincuenta años y seguía sin comer pasta, todavía usaba un sistema de puntuación alternativo de su propia invención, toda su ropa se la seguía confeccionando el único sastre «dinámico» que quedaba en Milán, seguía dándoles veneno a las gaviotas, y todavía se lavaba el pelo de vez en cuando con aceite de motor. Como muchos otros de los oradores de la conferencia aquel verano, apenas tenía amigos.

Pasaron de la bomba neumática al extractor hidráulico.

—Sus brillantes vectores industriales remedan las curvas perfectas de los muslos de una mujer —dijo Amadeo y, a continuación, suspiró con nostalgia.

Erskine decidió dejarle a lo suyo. Aún no había visto a su padre y sabía que era mejor quitárselo de encima, pero de camino al estudio de su padre oyó unos discordantes acordes al piano y entró en la sala de estar.

—Hola, Phippy —dijo Evelyn—. Debo admitir que casi me alegra verte.

—Lo mismo digo.

—Me he dado cuenta de que has traído a tu «ayuda de cámara» o lo que sea.

—Sí. ¿Estás componiendo? —Erskine sabía que su hermana sólo se había aferrado a la «música atonal» (fuera lo que fuera lo que eso significaba) como una manera para desconcertar a sus padres, y también sabía que no funcionaría; ni siquiera su padre era tan estúpido como para creer que a ella le gustasen todas esas tonterías, que en su mayoría sonaban a algo así como lo que pondría un dentista sádico en la sala de espera para asustar a los pacientes. Alistair Ihurlow, quien supuestamente entendía de estas cosas, había dicho que las composiciones de Evelyn manifestaban «un potencial sorprendente», y había intentado convencer a los padres de Erskine para que la enviaran a algún tipo de academia, pero Erskine estaba seguro de que sólo intentaba ser cortés.

—No. Estoy practicando. No puedo componer nada cuando estoy encerrada en esta casa.

—Entonces, ve a dar un paseo.

—No sirve de nada —dijo Evelyn vagamente.

Antes de que Erskine pudiera preguntarle qué quería decir con eso, una niña pelirroja de unos doce años irrumpió en la habitación y gritó:

—¡Señor Erskine, acabo de ver a su amigo, el señor Morton, sodomizando brutalmente a su querida madre!

Erskine se quedó desconcertado durante un instante antes de darse cuenta de que la niña era Millicent Bruiseland, y esto era bastante normal en ella. Al parecer, la madre de Millicent, para castigar a su esposo de una manera ciertamente enrevesada, había enviado a su insufrible y precoz hija a un psiquiatra finlandés, que le había llenado la cabeza con palabras que ella apenas comprendía aún, y la niña tenía ahora la costumbre de hacer acusaciones de ese tipo. Sus padres estaban seguros de que si nadie le prestaba atención pronto dejaría de hacerlo.

Evelyn dijo:

—Vete a escribir tu novela, Milly.

Millicent chasqueó la lengua y salió.

—De verdad que no entiendo cómo a nadie pueden interesarle los niños —añadió.

—Cierto —Erskine levantó la vista y dijo—: Espera un momento, ¿Morton está de verdad aquí?

—Sí.

—Dios mío, de entre todas las malditas personas que hay... —dijo Erskine—. ¿Y por qué?

—Bueno, es que Mosley no va a venir (no es que nadie aparte de Padre le esperara), y Bruiseland insistió en que hubiese una representación de los Camisas Negras^[13].

—Pero ¿por qué Morton? No es que sea muy «representativo». Por lo que sé sólo está vagamente asociado con el grupo.

—Es que resulta también que Julius y yo nos hemos prometido —dijo Evelyn, sin mirarle directamente a los ojos, pero observando el atroz empapelado verde de la pared tras él.

—¿Bromeas?

—No.

—¿Cuándo?

—La semana pasada.

—Evelyn, por el amor de Dios, pero ni siquiera le conoces.

—Sí que le conozco. Y los dos somos de buena familia. ¿No es eso lo único que te importa?

—Me preocupa tu bienestar, hermana.

En ese instante, su madre entró con una maceta.

—Queridos, subid arriba y hacedle una visita a Casper Bruiseland. Está en el observatorio y estoy segura de que le encantará veros a los dos.

Philip y Evelyn entonaron un estridente dueto de protesta. Su madre estaba demasiado ocupada para replicar, así que dijo:

—Está bien, está bien, Casper puede esperar. Pero tu padre no, Philip.

—¿Dónde está?

—En la biblioteca. Ve.

Erskine obedeció. La puerta de la biblioteca estaba cerrada. Cuando se acercó para abrir oyó voces dentro, y se detuvo. Una era la voz de su padre y la otra pertenecía a Leonard Bruiseland. Apretó su oreja contra la madera. Siempre le había encantado escuchar a hurtadillas.

—¿Y cuántas cartas has recibido de este matón? —preguntaba el padre de Erskine.

—Sólo una —contestó Bruiseland.

—¿Reconoces la letra?

—No. ¿Y tú?

—No. Creo que está deliberadamente disimulada.

—Probablemente.

—¿Y contenía las mismas amenazas?

—Sí —dijo Bruiseland—. Estoy muy preocupado.

—No te preocupes. Cualquier idiota puede escribir una carta asquerosa.

—Ya veremos.

Erskine oyó pasos y se retiró de la puerta de la biblioteca justo antes de que se abriera de golpe.

—¡Ajá!, ¡el muchacho de los Erskine! —dijo Bruiseland. Era un hombre alegre y fuerte con la nariz pelada y rosa que, a menudo, en mitad de una frase, interpretaba una sinfonía de bufidos de la manera más natural, ladrando y ahogando los sonidos para desprender algunas partículas de sus orificios nasales—. ¿Cómo está nuestro joven científico? —Bruiseland, dedicado por completo a sus tres granjas, detestaba a

la mayoría de los científicos, pero apreciaba a Erskine porque éste había estudiado lo que él entendía era una especie de rama avanzada relativa a la cría de animales de ganado.

—Muy bien, gracias.

—¿Pasas ahora la mayor parte del tiempo en Londres?

—Sí.

—Pronto se te sniff sniff snarg snarg quedará pequeño todo eso, estoy seguro. Y, mm..., ¿cómo está tu hermana? —dijo Bruiseland, su amplia sonrisa adquirió un tono de aprensión.

—Se acaba de prometer recientemente —dijo Erskine, limpiándose con discreción la saliva de su frente.

—¡Oh! —para Bruiseland, Evelyn era un objeto que le infundía un profundo terror. Dado que la mayoría de sus estereotipos habían pasado de moda hacía unos quince años, la situaba en algún punto entre una fumadora de opio de los años Veinte y la esposa de Ibsen, quien en lugar de hijos tenía «conflictos del alma». Estaba seguro de que su desafortunado futuro marido descubriría sobre su cuerpo desnudo las heridas de, al menos, (y aparentemente contradictorias) tres inclinaciones sexuales, cada una capaz por sí sola de impedir que jamás diera un heredero sano: los genitales pustulosos y magullados de una puta aristocrática y casquivana, las nalgas siniestramente tatuadas de una lesbiana, y los pechos planos de una modernista andrógina y neurótica. Su sarcasmo, su impetuosidad, su música, su (supuesta) degeneración sexual, y media docena de otras horribles cualidades, hacían de ella, a ojos de Bruiseland, no sólo el dechado de todo lo que estaba mal en la mujer que había surgido tras el voto femenino, sino la culpable de la decadencia de su propio matrimonio. Por ejemplo, él no creía que a su mujer se le hubiese ocurrido enviar a la hija a aquel finlandés amoral sin un poco de ayuda de Evelyn Erskine y de sus camaradas, ni que se le hubiera ocurrido fugarse a Florencia para gastarse todo su dinero. Aun así, reconocía que, últimamente, la nobleza en Inglaterra no tenía a quién echarle la culpa de la situación de sus mujeres y sus hijos salvo a sí misma; nadie salvo a ellos, a los extranjeros y a la prensa libre.

Erskine terminó de hablar con Bruiseland y entró en la biblioteca. Los encuentros más desagradables con su padre siempre habían tenido lugar ahí, e incluso después de tres años en Cambridge, no podía evitar percibir en el olor de los libros antiguos una cierta malevolencia.

Su padre le saludó con la cabeza y dijo:

—¿Qué es eso que traes?

—Mi monográfico sobre el pangaeano —Erskine no se había acostumbrado a ver a su padre con el pelo tan gris. Aparte de eso, se parecían bastante.

—Esperaba que así fuera. Sácalo.

El padre de Erskine se sentó en un sillón junto al cerebro de metal mientras Erskine permanecía de pie leyendo las páginas escritas de su puño y letra. Cuando

Erskine terminó, el padre dijo:

—No está nada mal. Puedes llevarlo a que lo pasen a máquina y lo encuadernen.

Erskine sonrió orgulloso.

—Y ahora, ¿qué eso que me ha dicho tu madre de que te has traído a un maldito ayuda de cámara?

Erskine farfulló algo.

—En primer lugar, no te doy todo ese dinero cada mes para que le pagues a alguien por plancharte los periódicos. Y, en segundo lugar, traer a ese enano ayuda de cámara desde Londres para visitar la casa de tu familia, que dispone de buenos sirvientes, algunos de los cuales han cuidado de ti desde que manchaste por primera vez los pañales, pasa de castaño oscuro. ¿Está claro?

—Sí.

—Le enviarás de vuelta a casa.

—Preferiría no hacerlo —dijo Erskine.

—¿Preferirías no hacerlo? Bueno, pues me temo que no hay ninguna cama para él en el piso de abajo. Si no le envías de vuelta, tendrá que dormir en tu habitación.

Erskine tragó saliva. Había una puerta en la biblioteca que conducía a un estanque en la parte trasera de la casa y parte de él deseó correr fuera y unirse a los patitos. Evidentemente, su padre había lanzado la anterior amenaza sin la menor esperanza de que prosperase —era sólo una manera de dejar claro que no permitiría que Sinner se quedase—. Pero Erskine dijo:

—Muy bien.

—¿Muy bien?

—Prefiero eso a enviarlo a casa. Le encuentro indispensable.

El padre de Erskine levantó las cejas. Erskine sabía que el joven era demasiado testarudo y no iba ahora a retirar la oferta.

—Muy bien, entonces. Veremos cuánto tiempo eres capaz de mantener esta broma, pero no quiero que vayas a tu hermana quejándote de que te he castigado. Es tu ridícula decisión.

—Sí.

—¿Tienes al menos listo tu discurso para mañana?

—Sí.

—Bien.

Erskine salió dejando su manuscrito. Decidió subir para ver si Sinner se había molestado en deshacer el equipaje. En las escaleras se encontró con Morton, quien tenía aspecto de alimentarse bien.

—Hola, Erskine.

—Hola, Morton.

—Preciosa casa.

—Sí. ¿Qué tal la salud de tu hermano?

—Bien.

Los dos sentían que debían hacer algún comentario sobre el compromiso nupcial, pero ninguno de ellos deseaba entablar una conversación sobre el tema, así que se quedaron de pie y se miraron el uno al otro hasta que finalmente Erskine levantó la cartera, ahora vacía, y dijo:

—Será mejor que lleve esto arriba.

—Bien.

«¿Y aquella vez que me diste un balonazo en la cabeza y yo me caí, y viniste y me ayudaste a levantarme, y te disculpaste durante tanto tiempo que me sentí avergonzado y me lo tomé a risa, y esperaste a que siguiera caminando e inmediatamente lo volviste a hacer delante de todo el equipo titular del Trinity College?» —a Erskine le hubiera gustado añadir: «¿Seguirás haciendo ese tipo de cosas cuando seas mi cuñado?»—. Pero no lo hizo. En lugar de eso, siguió subiendo las escaleras pensando en las «amenazas» que alguien podría hacerle a su padre y a Bruiseland. ¿Violencia? Aunque aquello fuera posible, no estaba preocupado en absoluto.

Sinner estaba dormitando en el dormitorio de Erskine, y, por supuesto, no se había molestado en deshacer el equipaje. Cuando un zorro vaga por las calles de Londres, se preguntaba Erskine a menudo, ¿nota el cambio? ¿Le importa? ¿Existe alguna profunda percepción de lo incorrecto, como en una pesadilla, hacia el cemento y el cristal, hacia las líneas y los ángulos rectos, o la ontología de la bestia es tan fuerte como la propia bestia? Del mismo modo, ahora se preguntaba si Sinner se sentiría fuera de lugar en Claramore o si, por el contrario, desdeñaría la mera posibilidad de sentirse fuera de lugar y la debilidad que esto implica. Golpeó el hombro del chico durante unos segundos y luego, cuando Sinner se revolvió, pasó de golpearle a zarandearle con fuerza.

—Mi padre dice que tienes que dormir aquí conmigo.

—¿Eh?

—Pero no hay motivo para que te quedes aquí arriba durante el día. Será mejor que bajes. Y pídele a Tara un catre —luego, según se marchaba Sinner, Erskine añadió—: Por cierto, si ese tonto del culo de Morton te pide que hagas algo, aunque sea enviarle un telegrama, no tienes por qué hacerlo, ¿de acuerdo?

Jamás había dicho antes «tonto del culo» en toda su vida.

—¿Quién es Morton?

—El prometido de mi hermana. Es un completo bacilo. No sabes lo mucho que me gustaría que algo horrible le sucediera.

Erskine estaba ya cansado de tanta humanidad, así que en lugar de bajar se echó en la cama con un libro hasta que el teléfono sonó a las siete y media. Lo cogió y escuchó el metálico sonido de un «gong». Era hora de cambiarse para la cena.

De camino al piso de abajo se encontró con dos hombres de grandes orejas que estaban peleándose en alemán en el descansillo. Al ver a Erskine, el más mayor se detuvo y dijo:

—¿Cómo está usted? Supongo que es usted Philip Erskine. Yo soy Berthold Mowinckel y él es mi segundo hijo, Kasimir.

Al estrechar la mano de Mowinckel, Erskine se estremeció al pensar que éste probablemente hubiera estrechado la mano de Adolf Hitler.

Teniente coronel condecorado del ejército austrohúngaro, Mowinckel acabó en Múnich tras la Gran Guerra. Después de ser presentado en un coloquio a un exsoldado y estudiante de arte llamado Walter Nauhaus, pasó a ser miembro de la Sociedad Thule. En la tercera reunión a la que asistió, se levantó y anunció que había descubierto que tenía un extraño y místico don: una memoria clarividente-ancestral, lo que significaba que era capaz de recordar toda la historia de su tribu, pasando de padres a hijos hasta el amanecer de la raza humana, tan claramente como si hubiera estado allí mismo.

Su cronología comenzaba en el 228 000 AC, cuando había tres soles en el cielo y la Tierra estaba poblada por gigantes, enanos y centauros acuáticos. Después de un largo periodo de luchas, los Mowinckel, descendientes de la unión entre los dioses del aire y los dioses del agua, ayudaron a restaurar la paz y no tardaron en fundar grandes colonias tan lejanas como Agartha, en el Tíbet. Luego, sobre el año 12 500 AC comenzó una guerra entre la religión irminista de Krist y los corruptos wotanistas. La guerra se prolongó con interrupciones hasta el 777 DC, cuando, gracias a una traición, el archiwotanista Carlomagno consiguió capturar el templo irminista sobre las rocas de Externsteine, cerca de Detmold, así que los Mowinckel tuvieron que huir a Rusia. El propio Berthold Mowinckel había sido perseguido toda su vida por los wotanistas, los católicos, los judíos y los francmasones, quienes, en conjunto, eran también los culpables de la reciente derrota alemana y la caída del imperio Habsburgo, unas injusticias que sólo eran ligeramente superiores a la conspiración para sabotear la fábrica de peines en la que Mowinckel había invertido la mayor parte de los ahorros de su esposa.

Mowinckel se convirtió en un héroe para los ariosofistas y escribió varios libros sobre profecías y algunos de poesía. En 1931, Richard Anders, miembro de la Sociedad Thule, quien también se había unido a la *Schutzstaffel*^[14] de Hitler, le presentó a Heinrich Himmler. Himmler quedó fascinado con las crónicas de Mowinckel y, más tarde, le nombró Jefe del Departamento de Prehistoria e Historia Antigua de la Oficina Central de Raza y Asentamiento de las SS, con sede en Múnich. Sin embargo, esa misma semana la tragedia le golpeó. Sus dos hijos, Gustav y Kasimir, iban caminando por la calle Sparkassenstrasse de Múnich cuando Gustav empujó a su hermano pequeño para evitar que le golpease un bloque de mampostería que se había desprendido. Gustav recibió un golpe en la cabeza y murió tres días después en el hospital. Con la muerte del primogénito, la llama de la memoria clarividente-ancestral de Mowinckel se apagó para siempre. Durante varios meses, Berthold examinó regularmente a Kasimir sobre la historia irminista, pero intentara lo que intentara —reprenderle, abofetearle, hipnotizarle—, su hijo no parecía recordar ni

un solo detalle. Entonces un día Kasimir le dijo a su padre que el espíritu de su hermano se le había aparecido en un sueño y le había pasado el poder; sin embargo, los vagos detalles que ofrecía nunca fueron lo bastante consistentes como los recuerdos de su padre. «¿Por qué tuvo tu hermano que dar su vida por ti?» preguntaba Berthold una y otra vez. Finalmente, al borde de retorcerle el cuello a su hijo debido a la frustración, fue a ver a Himmler y le convenció para que financiase una expedición al Tíbet para encontrar Agartha. A su regreso, tres meses después, afirmaba haber bebido la sangre de un oso panda que hablaba y al que él mismo había disparado, haber conocido a una tribu de mujeres que llevaban piedras mágicas en la vagina, y haber visto las ruinas de un monasterio gigante del tamaño de una ciudad. Himmler estaba fascinado, pero ambos tuvieron una disputa a causa de la receta de un cóctel y Mowinckel no volvió a formar parte del círculo interno nazi. Ahora viajaba por Europa dando charlas y vendiendo sus libros de poesía^[15].

Erskine estuvo hablando con los dos hombres durante unos minutos, intentando sin éxito encontrar la coyuntura adecuada para preguntarle por cotilleos sobre Hitler, y, a continuación, bajó al piso de abajo donde encontró a su hermana, con alergia, sonándose la nariz en la entrada. La acompañó al comedor norte donde, consternado, vio que sólo habían sido dispuestos diez sitios. Sabía que los Juegos Olímpicos de Berlín afectarían la conferencia, pero nunca habría imaginado que la presencia sería tan escasa. ¿Eran éstos los únicos fascistas de toda Europa que todavía no despreciaban a su padre? Quizás al resto le daba demasiada vergüenza admitir que tampoco habían sido invitados a los Juegos, y estaban sentados en casa con las cortinas echadas y la radio encendida. Eso es lo que posiblemente hubiera hecho él en tales circunstancias.

Dando una vuelta por la habitación, contó a los invitados con los dedos.

—Tú, yo, Padre, Madre, Bruiseland, Mowinckel y su hijo, el italiano chiflado...

—Puede que esté chiflado, pero tiene algunas ideas interesantes sobre música.

—... y tu noble prometido, lo que hace un total de nueve. ¿Quién nos queda?

Una tarjeta revelaba que el último asistente a Claramore era Edgar Aslet, diputado del Partido Tory y el ser humano más aburrido que Erskine jamás hubiera conocido: tan aburrido que Erskine jamás había sido capaz de retener en su memoria un solo detalle acerca de su vida o sus logros. El padre de Erskine se sentaba a la cabecera de la mesa, y prefería cenar junto a hombres a los que ya conocía, así que a su izquierda tenía a Aslet y a su derecha a Bruiseland. La madre de Erskine se sentaba en el otro extremo, y a ella le gustaba tener cerca a los invitados de honor extranjeros, así que a su izquierda tenía a Amadeo y a su derecha a Berthold Mowinckel. Entre ellos, en medio de la mesa, había un cuarteto más juvenil: Erskine junto a Morton y, enfrente, Kasimir Mowinckel junto a Evelyn. Mientras servían el vino, la madre de Erskine dijo:

—Señor Morton, ¿es cierto que como miembro de los Camisas Negras no fuma usted otra cosa que cigarrillos especiales de los Camisas Negras?

—Morton no es miembro de los Camisas Negras —dijo su marido.

—Me temo que es cierto —dijo Morton—. He asistido a muchas reuniones y conozco a muchos de los miembros más importantes, pero he decidido no afiliarme.

—Eso está bien —dijo Bruiseland—. Esos «miembros importantes», como tú les llamas... yo mismo conozco a uno o dos, y antes de ser Camisas Negras eran todos plantadores de caucho en Malaca, criadores de ovejas en la Patagonia, mineros en Kenia... Fracasaron en Inglaterra, se fueron al extranjero, fracasaron en el extranjero, regresaron a Inglaterra, vieron qué podían hacer, y entonces se juntaron con una chusma de taxistas y ebanistas que se dedican a arrojar patatas llenas de cuchillas de afeitar.

—Mis motivos tienen que ver más con sus ideas políticas —repuso Morton—. La Unión Británica de Fascistas habla mucho sobre revolución y dictadura, que es una cosa en Italia, como usted sabe, *signor Amadeo*, pero otra cosa muy distinta aquí en Inglaterra. A los ingleses les gusta la solidez, la estabilidad y la banalidad. La mayor parte de los Camisas Negras son demasiado jóvenes para darse cuenta de esto, pero si continúan comportándose con esa crudeza y agresividad, demorarán la llegada del fascismo diez años —Erskine se fijó en que cada vez que Morton no hablaba, Bruiseland parecía mirar agresivamente en su dirección, pero cuando Morton hacía uso de la palabra, Bruiseland parecía mirar agresivamente a algún punto de la pared tras la cabeza de Evelyn.

—Oh, venga ya —dijo el padre de Erskine—. Esto no viene al caso. Mosley no es solamente un incurable y frívolo petimetre al que le encantan los clubes nocturnos, sino que además ama a los judíos. Durante mucho tiempo ha querido hacernos creer que había visto que los judíos tenían su sentido, pero era demasiado educado para salir y decirlo. Mi paciencia se ha agotado, y también mi credulidad. Creo que él sería feliz teniendo como adjunto a un judío.

—Atacar a los judíos en público crea problemas —dijo Aslet.

—No hay que atacarles, sólo hay que exponer los hechos —dijo Erskine.

—Por ejemplo: que la sangre judía es como una niebla negra que oscurece el conocimiento ario del poder mágico de las runas —dijo Berthold Mowinckel—. El cruce de razas es el problema.

—Bueno, no estoy muy seguro de lo de las runas, pero sí de que el cruce de razas es el problema, como confío en que explique mi hijo en su discurso mañana —dijo el padre de Erskine.

—Los peores son los aristócratas —terció Bruiseland—. Gastan todo su dinero en baratijas y en las carreras de caballos, sus casas empiezan a desmoronarse, así que se casan con alguna judía rica sólo por la dote. Y una vez que los judíos ponen sus garras en las familias nobles estamos todos acabados. Eso es precisamente lo que sucedió con el Imperio Romano.

—Si un judío le quita su virtud a una mujer, pero luego ella encuentra a un buen marido ario, sus hijos seguirán siendo judíos —dijo Kasimir Mowinckel.

—*Halt die Schnauze*^[16], Kasimir —dijo Berthold cuando Bruiseland miró a Evelyn con preocupación.

—Los fascistas son tan malos como tú, Madre —dijo Evelyn ignorando a Bruiseland—. Pasan todo el tiempo desaprobando los matrimonios de los demás.

—¡Evelyn!

—Sí, Evelyn tiene bastante razón, y creo que hay bastantes cosas más importantes por las que preocuparse —dijo Morton.

—Ustedes saben que una vez Bismark destacó lo bien que salían los hijos de judíos y de alemanes. Dijo que una yegua semita no era mala consorte para un semental alemán, y que estaría contento de que uno de sus hijos se casara con una judía. Nietzsche dijo lo mismo. A todo miembro de la aristocracia prusiana que sabe cómo obedecer y mandar, pero no tiene verdadera inteligencia, le prescribió una hija de Israel —dijo Erskine mientras examinaba su copa de vino.

—Oh, al diablo con Nietzsche —dijo Bruiseland.

—No parece ser uno de los predilectos de *Herr* Hitler —dijo Aslet.

—¿Cree realmente que Hitler ha leído lo que Nietzsche escribió sobre la raza? —preguntó Morton mientras Battle, el mayordomo, le servía la sopa—. ¿O Gobineau, o Wagner, o Chamberlain? Por supuesto que no. Es evidente que no ha leído más que un montón de panfletos baratos, a cuyos editores envió después a la cárcel.

—Nietzsche es indispensable —dijo Amadeo—. Nos muestra que el cristianismo no es más que un tumor del judaísmo.

—Tonterías —dijo Bruiseland.

Cuando Aslet se estiró por encima de su sopa para alcanzar la pimienta, uno de los botones de la camisa se le saltó y cayó en la sopa. Avergonzado, metió la mano y entonces sacudió los dedos con un grito de dolor.

—¡Es como aceite hirviendo!

—Oh, lo lamento, señor —dijo Battle—. Si me permite... —con calma, el mayordomo sumergió la mano en el líquido verde y buscó el botón. Cuando lo recuperó, lo puso en una servilleta y cogió el cuenco. Su mano tenía un color rojo intenso, pero él ni siquiera había pestañeado—. Me desharé de esto y le traeré otro plato de sopa, señor.

—¡Es un brujo! —chilló Mowinckel.

—Oh, no, no se alarme —dijo la madre de Erskine—. Así es Battle.

Battle había nacido con un extraño desorden neuropático llamado analgia congénita, que embotaba su sentido del dolor. De niño se había arrancado sin darse cuenta la punta de la lengua de un mordisco, y aun así apenas se le notaba al hablar. Resultaba especialmente útil en Claramore porque era inmune tanto a las intensas descargas eléctricas como a las de vapor híper caliente.

—¿En serio crees que la mejora de la raza no es importante, Morton? —preguntó Erskine.

—Por supuesto que es importante —dijo Bruiseland—. ¿Qué raza de ovejas, de

caballos o de pollos podría abandonarse, como ha sucedido con la raza humana, a un apareamiento promiscuo y aleatorio, sin que cayera en el caos?

—Morton, ¿has oído hablar de la familia Kerangal, de Bretaña? —preguntó Erskine—. Estaba en Saint-Brieve. Entre 1830 y 1890 se ve que dio siete asesinos y nueve prostitutas, y la mayoría del resto fueron ciegos o sordos.

—Sí, he oído hablar de ellos, y creo recordar que en ese tiempo también dio un pintor, un poeta, un arquitecto, una actriz y un músico.

—Pero Galton dice...

—Recuérdame lo que dijo ese tipo sobre la Familia Real —dijo Bruiseland.

—Demostró que no están más sanos que ninguno de nosotros, a pesar de que millones de personas rezan por ellos cada domingo, lo que es, mm..., extraño —dijo Erskine.

—Exacto. Ese tipo es un idiota —dijo Bruiseland.

—¿Es tan malo como Nietzsche? —preguntó Evelyn.

—Tan malo como Nietzsche, como Wagner, como Gobineau, como Chamberlain, como Ibsen, como Rodin, como Verlaine, como Mallarmé y como todos los demás — Bruiseland había aprendido todos estos nombres de su esposa—. Unos tarados y unos payasos.

—Wagner era un titán —dijo Kasimir Mowinckel.

—*Halt die Schnauze*^[17], Kasimir —dijo Berthold—. Aunque sí, era un titán.

—Pitt-Rivers decía: «Sólo los judíos nos librarán de los judíos» —intervino Erskine—. Lo que quería decir es que los judíos han preservado su pureza racial mejor que cualquier otra nación de la tierra, así que deberíamos aprender de ellos.

—Oh, por el amor de Dios, ¿qué es todo eso de la pureza racial? —dijo Morton—. Los británicos son mestizos, una parte nórdicos, una parte celta, una parte romana, una parte normanda. Todo el mundo lo sabe. Incluso Chamberlain dijo que no éramos tan buenos como los «puros arios» del norte helado.

Entonces, Millicent Bruiseland entró dando brincos en la sala. Tenía tantas pecas que Erskine se preguntó si se las habría robado a algún otro niño.

—Deberías estar en el cuarto de los niños, Millicent —dijo la madre de Erskine—. ¿Te has tomado ya el té? ¿Dónde está tu niñera?

—Soy mayor para el cuarto de los niños y, además, tengo que hablar urgentemente con su hijo.

La conversación continuó cuando Millicent fue hasta Erskine y le susurró:

—Señor Erskine, tengo una noticia de lo más impactante. Su amigo Morton me ha pedido que le dé esto a su hermana.

Entonces Millicent le entregó una nota arrugada, que evidentemente había sido escrita por un niño, que decía:

«querida señorita erskine, me gustaría tomar el té de la tarde con sus partes pudendas, atentamente, morton».

—Deshazte de esto inmediatamente, Millicent.

Millicent chasqueó la lengua y luego salió. Kasimir Mowinckel le pidió a su padre la sal y su padre le ignoró.

—Morton, esta tarde no has hecho otra cosa que criticar nuestros principios y burlarte de nuestras creencias —dijo el padre de Erskine más adelante—. ¿A cuento de qué te haces llamar fascista si no te interesa limpiar la raza?

—Es que, como he dicho, hay cosas más importantes por las que preocuparse. La democracia capitalista está acabada. Se está haciendo picadillo ella misma. Nos dicen que vivimos en un país libre, pero cualquier libertad que permite a un hombre que no tiene ni para comer ser dueño de un periódico o acudir a los tribunales no tiene sentido. Es pura decadencia. Hay que hacer algo, y tenemos dos opciones para renovar nuestra sociedad. Una es el comunismo, que es impío y de todos modos no funcionaría. La otra es el fascismo.

—¿Qué es exactamente lo que estás proponiendo? —preguntó el padre de Erskine.

—No quiero aburrir a nadie.

—Adelante, Morton.

—Bueno, seré breve. Toda la población adulta debería ser dividida de acuerdo con veinticuatro corporaciones: Agricultura, Química, Transportes, Banca y Seguros, y así sucesivamente.

—¿Habría una corporación para la música? —preguntó Evelyn.

—Me temo que no, querida, porque, para alivio de la mayor parte de los que estamos en esta mesa, la música de doce tonos no es una de las principales industrias de Gran Bretaña. Podrían colocarte en Profesionales o en Manufacturas Variadas. Por supuesto, habría una corporación de Mujeres Casadas. Ahora bien, por encima de todas habría una Corporación Nacional, formada por representantes de cada una de las corporaciones inferiores. Nadie volvería a ser elegido sobre la base de sus eslóganes, discursos o su buen aspecto, porque los hombres votarían a colegas de su mismo gremio, basándose enteramente en criterios de competencia. La Corporación Nacional llevaría el control de los beneficios, las horas de trabajo, las condiciones laborales y demás, y ajustaría el consumo a la producción mediante el control de los salarios. Sería el fin de la pobreza, el desempleo y la explotación.

—A mí me suena a socialismo judío —dijo Aslet.

—Ah, ¿los judíos son socialistas? —dijo Evelyn—. Es curioso, tenía entendido que eran todos economistas arrogantes. Debo de haber comprendido mal.

—Es lo mismo, simplemente la cabeza de la serpiente está en Moscú y la cola en Nueva York —dijo Berthold Mowinckel. Tenía los labios manchados de vino y esto le daba un aspecto vampiresco—. Todos son judíos y quieren poner a la Europa civilizada de rodillas, ¿qué más da cómo les llamemos? —Erskine oyó «poner a la Europa civilizada de mantilla», lo que sonaba bastante inofensivo.

—A los judíos les encanta tanto el dinero porque es abstracto, escurridizo y

carece de hogar, igual que ellos —dijo Amadeo—. Se sienten a gusto con el capitalismo de mercado porque toda su religión se basa en un contrato. Y también a causa del desierto. El ardiente sol y la clara luna le da alas al intelectualismo sin alma. Los sentidos y las emociones se atrofian y lo único que queda es el oro. De igual modo, en el desierto nunca sabes si tu rebaño de ovejas doblará su número o morirá de hambre o caerá enfermo, así que acabas obsesionado con adquirir de un modo ilimitado y con la producción y con la especulación. Tal cosa nunca podría suceder en una comunidad agraria asentada y decente.

—Ah, ¿los judíos son intelectuales sin alma? —dijo Evelyn—. Es curioso, tenía entendido que eran todos disolutos y estaban obsesionados con el sexo. Todo esto es demasiado complicado para mí.

—He de admitir que lo que propongo no es del todo distinto a lo que Roosevelt está haciendo —dijo Morton, intentando volver al tema—, pero es mucho más riguroso.

—Morton, me parece que simplemente quieres sustituir el Parlamento por algo peor todavía —dijo Bruiseland. A pesar de que estaba sentado inmediatamente a la izquierda de Morton, ésta era la primera vez que se había dirigido directamente al joven—. ¿Cuál es la finalidad del Parlamento, cuál ha sido siempre, si no impedir que el Gobierno gobierne? Poco a poco ha ido acabando con la monarquía, con la iglesia y, finalmente, incluso con los terratenientes. Y una vez ha acabado con todo lo que podía mantener al país en orden, nos ha dejado a merced de los judíos.

—Así se habla, Bruiseland —dijo Aslet.

Pero Bruiseland le ignoró.

—Una «Corporación Nacional» no mejoraría las cosas. Lo que necesitamos es un rey que no tenga miedo de hacer lo que hay que hacer.

—El fascismo no consiste en hacer como si viviéramos en la Albión medieval —repuso Morton.

—Joven, ¿pretendes decirme en qué consiste el fascismo? —añadió Bruiseland—. El fascismo no son corporaciones, ni ciencia, ni Gran Bretaña. Es algo mucho menos de moda que todo eso. Consiste en tradiciones inglesas consagradas. Consiste en la corona y la tierra. Trata de la sangre de la nobleza y la lealtad de los trabajadores. Trata de Jorge dando muerte al dragón.

—El fascismo es una guerra tan antigua como el mismo tiempo —dijo Berthold Mowinckel.

—Todo eso son tonterías —dijo Amadeo levantando la voz—. Ustedes son todos unos reaccionarios. En Italia, ¿ven ustedes alguna corona o tierra? O en Alemania, ¿alguna guerra tan antigua como el mismo tiempo? No. ¡El fascismo es algo moderno! El fascismo consiste en el triunfo de la máquina. El fascismo consiste en pistones y propulsores. Todo lo demás es impotencia. Estoy seguro de que estará usted de acuerdo conmigo, señor Erskine, usted que ha reconstruido esta maravillosa casa. Dígame, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar hasta poder ver un rascacielos

construido con el Palacio de Buckingham a sus pies y con la Catedral de San Pablo en su cúspide? ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar hasta que podamos enviar a Moscú tanques del tamaño de un granero?

—No quiero ofenderle, *signor* Amadeo, pero creo que ese tipo de tonterías son la mitad del problema —dijo Aslet mientras llegaba el venado—. Ferrocarriles, coches, teléfonos, cines... ¡Todo el mundo debe aprender a leer, todo el mundo debe ir de compras! Es demasiado. La inmensa mayoría de la humanidad está exhausta. La vida es ahora demasiado frenética para que nadie pueda apreciarlo. La sobreestimulación de los sentidos supone la degeneración de las masas.

—Es cierto —dijo Bruiseland, mirando de nuevo a Evelyn con cierto misterio.

—El que usa una máquina obtiene un corazón de acero —dijo Kasimir Mowinckel—. Occidente es hoy una turbina que funciona con sangre —entonces se oyó un fuerte «bang» y todo el mundo pegó un brinco en su asiento. Aterrorizado, Erskine miró a su padre. La cara de William Erskine estaba blanca y una mancha de color rojo oscuro le corría por el pecho. El tenedor se le cayó de la mano.

Tan sólo Amadeo parecía impertérrito.

—No hay suficientes explosiones en este país —dijo mientras sujetaba un reloj de bolsillo de plata—. Como pueden ver, en realidad no da la hora porque hay un pequeño mecanismo a modo de pistola en lugar de un reloj. Calibre de sólo dos milímetros. He oído que es muy popular entre los nazis, y muy útil cuando empiezo a encontrar una conversación aburrida o retrógrada.

Se produjo un largo silencio. Battle ayudó al padre de Erskine a limpiarse el vino que se había derramado sobre su camisa, luego fue a arrancar de la pared la diminuta bala con un abrenueces de metal.

La madre de Erskine dijo:

—He leído hoy en el periódico que ya puedes saber qué hora es a través del teléfono. La Oficina de Correos parece muy orgullosa de ello, pero debo decir que hace años que nosotros ya disponemos de eso en casa.

—¿En serio? —dijo Aslet.

El resto de la cena no tuvo éxito, especialmente cuando las mujeres se retiraron al final para dejar que los hombres bebieran oporto y fumaran unos puros en silencio. Erskine declinó la oferta de Kasimir Mowinckel de jugar una partida de ajedrez y se fue a la cama aliviado. Esperaba que Sinner estuviese ya dormido en el catre, pero no era así y, a pesar de que Erskine permaneció en la cama despierto durante casi tres horas, escuchando el suave traqueteo que hacía el enchufe defectuoso del rodapié, Sinner seguía sin subir. Erskine se preguntó si su madre le habría llevado la contraria a su padre y le habría buscado una cama junto a los criados, pero cuando se despertó a la mañana siguiente vio que Sinner estaba allí, dormido.

Permaneció de pie junto a Sinner durante unos minutos, observando su pecho subir y bajar, y se dio a sí mismo un instante de placer al recordar cómo Amadeo había descrito a los judíos: «abstractos, escurridizos y carentes de hogar». Sinner no

tenía a donde ir, por supuesto, cuando Erskine le encontró en el San Panteleimon, y el chico también era escurridizo, pero nunca había conocido a un ser humano menos abstracto. Se vistió y bajó. El desayuno no había sido servido todavía y en la casa reinaba una extraña calma, como antes de una fiesta sorpresa. Encontró al mayordomo en la entrada.

—¿Qué sucede, Battle?

—Tengo noticias muy inquietantes, señor. El señor Morton fue encontrado muerto esta mañana.

—¿Qué diablos quieres decir?

—El joven *Herr* Mowinckel descubrió su cuerpo en el estanque, señor. Parece ser que le dieron una paliza. La policía viene de camino.

Erskine caminó con rigidez hasta una silla y se sentó. Imaginó las páginas de la tercera edición de la *Gramática y Léxico del Pangaeano* arremolinándose alrededor del cuerpo de Morton, cubriendo sus ojos, deslizándose por su garganta. ¿Cómo había podido suceder esto? Muchos de los invitados a la cena probablemente habrían terminado por odiar a Morton, pero ninguno de ellos, a excepción de Amadeo tal vez, eran del tipo Mussolini; no asesinarían a uno de sus amigos fascistas por una discrepancia política. La pregunta más importante era: ¿por qué se había acostado Sinner tan tarde la noche anterior? ¿Dónde había estado? Entonces Erskine recordó lo que le había dicho a Sinner aquella tarde.

AGOSTO DE 1936

SOLO HABÍA DOS COSAS que Alex Godwin, el más joven de los criados de Claramore, desease de la vida, y ahorraba cada penique que podía de su mísero sueldo con la esperanza de que, algún día, fuera capaz de permitirse ambas. La primera era que Tara Southall, la criada de Evelyn, se convirtiera en su esposa y diera a luz a sus hijos. La segunda era un ataúd de seguridad conyugal de la mejor clase.

Como uno de los últimos diecinueve suscriptores restantes de *Reformistas del Entierro*, la revista trimestral de la Sociedad Londinense para la Prevención de los Enterramientos Prematuros, Godwin era un experto en la tecnología aplicada a la prudencia funeraria, y nada le era más repugnante que los *Leichenhausen* o «morgues de espera», que tan populares se hicieron en Alemania en el siglo XIX. Después de que el médico te declarase muerto, tú y otros treinta acompañantes permanecíais durante tres días sobre tablones de madera, dispuestos en filas como en los dormitorios de los colegios, todo decorado con flores para disimular el olor. Te anudaban unos cables a los dedos de las manos y de los pies, y esos cables iban luego a lo largo del techo por unos raíles hasta las levas de un armonio, de modo que si tus extremidades comenzaban a moverse, sonaría una nota y los encargados lo oirían. Cada noche, el encargado estaba obligado a tocar un breve vals con el armonio para comprobar que todas las lengüetas funcionaban. El público podía entrar y ver el depósito de cadáveres a cambio de una pequeña con-tribución.

Quizás aquello funcionase en Alemania o en Francia, pensaba Godwin, pero no en Inglaterra. Si un hombre no era lo suficientemente responsable por sí mismo como para asegurarse de que no le enterrasen accidentalmente vivo, ¿por qué debería esperar que el Estado lo hiciese por él? Eso era un socialismo de lo más infantil. Godwin sabía cuidar de sí y, consecuentemente, tenía previsto invertir en un ataúd de seguridad de confianza.

Antes de conocer a Tara, le habría bastado con uno de los modelos habituales. Estos venían con un tubo de aire hasta la superficie, un frasco con agua y una cuerda de la que podías tirar para lanzar un dispositivo pirotécnico desde la lápida. De sobra para un soltero, pero ¿y si, después de que Tara accediera por fin a casarse con él, los dos sufrían la misma dolencia cataléptica y les enterraban a la vez? ¡Qué cruel resultaría si, separados tan solo por unos centímetros de roble y tierra, no pudieran abrazarse mientras esperaban a ser rescatados!

La solución, obviamente, pasaba por dos cámaras adyacentes con una pared común abatible. A menudo pensaba en el feliz rato que podrían pasar allí juntos, quizás incluso escogiendo no lanzar el dispositivo enseguida. Y en el terrible caso de que Tara estuviese realmente muerta, pero él no, entonces, por lo menos tendría la

oportunidad de despedirse debidamente. Esto parecía una solución de lo más obvia, pero aun así, en los 144 años que habían pasado desde que el Duque Ferdinand de Brunswick inventara el ataúd de seguridad, nadie había publicado un boceto para un modelo conyugal, así que Godwin tendría que diseñarlo y construirlo él mismo con un gran coste. Pero merecería la pena, pues no había dolor más grande que el de la separación; un principio que le vino a la cabeza mientras permanecía de pie, a oscuras, en el pasillo junto a la cocina de los sirvientes, observando a través de la rendija de la puerta cómo Tara le servía a Sinner un plato de riñones con champiñones.

—La señorita Evelyn dice que no eres realmente un ayuda de cámara —dijo Tara.

—Ah, ¿sí? —dijo Sinner.

—No necesito que nadie me lo diga, campeón.

—¿Qué estoy haciendo mal?

—Que ¿qué estás haciendo mal? —A Godwin le encantaba la manera en que Tara apretaba sus grandes ojos con fuerza cuando se reía, como si una luz brillante la hubiese cegado por un instante—. Te diré una cosa: la próxima vez que tenga unos días de vacaciones, me sentaré y te haré una lista.

Entonces Millicent Bruiseland entró corriendo en la cocina por la otra puerta.

—¿Actuará en mi obra, señor Roach?

Trató de pasarle un fajo de páginas escritas a máquina a Sinner, pero Tara se lo quitó de las manos.

—Veamos —dijo Tara, y empezó a leer.

Entran el Sr. Bruiseland y la Srta. Erskine.

SRTA. ERSKINE: Tiene usted el frenillo más exquisito que he visto en mi vida.

SR. BRUISELAND: Es usted demasiado amable, señora.

Se unen salvajemente, luego toman té.

SRTA. ERSKINE: Hace un bonito día para ser violada.

SR. BRUISELAND: ¿Puedo metérsela en la oreja la próxima vez?

—¡Oh, madre de Dios, Milly! —dijo Tara, tirando el libreto—. Se acabaron estas cosas. Vas a escandalizar a nuestro invitado.

—No me escandalizo fácilmente, querida —dijo Sinner, demasiado seguro de sí mismo por primera vez aquella tarde.

—¿Lo sabe usted todo sobre el sexo, señor Roach? —preguntó Millicent.

—Sé un poco del tema.

—¿Qué es lo más desagradable que ha hecho?

—¿Seguro que quieres oírlo?

—No soy vergonzosa, señor Roach.

Antes de que Tara pudiera detenerle, Sinner se inclinó y le susurró algo a Millicent al oído.

—No me sorprende para nada —contestó la niña de doce años—. Eso es lo que el doctor Karjalainen me dijo que la gente anticuada solía hacer antes de que tuvieran imaginación para... —y entonces le susurró algo a Sinner.

Los ojos de Sinner se abrieron.

—¡Ningún capullo ha hecho eso jamás!

—No la escuches, muchacho. No entiende una sola palabra. Ahora, esfúmate Milly, para que Sinner pueda tomarse su té en paz.

—¡No! —chilló Millicent.

Entonces Godwin estornudó. Tara levantó la vista. Él intentó disimular entrando directamente en la cocina, haciendo como si viniera de camino en lugar de estar escondido fuera, pero Tara se marchó enseguida por la otra puerta maldiciendo para sus adentros. Tuvo que pasar junto a Battle, que había venido buscando a Godwin.

En cuanto vio a Battle, Millicent agarró un tenedor de trinchar del aparador y comenzó a clavárselo en las nalgas, tatareando una melodía mientras lo hacía.

—Por favor no haga eso, señorita Bruiseland... —dijo Battle, preocupado por sus pantalones. Battle le estaba dando instrucciones a Godwin; Millicent, reacia a dejar el tenedor, probó a pinchar a Sinner en el hombro.

—Cuidado, niña —dijo Godwin—. El chico no es como Battle. Le vas a hacer daño.

—No me hacen daño con mucha facilidad, amigo —dijo Sinner, demasiado seguro de sí mismo por segunda vez aquella tarde.

—¿No, señor Roach? —preguntó Millicent.

—Solía ser mi profesión que no me hicieran daño.

—¡Oh! ¿Podemos jugar a un juego?

De modo que, tras unos minutos de persuasión, Sinner y Battle estaban de pie, juntos, dándole la espalda al aparador sobre el que estaba de pie la propia Millicent, que sujetaba una pesada sartén de cobre con las dos manos.

—¿Preparado, Battle?

—Sí, señorita.

Millicent golpeó a Battle con la sartén en la nuca tan fuerte como pudo. Se oyó un fuerte «clang», pero Battle apenas dobló ligeramente las rodillas y tosió.

—¿Preparado, señor Roach?

Sinner llegó a la conclusión de que la niña era todavía más enclenque de lo que parecía, así que se metió las manos en los bolsillos y no se preocupó de prepararse.

—Muy bien.

Millicent golpeó.

Cuando se despertó, Sinner se encontró a sí mismo tumbado sobre el aparador con una toalla húmeda y fría enrollada a su dolorida cabeza. En la cocina estaba sentada Tara y su señora.

—Y que nadie diga una sola palabra durante el resto de la cena —dijo Evelyn—. Son todos tan críos. Ni siquiera hemos llegado a los discursos aún; si no se declara la guerra mundial antes del viernes, habremos tenido mucha suerte. Oh, mira, el joven boxeador se ha despertado. Espero que no esté demasiado incómodo, pero no estábamos seguros de qué hacer con usted después de su *mazzatello*^[18]. Ahora, Sinner, como dice Tara que le gusta que le llamen, debe prometerme que no hará caso a nada de lo que esa horrible niña vuelva a decirle.

—Creo que podría haberme golpeado usted misma.

—Sí, pero tenía que encargarme de algo.

—Ese criado...

—Oh, los criados son incapaces de sentir nada.

—Será mejor que me retire, señora —dijo Tara—. Debe de quedar aún bastante por hacer en el piso de arriba.

—Muy bien, Tara, te veré por la mañana —Evelyn le dio a Tara un beso de buenas noches en la mejilla y luego Tara se fue.

—Tiene mucha confianza y es usted muy amable con su chica —dijo Sinner.

—Sí, y sé, por cómo ha levantado ligeramente la ceja, lo que intenta decir. No es para nada eso. Somos buenas amigas. La conozco desde que las dos éramos muy jóvenes y es la única persona con algo de sentido común en esta casa. Me dice cuando estoy siendo una tonta y cuando estoy siendo cobarde. No puedo decirle cuánto deseo llevármela a Londres para que no tenga que volver a ver a ese gusano asqueroso jamás.

—¿A quién? Hay muchos gusanos por aquí.

—Godwin. El criado. Ha estado babeando tras ella desde que llegó aquí. A veces ella se lo encuentra por las noches de pie junto a la puerta de su dormitorio. Mi padre una vez le cogió intimidándola en la biblioteca; por supuesto, se llevó una impresión equivocada, y ahora cree que mantienen un romance en secreto cuando, de hecho, ella no soporta estar a su lado. Aunque, en realidad, no puedo decirle esto a Tara, una vez tuve una conversación fascinante con él. ¿Sabe usted algo de las morgues de espera?

Sinner negó con la cabeza, así que Evelyn se lo explicó.

—Y, por supuesto, se supone que el armonio sólo toca una nota si alguien se despierta y mueve los dedos —terminó—. Pero Godwin dice que un cadáver sigue hinchándose y endureciéndose durante días, así que los cables se tensan una y otra vez, y el armonio suena prácticamente durante todo el tiempo. ¿Puede imaginarse la música? Una disonancia tan sobrenatural. Me encantaría ir allí y transcribirla. Godwin dice que se forman gases en el estómago del cadáver y, a veces, cuando los

gases escapan por la boca, el cadáver deja escapar un quejido como si estuviera cantando. Como un *lied* de Webern sobre la putrefacción. He intentado escribir cómo creo que podría sonar, pero no sé... ¿Por qué no se lo toco?

Hubo un tiempo en el que había un viejo piano vertical en el comedor de los sirvientes para cantar villancicos en Navidad, pero poco después de que William Erskine comprase el cerebro de metal, lo sustituyó por un Ondas Martenot que nadie sabía tocar, así que Evelyn y Sinner tuvieron que subir al piso de arriba hasta la sala de estar. Cuanto más veía la casa, rebosante como estaba de antigüedades, baratijas y borlas, no muy distinta a la del rabino Berg, pero de algún modo carente de aquella intimidad, mejor comprendía Sinner por qué Erskine mantenía su piso tan vacío.

Evelyn se sentó y tocó durante unos minutos, y entonces dijo:

—¿Qué opinas?

—No eres muy buena al piano —contestó Sinner, quien estaba sentado en el suelo junto a ella.

—Se supone que tiene que sonar así. ¿No te ha gustado? Es una lástima, Brecht insiste en que a las clases trabajadoras les encantan las vanguardias —dijo medio en serio—. La tocaré de nuevo.

Lo hizo.

—Suenan mal.

—¡Suenan mal! ¡Eso es precisamente!, por decirlo de alguna manera. Verás, todo el mundo dice que la atonalidad es una perversión. Se supone que la música serial es subversiva, siniestra y extranjera. Todos esos idiotas piensan que el sistema tonal va a misa, así que si lo dejas de lado es que estás loco o eres malo, y tienen razón cuando dicen que los tonos llevan a las triadas, y las triadas llevan a la tonalidad, pero el sentido de la vida es resistirte a dejarte llevar; tú debes de saber eso mejor que yo —tocó unos compases más—. Schoenberg dice que «lo que distingue la disonancia de la consonancia no es un mayor o menor grado de belleza, sino un mayor o menor grado de comprensión». Pero se equivoca. Beethoven no es más fácil de comprender que Berg. No se trata de belleza o comprensión, se trata de la vida. La disonancia es el sonido de la vida en el siglo XX.

—De la lucha —se atrevió a decir Sinner.

Cuando Pearl o Erskine habían intentado instruirle se había aburrido e irritado, pero mientras Evelyn continuaba hablando, se encontró a sí mismo pensando en todas aquellas veces en el pasado en las que se sentaba a escuchar a Anna mientras ella le enseñaba algo: hacer punto, jugar a la rayuela, cascar un huevo sin que te dejara los dedos pegajosos. Nunca fue un buen alumno, y no tenía nada que enseñarle a ella a cambio; le gustaba que le contase historias, pero ella no era lo suficientemente mayor para oír la mayoría de las que él sabía.

—Buen intento, pero no, no es tan sencillo como eso; las guerras son rotundas como las montañas. Muy tonales. ¡Se trata del terror en tiempos de paz! Todas esas mentiras e ilusiones del capitalismo, sus hipocresías y prohibiciones, sus rechazos y

analgésicos. La gente tiene miedo de la música disonante porque reconocen en ella, muy en el fondo, la verdad de sus propias circunstancias. No es que no la entiendan; la entienden demasiado bien. La música disonante es honesta, mientras que la música tonal nos ofrece una especie de estúpida unidad superficial a costa de aniquilar toda resistencia. Cuando entiendes eso, te das cuenta de que la consonancia es mucho peor que la disonancia porque la consonancia es el sonido de la maldita tiranía.

Sinner se quedó mirándola sin acabar de comprender. Ella sonrió.

—No sé por qué te estoy contando todo esto. Nunca tengo a nadie con quien hablar de ello ahora que Alistair Thurlow se ha ido al extranjero —Sinner recordó la confesión similar que le había hecho Philip Erskine hacía pocas semanas—. Averigüé que hay un hombre llamado Ronald Slater en la BBC que es «receptivo a la música moderna», así que le envié un paquete con algunas partituras. Pensé que al menos podría escribirme una carta, pero unos seis meses después me las devolvieron con una tarjeta impresa que decía que eran «inapropiadas». Era obvio que ni siquiera lo habían abierto. Me hizo sentir bastante patética. Será más fácil cuando esté todo el tiempo en Londres y pueda conocer a la gente adecuada.

—¿Cuánto falta para eso?

—Morton y yo vamos a casarnos en primavera.

—Tu hermano piensa que ese tipo es un poco tonto del culo.

—Sí, bueno, Morton se sobrepasó muchísimo con él en Cambridge. Pero yo misma era también muy zorra cuando iba a la escuela. En realidad, no es tan malo.

—¿No es tan malo?

—No. Me sorprendió bastante anoche en la cena —cerró la tapa del piano y luego volvió a abrirla—. ¿Te refieres a por qué voy casarme con él si eso es lo mejor que puedo decir de él?

Sinner se encogió de hombros.

—Siempre que voy a Londres me quedo en casa de Caroline, que es mi mejor amiga desde que íbamos al colegio —dijo Evelyn—. Sus padres viven en Kensington, pero ahora que ella va a casarse con un tipo escocés estupendo se van a Edimburgo, así que no tendré donde quedarme a menos que lo haga con mi hermano, y ahora que él te tiene a ti me sentiría fatal si estropease... ya sabes. Así que me quedaría aquí atrapada todo el tiempo, y aquí no puedo componer nada. Puedo practicar, pero no puedo componer. Necesito estar en la ciudad. Necesito el ruido, la mugre y la confusión. Londres es tan inescrutable, y hay algo tan erótico en lo inescrutable ¿verdad? En el campo no sirvo para nada. Si me caso con Morton podré vivir en Londres el resto de mi vida, mi padre no podrá seguir amenazándome con su testamento y, lo que es más, Morton, a pesar de ser un estirado fascista, siempre cena con gente de lo más interesante. Sé que me dejará hacer lo que yo quiera y podré tener un montón de gloriosas aventuras amorosas y demás. Además es guapo, aunque ni de cerca tan guapo como tú, a tu manera. La alternativa es volverme loca aquí sentada en Claramore hasta que conozca al hijo de algún carcamal después de alguna

cacería y acabar viviendo así, casada con alguien como Padre o, peor aún, como Philip. Ya sé que se supone que uno debería casarse por amor, pero ésa no es una opción muy realista cuando eres... —se dio cuenta de que estaba a punto de echarse a llorar y no pudo contenerse. Después de un rato, levantó la vista hacia Sinner esperando que él intentase consolarla, pero él no se movió. Ella sollozó—. ¿No vas a decir algo al menos? Un amigo de Caroline me dijo una vez que los homosexuales son unos confidentes maravillosos, pero la verdad es que no veo que seas muy maravilloso.

—Lo siento —dijo Sinner.

Entonces Evelyn le cogió la mano y tiró de él hacia ella, poniendo su boca sobre la suya.

Sinner estaba sorprendido, pero pensó que bien podía hacer lo que ella quería; seguía sintiendo un extraño cariño hacia esta chica. Podía notar el sabor del vino en su aliento y sentir las lágrimas en sus mejillas. Al igual que la fruta podrida, los cuerpos de las mujeres eran suaves, y cedían con suma facilidad.

—Por favor... —dijo ella, mirándole a los ojos, y se levantó el dobladillo del vestido. Él tuvo la sensación de que ella no había sabido que quería eso ni siquiera un minuto antes, pero ahora que lo sabía, era incapaz de esperar un minuto más.

Ella estaba sentada en la banqueta del piano, lo rodeó con sus brazos y él la cogió y la puso torpemente sobre el propio piano. Mientras él se bajaba la bragueta, ella se bajó las bragas hasta los tobillos y abrió sus temblorosas piernas sin dejar de besarle, como si estuviese intentando arrebatarle un chicle en la boca.

(En ese momento Leonard Bruiseland pasaba por delante de la sala de estar. Se preguntó quién podría ser tan desconsiderado como para ponerse a tocar el piano cuando casi todo el mundo se había acostado ya, y luego se dio cuenta por los acordes sordos y feos que no podía ser otra que Evelyn. Estaba ya a punto de entrar y reprochárselo cuando llegó a la brillante conclusión de que, al menos, mientras tocase el piano, no podría estar por ahí fornicando).

Sinner la penetró bruscamente y ella soltó un grito ahogado y le mordió el labio. La postura no era muy apropiada y él tenía que sostenerse torpemente sobre la punta de sus pies, sintiéndose un poco como si estuviera haciendo algún tipo de ejercicio especial en el gimnasio de Frink, consciente del cielo violáceo sobre el que reinaba la luna en el exterior y del frío tacto de la madera del piano sobre sus antebrazos.

—¿Vas a...? Sabes que no tienes que... Ahora no.

Evelyn susurró insegura, pero Sinner sabía que no había peligro en aquello, así que se dejó ir; intentando ser cariñoso, pero pensando en algunos de sus chicos preferidos del Caravan, para mantenerse dura, hasta que Evelyn tuvo lo que ella tomó equivocadamente por un orgasmo, y se dejó caer en sus brazos. Se estremeció de nuevo cuando él se retiró y una gota de sangre le persiguió por su muslo. Él la bajó hasta la alfombra donde ella se echó de lado jadeando; él se sentó tras ella. La cosa no había durado más de tres o cuatro minutos.

—¿Habías estado antes con una mujer? —preguntó ella tras un largo rato.

—Sí.

—¿Cuántas veces?

—Unas pocas.

—¿Lo odias?

—No.

—Me alegro. Sabes, en general, es una suerte que seas como eres. Imagina que te dedicaras a ir detrás de las esposas ajenas. Piensa en los celosos maridos. Legiones de ellos. Te habrían matado a tiros una docena de veces a estas alturas —ella le dio un golpe en la mano—. Bueno, pues ya está. Ahora al menos tengo un buen secreto para mi querido prometido. Nunca me tendrá por completo, e incluso si no tengo todas esas aventuras gloriosas, puedo decir que perdí mi virginidad con un boxeador judío malhablado en una casa de campo sobre un piano. Fantástico. Y de acuerdo con ese zoquete alemán, todos mis hijos serán judíos —se echó a reír, pero él no, así que ella levantó la mirada y le dijo—: Oh, vamos, ¿no te aburre estar siempre tan hosco y serio? ¿Ni siquiera sonríes? Apuesto a que desearías poder hacerlo. Apuesto a que lo harías si supieras que no hay nadie mirándote. Quiero decir, ya sé que se me da muy bien parecer despreocupada e irónica y todo eso, pero no quiere decir que no tenga el más mínimo... —como él siguió sin contestar nada, ella frunció el ceño—. Por el amor de Dios, dime algo, en lugar de quedarte ahí murmurando o encogiéndote de hombros todo el tiempo. Dime algo que te importe. Por una vez. Por favor, ¿o es que eres incapaz?

Hubo otro largo silencio y entonces Sinner dijo con suavidad:

—No quiero que ese cretino se quede con mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir?

—Tu hermano.

—¿Qué pasa con tu cuerpo?

—Se lo vendí a él.

—¿A Philip?

—Le pertenezco. Para siempre. Para sus experimentos y todo lo demás. Hice un trato.

—Dios mío, pensaba que estabas con él porque...

—Me importa un carajo lo que haga conmigo ahora. Pero después...

—¿Después?

—Después de que me muera. Él va a guardarme. Probablemente quiera medir mis huesos o algo. Como en ese cuadro suyo que tiene colgado. No quiero eso. Prefiero que me entierren vivo como una babosa.

—¿Quieres un entierro judío?

—Me importa un carajo un funeral en yiddish. Simplemente no quiero que me tenga para siempre. Quiero que me entierren en un agujero sin nombre, de manera que no pueda encontrarme nunca. Podría escaparme ahora, pero si acabo en un

agujero con un nombre entonces me encontrará y me desenterrará. Cogerá lo que le pertenece —entonces Sinner se puso de pie—. Necesito un trago.

—No, por favor. Necesito ir a lavarme, pero es demasiado deprimente pensar en ti emborrachándote solo.

—¿Y con quién coño voy a emborracharme por aquí?

—Siempre queda Casper Bruiseland —dijo Evelyn.

Ella lo sugirió a modo de broma, pero él dijo:

—¿Tendrá bebida?

—Siempre tiene.

—¿Dónde está?

—Encerrado arriba.

Pero cuando Sinner llegó hasta la puerta del observatorio, que el padre de Erskine había instalado en lo más alto del ala este en 1914, la encontró entreabierta. Dentro estaban Millicent Bruiseland, sobre el sofá, y dos cosas brillantes, pálidas y sin vida, de aspecto satinado, una de las cuales era una bata de seda que contenía la otra.

—Hola, Sinner —dijo Millicent.

—Tú eres el chico de Erskine —dijo la cosa brillante, pálida y sin vida de color rosa que no era una bata—. Te he visto llegar.

—¿Quién eres tú? —dijo Sinner.

—¿No te han hablado de mí? Soy el monstruo del ático.

—A Casper no le dejan bajar —dijo Millicent—. Padre dice que tiene una enfermedad crónica. Battle tiene que traerle todas las comidas. No es muy agradable para él.

—Sí, mi padre siempre se siente obligado a traerme junto al resto de la familia, aunque por suerte esta vez se ha molestado en buscarme una habitación con lavabo. Aun así, me alegro de poder decir que mi querida Millie siempre se ha portado muy bien con su hermano. Ella me hace los recados —dijo Casper, levantado una botella marrón y gorda con la etiqueta escrita en polaco.

—¿Eso es alcohol?

—Veo que vas directo al grano. Sí, así es. ¿Quieres un poco? Tengo mucho.

Sinner se sentó en un sillón y cogió la botella de Casper, que abrió otra para él.

—Cuidado con eso. Es aguamiel polaco. Muy fuerte. No es de lo mejor de la casa, pero sólo le pido a Millie que robe lo que nadie se bebería, de otro modo Battle podría notarlo. Antes de que te des cuenta estarás por los suelos.

—No acabo por los suelos fácilmente —dijo Sinner, demasiado seguro de sí mismo por tercera vez aquella noche—. Y mi padre es polaco.

—Ah, ¿en serio?, Bien, entonces, *na zdrowie!*

Los dos bebieron.

—¿Has estado alguna vez en el Caravan? —dijo Sinner con la voz ronca, y se limpió la boca. Se las había arreglado para no vomitar, pero ahora sentía como si su nuez estuviese a punto de salir de su cuello y echar a rodar escaleras abajo.

—No me tortures. He oído tantas cosas de ese sitio.

—Se te daría bien.

Aunque no con Sinner, que odiaba a los de su estilo.

—Ojalá. Tú, por otro lado, podrías buscarte algo mucho mejor que mi primo —dijo Casper—. Tú eres una visión divina y él no es más que un bicho. Yo mismo intenté besarle una vez; una lástima, pensé que le vendría bien, pero no se dio cuenta, o al menos, fingió no darse cuenta. Evelyn y yo siempre hemos estado de acuerdo en que su hermano sería plenamente feliz si pudiera admitir ante sí mismo lo que el resto de nosotros ya sabemos, pero tiene tan poco carácter. De hecho, me asombra que haya tenido el valor de traerte aquí. Me asombra y me alegra. Estoy seguro de que hasta yo haría progresos contigo, pero me temo que desde hace algún tiempo apenas tengo fuerzas para ello...

Casper siguió divagando con su tono húmedo y oscuro. Alrededor de una hora más tarde, Sinner terminó su botella. Levantó la vista. Millie se había marchado en algún momento, pero Casper no había dejado de hablar:

—... y por supuesto estaban a punto de legalizar la sodomía en Alemania si no llega a ser por el estúpido crack de la bolsa.

Sinner se dejó caer del sillón y se arrastró a gatas hasta la puerta. Hacía siete u ocho meses que no había bebido nada más fuerte que la cerveza de segunda categoría de Erskine, y se sentía de nuevo como un chiquillo.

—Oh, ¿te marchas? —dijo Casper—. Bueno, ha sido todo un placer conocerte. Saluda a Philip de mi parte.

—¿En serio... en serio te tienen aquí encerrado porque bebes demasiado? —dijo Sinner, arrastrando las palabras.

—¿Porque bebo demasiado? Dios, no. Como puedes ver, querido, no tengo problemas para aguantar el alcohol. He cenado con todas las sociedades de bebedores de Oxford. Uno aprende.

—Entonces, ¿por qué?

—Me cogieron pajeando a jornaleros. Padre dijo que era esto o el sanatorio.

Sinner bajó las escaleras tambaleándose. Recordó que se suponía que él tenía que dormir en el cuarto de Erskine, pero no quería ir allí, así que decidió buscar algún lugar donde pudiera quedarse sin sentido a salvo hasta por la mañana sin que nadie le encontrara. Puertas, cuadros al óleo, paraguas, lámparas y libros pasaban ante él dando vueltas a increíble velocidad; la luz de la luna se colaba en extraños ángulos y su sombra parecía ladrar tras él como un perro.

Al rato, se encontró a sí mismo vomitando en una especie de complicada jaula de metal. Siguió con su vómito en el interior y se hizo un ovillo. Había pinchos que se le clavaban en las costillas y en las espinillas. Se quedó dormido; pero no habían pasado más de diez minutos cuando unas luces y voces le despertaron. Tenía la cabeza mucho más despejada ahora que había vaciado el estómago. Intentó no hacer ningún ruido, preguntándose dónde estaría. ¿En el interior de una máquina de tortura?

¿Un piano experimental? ¿Un ataúd de seguridad muy avanzado? ¿Un modelo mecánico del útero de Evelyn Erskine? No podía ver el exterior.

—¿No podemos dejar esto para mañana? —dijo la primera voz—. Me encuentro muy cansado y estoy seguro de que habrá tiempo para una charla entre los discursos.

—Me temo que la privacidad es de suma importancia para esta conversación —dijo la segunda voz—. Por eso hemos tenido que esperar a que todo el mundo se acostase. Sírvete una copa y siéntate.

—Diría que hay algo que huele un poco raro.

—Yo no huelo nada.

—Creo que viene de la máquina de calcular del señor Erskine.

—Por favor, siéntate y presta atención, Morton.

—Disculpe.

—Bien. Ahora iré directo al grano. Confío en que estés familiarizado con los Protocolos de los Sabios de Sión.

—Ligeramente.

—¿Crees en ellos?

—Por supuesto que no. Como cualquier colegial sabe, han sido desacreditados por completo. Están copiados de un texto satírico del siglo diecinueve sobre Napoleón. ¿No pretenderá decirme que usted piensa diferente?

—Creo que poseen el anillo de la verdad, y creo que es muy fácil sniff snarg snarg groag sniff falsear las pruebas para decir que es un plagio. Pero no me corresponde a mí decidirlo. La cuestión es que han enseñado a la gente a burlarse de ellos. Ya no nos sirven.

—¿Nos?

—Al fascismo.

—De entrada, no estoy seguro de que le fueran de mucha utilidad al fascismo.

—Quizás no a los de tu clase, pero para aquellos de nosotros que no nos acostamos con judíos...

—Señor, yo...

—... una vez fueron una manera muy útil de inculcar algo de sentido común a la gente —Sinner olió a puro—. Así que: ¿qué podemos usar en su lugar? Esa es la pregunta que Erskine y yo nos hicimos hace varios meses. Concluimos que con unas pocas artimañas, no mayores que las que los propios judíos emplean cada vez que van a comprar verdura al mercado, podríamos conseguir algo imponente. ¿Has oído hablar de *El Centinela Judío*?

—Sí, estoy al tanto.

—Eso pensaba. La idea, como comprenderás, era propagar unos pocos secretos que los judíos nunca propagarían por sí mismos, y hacerlo de manera que la gente no tuviera motivo para dudar de lo que leyera. Propaganda con un fondo honorable. Muy efectiva. Ahora bien, publicar un periódico no es barato, especialmente si se tiene que hacer en secreto en gran parte, pero Erskine y yo pensábamos que el dinero no debía

ser impedimento cuando el futuro del Imperio Británico está en juego. Así que sacamos muy contentos nuestras chequeras.

—¿Quiere decir que usted y Erskine lo financiaban todo?

—No te hagas el tonto conmigo, Morton. Como tú debes saber, no tuvimos otra opción que involucrar a uno o dos estúpidos de la banda de Mosley. Erskine y yo no vamos a Londres con mucha frecuencia y ellos saben cómo tantear el terreno, pero yo siempre supe que sería nuestra perdición. Esos malditos Camisas Negras... preferiría confiarle mis secretos a una niña de seis años. Así es como, durante los últimos meses, Erskine y yo hemos estado recibiendo cartas de lo más despreciable. Todas anónimas. Las primeras estaban llenas de siniestras insinuaciones, pero ahora nos han amenazado con descubrirlo todo si no entregamos dinero a cambio.

—¿Chantaje?

—Sí, muchacho, chantaje. Eso es lo que es. Nada menos. Me alegro que te des cuenta. A Erskine y a mí, normalmente, no nos importaría una mierda si saliera en los periódicos que hemos estado pagando *El Centinela Judío*, seríamos unos héroes para cualquier fascista del mundo. Hitler probablemente nos daría una medalla. Si fuéramos hombres vanidosos estaríamos suplicándole a este chantajista que fuera a *The Times*. Pero la cuestión es que todo ello supondría un retroceso para la causa. Y es que no sólo perderíamos influencia —muy pronto, escucha lo que te digo, el Parlamento intentará llevarnos a la guerra contra Alemania, así que necesitaremos nuestra influencia más que nunca—, sino que todo nuestro trabajo en *El Centinela Judío* se echaría a perder antes de dar sus frutos. No podemos dejar que eso suceda, pero tampoco queremos ceder ante un delincuente de tres al cuarto. Así que no pagaremos ni un penique. ¿Qué me dices a eso?

—Me parece bien. Creo que debería ir a la policía.

—No me insultes, Morton. Sabes perfectamente que no podemos acudir a la policía. Empezarían a meter las narices en todas partes. Un asunto tan desagradable como éste tiene que resolverse de hombre a hombre.

Hubo una pausa.

—No estará sugiriendo que... —comenzó a decir Morton.

—Te he estado observando, muchacho. Eres culpable hasta la médula. Tú no eres un verdadero fascista, sólo eres un maldito oportunista.

—Oh, por favor, seamos serios. ¿Sabe el señor Erskine que está haciendo todas estas acusaciones?

—Desde que decidiste casarte con su hija ha tenido que fingir que eres un tipo decente, y lleva tanto tiempo fingiendo que ya no sabe distinguir. No me escucharía si se lo dijera. Pero ahora vas a venir conmigo y a confesar ante sus narices. Luego romperás el compromiso que, por otro lado, juega en tu propio beneficio; entiendo que no te darías cuenta de lo que tienes delante hasta la noche de bodas, y nos compensarás de algún modo a Erskine y a mí. Entonces espero que te cuelgues o te vayas a vivir con los malditos extranjeros para el resto de tu vida.

—Señor Bruiseland, lo lamento, pero esto es completamente absurdo. No tenía la menor idea de que usted y el señor Erskine tuvieran nada que ver con ese sucedáneo de periódico. De hecho, tenía mejor opinión de ambos.

—Admítelo, y podemos dar esto por zanjado.

—Sería más sensato si pudiéramos hablar de esto con el señor Erskine.

—Estás atrapado, chico. No te pongas en evidencia.

—Quizá deberíamos simplemente irnos a la cama y por la mañana podemos...

—Ah, vosotros los Camisas Negras sois escoria. Sois tan malos como los judíos. Ni siquiera sé por qué me he molestado en darte la oportunidad de comportarte como un arg barg sniff sniff sniff caballero. Ven aquí.

—¡Señor Bruiseland, por el amor de Dios! —chilló Morton; y entonces, por un instante, Sinner se encontró mirando directamente a los aterrorizados ojos de Morton a través de un hueco de la máquina cuando la cara de Morton fue aplastada contra el lateral del cerebro de metal. Morton pareció reconocerle, pero entonces Bruiseland le agarró por el pelo, apartándole de su vista y todo el metal alrededor de Sinner retumbó golpe tras golpe. Gotitas de sangre empezaron a extenderse por todo el engranaje como un maléfico lubricante. Hubo un último ruido sordo cuando Bruiseland dejó caer el cuerpo de Morton sobre la alfombra de la biblioteca, y después de eso, lo único que Sinner pudo oír fue la respiración flemosa del anciano. Podía oler a sangre y a tabaco, y aquello le recordó el Premierland.

Durante el asesinato, Sinner había estado demasiado perplejo como para intervenir. Ahora estaba considerando enfrentarse a Bruiseland, pero el problema era que todavía iba tan borracho que no era del todo imposible que Bruiseland le diera lo suyo con la barra de la cortina; y tampoco le haría ningún bien a Sinner o a Morton si le descubrían dándole una paliza a uno de los invitados. Además, en cualquier caso, Erskine le había dicho que Morton era un tonto del culo, y Evelyn en realidad no lo había negado, así que quizás Bruiseland estaba en lo cierto, a pesar de que se había vuelto loco llegando tan lejos como había hecho. Frink habría sabido qué hacer, pero Sinner no. De modo que se quedó donde estaba, escuchando a Bruiseland gruñir mientras arrastraba por la pierna el cuerpo de Morton fuera de la biblioteca. Sintió una corriente de aire fresco, y poco después se oyó un débil chapuzón proveniente del exterior de la casa seguido de algunos graznidos. Cuando se hizo evidente que Bruiseland no iba a volver para limpiar la sangre que había y ni siquiera a apagar las luces de la sala, Sinner salió del cerebro de metal, estiró las piernas que tenía con hormigueos, y subió tambaleándose hasta la habitación de Erskine.

EVELYN ENTRÓ EN EL SALÓN mientras Erskine todavía se encontraba sentado en la silla. Pegó un salto.

—Supongo que estarás contento —dijo ella.

—Oh, no, Evelyn, por favor no digas eso. No le desearía lo sucedido ni a mi peor enemigo. Y por supuesto, no al prometido de mi hermana —en realidad, había deseado que a Morton le humillasen, torturasen y mataran docenas de veces, pero acababa de darse cuenta de que no lo pensaba en serio—. Lo siento, es lo más espantoso... no sé qué decir —con cuidado intentó tocarle el hombro, pero ella miró hacia arriba y le apartó la mano.

—No estás hecho para el sentimentalismo, Phippy. En cualquier caso, según dicen, estoy en estado de *shock*, así que no importa lo que digas ahora. Guárdatelo para cuando esté llorando de verdad. ¿Has visto a Tara?

—No.

—Debo encontrar a Tara. Ella sabría lo que hacer, pero parece haber desaparecido de la casa. ¿Y tu amigo?

—¿Quieres decir que él... es responsable? —dijo Erskine, preguntándose cómo podía haber llegado Evelyn a compartir sus sospechas tan pronto.

—No, por supuesto que no. Uno de esos jodidos fascistas lo hizo, eso es evidente para cualquiera con dos dedos de frente. Me refiero a dónde se le puede encontrar.

—Está durmiendo.

—¿Dónde?

—En mi habitación, ¿por qué?

Evelyn sonrió.

—Ah, sí, Tara me contó que habías convencido a Padre para que le dejase dormir ahí arriba contigo. No sé cómo diantres te las has arreglado, pero bravo, bravo.

—No le «convencí»...

—No, mi querido hermano, por supuesto que no. Bueno, voy a fumarme cien cigarrillos, así que te veré en el almuerzo —conforme Evelyn comenzó a subir las escaleras hacia su cuarto, se giró y añadió—: Y si quieres quedarte embobado con la sangre como todos los demás, están en la biblioteca.

Fuera en el balcón con un *Sobranie*^[19] en la mano, Evelyn miró hacia el estanque, donde una fría brisa sacudía los rayos del sol suavemente a través del agua. Se le ocurrió que si ella fuese una chica dentro de un melodrama, probablemente tomaría la muerte de Morton como un castigo por su pequeño crimen con Sinner y tendría miedo del sexo durante toda su vida, pero, en realidad, ella siempre había pensado que era natural que las cosas sucedieran todas a la vez. Aun así, le era imposible pensar con claridad porque pensar en una le recordaba la otra, como si los sucesos fuesen dos chicas mayores y más altas que ella que tiraban una pelota de aquí para

allá para que no la alcanzara y ella tuviera que correr de torturadora en torturadora hasta caer exhausta. Lo que había hecho con Sinner no era horrible, como lo que le había sucedido a Morton; de hecho, se sentía profundamente agradecida por ello, pero aun así, la desconcertaba hasta la médula. Entonces comenzó a surgir una tercera inquietud análoga, una espina más complicada y sigilosa: la culpable posibilidad de que, en realidad, le importara más lo que había sucedido la noche anterior en la sala de música que lo que había sucedido (al mismo tiempo, por lo que ella sabía) en la biblioteca; la posibilidad de que aun cuando no volviese a ver a Sinner de nuevo (y sólo se habían visto dos veces) ella seguiría recordando su rostro cuando ya hubiera olvidado el de Morton. Siempre supo que algún día dejaría atrás al ex-estudiante de Winchester y todo lo que éste representaba, pero nunca hubiera adivinado, ni deseado verdaderamente, que sucedería tan pronto, o de manera tan drástica. La frontera entre su pasado y su futuro, países hostiles, había sido trazada con sangre.

Abajo, en la biblioteca, Erskine encontró a Bruiseland, Aslet, Amadeo y los Mowinckel de pie y en fila, a lo largo del rastro graso y de color marrón que conducía desde el cerebro de metal hasta las grandes cristaleras, como soldados ante una frontera que no quieren traspasar. Se acordó de Fluek, aquel pueblo en disputa.

—¿Estamos seguros de que no puede haber sido un suicidio? —preguntó Aslet.

Erskine se fijó en que algunos pelos de Morton seguían pegados al suelo.

—Son agentes secretos de Sión —dijo Berthold Mowinckel—. Hacía años que no golpeaban tan de cerca al corazón de la nobleza.

—No fue ningún agente secreto de Sión el que sacó una pistola anoche durante la cena —murmuró su hijo.

—¿Qué está insinuando? —dijo Amadeo.

—He leído algunos de sus poemas. ¿El éxtasis de la violencia?

—Me pregunto por qué hace esas insinuaciones sin fundamento, a menos que usted mismo tenga algo que ocultar.

—No sea ridículo —dijo Berthold Mowinckel—. A diferencia de su hermano mayor, mi hijo nunca tendría el valor para hacer algo así.

—¿Valor? No, estupidez, tal vez.

—¿Quiere que arreglemos esto como hombres? —dijo Kasimir.

—¿A qué se refiere?

—Un duelo.

—Oh, tranquilícense —dijo Aslet.

—¡Un duelo! Qué ridículo y a la vez pintoresco —dijo Amadeo—, pero ¿por qué no?

—Elija su arma, entonces.

—Déjeme ver. Elijo...

—¿Sí?

—Un abrelatas eléctrico.

—¡Se está burlando de mí! —gritó Kasimir Mowinckel. Agarró un atizador de

metal y se abalanzó sobre Amadeo, pero el atizador golpeó inofensivamente en los riñones de Battle, que había entrado en la habitación sin que nadie se diera cuenta y se había interpuesto en el último momento.

—Lord Erskine les agradecería que se reunieran con él en la sala de estar —dijo el mayordomo.

Así lo hicieron. El padre de Erskine esperó hasta que todos estuvieran reunidos y entonces dijo:

—Me alegra informarles de que, al menos, una parte de este desagradable infortunio ha terminado. Sabemos quién es el responsable. Battle ha hecho un repaso de la casa y ha encontrado varias cosas que faltan. Entre ellas, gran parte de nuestra joyería y platería de mayor valor. También un criado, una sirvienta y todos sus efectos personales. Está claro lo que sucedió anoche. Los dos sirvientes tenían pensado fugarse y desvalijar la casa antes de irse. Morton debió de cogerles *in fraganti* y decidieron que no tenían otra opción que asesinarle. Esas cosas suceden bastante a menudo hoy en día. La policía estará avisada y no creo que lleguen muy lejos.

—¿Qué sirvientes? —preguntó Erskine.

—Godwin y esa chica de tu hermana.

—¿Tara?

—Sí.

Erskine sintió un gran alivio por Sinner, pero aun así no pudo evitar decir:

—No se habrían fugado. Ella le detesta. Recuerdo a Evelyn mencionarlo.

—Creo que mi hija tiene probablemente mejores cosas que hacer que estar al tanto de los amoríos entre los sirvientes. O al menos, espero que las tenga.

—¿Se lo has dicho? Se disgustará.

—Tu madre se lo dirá.

—¿Alguno de esos sirvientes era judío? —preguntó Berthold Mowinckel.

—Si dependiera de mí, castraría a todos mis criados —dijo Bruiseland.

—¿Continuará la conferencia? —preguntó Aslet.

—Ese chico, cualquiera que fueran sus defectos, iba a ser mi yerno —dijo el padre de Erskine—. La conferencia no continuará.

—¿Por qué deposita su confianza en la policía? —dijo Amadeo—. Deberíamos capturar a esas bestias nosotros mismos.

Hubo una pequeña ovación, y enseguida los cinco fascistas estaban apresurándose en averiguar cuántos perros de caza caben en un coche. Erskine les siguió hasta la entrada para no quedarse a solas con su padre, y entonces subió a hurtadillas hasta su dormitorio y despertó a Sinner.

—Ha sucedido algo terrible. Morton ha muerto. Ya sabes, el prometido de mi hermana.

—¿Saben quién lo hizo? —preguntó Sinner. Su cara no mostraba reacción alguna.

—Dos de los sirvientes.

—¿Quiénes?

—Godwin, el criado, y Tara, la sirvienta. Se han largado con un montón de cosas de valor. Mi padre dice que Morton debe de haberles sorprendido y por eso le dieron una paliza y le arrojaron al estanque. Es horrible. Pero un alivio en cierto modo porque, no te mentiré, por un instante pensé que podías haber sido...

—No —dijo Sinner.

—¿Cómo?

—Te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—No fueron ellos.

—¿Cómo es posible que sepas eso?

—Lo vi. Bueno, no lo vi, pero lo oí. Anoche.

—¿A qué te refieres? ¿Quién fue, entonces?

—Ese estirado grandote.

—¿Bruiseland?

—Sí.

—Eso no tiene sentido.

—Lo oí —dijo Sinner.

—¿Por qué demonios querría Bruiseland asesinar a Morton?

—Pensaba que le estaba haciendo chantaje.

—¿Morton pensaba que Bruiseland...?

—No, el gordo pensaba que el tonto del culo le estaba enviando al gordo cartas.

El corazón de Erskine casi se para cuando recordó lo que había oído a través de la puerta de la biblioteca la tarde anterior. Aun así, había otras formas de que Sinner se hubiese enterado, alguno de los sirvientes podría haber escuchado alguna conversación a escondidas y luego haberla contado.

—Estuve hablando con Tara anoche —dijo Sinner—. No dijo nada de querer marcharse, y tu hermana dice que odia al otro tipo.

—Sí, pero...

—Al otro tonto del culo le liquidaron en la biblioteca, ¿verdad? Así que, ¿qué podrían haberles sorprendido robando? ¿Qué estarían robando de una biblioteca?

—Mi padre posee algunos libros antiguos importantes —dijo Erskine, pero se dio cuenta de lo inverosímil que sonaba que unos sirvientes huyesen a pie cargando con algunos pliegos antiguos.

—Además, el flaco, ¿cómo se llama?

—Godwin.

—No podría matar ni a una mosca. ¿Cómo se supone que iba a aplastarle la cabeza al otro tonto del culo contra esa máquina?

—Está bien, está bien, lo admito, pero aun así, Bruiseland... es demasiado ridículo —entonces Erskine recordó algo que su hermana había oído de Casper Bruiseland: el día que la mujer de Leonard Bruiseland se marchó finalmente a

Florescia, el marido había estrangulado a sus cinco *terriers* con sus propias manos.

Se sentó sobre la cama.

—Bueno, ¿y qué pasa si es cierto? ¿Qué importa eso? ¿Qué se le va a hacer?

—Diles la verdad.

—Seamos serios.

—¿Y qué hay de la sirvienta? ¿Qué será de ella?

—¿Así que vas a bajar y decirles: «Están todos ustedes equivocados, yo sé lo que sucedió, arresten al Maestro de Ceremonias?» Eso es imposible. Empezarían a hacer preguntas y averiguarían quién eres, que no eres en realidad un ayuda de cámara, y peor incluso, que eres judío. No harían caso a nada de lo que les dijeras e insistirían en que estabas involucrado. Acabarías en la cárcel del pueblo acusado de conspiración para asesinar, o algo por el estilo. Eso si Mowinckel o Amadeo no intentan llevar a cabo una ejecución sumarísima.

—Ya sé todo eso. No soy subnormal.

—Bien.

—Tendrías que venir conmigo.

—¿Qué?

—Si voy y se lo digo yo solo, estoy jodido. Si vienes conmigo, ¿qué pueden hacerme?

—En principio sí, podría impedir que te metieran en la cárcel, pero harían las mismas preguntas y averiguarían las mismas cosas. ¿Se supone que debo admitir que traje conmigo a un judío del East End a la casa de mis padres? ¿Precisamente esta semana de entre todas las semanas? ¿Cómo podría explicarlo?

—¿Y qué hay de tu hermana? ¿Qué pasaría si se enterara de que en realidad fue ese gordo cretino el que liquidó a su hombre, pero su sirvienta es la que va a pagar por ello? ¿Qué te haría ella a ti?

—Ese es un mal ejemplo. Mi hermana no tiene ni idea de lo que es bueno para ella o para cualquier otra persona. ¿Qué hay de los problemas que ello causaría? ¿Cómo podría continuar con mi trabajo? ¿Cómo podría hacer cualquier cosa después de todo eso?

—No hay otra solución.

—Es imposible.

Sinner miró a Erskine a los ojos durante un momento, entonces le agarró por los hombros y le echó hacia atrás sobre su espalda, de manera que sus piernas le colgaban por el borde de la cama. Se puso de rodillas sobre la alfombra, desabrochó los pantalones de Erskine, le sacó la polla y se la lamió entera con su lengua seca de por la mañana, desde los huevos hasta la punta. Erskine se puso rojo.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo? —susurró Erskine.

Sinner empezó a deslizar la punta de la estrecha polla de Erskine dentro y fuera de su boca, acariciándole los huevos con sus uñas. Erskine apretó y golpeó con las palmas de sus manos sobre la cama como un niño frustrado. Sinner comenzó a

meterle la punta de su dedo meñique por el culo. Aquello era demasiado, y Erskine trató de sentarse, pero Sinner le dio un bofetón en la cara, igual que había hecho una vez a la salida del Caravan, y le empujó hacia atrás. Al cabo de poco, Erskine tenía los pantalones por los tobillos, su polla entera metida en la boca de Sinner, y el dedo corazón de Sinner metido hasta la segunda falange. Erskine emitía un leve gemido continuo, igual que la bomba neumática del piso de abajo. Entonces Sinner se puso de pie, cogió un bote de loción capilar de la mesita y se la puso a Erskine sin esfuerzo en la frente. Fuera, los perros de caza ladraban.

Aunque Sinner intentó ser tan dulce con Erskine como lo había sido con su hermana, Erskine pronto se encontró mordiéndose el antebrazo a través de la manga de su camisa. Lloraba a lágrima viva, y luchaba contra sí mismo para dejar de gritar. Se sentía casi igual que en aquella cueva de Fluek, salvo que ahora él era el ratón sobre la mesa de disecciones, y era su corazón el que estaba siendo estrujado en un sucio puño. Había fantaseado con este momento miles de veces, pero siempre en los términos más abstractos, y ahora la realidad estaba follándose la idea.

Sin embargo, a pesar del dolor, según Sinner empujaba más rápido, la fuerte fricción del pene de Erskine contra las sábanas le estaba acercando cada vez más al clímax, y al mismo tiempo se dio cuenta, profundamente y con delirio, del proceso que estaba ocurriendo en sus propias células, desde sus testículos hasta el cerebro. Cada vez que una célula se dividía, pensaba, se producía una nueva copia de su código: con todos los mapas, diagramas, horarios, jerarquías y procedimientos. Cada cierto tiempo se producía un error, y la mayoría de las veces ese error se corregía, pero si no era así, entonces podía ocurrir prácticamente cualquier cosa: un tumor podía brotar igual que una patata en el fértil suelo del hipotálamo, o sus hijos podían nacer con dientes en lugar de ojos.

Por supuesto, también podían crecerle alas en la espalda, o sus hijos podían acabar atrapando balas al vuelo como castañas. Con toda probabilidad, sin embargo, algo podía ir mal, por eso las personas que tomaban las notas tenían que estar tan atentos. Pero, ahora, por primera vez, se preguntó: ¿tenían alguna elección? Cuando se equivocaban al corregir un error, ¿era siempre por descuido, o a veces se la jugaban deliberadamente? ¿Era capaz un copista, un hombre honrado y responsable, de detectar una irregularidad, un pecado, y dejarlo sin más para que se perpetuase, sin saber siquiera si el resultado sería un montón de plumas de serafín o un bocio supurante? Mientras toda esta biblioteca de documentos poco fidedignos se recopilaba para su diseminación en la base de su pene, y percibía como Sinner se aproximaba a un poderoso orgasmo, recordó algo que Amadeo había dicho sobre el «nuevo hombre» que el fascismo crearía; se dio cuenta de que un nuevo hombre podía ser concebido y nacer sobre esa cama, un nuevo hombre que no se parecía en nada al de Amadeo o al que querían los otros, un nuevo hombre que podía ver la salvación en lo impreciso y lo ilegible, la única clase de nuevo hombre que valía la pena tener, la única clase de nuevo hombre que era realmente capaz de hacer algo

verdaderamente nuevo. Las lágrimas volvieron a asomar en sus ojos por segunda vez. Erskine empezó a regocijarse, y quería que Sinner se regocijase con él, de manera que después pudieran bajar de la mano y contar la verdad sobre la muerte de Morton. Después de eso, ¿quién podría decir qué sucedería? Estaba preparado. Y entonces oyó la puerta de la habitación chirriar al abrirse, seguida de la voz de Millicent Bruiseland.

—¡Tal y como sospechaba!

El corazón de Erskine quedó atrapado como un dedo en una trampa para ratones. Sinner no mostró señal alguna de detenerse, y Erskine no tenía fuerzas para apartarle, así que desesperado, intentó echar la sábana por encima de los dos, pero tenía los brazos atrapados.

—Se lo voy a decir a todo el mundo —dijo Millicent.

Erskine, avergonzado, la oyó salir corriendo de la habitación, y justo entonces, con un último y terrible golpe, Sinner acabó su tarea.

El chico se echó hacia un lado y se quedaron tumbados, jadeando. Erskine percibió el descarado olor que ya conocía de aquel incidente en el laboratorio. Quiso sofocarse con la funda de la almohada, pero en lugar de eso dijo:

—Vístete, alguien más podría subir.

—No la van a creer.

—¡Deberías haber parado!

—No habría servido de nada.

—Cállate —Erskine se puso una bata—. Voy a darme un baño —no era capaz de mirar a Sinner. Habló con voz monótona. Algo dentro de él se había ahogado como gatitos en un saco. Por segunda vez recordó la cueva de Fluek. ¿Por qué siempre le interrumpían? ¿Se habían puesto de acuerdo Gittins y la niña?

—Si ese... acto era un intento de persuadirme de algo, has fallado. No soy uno de tus chicos de alterne.

—Te gustó.

—Cállate.

—¿Crees que no sé distinguirlo?

—Cállate.

—Y entonces, ¿qué es eso?

Sinner señaló algo y Erskine miró hacia abajo. Sobre la falda de su camisa había una mancha húmeda y un líquido blanco rezumaba por el vello púbico de su vientre. La llegada de Millicent Bruiseland le había descolocado de tal manera que ni siquiera se había dado cuenta de su propio ahogado e inútil orgasmo. Rápidamente cerró la bata y se la abrochó con fuerza con un nudo complicado. Pensó en la avispa australiana *Lissopimpla excelsa*, que eyacula por error sobre una flor porque la confunde con una hembra, e incluso a veces, si le dan a elegir, prefiere la flor.

Dos horas después salió del baño y regresó a su habitación. Sinner se había ido, pero todavía apestaba. Se vistió. Al salir al pasillo se encontró con su madre. Parecía

recién salida de una lavadora.

—Tu hombrecito se ha marchado en tu coche —dijo.

—Ejem, sí, yo se lo pedí.

—¿Y por qué diantres harías una cosa así, Philip?

—Él... había unos asuntos urgentes de los que tenía que ocuparse en Londres.

—¿A estas horas? Tenía los ojos muy rojos.

—Sí.

—¡Señora Erskine! —dijo Millicent Bruiseland, que había aparecido al final del pasillo.

—Ahora no, Millicent.

—Pero tengo noticias de lo más importantes sobre su hijo.

—Sí, a menudo las tienes.

—Pero de verdad, de verdad le prometo que esta vez...

—Por el amor de Dios, niña, hasta tú eres lo suficientemente mayor como para darte cuenta de que éste no es momento para tus interminables patrañas —le espetó la madre de Erskine—. Tus padres y tú deberíais avergonzaros de vosotros mismos. Vete a tu cuarto.

Millicent Bruiseland miró con enfado a Erskine y se marchó corriendo. La madre de Erskine se tomó un momento para tranquilizarse y entonces dijo:

—Si no hay coche, ¿cómo vas a volver a casa?

—En tren —contestó Erskine.

—Tú odias el tren.

—Bueno, ¿y qué diablos importa eso, Madre? —gritó, y la apartó a un lado. Bajó las escaleras preguntándose de qué se estaría riendo más Sinner camino de Londres: ¿de lo fácil que había sido hacer que Erskine se corriera, o de los ruidos tan desagradables y poco varoniles que había hecho en el proceso? Pero, de hecho, mientras dejaba atrás Camberley, Sinner no estaba pensando en Erskine en absoluto, sino en una observación que Casper Bruiseland había hecho en el observatorio la noche anterior; una observación que había permanecido sumergida en aguamiel polaco hasta que aquella conversación precoital con Erskine había sacudido su memoria; una observación sobre un nuevo plan que Casper había trazado para sacarle dinero a su padre.

CUANDO ME SENTÉ A TOMAR té en el cómodo sofá de Tara Southall, esto es lo que pensé: Kevin, necesitas centrarte. Si no hubieras estado chateando con Stuart al mismo tiempo que buscabas «Philip Erskine», podrías haberte dado cuenta de que el científico que recibió una carta de Hitler y el urbanista de una ciudad de Berkshire no eran necesariamente dos personas distintas. Si no estuvieras acostumbrado a leer por encima en la Wikipedia, serías capaz de recordar si este último tenía fecha de fallecimiento; y si no hubieras estado tan obsesionado con conspiraciones ariosofistas, puede que no te hubiese llevado tanto tiempo llegar a la conclusión de que fue el propio Philip Erskine, a la edad de noventa y ocho años, el que contrató a un asesino galés para localizar el paradero del cuerpo de Seth Roach.

En 1957, poco antes de su segundo y fatal ataque al corazón, Edgar Aslet fue elegido para formar parte del comité del Plan Regional de East Berkshire. Cuando le pidieron que propusiera a algunos jóvenes con talento para que llevaran a cabo las recomendaciones del comité, eligió, de entre todos los amigos de sus hijos, al tipo que pensó que sería más probable que impusiera una influencia conservadora y tranquilizante sobre el sospechoso concepto de viviendas sociales; pero cuando Philip Erskine llegó a la primera reunión, Aslet apenas pudo reconocer al vivaracho predicador de la política de Nuevas Ciudades del Gobierno. Erskine no paraba de hablar de la ideas de un norteamericano llamado Balfour Pearl, que se había convertido en amigo y mentor suyo después de un encuentro casual en una gala de etiqueta en Manhattan en 1949. (Ni *La percepción de la armonía: la vida de Philip Erskine* ni *Una mirada a mis obras: Balfour Pearl y la caída de Nueva York*, señalan con exactitud qué gala de etiqueta pudo ser). Pearl había sido forzado a abandonar el ayuntamiento y ahora pasaba la mayor parte del tiempo en Los Ángeles; pero sus ideas tenían más influencia que nunca, y Erskine estaba decidido a aplicarlas en el sur de Inglaterra, donde incluso después de una década de construcción veloz todavía existía, como escribió en un artículo, «una desesperada necesidad de rescatar a las buenas familias de nuestras ciudades oscuras, abarrotadas y moralmente ruinosas, e instalarlas en nuevas comunidades racionales que combinen lo mejor de la vida rural y urbana». A pesar de que Erskine, que ya contaba con cuarenta y siete años, apenas tenía experiencia práctica en planificación urbanística, su entusiasmo y conocimientos eran tan impresionantes, que el comité no tardó en ponerle a cargo de una Nueva Ciudad que iba a construirse al sur de Hungerford. Después de consultar con historiadores locales (de nuevo *La percepción de la armonía* no menciona cuándo tuvo lugar esto), Erskine decidió ponerle al nuevo asentamiento el nombre de un pueblo medieval apenas conocido llamado Roachmorton.

Entra circulando en Roachmorton, como hice yo con el galés tres o cuatro horas después de nuestra visita a Claramore, y lo primero que notarás es la cantidad de

gigantescas rotondas que hay, y que dominan de tal modo el paisaje, que es difícil creer que la red vial haya sido construida para beneficio de la ciudad y no al revés. Pero hay mucho más que rotondas en Roachmorton. A pesar de que la población proyectada era inferior a cincuenta mil personas, Erskine estaba decidido a darle un poco de ese esplendor de ciudades como Nueva Delhi, a cuyo diseñador, Edwin Lutyens, Erskine admiraba casi tanto como a Balfour Pearl. (Erskine lamentaba no haber tenido la oportunidad de conocer a Lutyens antes de su muerte en 1948, pero al menos conocía a Elisabeth, la hija de Lutyens, que se había hecho muy amiga de Evelyn, la hermana de Erskine). En consecuencia, Roachmorton es prácticamente única entre las ciudades británicas por tener sus instalaciones públicas dispuestas al estilo clásico, como las entradas en un cuadro de gramática, a lo largo de un amplio y arbolado bulevar; y mientras en muchas urbanizaciones posteriores a la guerra hay una clara falta de lugares donde alternar, Roachmorton cuenta orgullosa con un ring de boxeo (el Premierland), un bar (el Caravan), un club para trabajadores (el UUC) y un hotel (el Hotel de París), todos ellos nombrados con ayuda de los mismos historiadores locales para darle cierto aire a aquello que generaciones posteriores llamarían «patrimonio» y «continuidad». Cerca de allí se encuentra el Hospital de San Panteleimon, el Museo Gittins de Filología y Entomología, y un ayuntamiento construido de ladrillo rojo y mármol, estilo casa de campo, que posee una biblioteca pública con un amplio catálogo desde la que los visitantes pueden observar un gran lago artificial, comúnmente llamado «el Estanque». Al igual que Oscar Niemeyer, que diseñó Brasilia, Erskine había rechazado visitar el emplazamiento antes de hacer sus planes, así que no vio Roachmorton hasta 1961 cuando estaba casi a medio completar. Para entonces, su ambiciosa visión ya había recibido alabanzas del ministro de Urbanismo y del principal columnista de *The Times*. Sin embargo, a los pocos meses de la llegada de los primeros y optimistas residentes, cuando la ciudad estaba prácticamente bajo garantía, las quejas empezaron.

Por ejemplo, en Roachmorton era imposible variar de ruta al colegio. Para cada uno de los miles de chalets había un camino específico que era matemáticamente el mejor para salir a las calles principales, y cometer el terrible error de no seguirlo a menudo suponía un rodeo de diez minutos. De modo que era extraño toparse con alguien cerca de tu casa que no fueran tus vecinos de al lado, pero era incluso más extraño en el centro: mientras caminabas penosamente hacia el ayuntamiento a través del enorme bulevar, podías, igual que un pescador en el Ártico, divisar a un amigo a lo lejos, pero un encuentro cara a cara requería, al igual que la propia ciudad, un plan minucioso. Incluso el hecho de perderte a pocas calles de la puerta de tu casa era sólo cuestión de un pequeño despiste, ya que cada pequeña calle era exactamente igual a la anterior, y los exhibicionistas que hacían un día de viaje hasta Roachmorton debido a sus numerosos pasos subterráneos sin salida, a menudo se veían vagando como minotauros en un laberinto hasta mucho después de haber perdido el último tren de vuelta. Con muchas de las casas, en aras de la privacidad, orientadas al muro de la

casa prefabricada contigua, no había mucho placer en mirar por la ventana, y al mismo tiempo casi todas las familias podían señalar algún problema en su línea de visión, lo cual significaba que podían ver directamente, por ejemplo, el dormitorio del piso de arriba de la casa de la esquina. Naturalmente, todo esto era muy claustrofóbico, pero nadie quería coger el autobús hasta el enorme Caravan sólo para tomar una cerveza, y apenas había bares o tiendas en las zonas residenciales porque la generosa provisión en el centro eliminó cualquier necesidad de ellas. Como cada día aparecían nuevos problemas que Erskine no había previsto y de los que tampoco tenía especial interés en ocuparse, muchos de los primeros residentes de Roachmorton manifestaron que se sentían como si les hubiesen enviado al exilio; y durante nuestra visita a la casa de Tara Southall, alrededor de la cual las calles estaban tan muertas que uno esperaba encontrarse con telarañas del tamaño de una red de portería, pude ver por qué.

Antes, en el Hotel Claramore, había estado casi seguro de que iba a morir. Después de todo, tan pronto como dejase de serle útil al galés, me aplastaría como una colilla, y llevábamos siglos dando vueltas sin encontrar siquiera el fantasma de una pista. (Ciertamente, desde el punto de vista del galés no había prueba alguna de que Seth Roach estuviera enterrado en los solares adyacentes). Finalmente entramos en el bar esperando que estuviese tan corporativizado como el resto de la casa, y descubrimos que las estanterías originales se habían conservado, en palabras del folleto, como «característica de un periodo evocador», al igual que los recortes de prensa enmarcados sobre el asesinato de Julius Morton. Mientras un grupo de una convención de marketing charlaba en torno al zumo de tomate que habían tomado a media mañana, rebusqué en un estante entre los pesados libros de visitas marmolados que se remontaban hasta el siglo XIX, y, tal como Batman, el mejor detective del mundo, probablemente habría hecho, así fue como descubrimos que alguien llamado «T.S.» de «Roachmorton, Berkshire» había visitado Claramore cada verano desde 1951 hasta 1999. En ese momento, por supuesto, no había oído hablar de Roachmorton ni sabía que tuviese algo que ver con Philip Erskine, pero el galés sí estaba al tanto de todo, además del nombre de la fugitiva sirvienta de Evelyn Erskine.

Primero, lo intentamos en información telefónica, pero a Tara Southall, en teoría, se la seguía buscando por asesinato, de modo que no podría estar viviendo por ahí tranquilamente bajo su verdadero nombre. En realidad, no había ningún motivo para pensar que pudiera seguir viva. Aun así, era lo más parecido que teníamos a eso que en televisión llaman una pista, así que dejamos el hotel y nos dirigimos al este por la autopista en dirección a Roachmorton.

De camino, se me ocurrió que si Tara Southall estaba viviendo de veras en la ciudad del hermano de su señora, entonces, por algún motivo que hasta entonces me era incomprensible, el propio Philip Erskine tendría que haber movido algunos hilos para colocarla allí. Yo sabía por mi difunta tía abuela, que había vivido en Cumbernauld, que cuando alguien implicado en una Ciudad Nueva movía los hilos

para conseguirle una casa a un amigo o familiar, éstos estarían entre los primeros residentes que se instalasen, y los primeros residentes en instalarse estarían todos, por motivos obvios, colocados en el mismo distrito. De modo que si podíamos localizar ese distrito, puede que consiguiéramos averiguar si había alguna mujer nonagenaria que llevase viviendo allí desde el principio. Averiguar todo esto supondría un poco lo que los hackers llaman «pretexto», lo cual estaba fuera de mi alcance, pero no (esperaba) del alcance del galés; de hecho, sólo tuvo que permanecer diez minutos en la oficina del subdirector de urbanismo de Roachmorton antes de salir y dirigirse al aparcamiento del ayuntamiento, donde yo permanecía esposado al volante del coche, y decirme que había una anciana de noventa y un años llamada Tara Smith que llevaba viviendo frente a la Escuela de Primaria Galton desde hacía cuarenta y siete años. (No había habido más oportunidades de escapar, y no había distraído al galés el tiempo suficiente en Claramore para que llegase la policía. Para ser honestos, durante gran parte del tiempo había olvidado que estaba distrayéndole, más de una vez me sorprendí a mí mismo disfrutando a lo largo de nuestra investigación, como si fuéramos compañeros, y no captor y cautivo. Creo que puede que le dejara impresionado con mi perspicacia, no lo sé. En cualquier caso, después había esperado que al menos la policía pudiera localizar su coche en la autopista a través del circuito cerrado de televisión, o algo así, pero no había nadie esperándonos cuando llegamos a Roachmorton. Tal vez Stuart estaba tan emocionado por formar parte de una aventura real, pensé, que no le creyeron cuando les llamó).

—¿Es usted Tara Southall? —preguntó el galés cuando una mujer abrió la puerta principal de color rosa.

Eran alrededor de las cuatro.

—Sí —respondió ella— ¿Quiénes son ustedes? Y ¿qué es ese olor?

Tenía el pelo largo, y sus grandes pómulos hacían que se ahorrara ese aspecto andrógino de las personas muy mayores. Detrás de nosotros se oía un débil ruido de niños jugando.

El galés me había dicho, por una vez, que hablase yo la mayor parte del tiempo, porque pensaba que había algo en mi cobardía que haría que una anciana fuese amable.

—Mi nombre es Kevin, y éste es, mm... mi amigo. Estamos aquí porque esperamos que sea usted tan amable de contarnos algo sobre Seth Roach. Me temo que ese olor soy yo. Dura un rato, pero después de que me vaya puede usted usar uno de esos esprays.

—Verá, hace años que nadie me llama por mi verdadero nombre. Southall. Nadie desde que Battle murió. No creí que nadie lo supiera.

Dentro, nos invitó a sentarnos y preparó té. La habitación tenía un ligero olor a leche agria y había una pequeña jauría de zorros de porcelana sobre el mantel. Lo primero que se me ocurrió decir fue:

—Estuvimos en Claramore esta mañana.

—Solía volver cada año, pero ya no puedo sentarme en el tren, por culpa de mi espalda. Ojalá fuese pasto de las llamas.

—¿Qué sucedió allí?

—Muchas cosas sucedieron allí.

—Pero ¿qué sucedió en 1936?

Pareció sorprenderse.

—¿A qué se refiere? Pensaba que lo habían averiguado. Creía que era así como finalmente me habían encontrado.

—Apenas sabemos nada.

—Bueno, saben lo del pobre Morton.

—Sí.

Había leído yo los recortes de prensa.

—Bruiseland lo hizo. Nunca supe por qué. Estaba metida en la cama cuando sucedió.

William Erskine, continuó explicando Tara, la había despertado alrededor de las dos de la madrugada; permaneció allí hasta que se vistió, y la llevó en silencio hasta la biblioteca, donde Bruiseland y Alex Godwin esperaban. Había sangre por todas partes. Les dijeron a los dos sirvientes que iban a tener que abandonar la casa e irse a Londres a vivir juntos con nombres falsos. Dejarían que se llevasen todas sus cosas, además de parte de la joyería, pero que no debían venderla enseguida. Si causaban problemas, ambos serían colgados por el asesinato de Julius Morton.

Tara, asustada y confusa, había reunido el valor suficiente para decir que prefería ir por separado, pero Erskine le explicó que no iba a dejar que cada uno viviera por separado por si acaso alguno de los dos decidía llamar a la policía de manera anónima para delatar al otro, y, ya que llevaban un tiempo planeando fugarse juntos, aquello no debía suponerles mucho. Godwin parecía encantado con la idea. Erskine subió arriba para empaquetar sus cosas, luego bajó, las metió en el coche y les llevó hasta Londres, enfatizando varias veces que Bruiseland y él conocían a todos los jueces y superiores de policía de Hampshire. Cuando llegaron, les dio dinero para un par de semanas en una casa de huéspedes hasta que pudieran encontrar nuevos empleos y un sitio para vivir, luego se dirigió de nuevo a Clamore, donde tenía previsto llegar antes de que amaneciera. Pero era muy tarde para encontrar una habitación, así que ellos dos decidieron pasar la noche en un parque, sólo que Godwin enseguida intentó forzar a Tara, restregando sus muslos con puñados de tierra húmeda, y ella huyó sin nada más que lo puesto. Después de caminar hasta salirle ampollas, llegó a la casa de los Garlick en Kensington, donde esperó en la puerta hasta que vio salir a Caroline, la amiga de Evelyn, por la mañana. Tara corrió hacia Caroline y le rogó que le hiciera llegar un mensaje a Evelyn diciendo dónde estaba. No podía dar más explicaciones porque tenía miedo de las represalias de Erskine y Bruiseland.

—De modo que así es como acabé de vuelta en Londres. Durante años estuve viviendo en un pequeño piso en Spitalfields, haciéndome llamar Tara Smith. Incluso

conocí a un muchacho durante la guerra y nos prometimos, pero averiguó quién era, o estuvo a punto de hacerlo, y tuve que romper con él. Ni siquiera había fisgoneado. Fue sólo cuestión de mala suerte. En cualquier caso, cuando este horrible lugar se construyó, el viejo Lord Erskine ya había muerto, de modo que Evelyn vino y me preguntó si no preferiría vivir en un sitio un poco más agradable. Dijo que tenía algo que ver con su hermano, pero que podía estar bien. No conocía nada mejor, ni yo tampoco, así que le dije que sí, ella le escribió una carta a su hermano, y él me consiguió una casa. Dejé a todos los amigos que había hecho y me mudé aquí. No he dejado de arrepentirme desde entonces —parecía aliviada por haber contado la historia.

—¿Qué fue de Philip Erskine?

—Se casó con una chica norteamericana. No recuerdo su nombre, pero era rica, dijeron que su familia había hecho una fortuna con pasta de dientes.

—No, quiero decir... —miré nervioso al galés—. ¿Dónde está ahora?

—Ese pobre hijo de puta lleva muerto alrededor de treinta años, muchacho. Está enterrado cerca de aquí.

¿Habría Erskine fingido su propia muerte? No, aquello era ridículo a pesar de lo sucedido las últimas veinticuatro horas, pero en ese caso se me habían acabado las teorías.

—¿Y qué fue de Evelyn?

—Se juntó con un hombre encantador que trabajaba en la radio llamado Ronald Slater. No tenían mucho dinero, así que las cosas al final fueron un poco difíciles. Luego, ella también murió. Soy la única de aquellos días que ha durado tanto —de hecho, como leí después en *La percepción de la armonía*, la «dodecafonista» Evelyn Erskine luchó en su carrera como compositora, a menudo obligada para llegar a fin de mes a escribir bandas sonoras para películas de terror de la Hammer, antes de terminar en el Taller Radiofónico de la BBC, donde hizo cosas con sintetizadores que nadie ha sido capaz de igualar después. Alrededor de esa época, comenzó un largo romance con Kasimir Mowinckel, que había huido a Gibraltar en 1942 con una maleta llena con los diarios secretos de su padre, había sido recogido por un barco británico, permaneció seis meses recluido en la Isla de Man, y finalmente comenzó una nueva vida en Londres como escultor.

—¿Y qué hay de Seth Roach? —dije. Mi voz se quebró al hacer la pregunta, porque en ese momento me di cuenta de que tan pronto como el galés supiera la respuesta podría ser no sólo Kevin Broom quien se hiciera superfluo, sino también Tara Southall.

—Oh, sí, eso es lo que querían saber, ¿verdad? —dijo ella—. El chico. Saben, cuando Evelyn le conoció por primera vez, aquella primavera antes de que sucediera lo de Morton, ella vino y me dijo: «Ese guapo y pequeño matón va a cambiar la vida de todos nosotros. Estoy segura. Ya ha cambiado la de mi hermano, y no sé cómo, pero también va a cambiar la mía». Pero en realidad, al final, no lo hizo. Realmente

no cambió nada para nadie. Una lástima lo que le sucedió. Tuvimos que mantenerlo en secreto, claro. Una verdadera lástima.

OCTUBRE DE 1936

POR TERCERA VEZ a lo largo de su vida, Erskine estaba de pie frente al Club de Boxeo Premierland, en Commercial Road. Hacía dos años, la primera vez que fue allí, aquello le había parecido una apretada y ruidosa multitud, pero en realidad no era más que un tímido y diáfano rumor de presencia humana, una fantasmal y casi imperceptible caricia en los codos, una especie de alternativa barata a un largo reposo en una de las solitarias orillas del lago de Ginebra en invierno. Aquel día, mientras se veía comprimido hasta el tamaño de un cigarrillo por la fuerza conjunta de quinientos millones de *cockneys* vengativos, comprendió lo que era realmente una multitud. Desde aquella indignidad en Claramore, a Erskine le resultaba todavía más desagradable de lo habitual el calor de otros cuerpos, y en ese momento se estaba cociendo a fuego lento en ese calor: una aglomeración despiadada e infinita de estibadores irlandeses, escolares descalzos, borrachos desdentados, vividores purulentos y ridículos jasídicos, todos ellos gritando «¡No pasarán!», «¡Abajo con Mosley!» y «¡Uno, dos, tres cuatro cinco, vivo o muerto nos da lo mismo!», como si Cadmo hubiera cogido los dientes del más pobre y asqueroso dragón y los hubiera plantado bajo la masa gris de mierda y andrajos que era el pavimento de Whitechapel^[20]. En el aire ondeaban banderas rojas y pancartas hechas con sábanas, los niños se encaramaban a las farolas para ver mejor, y las embarazadas se asomaban desde las ventanas llenas de hollín de las casas a ambos lados de la calle. Mientras se abría paso a empujones por Commercial Road hacia un espacio que tan sólo estuviera atestado de gente, Erskine pensó lo absurdo que había sido ir allí. La semana anterior, cuando leyó en los periódicos que los Camisas Negras estaban preparando una marcha por el East End, pensó que muchos judíos acudirían allí buscando pelea; y él conocía a uno en el East End en particular que, a pesar de no saber nada de política, seguro que no dejaría pasar una oportunidad de ese calibre. Así que había venido a Whitechapel esperando, con un poco de suerte, poder toparse con ese judío. Bueno, puede que fuera un imbécil, pero al menos no había ni la más remota posibilidad de que se encontrara con alguien que le conociera.

—Nunca olvido una cara.

Erskine se volvió. Ante él había un hombre bajo y fornido con cicatrices en las mejillas y labios gruesos y húmedos como filetes de hígado crudos. Llevaba una camisa barata muy ostentosa y blandía lo que parecía la pata de una silla.

—Tú eres ese estirado cabrón que no paraba de darle el coñazo a Sinner aquella noche después del combate, hará un año o dos.

—Sí, supongo que tiene usted razón —dijo Erskine, nervioso.

—¿Conseguiste lo que querías?

Erskine tosió.

—La verdad es que no.

—¿Te has perdido? Los tuyos están calle abajo.

Otros dos o tres hombres le estaban mirando con aire sospechoso. Erskine se imaginó a sí mismo colgado de los pies.

—No, no, estoy de vuestro lado.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Estás seguro de eso, colega?

—Completamente.

—Estupendo. No recuerdo si nos presentaron debidamente la última vez. Mi nombre es Kölmel.

—Philip Erskine —se dieron la mano.

—Si estás de nuestro lado, no te importará echar una mano, ¿verdad? —dijo Kölmel afablemente, golpeando la palma de su mano con la pata de la silla. Se estaba quedando calvo, y la piel de su frente huesuda tenía un aspecto cetrino y elástico, como un condón con un puño dentro.

—¿Echar una mano?

—Sí —Kölmel se puso serio.

—No, claro que no —dijo Erskine—. Para eso... por eso estoy aquí, al fin y al cabo.

—Estamos levantando una barricada en Cable Street. Al volver la esquina hay un vertedero. Mis chicos te lo enseñarán. Coge lo que puedas, maderos, latas, cualquier cosa, y ponte a ello, ¿entendido? No querrás que nadie piense que eres un doble agente o algo por el estilo, ¡ja, ja!

—No, ¡ja, ja!

—Pues nos vemos luego —dijo Kölmel, y le dio una palmadita en el hombro.

Cómo era posible, se preguntó Erskine, que en medio de todo aquel caos el amigo de Sinner fuera capaz de divertirse poniéndose sádico. Siguió a uno de los secuaces de Kölmel al sur hacia Back Church Lane, otros dos iban tras él, giraron a la derecha donde la basura se apilaba en una plaza sin vallar entre dos fábricas de ropa. La mayor parte eran viejas sillas astilladas, colchones rotos y porcelana rota, pero también había raspas de pescado, calabazas, charcos de aceite para cocinar e incluso Erskine vio con asco el cuerpo pu-driéndose de un chucho callejero. Así, y no a azufre, pensó, es como debe de oler el infierno, un perfume que provenía de una úlcera infectada en el costado de la ciudad. Subió por la pendiente más cercana del vertedero y empleó una técnica que Erskine había perfeccionado a lo largo de los partidos de cricket en Winchester, que consistía en mostrarse ocupado y discreto de manera que enseguida todo el mundo se olvidase de que estabas allí, y de hecho, al cabo de unos minutos aparentando recoger tablones de madera, los otros se marcharon hacia Cable Street cargados con escombros sin siquiera mirar hacia atrás

para ver si les seguía. Se quitó el pañuelo, se limpió las manos y se sentó sobre una bañera que estaba boca abajo preguntándose qué hacer a continuación. Entonces fue cuando vio a Sinner, bajando por una salida de incendios de la fábrica de enfrente: llevaba puesta una camisa negra ceñida y un cuchillo entre los dientes como un pirata. En agosto, cuando regresó de Claramore, Sinner había vendido el coche de Erskine a un socio de Kölmel y eso le había mantenido medio a flote durante un tiempo, pero aunque a veces tenía la sensación de que sus tripas estaban planeando una huida temeraria, cinco meses bajo los dudosos cuidados de Erskine le habían dejado con un aspecto lo suficientemente presentable como para entrar de nuevo en el Caravan, así que gran parte del dinero ya se le había ido en ginebra; pero no estaba dispuesto a pasar otro invierno en la calle o en el San Panteleimon. De modo que cuando en octubre oyó que alguien de Chelsea estaba pagando en efectivo por «tipos duros», se dirigió allí enseguida. Haría lo que fuese necesario. De momento, no se molestaba demasiado cuando veía algún cartel anunciando un combate por un título en el Premierland con nombres que él ni siquiera reconocía. Todo aquello le parecía que había sido hacía mucho tiempo, pero no es que hubiera dejado de soñar con volver al ring.

Lo que se encontró cuando llegó a King Road fue una especie de mezcla entre barracones militares y las oficinas de un periódico. Todo el mundo corría de aquí para allá vestido con camisas negras, y Sinner no tardó en darse cuenta de que éstos debían de ser los mismos anti-judíos, dirigidos por el mismo Mosley, a los que a menudo ponían a parir Frink y Erskine (por razones muy distintas), pero se trataba de dinero fácil y, en cualquier caso, ¿acaso no tenía mucho más sentido, si tenías la oportunidad, sacarle el dinero a un anti-judío que a otro judío?

Finalmente se encontró con alguien dispuesto a pararse a hablar con él, un hombre muy alto con un bigote en forma de *U* invertida y gafas de motorista. Le habían dicho que ya tenían reclutas de sobra para mantener el orden en sus reuniones, pero que puede que necesitaran refuerzos para la marcha del domingo por el East End. Sinner le explicó que conocía bien el East End, que había sido campeón de boxeo, y que no le importaba mancharse los nudillos de sangre por unos chelines. El hombre le dijo que volviera en tres días.

Lo hizo, y le dieron una camisa negra que ni siquiera tuvo que pagar de su sueldo. Los otros hacían bromas porque tenía un aspecto un poco «oriental», y enseguida, cuando se dio cuenta de que se referían a judío, y no a chino, dijo que se comería todas las chuletas de cerdo que le compraran, y todos se rieron y le dieron palmaditas en la espalda y pasaron a hacer chistes sobre su altura. Según transcurría la mañana, algunos de ellos empezaron a calentar un poco para pasar el rato y resultó que ninguno de ellos tenía la menor idea de pelear. No apreciaba a los Camisas Negras. Erskine era un ganso y un don nadie, pero al menos él lo sabía.

Finalmente, a mediodía, la procesión se puso en camino, pero sólo pudieron llegar hasta el Puente de la Torre antes de detenerse. Al final de Royal Mint Street había una

hilera de policías a caballo que parecía como un dique que contuviese el rugido de la muchedumbre, un rugido con unos acentos que Sinner recordaba del Premierland. Mosley todavía no había llegado. Después de casi una hora dando vueltas, Albertson, uno de los superiores, dijo que si conseguían llegar hasta las calles traseras, podrían cargar y echar abajo la barricada desde el otro lado: «Esos judíos no sabrán por dónde les golpean». Sinner, por supuesto, conocía un camino que había utilizado cuando era niño: bajando por un callejón, por detrás de algunas tiendas, por encima de los tejados bajos desde los que casi podía ver la ventana de sus padres, luego a través del vertedero de basura donde a menudo había jugado al escondite con su hermana y donde, hasta que descubrió los encantos del Soho, el Caravan y el Hotel de París, había llevado a veces a los chicos del barrio. Así que Albertson le prometió a Sinner un soberano de oro extra si les conducía, y aunque Sinner no se paró a pensar en el plan —les harían picadillo antes de que pudieran derribar la barricada, que ahora incluía un camión aparcado en mitad de la calle—, era más dinero fácil. Uno de los tipos le pasó un cuchillo por si tenía problemas, y en menos de diez minutos estaba bajando por el vertedero, que es cuando descubrió a un asustado Philip Erskine.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Hola. Eso es justo lo que tu amigo Kölmel me ha preguntado —Erskine deseó haber podido mirar a Sinner sólo un poco más, antes de que él se diera cuenta. Recordó su inesperado encuentro fuera del Club Caravan hacía dos años. ¿Por qué tantos encuentros suyos tenían que tomar el aspecto de una pesadilla?

—¿Kölmel?

—El me envió aquí.

—¿Quieres decir que te recordaba de después del combate? —dijo Sinner, como si fuera una odisea para cualquiera acordarse de Erskine—. Siempre se acuerda —reconoció.

Erskine tragó saliva y dijo:

—Pero yo te estaba buscando.

—¿Por qué?

—¿Por qué demonios llevas puesto ese uniforme?

Sinner se encogió de hombros.

—¿No me irás a decir que estás de su parte?

—Que te jodan.

—No, claro que no. Tú no estás de parte de nadie. Mal de dinero, supongo. Y han dejado que te unas a ellos sin darse cuenta de que hay uno o dos factores que te descalificarían. No me sorprende. Tienes un extraordinario talento para ese tipo de cosas. Lo hiciste muy bien en Claramore.

—No fue difícil. ¿Y por qué no estás tú con ellos?

—Oh, ni en un millón de años. Los Camisas Negras se pasan de castaño oscuro. Esta marcha es sólo un ejercicio de intimidación porque no pueden ocuparse de nada más serio. El tiempo de Mosley ha pasado y él lo sabe, y, como te he dicho, te estaba

buscando.

—De nuevo buscándome, ¿y para qué coño esta vez?

Erskine bajó la vista. El antiguo sarcasmo de Sinner parecía haber desaparecido, igual que su balanceo al caminar. Casi lo echaba de menos.

—No hemos vuelto a vernos desde el día que... Ya sabes, Morton y todo aquello, y quería asegurarme de que...

—¿Sí?

—Supongo que quería estar seguro (me sentía obligado) de que no me despreciabas —dijo Erskine.

—¿Por qué?

—Y también pensé que averiguaría qué ha sido de ti todo este tiempo —se apresuró a añadir Erskine—. Espero que lo hayas pasado bien. Por lo que a mí respecta, he estado ocupado con mis insectos. Ha habido progresos increíbles. Si pudieras ver lo que he hecho con el *Anophthalmus hitleri*.

—Responde a la jodida pregunta —dijo Sinner, encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué te importa lo que piense de ti?

—Fuiste mi objeto de experimentación durante bastante tiempo.

—¿Tu «objeto»?

—Creo que es normal que uno se interese por su...

—Dilo, joder —dijo Sinner.

—¿Qué?

Sinner se acercó.

—Esto aburre. Siempre aburres. Acéptalo. Di que todavía vas detrás de mi jodido culo, y dejaré que te lo folles aquí mismo si quieres.

Erskine tosió y se lamió los labios.

—No voy a rebajarme a tu...

—¿No puedes? Aquí va otra, puede que te sea más fácil. Di que te follé y que te gustó.

—No recuerdo haberte visto nunca tan hablador —murmuró Erskine.

—¡Vamos, cabrón! Di por qué has venido a buscarme, di por qué te importa una mierda si te odio o no, y mi polla y mi culo serán tuyos todo el tiempo que quieras. Dilo. Puede que sea demasiado tarde ya para salvar a la sirvienta, pero no es demasiado tarde para esto.

Erskine cerró sus puños y de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas.

Entonces Sinner sonrió. Era la primera vez que Erskine recordaba haber visto sonreír al chico, y era una de las sonrisas más crueles que jamás había visto.

—O si lo prefieres, señor Erskine —dijo Sinner—, puede decir simplemente que me ama.

Erskine dejó escapar un sollozo que sonó más bien como un estertor. Afectuosamente, con ternura, Sinner dio un paso adelante y puso su mano sobre el hombro de Erskine. Erskine le miró intensamente a los ojos. Entonces Sinner levantó

su rodilla hasta la ingle de Erskine. Erskine dio un alarido y cayó de rodillas sobre los escombros y el lodo.

—Sabía que no serías capaz. La única razón por la que he dicho que podrías tenerme si lo hicieras es porque sabía que no podrías. Y sí, claro que te odio, jodido cabrón —Sinner arrojó su cigarrillo de modo que rebotara en el hombro de Erskine—. Adiós, pues —añadió, con esa voz cantarina que ponen las amas de casa cuando han terminado de cotillear en la calle.

—¡Seth Roach! —Sinner levantó la vista sorprendido. Había dos hombres de pie junto a la montaña de basura. Uno era Barnaby Pock—. ¡No te veo desde hace siglos, mierdecilla! ¡Pensé que la habías diñado! —reparó en la camisa de Sinner—. ¿Qué coño haces con eso puesto?

—Se lo robé a un amigo de este hijo puta. Para echar unas risas.

Los dos hombres se rieron y empezaron a subir por el vertedero.

—Pareces un auténtico gilipollas, tío —dijo Pock—. Así disfrazado, quiero decir.

—Sí. Ya me he cansado. Vamos a quitarle la camisa a éste. Yo la cogeré.

—¿Cómo ha acabado aquí? —dijo el compañero de Pock—. Creía que todavía seguían detrás de los edificios.

—Será una jodida avanzadilla —dijo Pock.

Los tres hombres se acercaron de manera amenazante hacia Erskine.

—¡No, por favor! —dijo Erskine, levantándose con dificultad—. ¡Estoy con vosotros! ¡Odio a Mosley tanto como cualquier otro! Es un... es un frívolo petimetre al que le encantan los clubes nocturnos —la frase de su padre no parecía especialmente contundente dadas las circunstancias—. Sólo estoy aquí porque Kölmel me envió para que ayudase a construir la barricada.

—Vaya, ¿has oído eso, Sinner? Conoce a Kölmel —dijo Pock—. ¿Cómo coño es que conoce a Kölmel?

—¿Estás seguro de que está con los otros? —preguntó el compañero de Pock.

—¿Estáis de broma? —dijo Sinner—. Escuchadle. Mirad cómo habla.

—¡No! ¡Os lo prometo! ¡Os lo prometo! —protestó Erskine refinadamente.

—El chico tiene razón —dijo Pock. Dio unos pasos alrededor de Erskine hasta colocarse tras él rodeándole sin esfuerzo—. Coged su camisa.

Mientras Erskine se retorció y suplicaba, empapando con sus mocos la manga sucia de la camisa de Pock, le quitaron el abrigo, la chaqueta y la camisa, que perdió la mayoría de los botones en la acción. Sinner se quitó la camisa, la arrojó, y se puso la de Erskine, abrochándosela con un imperdible que solía llevar en el bolsillo para pincharse las ampollas.

—Quiero ir a ver si encuentro a más de estos cabrones —le dijo a Pock.

—¿Qué hacemos con éste?

Sinner se encogió de hombros y se dio la vuelta. Erskine miró con horror. El frío de octubre hacía que se le pusieran los pelos de punta en los brazos desnudos, todavía no podía creer que Sinner le abandonase así, tan fácilmente; entonces, levantó la

cabeza y gritó:

—¡Sigues siendo mío! ¡Todavía tendré tu cuerpo una vez que mueras! ¡Y no será dentro de mucho, maldito enano leproso!

—¿Sí? Bueno, yo me follé a tu hermana —dijo Sinner, sin mirar atrás. Pock se rio del chiste y luego le dio un puñetazo a Erskine en los riñones.

Minutos más tarde, de nuevo en Royal Mint Street, Albertson se había agachado para limpiar una mota de barro de su zapato cuando la primera teja pasó junto a su cabeza. Dio un salto hacia atrás y miró alrededor. Entonces, la segunda golpeó contra el asfalto.

—¡Nos atacan! —gritó uno de los Tipos Duros—. ¡Cubríos!

—Oh, por el amor de Cristo, no nos están bombardeando —dijo Albertson—. Mantened el tipo —pero una tercera teja le alcanzó en la boca del estómago y se desplomó sobre suelo como si fuera ropa sucia.

—Está allí arriba —gritó alguien más, señalando.

—¿Alguno va armado?

Alguien fue alcanzado en la cabeza y cayó hacia atrás, la sien le sangraba. Después de esto, hubo una retirada general. Albertson apenas podía sostenerse en pie, e intentó lanzar un trozo de ladrillo que encontró en la alcantarilla, pero su atacante estaba escondido tras unas chimeneas. Muchos de sus hombres estaban apiñados contra la pared de un almacén de muebles cercano, fuera del alcance del bombardeo, así que corrió hacia ellos, y en la carrera dos tejas más golpearon tras de él.

—Esto es una farsa demencial. ¿Qué coño vamos a hacer? ¿Alguien puede ver algún modo de subir hasta allí?

Nadie podía.

—¿Alguien ha visto su cara?

—Se parecía al tipo raro de antes. Olvidé su nombre.

—No seas estúpido, es de los nuestros —dijo Albertson.

—Te dije que tenía pinta de judío.

—Como dejemos que ese bastardo se largue así sin más y el jefe se entera...

—Eh, eh, eh, escuchad... he dicho que escuchéis... ¿qué es eso?

Por encima de ellos, podía oírse débilmente a alguien que caminaba sobre el polvo de los tejados.

—¡Está justo encima de nosotros! Parece un maldito gato. ¿Qué coño vamos a hacer?

—Necesitamos un arma —dijo Albertson, mientras miraba hacia arriba con gesto serio—. Es el único modo —el sol le daba en los ojos, así que tuvo que entrecerrarlos, pero creyó distinguir algo de movimiento. Tenía razón. Sinner se había desabrochado la bragueta y se había asomado al borde mismo del tejado de la tienda.

—Oh, ¡me cago en la hostia! —gritó Albertson cuando un chorro de pis le cegó. Cuando saltó hacia atrás para apartarse del arco dorado, tropezó con el bordillo, perdió el equilibrio, estiró los brazos con la vana esperanza de encontrar un hombro

al que agarrarse, dio un elegante giro sobre sus talones y cayó de bruces sobre la calzada, quedando inconsciente, con la nariz rota y estampando en su frente la forma geométrica de una tapa de alcantarilla de hierro tachonada.

De esa manera, Seth Roach se convirtió prácticamente en el único judío de Londres que abatió a un Camisa Negra en la Batalla de Cable Street^[21]. Cientos presumirían de lo contrario; por ejemplo, Albert Kölmel escribiría a su hermano Judah en Nueva York alardeando de haberle dado personalmente a Mosley un puñetazo en la boca, pero de hecho, aparte de unos pocos fascistas que llegaron tarde y se equivocaron de camino cuando intentaban unirse a la procesión, los únicos que tuvieron que hacer frente a las patas de silla, los fuegos artificiales y la fruta podrida fueron las tropas profilácticas de la policía montada. Sobre las cuatro, los manifestantes se fueron a casa sin haber llegado siquiera a pasar de Royal Mint Street.

Después de bajar de los tejados, Sinner anduvo durante un rato de acá para allá entre la multitud con una botella de ginebra. («Dame un traguito de eso», le había dicho al dueño, un confiado y canijo aprendiz de carnicero al que recordaba de los viejos tiempos en el Mercado de Spitalfields). Sabía que estaba de nuevo en su hogar, pero había algo que le seguía preocupando: Erskine. No es que se sintiera culpable por haberle dejado a merced de Pock y el amigo de éste. Era justo lo contrario: se había quedado corto. Al poco rato, se encontró dirigiéndose hacia el noroeste, lejos de la algarabía, de vuelta hacia el centro de Londres, de vuelta hacia el piso de Erskine en Clerkenwell.

Cuando llegó allí se había bebido la botella entera de ginebra, de modo que compró otra en una tienda de Moorgate. La señora Minton le reconoció, pero cuando vio lo borracho que iba le dijo que no le dejaría entrar al piso de Erskine. Sinner le contestó que no importaba porque tenía una llave. En realidad, sólo esperó a que la señora Milton se fuera refunfuñando a su alojamiento y encendiera la radio, entonces subió arriba y rompió la puerta de Erskine, hiriéndose en el hombro.

Dentro, el piso estaba tal y como él lo recordaba. Sobre la mesa del salón estaba el correo sin abrir que la señora Minton había traído presumiblemente esa mañana. Sinner rasgó cada uno de los tres sobres. Una factura del sastre, una circular de la Sociedad Real de Entomología, y finalmente esto:

Estimado Doctor Erskine,

He recibido regalos de papas, magnates y jefes de estado, pero nunca uno tan peculiar e inesperado como su amable presente. Es un recordatorio de que las conquistas de nuestros científicos son tan importantes para nuestro futuro como las conquistas de nuestros soldados. Espero que me mantenga informado de los progresos de su trabajo. Quizás algún día el Tercer Reich tenga un puesto para usted. ¿Qué tal su alemán?

Sinner no podía entender la mitad de las palabras, y no sabía mucho acerca de Hitler, pero reconoció el nombre y conocía lo suficiente a Erskine como para darse cuenta de que se pondría contentísimo de recibir una carta así. De modo que arrugó la carta y se la metió en el bolsillo antes de tirar la mesa al suelo de una patada. Cruzó la habitación, cogió el repulsivo cuadro de la disección de la pared y lo arrojó por la ventana. Luego, entró en el laboratorio, que no estaba cerrado con llave.

El baúl que había alojado al *Anophthalmus hitleri* ya no estaba. En su lugar había un tanque que parecía haber sido específicamente diseñado. La tapa, la base y tres de los cuatro lados estaban hechos de metal, mientras que el cuarto lado era de cristal grueso reforzado con una rejilla de acero. El tanque estaba lleno de tierra y huesos de pollo y, a través de la rejilla, Sinner podía ver los rápidos movimientos ocasionales de los escarabajos en su interior. Cerró la puerta del laboratorio, volvió hacia el tanque y quitó el cierre de la tapa. La abrió, cogió el tanque y vació todo el contenido sobre el suelo, tal y como Erskine le había dicho una vez que vaciara el tarro de cristal roto en el baúl. Al instante, varios escarabajos se lanzaron fuera de la tierra, escapando hacia los rincones de la habitación; pero Erskine, para evitar que se repitiera el calamitoso episodio con el *Enicocephalidae* en la universidad, había sellado cada pequeño hueco del suelo, de modo que no tenían adónde ir, y Sinner podía ir de aquí para allá aplastándolos con el talón de su bota. Con frecuencia tenía que dar dos o incluso tres fuertes pisotones para que dejaran de moverse. Después, pisoteó la tierra. Todos muertos.

Lo celebró con un largo trago de ginebra y dejó caer la botella vacía al suelo. Estaba tremendamente borracho. De hecho, no se había sentido tan inestable desde la noche del aguamiel polaco y, aunque no tenía intención alguna de quedarse allí, decidió que podría ser una buena idea echarse durante un ratito en su antigua habitación. Después de eso, se levantaría, regresaría hacia el este y preguntaría a cada persona en Whitechapel, a cada uno de los miles de hombres, mujeres y niños que hubiera en la calle, si habían visto a Anna en los últimos tres años. Y si alguno le mentía, lo sabría, y le daría una paliza igual que solía hacer con su padre.

Pero cuando estaba a punto de salir del laboratorio, vio que había un par de insectos agazapados en la estantería de Erskine. Fue hacia ellos, los agarró con la mano, y se los puso frente a la cara para echarles un buen vistazo. Inmediatamente sintió un dolor agudo, y se sorprendió al ver que uno le había hecho sangre en su dedo índice. ¿Desde cuándo un escarabajo podía perforar la piel? En cierto modo le recordaban a Erskine, cuando agitaban sus pequeñas alas y mordisqueaban sus sucias manos. Pensó en abrirlos en canal para ver cómo eran por dentro, pero había perdido

el cuchillo mientras estaba subido en los tejados. De improviso, se metió los dos bichos en la boca.

Mordió; Sinner podía sentir las patas negras crujiendo entre sus dientes. Fritas y con sal, pensó, probablemente no sabrían peor que las cortezas de cerdo. Pero antes de que pudiera morder de nuevo, sus ojos se abrieron de par en par y su mandíbula se quedó rígida. No podía respirar. Los escarabajos estaban arrastrándose por su garganta.

Tanteó desesperadamente por su cuello, y luego comenzó a tener fuertes arcadas mientras los sentía arañar sus amígdalas como si fuera tos ferina transubstanciada. Se tambaleó hacia atrás y se apoyó en la pared, tratando de expulsarlos fuera como un escupitajo de flemas, pero eran demasiado grandes, y ya estaban más allá de su tráquea, adentrándose en su oscura y húmeda calidez. A pesar de estar medio masticados y medio mutilados, siguieron; así es como Erskine los había criado. Intentó provocarse el vómito, pero no pudo e intentó llamar a gritos a la señora Minton, pero tampoco pudo. De hecho, el único sonido que podía emitir era un húmedo chasquido, como si los propios escarabajos estuviesen hablando por su boca; unas pequeñas manchas borrosas aparecieron ante sus ojos y le parecieron también escarabajos. Notó el sabor a sangre en su boca y, por alguna razón, le pareció que también podía oler a pescado. Se golpeó la garganta con el puño y cayó lentamente de rodillas, preguntándose si podría romper la botella de ginebra y sacarse los escarabajos con un trozo de cristal: la gente había hecho esas cosas durante la guerra con la metralla. Si se dejaba morir allí, le entregaría a Erskine su cuerpo como si fuera un regalo de cumpleaños, no podía permitir que eso sucediera. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar la botella, su visión se volvió negra, sus brazos se relajaron, y se desplomó sobre el suelo.

Siete minutos más tarde, una chica de veintidós años entraba corriendo en el laboratorio.

OCTUBRE DE 1936

PARA EVELYN ERSKINE, LAS «LEYES» de la probabilidad no eran más que jerga infantil, pesadas como todas las ideas de su hermano sobre la eugenesia. ¿Volvería a ver alguna vez a Sinner? Las probabilidades, diría probablemente Philip, eran mínimas. Bueno, estaba claro que era así, pero, para empezar, las probabilidades de que ella hubiera conocido a alguien como Sinner también eran mínimas y sin embargo había sucedido. De modo que el problema no era que Sinner hubiera desaparecido entre los cientos de miles de judíos del East End. Eso no era un verdadero obstáculo; hay cien mil segundos al día, casi, y en cualquiera de ellos podría toparse con Sinner en la calle. El problema era la tristeza de aquellos judíos: sus hijos muertos de tifus, sus padres a merced de algún encargado de pasaportes nazi, sus amantes que ya no responden en esta dirección ni en ninguna otra que nadie supiera. Debía haber tantos en el East End que llevasen tanto tiempo echando de menos a tantos que, en un estricto sentido moral, parecía importar un comino que ella, Evelyn Erskine, de repente echase también a alguien de menos; en ese caldero de tragedia su pequeña historia no tenía prioridad, y el reencuentro que ella desesperadamente anhelaba carecía de la espontánea necesidad de las cosas realmente importantes; igual que convertirse en compositor.

Aquí, además de todo eso, estaba Mosley. Si todas esas legiones de pobres anónimos estaban siguiendo los designios de la Historia, de una Historia digna de ser contada en los periódicos y en la que Evelyn no podía tomar parte, parecía todavía más plausible que Sinner se perdiera en ese circundante mundo gigantesco y que la ferviente intensidad de su deseo de volver a verle no fuera suficiente para asegurar que esto ocurriese. En otras palabras: mientras, para Philip Erskine, la marcha fascista a través del East End había sido la primera vez desde Claramore en que pensaba que había una posibilidad real de encontrar al chico, para Evelyn Erskine era la primera vez desde Claramore en que pensaba que podía perderle. Y aun así, a pesar de todo, su natural optimismo podría haber sido suficiente para sustentarla si éste no hubiera resultado fatalmente herido por lo que había ocurrido en Claramore.

Había llorado la muerte de su prometido mucho más de lo que hubiera imaginado. Uno puede pensar que no le importa, pero no es así; ahora se daba cuenta. Al menos, la muerte era el final, mientras que lo que Bruiseland y su padre habían hecho no terminaba con Morton, y puede que nunca llegase a terminar, porque Tara seguía escondida.

Caroline Garlick la había telefoneado tan sólo unas pocas horas después de que el cuerpo de Morton fuera descubierto aquel día de agosto. Tara no le había contado mucho a Caroline, apenas que necesitaba la ayuda de Evelyn, pero Evelyn podía

adivinar al menos una parte, así que le dijo a Caroline que le diera a Tara algo de dinero y que no se lo dijera a nadie más. El funeral de Morton tuvo lugar en Londres la semana siguiente, y después de suplicar durante horas, sus padres la dejaron quedarse en casa de Caroline en lugar de regresar a Claramore. De modo que, por fin, al día siguiente, tuvo oportunidad de ver a Tara en la casa de huéspedes donde se alojaba con un nombre falso y enterarse de toda la historia. Era incluso peor de lo que se había imaginado.

Por supuesto, Evelyn quería que su padre y Bruiseland pagaran por lo que habían hecho, pero sabía que si acudía a la policía y no la creían, puede que sólo consiguiera perjudicar a Tara. Cada hora que pasaba, la justicia parecía más imposible: era como si Tara tuviese su brazo atrapado en el engranaje de una de las máquinas de Claramore, y cada vez la fuera apretando más y más. Todo lo que Evelyn podía hacer era ayudar a Tara a llevar una vida lo más digna posible, pero en su interior se sentía tan culpable por su inactividad que apenas podía conciliar el sueño. Pasaron muchos días juntas, a menudo acompañadas por Caroline, que era una cómplice entusiasta y todavía no se había casado con su escocés. Aquello no estaba mal, pero no sabía lo que iban a hacer a la larga. Tenían que evitar a cualquier conocido que pudiera reconocer a la fugitiva sirvienta; una vez, en la calle, un hombre recordó la cara de Tara por una foto en el periódico, pero Evelyn le reprendió hasta que se largó, convencido de su craso error. Al menos en el futuro, después de haber practicado tanto, esperaba no tener problemas para mantener una discreta infidelidad.

De modo que Tara estaba con ella el domingo de la marcha cuando Evelyn por fin llegó a la conclusión de que puede que realmente no volviese a ver a Sinner, a menos que le preguntase a Philip por él. Se había prometido a sí misma que nunca caería tan bajo porque no quería que su hermano llegase a sospechar siquiera cómo se sentía, y le llevó todo el fin de semana decidirse a coger el teléfono. De manera exasperante, él no contestó, pero ella sabía que nunca salía, de modo que probablemente estuviera ocupado con sus insectos. O puede que Sinner hubiera vuelto a vivir con él en secreto? Decidió ir al piso en persona aquella tarde.

A las cinco había un olor a cáscara de limón en el ambiente en Clerkenwell, y todo parecía bastante tranquilo hasta que Evelyn vio el cuadro de su hermano, aquel basado en *La lección de anatomía del Doctor Nicolaus Pulp*, de Rembrandt, tirado sobre el asfalto de la calle, con el marco roto y fragmentos de cristal por todas partes. Miró arriba y vio que una de las ventanas del piso estaba rota. Desconcertada, entró, mientras Tara, quien obviamente no podía cruzarse con su hermano, esperaba en el taxi. Arriba, se encontró con la puerta del piso echada abajo y la mesa tirada. Pensando que podía tratarse de un robo y preguntándose si sería seguro, entró con cautela en el piso. «¿Hola?», preguntó en voz alta. Entonces, a través de la puerta abierta del laboratorio, vio un cuerpo tendido junto a un montón de tierra como un sepulturero extenuado.

Según corría hacia él, lo primero que pensó fue que Bruiseland había venido y

asesinado a su hermano, pero luego vio que se trataba de Sinner, que llevaba puesta una de las camisas de su hermano. Tenía los ojos cerrados, y aunque su rostro estaba hinchado y sonrosado era casi tan hermoso como antes. Se arrodilló y le puso una mano en la mejilla. Estaba caliente, pero no era capaz de distinguir si respiraba, así que le dio una bofetada y le sacudió por los hombros con fuerza, pero eso sólo hizo que su cabeza se moviese de lado a lado. No había sangre sobre él, salvo en la punta de uno de sus dedos. La camisa blanca sólo le cubría un hombro, de manera que dejaba al descubierto uno de sus pequeños pezones; no le había visto tan desnudo ni siquiera en Claramore, y una estúpida pequeña parte de ella se sintió casi avergonzada. Con lágrimas en los ojos se puso de pie de un salto y bajó corriendo hacia el taxi, a punto de caerse rodando escaleras abajo por las prisas.

—Tienes que subir conmigo —le dijo a Tara con la voz quebrada.

—No puedo.

—Tienes que hacerlo. Tienes que hacerlo. Philip no está —el taxista las miró con desinterés a través del espejo.

Tara salió y Evelyn la condujo al piso de arriba hasta el laboratorio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tara al ver a Sinner.

—No lo sé, no sé decir si está...

Tara se arrodilló y puso su oreja junto al pecho de Sinner, luego intentó tomarle el pulso. Se volvió hacia Evelyn con tristeza y negó con la cabeza.

—Oh, por Dios, ¿no puedes hacer nada? ¿Podríamos avisar a un médico?

—Es demasiado tarde, amor.

—Pero parece como si se hubiese desmayado. ¿Qué ha podido...? —Tara señaló la botella de ginebra vacía junto a la mano derecha de Sinner, y Evelyn sintió como si el suelo se abriera bajo sus pies—. ¡Oh, no, no! ¡No, no, no!

Tara se puso de pie y sujetó con fuerza a Evelyn mientras ésta sollozaba. Tras unos minutos, Evelyn se sorbió la nariz y dijo:

—Tenemos que sacarle de aquí.

—Me iré, así podrás llamar a la policía.

—No, nada de policía. Tenemos que sacarle de aquí nosotras mismas. Acuérdate de lo que me dijo. Acerca de mi hermano —Evelyn le había contado a Tara todos los detalles de aquella noche en el salón.

Llevaron a Sinner hasta abajo, Tara le cogió por los pies y Evelyn por debajo de las axilas.

—Me temo que nuestro ridículo amigo está borrachísimo —le gritó Evelyn al taxista según se acercaban, tratando de hablar con voz firme—. ¿Puede usted ayudarnos, por favor?

El taxista se bajó de mala gana, les abrió la puerta, y les ayudó a deslizar a Sinner sobre el asiento.

—¿A dónde? —preguntó cuando estuvieron todos dentro.

—A Cable Street —dijo Evelyn sin pensar. Era la única calle del East End que

conocía.

—¿Sabe usted que hoy es la gran marcha?

—Sí.

—Así que son ustedes Camisas Negras, ¿eh? —bromeó el taxista.

—Somos indecisos —dijo Evelyn.

Cuando llegaron al extremo oeste de Commercial Road, las calles estaban demasiado llenas de borrachos como para seguir en coche.

—Espere aquí —le dijo al taxista, y le dio algo de dinero como adelanto.

—¿A dónde vas? —preguntó Tara.

—Tiene que haber alguien que pueda ayudarnos.

Sintiendo que aquello era lo más valiente que había hecho en su vida, Evelyn se bajó del taxi, se dirigió al primer hombre que vio y le preguntó:

—¿Conoce a Seth Roach?

—¿Estás buscándole? —le sonrió éste con lascivia, mostrando sus dientes marrones, y la cogió de la mano—. Acabo de verle allí a la vuelta de la esquina. Ven, te lo enseñaré.

Ella se soltó y se marchó dando grandes zancadas. Quería desesperadamente volver al taxi e irse a casa de Caroline, pero ya le había fallado a Tara y no quería fallarle también a Sinner, así que lo intentó con otros tres tipos que pasaban, y finalmente encontró a un hombre que le dijo:

—Sí, le conozco. No le he visto, pero si está por aquí probablemente esté en Dabrowski's.

—¿Qué es eso?

—Un pub. Allí es donde han ido todos los muchachos del Premierland.

—¿Dónde está?

—En Cannon Street Road —dijo; y cuando quedó claro que no tenía ni idea de dónde estaba, hizo un gesto con el pulgar y añadió—: Unas pocas calles más abajo a la derecha.

—Muchas gracias.

Tras varios minutos encontró el pub, que no tenía cartel alguno. Estaba a rebosar de personas que se agolpaban hasta el exterior, y tuvo que aguantar varios silbidos y un pellizco en el trasero hasta que pudo abrirse paso hasta el interior; luego, dentro, no había espacio para moverse, estaban cantando una agresiva canción de una manera atonal bastante interesante, así que no tuvo más remedio que permanecer de pie donde estaba y gritar con todas sus fuerzas:

—¿Alguien conoce a Seth Roach?

Después de gritar tres veces, el volumen de los cantos bajó un poco y, de repente, sintió como si todos los ojos del bar estuviesen puestos sobre ella. (Nunca antes había estado en un sitio así, y aunque estaba temblando, había algo excitante y libidinoso en el hacinamiento de aquel lugar, el sudor y la cerveza, y el júbilo espontáneo que empapaba todo el ambiente bajo el techo de madera. Pensó en lo vulgar que

posiblemente le parecería a cualquiera de esos hombres y mujeres su aventura de verano con Sinner, y en esos chicos descarados, rebeldes y bebedores de oporto sobre los que hablaban sus amigos en los bailes, los ex-alumnos de Winchester y de Eton, quienes decían ser «de verdad salvajes, *demasiado* salvajes»: aquí, no durarían lo suficiente ni para recitar sus nombres de pila).

—¿Alguien conoce a Seth Roach? —preguntó de nuevo intentando que su voz sonase firme. Varias personas respondieron a gritos lo que ella tomó por impropiedades ininteligibles, y toda su seguridad la abandonó hasta que se dio cuenta con alivio de que no eran impropiedades sino un nombre.

—¿Frink?, ¿Frink? —decían.

Al fin, Frink apareció del fondo del pub.

—¿Sí, señorita? —sujetaba una jarra de cerveza en cada mano.

—Conoce usted a Seth Roach.

—Sí, le conocí, pero no le veo desde hace más de un año. ¿Es amiga suya?

Evelyn se sintió profundamente agradecida hacia este hombre de aspecto amable por haber hecho esa pregunta sin un ápice de sarcasmo o incredulidad.

—Está muerto —dijo ella.

Frink bajó la cabeza, pero no parecía muy sorprendido por la noticia.

—Bueno. Es triste oírlo. Le agradezco que haya venido a decírmelo.

—¿Qué edad tenía?

—Hubiera cumplido dieciocho, si no recuerdo mal. ¿Lo sabe su madre?

Evelyn nunca había pensado en los padres de Sinner más de lo que uno puede pensar en los padres de una tormenta.

—No, pero necesito su ayuda.

—¿Con el funeral? Contribuiré con lo que pueda —dijo Frink, un tanto escéptico esta vez; Evelyn no tenía aspecto de ser pobre.

—No se trata de eso —dijo Evelyn, y le explicó la horrible deuda de Sinner con su hermano lo mejor que pudo. Él escuchó con el ceño fruncido—. ¿Hay algo que usted pueda hacer para ayudarnos? —concluyó ella—. ¿Para ayudarle?

—Quiere decir, ¿enterrar un cuerpo de manera que nadie lo encuentre? —dijo Frink—. Ese no es mi estilo, señorita. Nunca lo ha sido. Lo lamento.

—Usted debe de conocer a alguien.

—Es un trabajo sucio.

—Él no ha sido asesinado ni nada de eso —se dio cuenta con asombro de que la palabra «asesinado» se refería a algo que ya estaba dentro del alcance de su experiencia.

—Aun así, no se trata sólo de una cuestión de...

—Escúcheme. Lo tengo dentro de un taxi al final de la calle.

—Que usted ¿qué?

—Si usted no nos ayuda, entonces mi amiga y yo tendremos que hacerlo nosotras solas, algo saldrá mal, alguien lo descubrirá, y no sé lo que nos pasará a nosotras dos,

pero lo más importante es que mi hermano conseguirá a Sinner, y si usted supiera lo desesperado que estaba Sinner por que eso no sucediera...

Frink la interrumpió.

—Está bien. Está bien. Conozco a alguien. Y ha querido la suerte, muy mala suerte diría yo, que esté aquí. Pero no es la clase de tipo con el que uno quiera tener trato. ¿Me comprende?

—Sí.

—Va a nadar entre tiburones.

—Sí.

—Entonces, vamos.

Frink la condujo entre la multitud hasta la sala al fondo del pub que, no teniendo barra, no estaba tan abarrotada. Dentro, una chica de grandes pechos y con un vestido rasgado se reía mientras bailaba una parodia de vals con un hombre bajo y fornido que vestía de traje. Frink le dio un toque en el hombro.

—Muy bien, Albert. Aquí hay una dama a la que quiero que conozcas.

—Nunca oí palabras que sonaran más alegres —dijo Kölmel. Después de disculparse con exagerada cortesía con la chica de grandes pechos, se giró hacia Evelyn—. ¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó.

—Evelyn Erskine —sólo su mirada era diez veces peor que el pellizco en el culo de antes. Hasta chicos más repugnantes en los bailes del Lady Molly la miraban sólo como si la desearan, pero Kölmel la miraba como si ya le perteneciera y estuviese orgulloso de ello. Se imaginó que debía funcionarle con muchas mujeres.

—¿Erskine? —repitió él.

—Sí.

Kölmel sonrió y empezó a decir algo, pero entonces se detuvo, como si hubiera decidido guardarse esa información de momento. Entonces dijo:

—¿Qué puedo hacer por ti?

Tres horas más tarde, estaba subiendo por la peligrosa pendiente del vertedero de Back Church Lane. La oscuridad reinaba, no había apenas luna, y casi estaba contenta de no poder ver dónde ponía los pies. Llevaba consigo una pala; a su lado, con una maza, estaba Tara, y tras ellas, cargando con el cuerpo de Sinner envuelto en una manta, iban Frink y Kölmel.

—¿Estás seguro de este lugar? —preguntó Frink, que tenía una cicatriz, según Evelyn había observado antes, en la palma de su mano derecha—. Pensé que iríamos a algún lugar en mitad de la nada. Esto está en mitad de... todo.

—Sí, joder, estoy seguro. No quisiera ser indiscreto, pero solía usar siempre este lugar en los viejos tiempos. Si buscas un lugar en mitad de la nada, normalmente te trincan de camino.

—Sabes que los críos juegan aquí.

—No te preocupes, los entierro profundo. De todas formas, los niños no deberían jugar aquí. No es higiénico.

Antes, un buen fajo de billetes por parte de Evelyn y unas tranquilas palabras de Kölmel habían bastado para asegurarse de que el taxista no le diría nada a nadie acerca del borracho de su coche que nunca pareció roncar ni espabilarse. Entonces, combinando pala y maza, Frink y Kölmel empezaron a abrir un hueco entre los desechos podridos. De vez en cuando se oía un sonido metálico cuando daban con el somier de una cama, o con una bicicleta, o con alguna gran malla de metal oxidado y tenían que dejar a un lado las herramientas para sacarlo de en medio. Los dos hombres estuvieron cavando en esa extraña tierra hasta que sus cabezas estuvieron al nivel de los pies de Tara y Evelyn, y luego durante bastante rato más. Finalmente, cuando Kölmel estuvo satisfecho con la profundidad del hoyo, salieron de él, jadeando por el esfuerzo, y se prepararon para bajar el cuerpo de Sinner hasta la apésta inconsciencia entrópica de la ciudad. Tenían los pantalones salpicados con alguna clase de licor venenoso de color negro.

—No, por favor, espere —dijo Evelyn.

—¿Qué sucede, preciosa? —preguntó Kölmel—. No sirve de nada lloriquear. ¿Conoces la antigua maldición yiddish? «*Vi tsu derleb ikh im shoyt tsu bagrobn*». «Espero sobrevivirle lo suficiente para enterrarle». Eso es sentido común.

—Sólo quiero... —Evelyn se arrodilló junto a Sinner y apartó la manta. Buscó en sus dedos algún anillo y en su pecho algún medallón o amuleto de la buena suerte, pero no había nada, así que miró en sus bolsillos, rezando por que hubiese el más insignificante recuerdo. Todo lo que encontró fue un trozo de papel arrugado, pero estaba demasiado oscuro para poder leerlo, así que lo metió en su bolso. Si hubiera podido coger un mechón de pelo cuando los otros no miraban, pensó, lo hubiera hecho. Pero entonces se sintió patética porque el impulso le recordó a Morton, que había guardado una cinta de pelo que se le había caído a ella la primera vez que se vieron, y que a menudo recordaba lo obvio que había sido, incluso entonces, que acabarían por enamorarse, cuando de hecho ella sabía perfectamente que él sólo había empezado a hablar con ella porque acababa de ser humillado por una chica más guapa cuyo nombre ella no recordaba ahora, y había recogido la cinta sólo porque era un modo más sencillo de empezar a flirtear. De repente, Evelyn sintió con desesperación que no debía dejar que sobre sus recuerdos de Sinner cayese un chorro de desinfectante o una mano de pintura; que dentro de diez años no debía ver el tiempo que pasaron juntos como algo menos trivial, sus conversaciones menos forzadas, su unión menos torpe, sus sentimientos menos oscuros y su muerte menos despreciable de lo que habían sido en realidad; que todas esas fascinantes disonancias no debían transformarse en sosas armonías; que nunca debía rendirse al tiempo, que no lo cura todo, como dice la gente, sino que lo mutila; que como una de las cuatro únicas personas en el mundo que sabían dónde reposaría Sinner, no debía traicionar la cruda verdad de su vida convirtiéndolo en un hermoso y trágico romance.

Aunque tal vez no había peligro de eso.

—¿Alguien quiere decir algo sentimentaloides sobre él antes de que nos deje? —

preguntó Kölmel. Miró un momento alrededor, resopló y escupió al suelo—. Ya decía yo. El chico siempre fue un tarado de marca mayor.

BLACK CHURCH LANE era una calle en curva con feas oficinas de ladrillo marrón y almacenes.

—No le veo el sentido —le dije al galés según bajábamos por ella, buscando la dirección. El anochecer estaba cosido con las estelas brillantes de los aviones y, hacia el oeste, los rascacielos taponaban la mayor parte de la tenue franja entre el azul de arriba y el dorado de abajo, que es lo más cerca que el cielo está de escapar a la idea de un color determinado—. Han pasado setenta años —continué, conforme cruzábamos una enorme entrada de madera incoherentemente flanqueada por columnas de mármol ornamentadas, y sobre ellas la inscripción BROWNE & EAGLE LIM.D, que reconocí como de una antigua empresa lanera—. No va a haber ningún vertedero allí. Habrá pisos o un aparcamiento o algo. No podemos ir y demoler sin más lo que haya.

Pero cuando llegamos allí, no encontramos pisos ni un aparcamiento. Ni tampoco encontramos un vertedero. En su lugar había un solar en construcción. Junto a la valla que rodeaba el recinto, al lado de las habituales advertencias sobre llevar casco y que los niños no jueguen cerca, había una placa familiar:

GRUBLOCK HOMES

Es nuestro mañana lo que nos inspira hoy

El eslogan era una cita anónima sacada del prefacio de *Humano, demasiado humano*, de Nietzsche. Al departamento de marketing de Grublock le encantó. Ahora lo recuerdo, al ver una réplica a ordenador de este proyecto en el escritorio de Grublock: >iba a ser un bloque de pisos de lujo con una fachada ondulada de color turquesa y un jardín sobre el tejado, lleno de jóvenes banqueros a los que no les importaría vivir en un pedacito de Whitechapel de mala muerte si eso significaba estar a sólo quince minutos a pie del trabajo.

—Esto nos viene sumamente bien —dijo el galés. Sacó mi teléfono móvil de su bolsillo.

—¿Tenía eso todo este tiempo?

—Sí, lo cogí de tu piso. Vas a llamar a alguien de la organización de Grublock que sea capaz de desconectar las alarmas de este recinto. Supongo que puedes hacerlo, ¿verdad?

Asentí y me pasó el teléfono.

Sabía que ésta era mi última oportunidad. Tanto si encontrábamos el cuerpo de Sinner como si no, mi utilidad para el galés se habría acabado. Para gran alivio mío, había dejado con vida a Tara cuando nos fuimos educadamente de su casa en Roachmorton; pero yo había visto demasiado. Definitivamente, me mataría. El hecho

era que yo no tenía nada que perder. Así que, en lugar de llamar al jefe de seguridad de Grublock, llamé a Stuart.

—¿Kevin? —dijo.

—Hola, ¿eres Teymur?

—¿Sigues con problemas?

—Sí, soy Kevin Broom. Estoy en el recinto de Grublock Homes en Back Church Lane y necesito que... ¿Hola?

Apreté el botón de finalizar llamada. Observé mi móvil haciéndome el sorprendido y llamé de nuevo, esta vez al verdadero número.

—Aquí Teymur.

—Hola, sí, soy Kevin Broom de nuevo. Se ha debido de cortar.

—¿Perdón?

—Como te decía, estoy en el recinto de Grublock Homes en Back Church Lane y necesito acceder. ¿Podrías desconectar las alarmas, por favor? Siento llamarte a estas horas.

—¿De qué va esto?

—Tengo que hacer un trabajo para Horace.

—Ah, ¿ha hablado usted con el señor Grublock? Ninguno de nosotros ha podido dar con él. Estaba pensando en enviar a alguien en persona para comprobar si todo iba bien, pero después de lo que sucedió la última vez que hice eso...

—No, no hace falta, en serio. Simplemente te agradecería si puedes solucionar lo de la alarma.

—Pero de todas formas necesitará las llaves para entrar en el recinto.

—Las tenemos.

—¿Las tienen? ¿De dónde?

—Tengo un poco de prisa, Teymur.

—Está bien, disculpe. Deme cinco minutos y todo arreglado.

Le transmití esto al galés. Esperamos quince minutos para estar seguros, luego bajamos del coche y el galés abrió el candado de la puerta del recinto.

Dentro, vimos que sólo estaban empezando a poner los cimientos después de limpiar los restos del edificio que hubiera habido allí antes.

—Usaremos eso —dijo el galés, señalando una gran excavadora amarilla. Su cuchara tenía el aspecto de un ataúd rajado por la mitad—. La basura se habrá compactado con el tiempo, así que no tendremos que cavar más de tres o cuatro metros.

—Necesitará la llave para encenderla.

—No. Bueno, la anciana nos dijo que cavaron la tumba en mitad de lo alto del vertedero. Y, si lo que ha dicho es cierto, el gánster no usaba este lugar muy a menudo en la época en que enterraron al boxeador, así que debería ser el primer esqueleto que encontrásemos o, al menos, uno de los primeros. Cuando creamos que nos estamos acercando puedes seguir con la pala.

—Nos llevará una eternidad.

—No, sólo nos llevará toda la noche. Y disponemos de toda la noche. No necesito decirte que si intentas salir corriendo te arrancaré la cabeza con la excavadora. Recuerda, buscamos un pie con cuatro dedos.

De modo que empezamos. Después de dos horas, el galés había excavado un cráter de una magnitud casi lunar, y un persistente olor a amoníaco en nuestros senos de la nariz nos indicaba que habíamos alcanzado los estratos superiores del antiguo vertedero. De pie, junto al borde del agujero, observé atentamente en busca de restos de hueso. Una hora más tarde, con los oídos doloridos a causa de los ruidos de la excavadora, vi uno. Resultó ser parte de la esponjosa pelvis de un perro o un gato. Al cabo de no mucho rato, los huesos de un pie humano cayeron de la garra de la máquina. Llamé a gritos al galés y éste salió para verlo, pero era un pie con cinco dedos: >espeluznante, pero no el de Sinner. Probablemente pareciera, pensé para mis adentros, que estuviésemos buscando un tesoro de monedas de oro o el manuscrito perdido de Arquímedes *Sobre la construcción de las esferas*, pero continuamos; y entonces, finalmente, cuando se acercaba la medianoche y yo estaba empezando a perder la concentración, la excavadora sacó una vieja bicicleta retorcida, y bajo ella, rota y marrón, pero todavía inconfundible, estaba la caja torácica de un ser humano. De nuevo le grité al galés para que se detuviera; entonces, cuidadosamente, quité algunos escombros más con la pala. Por lo que quedaba del esqueleto, pude ver que se trataba de alguien mucho más bajo que yo. Eso no significaba que no fuese una mujer o un niño, claro; pero unos minutos después encontré el pie derecho. Cuatro dedos, como un dibujo animado. Seth Roach.

El galés hizo que me sentara en el suelo junto al esqueleto y entonces me esposó las manos tras la espalda.

—Sigo sin entender qué es lo que está buscando —dije—. ¿Es esto sobre lo que Hitler hablaba en la carta?

—No.

—¿Entonces?

—El escarabajo.

¡De modo que Grublock decía la verdad!

—¿Qué escarabajo?

—*Anophthalmus hitleri*.

No tenía ni idea de qué era eso.

—¿Qué le hace pensar que está aquí?

—Cállate, por favor.

—Mire, sé que, tanto si lo encuentra como si no, probablemente me mate después de esto.

—Correcto.

—Sólo quiero saber de qué va todo esto.

El galés me miró y suspiró, entonces dijo:

—Hace dos o tres semanas, el individuo que ahora me ha contratado se enteró de que un detective privado estaba haciendo averiguaciones sobre el *Anophthalmus hitleri*. Durante mucho tiempo, la opinión general ha sido que no quedaba un solo espécimen del organismo, vivo o muerto, en ninguna parte del mundo; pero si un coleccionista serio como Horace Grublock cree que de algún modo, en alguna parte, algunos ejemplares podrían haberse conservado, entonces eso por sí mismo ya parece motivo suficiente como para buscar esa posibilidad. Así que el individuo antes mencionado me contrató para encontrar el escarabajo antes que Grublock. Por desgracia, Zroszak ya había hecho excelentes progresos.

—Así que le mató y registró su apartamento.

—Sí. Parecía más fácil continuar donde lo dejó él que empezar desde el principio.

—Pero no encontró nada. Entonces me vio entrar, y pensó que yo podría haber encontrado algo que usted pasara por alto; pero de hecho la carta de Hitler no le dijo nada que no supiese ya.

—No.

—Y tampoco yo fui de mucha ayuda.

—No. Salvo tal vez en Claramore, y con la solterona.

—¿Por qué está buscando el cuerpo de Seth Roach?

—Zroszak parecía convencido de que dos de los escarabajos habían sido enterrados junto con el boxeador. Lo ponía en sus notas. No explicaba por qué. Creo que tuvo acceso a algunos documentos de Philip Erskine y a algunas cartas de Evelyn Erskine que yo no pude encontrar.

—Y pensó que Sinner debía de haber muerto en Claramore.

—Parecía lo más probable. Me equivoqué.

—¿Realmente piensa que los escarabajos seguirán ahí? ¿Con él? ¿Después de todo este tiempo?

—Ya veremos —dijo el galés—. Las condiciones químicas y microbiológicas en un sitio como éste son imprevisibles. Los escarabajos fueron criados para ser resistentes. Es probable que no hayan llegado a descomponerse. Puede incluso que se hayan fosilizado de algún modo —acabada su explicación, se arrodilló junto al esqueleto. Apartó algo de mugre de la calavera, y entonces Seth Roach vomitó sobre él.

Negro y centelleante, el vómito ascendió a toda velocidad por el brazo del galés, se extendió por su pecho y se arremolinó junto a su barbilla. Trató de gritar, pero al instante se le llenó la boca. Cayó de espaldas y comenzó a arañarse torpemente a sí mismo, pero apenas consiguió abrir un hueco en el fluido, y pronto cada centímetro de su cuerpo estaba alquitranado. Oí un ruido como el de miles de lenguas chasqueando con desaprobación; podía ver destellos de sangre y entonces fue peor: >destellos blancos bajo la marea negra. Al principio, todo su cuerpo se retorció una y otra vez, pero luego sólo sus manos y pies se agitaban, y, al poco, éstos también quedaron inertes. En cuestión de segundos no quedó casi nada de él salvo los huesos,

el pelo, la ropa y los zapatos. Entonces los escarabajos vinieron a por mí.

Se lanzaron a través del suelo, saltaron sobre mis pies y siguieron ascendiendo por cada una de mis piernas. Había algo extraño en el modo en que se movían, como si fuera una película barata de dibujos. Cerré la boca con fuerza para que no pudieran bajar por mi garganta. Deseé que el galés me hubiese disparado para no tener que morir de esa manera.

Pero entonces los escarabajos se detuvieron.

Algunos habían llegado hasta mi ingle, que estaba empapada, por supuesto, de orina. Otros habían llegado hasta mis axilas, que estaban igual de empapadas. Había algo casi nervioso en la manera en que se arremolinaban en torno a los arcos fétidos de mi cuerpo, pinchándome la piel a través de la ropa con sus diminutas patas como agujas; esto, pensé, es lo que deben de sentir los ángeles respecto al alfiler. Uno o dos se separaron de la masa, desplegaron sus alas con la esvástica, revolotearon frente a mi cara, me echaron una mirada ciega y descendieron para reunirse con sus compañeros. Entonces, todos a la vez, en un instante, como si se tratase del mantel negro de una mesa del que se tira, se marcharon. Vi a los últimos saltar hacia el interior de las cuencas de los ojos de Sinner. Se hizo el silencio. Un vapor, sólo visible a la tenue luz de las farolas de Back Church Lane, se elevaba desde el cadáver vacío del galés. Entonces, me desmayé.

Alrededor de las cinco de la mañana, un lamido en la cara me despertó. Abrí los ojos. Era un zorro. Aparté la cabeza y, asustado, retrocedió unos pasos. Delgado y sarnoso, tenía los tendones como cables de teléfono retorcidos, apestaba como una gasolinera, y tenía el pelaje del color de un cono de tráfico abandonado en un contenedor lleno de agua. Era, por si no me he expresado con claridad, horrible hasta decir basta. Durante quizás un minuto entero, el animal se quedó mirándome con el extraño escepticismo de los ojos de un niño. Entonces, salió como una flecha por encima de la valla. Espiré, y, al mismo tiempo, surgió el amanecer.

Un par de horas más tarde los primeros trabajadores de Grublock Homes llegaron al lugar. Cuando vieron los esqueletos quisieron llamar a la policía, pero conseguí convencerles de llamar primero a Teymur. Sin separar el móvil de mi oreja, le expliqué todo a Teymur. No creo que me creyera cuando le dije que Grublock estaba muerto, pero, aun así, dio orden a los trabajadores de dejarme ir. (Una de las claras ventajas de los solares en construcción es la fabulosa cantidad de maneras diferentes que hay de romper unas esposas). Antes de marcharme, pedí prestados unos guantes y rebusqué entre la ropa que todavía colgaba, hecha jirones, con los restos del galés. En el bolsillo interior de su chaqueta estaba la carta de Hitler.

No fue hasta mucho más tarde, después de todas las averiguaciones y especulaciones necesarias para escribir esta historia, cuando comprendí lo que tuvo que suceder. En lo profundo de la garganta de Sinner, medio muertos, esos dos últimos especímenes de *Anophthalmus hitleri* se reprodujeron hasta ser indomables, se las arreglaron para echar un último, torpe, dañino y desesperado polvo; y esta vez,

por fortuna, no estaba Millicent Bruiseland para interrumpirles. Enterrados a tres metros bajo la superficie del vertedero, las larvas resultantes se alimentaron de la carne del boxeador, y después de que esas feroces crías redujeran a Sinner a huesos y royeran sus fémures hasta el tuétano, se las apañaron con la sopa tóxica de aceite para cocinar y la verdura blanda y grasa de beicon que se juntaba en cada recoveco. De vez en cuando, se daban un festín con algún perro, gato o paloma y, quizás, si tenían suerte de verdad, alguno de los rivales de Albert Kölmel, más jóvenes e imprudentes que él, decidían enterrar algún cuerpo allí. Más adelante, en los años prósperos de Whitechapel, cuando se construyó un almacén encima del antiguo vertedero, ascendían a través del suelo y pinchaban las latas de judías. Podían pasar semanas o meses sin comida, pero, gracias de nuevo a Erskine, eran lo suficientemente resistentes para sobrevivir. A menudo, simplemente se comían unos a otros. Ochenta años más tarde, a pesar de que estos nietos de Fluek se habían extendido por el vertedero y los cimientos de los edificios colindantes, horadando una miniatura del metro de Londres, la calavera de Sinner seguía siendo el epicentro de la colonia, de modo que, cuando el galés la expuso a la luz por vez primera desde su confinamiento original, lo devoraron. Y lo mismo me hubiera ocurrido a mí si no es por mi trimetilaminuria. Hasta los escarabajos tienen principios.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue encender el ordenador. Stuart estaba conectado, e inmediatamente me dio un toque por el chat.

STUART: >oh dios mío estás bien?

KEVIN: >sí

STUART: >llegó la policía?

KEVIN: >no

STUART: >qué? por qué no? qué pasó?

Se lo conté desde el principio. Una o dos veces tuve que cortar, porque había ciertos detalles que quería comprobar en los foros de coleccionismo nazi. Cuando terminé dijo:

STUART: >es de locos

KEVIN: >lo sé

STUART: >averiguaste quién le contrató?

KEVIN: >no

>al principio creí a grublock cuando dijo que eran los japoneses

>luego le creí en parte cuando dijo que era él, con un contrato anónimo

>luego pensé que podía ser el viejo Erskine

>durante un instante hasta creí que podía ser tara southall

>pero ninguna de esas teorías se sostuvo

>en cierto modo, el mayor misterio es el tatuaje de la sociedad thule

>casi lo había olvidado hasta ahora, pero creo que al final había empezado a borrarse

STUART: >entonces no era un tatuaje de verdad?

KEVIN: >no

>pero no me sorprende, era bastante evidente que no pertenecía a la sociedad thule

STUART: >por qué?

KEVIN: >vamos, stuart

>es poco realista

>a pesar de lo que digan todas esas páginas web, se disolvieron en los años 20

STUART: >eso es lo que quieren que pienses

KEVIN: >no, stuart, lo hicieron

>lo raro es por qué motivo fingir ser de la sociedad thule? qué sentido tiene? con quién va a funcionar? porque debe de haber solo alrededor de una docena de personas en londres capaces de reconocer ese símbolo

>ni siquiera grublock podría posiblemente

>claro que yo sí

>pero por qué alguien se tomaría tantas molestias en hacerme creer, precisamente, que los ariosofistas estaban involucrados?

STUART: >sí ya veo lo que quieres decir

KEVIN: >pero es un callejón sin salida

>no podemos preguntarle

>se lo comieron los escarabajos

STUART: >impresionante por cierto

>algún día tienes que contarme más del tema

KEVIN: >sí lo haré

>de todas formas, como estaba pensando en lo otro no llegué a comprender

>fue hace sólo dos noches pero parece que fue hace siglos

>cuando colgué un mensaje en el foro sobre philip erskine y

alguien contestó preguntando acerca de seth roach

>«nbeauman»

>quién era ese?

>no volvieron a contestar

>viéndolo ahora parece que no es que quisieran ayudarme sino más bien averiguar cuánto sabía yo

>da un poco de asco

STUART: >deberíamos hackear la cuenta

KEVIN: >sí, podríamos

>pero no hay necesidad

>eché otro vistazo a sus anteriores mensajes

>creo que no es más que un títere

STUART: >de quién?

Todo el mundo en el foro, incluido yo, tiene al menos una cuenta «títere», algunos probablemente tengan cinco o seis. Si estás perdiendo un debate claramente y necesitas refuerzos, te desconectas de tu cuenta verdadera y entras con tu cuenta títere, y mandas un mensaje tipo «sí, kevin tiene razón, cualquier idiota lo sabe». No es que ayude mucho, pero a veces no se puede hacer más.

KEVIN: >stuart, por qué nunca llegó la policía?

STUART: >cómo?

KEVIN: >cuando estaba en la estación de servicio, dijiste que les llamarías

>luego, de nuevo cuando estaba en la obra

>pero nunca llegaron

STUART: >creo que tal vez pensaron que se trataba de una broma telefónica

KEVIN: >nunca les llamaste

STUART: >sí!

KEVIN: >ya sabes de quién es la cuenta títere de nbeauman

STUART: >no

KEVIN: >como te he dicho, he revisado sus mensajes y nbeauman solo deja mensajes en el foro cuando estás perdiendo un debate, stuart.

No hubo respuesta durante un rato, entonces, al poco:

STUART: >en serio?

KEVIN: >sí

STUART: >qué raro

KEVIN: >no es raro

>supiste de seth roach antes que yo

>debes de haber estado buscando en anophthalmus hitleri por tu cuenta

>oíste que grublock estaba convencido de que era real

>así que contrataste al galés

>y supusiste que yo estaría metido porque trabajaba para grublock

>así que le dijiste que se pusiera ese símbolo de la sociedad thule porque sabías que yo sabría lo que significaba, y yo creería que era un ariosofista, no solo un matón a sueldo, y así nunca sospecharía que eras tú

STUART: >kevin, eso es ridículo

>tienes demasiada imaginación

>vamos, eres mi mejor amigo

KEVIN: >en realidad nunca nos hemos visto

STUART: >qué importa eso?

KEVIN: >lo sé

>pero es el único anophthalmus hitleri del mundo, las alas con la esvástica, el nombre, los elogios de Hitler, su genuina rareza –¡el hecho de que coma carne humana!– no solo no tiene precio, es casi mítico, ni siquiera yo había oído hablar de él hasta que empezó todo esto

>me estás diciendo que no traicionarías a tu mejor amigo por esto?

>tú lo harías

>yo lo haría

>todos nosotros lo haríamos

>es nuestro hobby y nuestra vida

>la única diferencia es que la mayoría de nosotros no puede permitirse contratar a alguien tan bueno como ese tío galés

>pero tú sí

>además, te encanta todo eso

>asesinos, mercenarios, agentes secretos

>no hubieras podido resistirte

Esta vez Stuart no contestó, así que escribí:

KEVIN: >por qué nbeauman? quién es ese?

STUART: >oh

>todos mis títeres se generan al azar

>de otro modo no podría resistirme a poner alguna referencia informática y sería fácil adivinar que se trata de mí

>lo siento de veras, kevin

Entonces se desconectó.

Pocos días después, enterré a Sinner en el cementerio judío de Edmonton. El ritual no me interesaba personalmente, pero sentía que tenía que hacer algo después de haber sido cómplice de perturbar su lugar de descanso. Cuando pensé de nuevo en el vertedero de Back Church Lane, me recordó a su pantagruélico y remoto retoño, la Planta Piloto para el Aislamiento de Residuos de Nuevo México, un lugar recurrente para las teorías conspiratorias de Stuart. En una mina de sal, cerca de la ciudad de Carlsbad, el Gobierno de los EE. UU. (así lo aseguran) está enterrando miles de bidones de plutonio radioactivo: >lo peor de lo peor, el equivalente nuclear de asesinos en serie en celdas de aislamiento de una prisión de máxima seguridad. Los residuos seguirán siendo peligrosos durante cientos de miles de años, y el principal desafío del proyecto no es la brutal ingeniería, sino el problema de cómo señalar el emplazamiento de manera comprensible para los curiosos norteamericanos de un futuro lejano, ya sean hombres de las cavernas o ciborgs. Esos descendientes deben ser prevenidos; pero los egipcios intentaron lo mismo con las pirámides y mira cómo les salió. De manera que algunos antropólogos dicen que no debería señalarse el emplazamiento en absoluto. Al igual que Sinner, se imaginan que una tumba sin marcar no será nunca perturbada y, probablemente, al igual que Sinner, se equivoquen. En cualquier caso, no tiene apenas relevancia si sus procedimientos funcionan o no: >si temes que algo te cambie, entonces, es que ya te ha cambiado.

Telefoneé a Tara Southall para ver si quería venir y me dijo que enviaría flores, pero que Londres estaba demasiado lejos. Así que yo fui el único doliente aquel cálido martes. O al menos eso pensaba, al principio. Después de que el rabino hubiese terminado la ceremonia, le di las gracias y me dejó solo junto a la tumba. Entonces fue cuando vi a lo lejos a un hombre pálido y regordete en una silla de ruedas, mirándome. No reconocí su cara ya que nunca había visto una foto suya, pero, evidentemente, supe inmediatamente quién era. Me pregunté cómo se habría enterado del funeral.

No me acerqué a hablar con él. En lugar de eso fui corriendo para alcanzar al rabino.

—Rabino —dije—. Tengo que hacerle una confesión.

Se detuvo. Soplabla una agradable brisa e, instintivamente, di unos pasos hacia un lado para asegurarme de ponerme en la dirección del viento.

—Estás mezclando tus creencias —dijo, sonriendo.

—Lo sé, lo sé, pero... mire, tengo una afición y es algo horrible. Colecciono cosas nazis. Cantidad de ellas. No soy nazi, se lo prometo, pero tengo una colección enorme. Nunca he estado antes en un lugar judío propiamente dicho y, de repente, me siento como un...

—¿Coleccionismo del Tercer Reich?

—Sí.

Me dio un golpecito en el brazo.

—No tienes que preocuparte. Yo mismo soy coleccionista.

—¿Qué?

—Bueno, no un gran coleccionista, pero tengo una pequeña caja con baratijas en casa. Muchos judíos europeos lo hacen. Yo la heredé de mi padre. Es como coger un trofeo de un enemigo muerto. Una cabellera, si lo prefieres.

—Vaya.

—Estoy seguro de que tú también tienes tus razones, pero, por supuesto, si ha empezado a afligirte, debes deshacerte de ello.

Pasé el resto del día preguntándome si debía hacer lo que me había dicho o no. No es que estuviese realmente afligido, no veía a muchos judíos en mi día a día, así que no solía sentirme raro, pero, de alguna manera, la excitación que me producían esos objetos no era tan eléctrica después de todo lo que había sucedido desde el jueves. Aun así, la mañana siguiente, decidí que me quedaría con todo. ¿Qué otra cosa podría hacer con mi vida? (Además, me había hecho amigo de Stuart a través del foro, y ahora que ya no nos hablábamos no tenía a nadie más, así que pensé que quizás debería intentar hacer algún otro amigo del mismo modo. O incluso dos. Lo que era seguro es que no iba a volver a los foros de trimetilaminuria para hacerlo).

Entonces recibí una llamada telefónica de Teymur. Aquella tarde yo había estado leyendo una copia de *La percepción de la armonía: la vida de Philip Erskine*, que acababa de recibir por correo de una librería de segunda mano en Internet. (El título resultó ser de un ensayo de Le Corbusier: «La arquitectura es arte en su sentido más elevado, que alcanza un estado de grandeza platónica, es orden matemático, es teoría pura, la percepción de la armonía que descansa en las relaciones afectivas»). Me enteré de que Erskine había muerto en un balneario de California en 1981. Se había divorciado de su mujer. Amigos suyos, entrevistados por su biógrafo, creían que había estado trabajando en una autobiografía, pero nunca se encontró ningún manuscrito. El libro no hacía mención de Seth Roach.

—Parece que unos inversores japoneses han comprado toda la empresa —me dijo Teymur—. Me temo que no va a haber nadie ya que le mande a usted a por recados.

—Está bien.

—Pero no es por eso por lo que llamaba. Resulta que el señor Grublock dejó algunas instrucciones sobre usted en el caso de su muerte.

—¿En serio?

No había sido invitado al funeral de Grublock.

—Sí. La cantidad de instrucciones que dejó sobre distintas cosas es sorprendente, por cierto. Aún estamos revisándolas. Usted pasa a tener su «colección». Al completo, parece ser. Ni siquiera sé a qué colección se refiere. Tenía varias. Supongo que será de vino o algo, pero, en cualquier caso, el portero de su edificio dice que ya ha sido empaquetada y se la han enviado.

—Oh, gracias, Teymur.

Colgué. Debería haberme puesto contentísimo por la noticia, pero, realmente, aunque estaba sorprendido y halagado por la inesperada generosidad de Grublock, me sentía un poco abatido. ¿Qué dejaba eso para mi hobby? (Me recordó el día en que finalmente completé mi precuela en prosa de 78 000 palabras de *La Cosa*, de John Carpenter, y me resultó muy difícil de celebrar). De repente, tenía una de las mayores y más importantes colecciones de objetos nazis del mundo, ¿por qué iba a pasar hora tras hora teniendo conversaciones absurdas? Y ni siquiera podía alardear de ello en los foros —¿quién iba a creerme?—. ¿Era así como solía sentirse Grublock con su vida? ¿Era éste el motivo por el que era tan insaciable?

Decidí que había llegado la hora de buscar otras cosas. Objetos de boxeo, tal vez. Tenía bastantes ganas de conseguir unos guantes de boxeo de Seth Roach. De modo que, de toda la colección de Grublock, sólo me quedé con las obras de Goethe en la edición de Gottafchen propiedad de Goebbels, y de la mía con la carta de Hitler a Philip Erskine. El resto podía desaparecer. Pensé en dejárselo todo al rabino del cementerio, pero tal vez podría tomarse el gesto de manera equivocada. Además, quería un nuevo piso.

Venderlo todo me tendría empantanado durante meses. A menos que consiguiera venderlo todo de una vez. A alguien con un montón de dinero. A alguien con el que ya estuviera en contacto. A alguien al que conociera tan bien que yo supiera el porcentaje exacto por el que intentaría timarme.

Me avergüenza admitir lo aliviado que me sentí de poder tener una excusa para abrir el chat y desbloquear a Stuart. Antes de que tuviera la oportunidad de decirle lo que había pasado, escribió:

STUART: >has visto las noticias? han descubierto una cura para la trimetilaminuria

>pueden arreglarlo con una terapia genética

KEVIN: >qué? lo dices en serio?

STUART: >lol

>no

>por qué iban a hablar de eso en las noticias? a nadie le importa

>te lo has tragado eh?

KEVIN: >sí

>ja ja

>hey, tengo algo genial que decirte

>pero antes, quieres saber algo más del tipo al que se comieron los escarabajos?

Notas

[1] Fishy: apelativo cariñoso y burlón: pececito, pescadito. Alusión al olor del protagonista. (Todas las notas son del traductor). <<

[2] «Sinner», significa «pecador» en inglés. <<

[3] Los marineros llamaban «monkey», en español «mono», al recipiente donde guardaban el licor. <<

[4] «Shul», en hebreo, se utiliza para referirse a la sinagoga. <<

[5] «Hashem» es un término hebreo que significa, literalmente, «el nombre». Se utiliza para evitar nombrar a Dios. <<

[6] «CMG» corresponde a la Orden de San Miguel y San Jorge. «CBE» corresponde al título de Comandante de la Orden del Imperio Británico. <<

[7] La Mesa Redonda del Algonquin era un famoso grupo de escritores, críticos, actores y demás personalidades que se reunían en el Hotel Algonquin de Nueva York en los años 20. <<

[8] Personas nacidas en el East End de Londres, tradicionalmente de clase obrera. Poseen un dialecto y acento distintivos y, con frecuencia, emplean la jerga denominada *cockney*. <<

[9] *The Spectator* fue una publicación inglesa creada en 1711 por Joseph Addison y Richard Steele que encarnó el ideal de consenso racional y civilizado. <<

[10] Las Centenas Negras fue un movimiento antisemita conservador en la Rusia de comienzos del siglo XX. Participaron en los numerosos pogromos que asolaban el país en esa época. <<

[11] (1887-1965). Figura del Movimiento Moderno en arquitectura. <<

[12] La Ciudad Radiante (*La Ville Radieuse*), fue un proyecto inacabado de Le Corbusier durante los años treinta, basado en el racionalismo y en su aplicación en la planificación urbanística. <<

[13] Los Camisas Negras, *Blackshirts* en inglés, era el modo en que se denominaba a los miembros de la Unión Británica de Fascistas (*British Union of Fascists, BUF*). Partido creado en 1932 por Sir Oswald Mosley, y que fue prohibido en 1940. Recibían ese apodo debido a que imitaban el uniforme negro de los fascistas italianos. <<

[14] Schutzstaffel: las SS, o «compañías de defensa» nazis. <<

[15] El personaje de Mowinckel está basado en Karl Maria Wiligut (1866-1946). Llamado el *Rasputín de Himmler* debido a la gran influencia que ejerció sobre éste en virtud de su supuesta posesión de una memoria ancestral y una inspirada representación de las arcaicas tradiciones germánicas. <<

[16] En alemán: ¡cierra el pico! <<

[17] Ver nota anterior. <<

[18] En italiano en el original. Era una forma de pena capital usada en los Estados Papales desde finales del siglo XVIII. Considerado uno de los métodos de ejecución más brutales jamás ideados, debe su nombre al instrumento que se utilizaba: un enorme mazo o hacha. <<

[19] «Sobranie» es una marca de cigarrillos rusos. Es una de las más antiguas del mundo. <<

[20] Según la mitología, Cadmo enterró los dientes de un dragón, al cual había dado muerte, de los cuales nacieron los guerreros espartanos. <<

[21] La Batalla de Cable Street tuvo lugar el domingo 4 de octubre de 1936, en la zona de Londres llamada East End. Fue un choque entre la policía, que custodiaba una marcha legal del grupo antisemita Unión Británica de Fascistas, liderado por Oswald Mosley, y por otro lado diversos antifascistas, incluyendo judíos locales, socialistas, irlandeses y militantes comunistas. <<